UNA CITA CON Andrea Loter



MÓNICA BENÍTEZ

UNA CITA CON ANDREA LOTER

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2025 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2506051994087

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

https://www.facebook.com/monicabntz

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Prólogo

El destello de las luces cae sobre su rostro como una lluvia de cristales y Andrea parpadea, pero mantiene la sonrisa tal y como le ha ordenado su madre. Apenas tiene cinco años y ya sabe que llorar no es una opción. Sus pequeñas manos se cierran con fuerza sobre la tela del vestido, pero nadie lo nota.

—Gira, cariño. Muéstrales ese vestido precioso —dice su madre, Deborah, desde un lado del escenario improvisado en el centro comercial de Baltimore. Ante el público suena dulce, pero ella sabe que no es una petición, es una orden.

Andrea obedece. Sus pequeños zapatos de charol negro chirrían contra el suelo pulido mientras da vueltas como le han enseñado. El público suspira encantado.

—Es como una muñequita —comenta alguien entre la multitud.

Deborah Hartmann sonríe satisfecha, consciente de que ha encontrado su propia mina de oro. Una hija con una belleza que parece irreal: ojos grandes y rasgados de color azul intenso, pelo castaño que cae en ondas perfectas y piel de porcelana. La naturaleza le ha dado lo que años de trabajar como cajera en un supermercado nunca le darían: una oportunidad para salir de la mediocridad.

A los siete años, Andrea ya no asiste a la escuela con otros niños, ni siquiera recuerda lo que era. Sentada frente a una tutora privada, mira por la ventana mientras llueve.

—Andrea, concéntrate —dice la señora Palmer, dando un golpecito en el cuaderno situado frente a ella.

Andrea le mira las uñas, largas y puntiagudas, y siente un escalofrío.

—¿Puedo salir a jugar cuando termine? —pregunta desganada.

—Sabes que tienes una sesión de fotos a las cuatro —le recuerda la señora Palmer con la misma frialdad con la que le habla su progenitora—. Y tu madre quiere que te ayude a repasar el guion para el anuncio de mañana.

Andrea baja la mirada. Piensa en los columpios del parque donde nunca ha jugado y en las pieles bronceadas de los niños que corretean sin preocupaciones. Ella debe mantenerse pálida. «La porcelana vende», dice siempre su madre. Andrea odia la porcelana y, sobre todo, las muñecas hechas con ese material.

En el piso de abajo, escucha las risas estridentes de sus padres. Han comprado una casa nueva en un barrio elegante de la ciudad. Su padre, que antes arreglaba coches y siempre llegaba manchado de grasa, ahora pasa los días presumiendo de su reloj de oro y bebiendo whisky del caro.

—Un brindis por nuestra pequeña estrella —dice muchas veces entre risas que comparte junto a su madre, no con ella.

«Ojalá fuera fea», piensa Andrea mientras traza letras perfectas en su cuaderno de rayas. «Si fuera fea, podría ser invisible».

A los diez años, el señor Richard Harrington se convierte en su agente. Un hombre de traje impecable y sonrisa brillante que siempre huele a menta y colonia cara.

—Esta niña es oro puro —les dice a sus padres la primera vez que se reúnen en su oficina llena de fotos de modelos famosas—. Podemos conseguir contratos internacionales. Desfiles en Nueva York y campañas para marcas de lujo infantil —enumera extasiado, mientras sus dedos, adornados con un anillo de sello, tamborilean sobre la carpeta que contiene el portafolio de Andrea—. Incluso podríamos pensar en algunas campañas para cosméticos juveniles. Tiene esa mirada inocente pero sofisticada que las marcas adoran.

Deborah aprieta la mano de Andrea hasta que le duele, incapaz de contener la emoción mientras piensa en todo el

dinero que esos contratos añadirán a su cuenta bancaria.

—¿Has oído, tesoro? El señor Harrington te va a hacer famosa —le dice con los ojos desorbitados.

Andrea la ignora y observa el cuadro que hay detrás de la mesa del señor Harrington: se trata de una mujer desnuda cubierta parcialmente con telas. Siente un escalofrío y su espalda se tensa.

—No quiero ser famosa —murmura de malas formas.

Su padre, Axel, que está sentado a su otro lado, le da un codazo disimulado que le alcanza la parte alta del brazo izquierdo, provocándole un dolor repentino e intenso que no se espera. Andrea contiene la respiración para no soltar un alarido, porque quejarse no es una opción.

—No le haga caso, señor Harrington. Hoy está cansada —la excusa su madre, haciendo un gesto con la mano como si todo lo que piensa Andrea no tuviera relevancia.

Por la noche, en su habitación llena de juguetes que nunca ha pedido, Andrea se mira en el enorme espejo que su madre colocó en una de las puertas de su armario. Se pellizca las mejillas hasta que se ponen rojas y se despeina el pelo. «Si fuera fea, podría ir al colegio como los demás niños», piensa. «Si fuera fea, sería libre».

Los días se convierten en años. Cada mañana, antes del amanecer, su madre le aplica cremas carísimas en la cara cuyo olor Andrea no soporta, al igual que el tacto de los dedos de su madre o que le lleguen bocanadas de su aliento.

—Es una inversión —dice su madre mientras masajea la piel de su hija de doce años—. Serás la mejor del mundo, y nosotros estaremos ahí para recoger los frutos.

Andrea permanece inmóvil como una estatua. Ha aprendido a desconectar, a flotar fuera de su cuerpo mientras la preparan, la visten y la exponen, pero, sobre todo, mientras escucha comentarios como ese, donde hablan de ella como si fuera una herramienta de trabajo y no una persona. Una hija. Su mente viaja a lugares donde nadie puede encontrarla.

Los contratos llegan uno tras otro. Al menos, sus padres han dejado de disimular que les interesa otra cosa que no sea el dinero. La habitación de Andrea está decorada como la de una princesa, pero es en realidad una jaula dorada. No tiene amigos, no tiene aficiones. Todo en su vida está calculado para aumentar su valor comercial.

—Cada vez que te quejas, nos quitas comida de la mesa —le reprocha su padre cuando Andrea se atreve a decir que está cansada—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Vernos de nuevo en aquel apartamento de mierda?

«No», piensa Andrea. «Quiero verme a mí misma, en cualquier lugar lejos de vosotros, siendo simplemente una niña».

Andrea piensa mucho en su abuela materna, Maggie. Apenas la recuerda porque sus padres se aseguraron de mantenerla lejos de ella cuando se mudaron de casa, pero sí recuerda que las dos últimas veces que la vio, teniendo ella unos seis años, ella salía en su defensa.

—Es solo una niña, ahora tiene que ir al colegio, jugar y tener amigos. Si de mayor quiere ser modelo, que lo decida ella —la escuchó reprender a su madre la última vez que la vio.

Fue una discusión terrible. Su madre gritó cosas espeluznantes a la abuela Maggie, cosas sobre no meterse donde no la llamaban y sobre no saber aprovechar las oportunidades, cosas que hicieron llorar a Andrea.

No volvió a saber nada de su abuela, pero es a ella a quien piensa acudir cuando sea mayor de edad y pueda decidir por sí misma. A veces, cuando está sola en su habitación, busca en internet el nombre de su abuela, esperando encontrar alguna pista sobre dónde vive ahora. Tiene la imagen de una pequeña casa con un jardín, quizás con un columpio en el porche donde podría sentarse a leer sin que nadie le diga que está desperdiciando su potencial o arruinando su cutis con la luz del sol.

Capítulo 1

Actualidad.

Andrea aparca el coche delante de la casa de su abuela con satisfacción por haber encontrado sitio justo ahí. Se pasa la lengua por el lado derecho del labio inferior y acaricia el aro que lo decora. Sabe que a su abuela no le gusta, ni ese ni el que lleva en la ceja izquierda y que solo se pone cuando sale del trabajo, pero ella se siente cómoda con ellos, más segura. No se los hizo en su época más rebelde, vinieron después, cuando conoció a Caroline y su mundo comenzó a estabilizarse de otro modo, uno que ni la terapia ni todo el cariño de su abuela podían darle.

Se baja del coche, abre el maletero y saca las bolsas de la compra que ha hecho para su abuela Maggie antes de dirigirse a la puerta, sacar su propia llave para no molestarla con el timbre y acceder a esa casa donde, la mujer a la que más quiere en el mundo la ayudó a recomponerse cuando más lo necesitaba.

—¿Abuela? —pregunta tal y como cierra la puerta—. Soy yo, traigo la compra —añade, elevando un poco más el tono de su voz.

Maggie Loter cumplió ochenta años hace dos meses y, a pesar de su avanzada edad, su único problema visible es una ligera sordera. La mujer todavía se desenvuelve sola y, aunque su nieta no deja de insistirle en que se vaya a vivir con ella a su apartamento, Maggie se niega haciendo alarde de esa terquedad que siempre la ha caracterizado. Por eso, Andrea tiene contratada a una mujer que va a limpiarle tres días a la semana y le hace las tareas más pesadas. Ella se ocupa de la compra, va a visitar a su abuela cada dos días como mucho y siempre revisa la lista que Maggie tiene en la nevera por si ha

apuntado algo nuevo. También se ocupa de sus revisiones con el médico y de mantener al día las facturas y cualquier gestión que su abuela necesite.

—Abuela, ya he llegado —insiste atravesando el salón, haciendo ruido con las bolsas para que su abuela repare en ella.

—En la cocina —escucha la voz de Maggie y Andrea sonríe.

Tampoco esperaba encontrarla en otro sitio. A su abuela le encanta cocinar y se pasa horas entre los fogones, preparando guisos que después ella se lleva en táperes, y postres y tartas con los que se deleita, su perdición.

Andrea entra en la cocina, deja las dos bolsas que ha traído sobre el mármol y se abraza a su abuela como hace siempre. Maggie la rodea con sus brazos huesudos y la aprieta todo lo fuerte que su edad le permite. Andrea se queda ahí, en silencio, aturdida como las miles de veces que su abuela la abraza. Es como si se transportase a otro sitio, a uno seguro en el que no puede pasarle nada, y le gusta estar ahí.

Cuando llegó a casa de su abuela hace ya tantos años, fue su único consuelo. Apenas la recordaba, pero Maggie Loter la abrazó y Andrea es incapaz de recordar cuánto tiempo permaneció sin moverse junto a ella. Lo que sí recuerda es que estaba entumecida cuando al fin se separaron.

—¿Qué tal el día? Pareces cansada, creo que trabajas demasiado en ese despacho —dice su abuela cuando se separan, sujetándole el mentón con una mano mientras observa su rostro con ojo clínico.

Andrea sonríe, le aparta la mano con suavidad y se gira para empezar a vaciar las bolsas y guardar lo que ha comprado en la nevera y los armarios.

—Trabajo igual que los demás, abuela, pero sí, hoy estoy un poco cansada. ¿Tú, cómo estás? —pregunta ella mientras coloca un paquete de pasta en la alacena.

Maggie va a responder, pero una tos repentina se lo impide y Andrea se gira para servirle un vaso de agua.

—¿Y esa tos? ¿Desde cuándo la tienes? —pregunta Andrea, observando con el ceño fruncido el ligero temblor de las manos

de su abuela cuando coge el vaso.

Maggie pone los ojos en blanco y bebe un sorbo de agua; en su opinión, su nieta siempre se preocupa en exceso.

—Es solo tos, niña, habré cogido un poco de frío estos días —la tranquiliza dejando el vaso.

—Mañana no tengo que ir al juzgado. Puedo escaparme del despacho y pasamos por el médico para que te echen un vistazo…

—Andrea —la corta su abuela con ese tono autoritario que utiliza cuando la regaña—. Es solo un constipado, ni siquiera eso, un poco de tos, nada de qué preocuparse. Ve poniendo la mesa, que la comida ya está lista. He hecho sopa de cangrejo.

Andrea tuerce la boca y se pasa la lengua por el piercing del labio de manera inconsciente. Su abuela suelta un bufido y ella sonríe.

—¿Cuándo te vas a quitar esas cosas de la cara? —pregunta mirándola con esos ojos que siempre parecen acuosos.

—Cuando trabajo, ya te lo he dicho —responde Andrea mientras saca los platos del armario, salivando al pensar en la sopa.

—Eso no puede ser bueno, esos metales cerca de tu cerebro… —Maggie niega con la cabeza y abre la olla—. Lo raro es que no tengas dolores de cabeza.

Andrea vuelve a sonreír, se acerca y le besa la mejilla.

—Hay cosas peores, abuela.

—Eso es verdad —concuerda ella asintiendo—. ¿Cómo está Caroline? ¿La has visto?

—He quedado con ella para tomar el café antes de volver al bufete, está perfectamente y te manda recuerdos siempre que nos vemos, ya lo sabes.

Maggie Loter suspira y sonríe con cariño mientras dedica una mirada rápida a su nieta. Andrea sabe que a su abuela le partió el corazón cuando le contó que ella y Caroline habían roto, pero sintió alivio al saber —al cabo de unos meses— que seguían manteniendo una muy buena relación de amistad. Y ese alivio se debe a que a Andrea le hizo mucho bien la llegada

de Caroline a su vida, y eso que su abuela casi sufrió un infarto cuando se la presentó y comprobó con espanto que Caroline tiene más piercings en la cara que ella.

—Dale muchos besos de mi parte, y dile que venga a verme un día de estos. Hace mucho que no pasa por aquí.

Andrea asiente y contiene una pequeña carcajada mientras piensa en que la memoria de su abuela quizá esté empezando a deteriorarse también un poco, porque Caroline y ella estuvieron cenando con Maggie hace apenas tres semanas.

—Se lo diré, vendremos a comer un día de estos —asegura Andrea—, así no sobrará tanta comida —dice espantada al ver la cantidad de la olla.

—No te veo quejarte mientras te la comes —dispara su abuela llenándole el plato hasta el borde—. Además, con todo lo que trabajas, he de asegurarme de que te alimentas bien.

Andrea levanta la mirada y reprime las ganas de abrazarse a ella otra vez, intentando no pensar en qué será de ella el día que su abuela no esté a su lado. Tiene treinta y seis años, es una mujer adulta e independiente con un trabajo que le gusta, puede enfrentarse a cualquier cosa, menos a la ausencia de su abuela, eso no quiere ni pensarlo.

Capítulo 2

—Por Dios —exclama Tasha Merrell incorporándose en la cama de la habitación de invitados de su propio apartamento.

Tiene el pulso tan acelerado que se lleva la mano al pecho como si en cualquier momento se le pudiera salir el corazón. Las sábanas, desparramadas sobre sus piernas, están húmedas por el sudor. Acaba de tener un sueño en el que ella caminaba por el pasillo de la oficina en dirección a su despacho y, al llegar a la puerta, había una mujer allí, de espaldas a ella bloqueándole el paso. Tasha le tocaba el hombro para pedirle que se apartase y, cuando la mujer se giraba, se encontraba con los ojos azules y el rostro perfecto de Andrea Loter.

Se quita el gorro que utiliza para dormir y así evitar que sus rizos se dañen durante la noche y respira profundamente, incrédula, sin entender cómo es posible que haya soñado de nuevo con aquella abogada a la que vio en una sola ocasión en el despacho de Connie, porque sí, esta es la segunda vez que sueña con esa mujer, y empieza a preocuparse.

Sale de la habitación sin molestarse en no hacer ruido cuando pasa por delante de la suya, la que ha compartido con su mujer durante años y donde ahora duerme Jessica sola desde que hace un par de días, después de otra discusión, Tasha decidió mudarse a la habitación de invitados mientras reza para que su abogado obre un milagro y consiga que la que todavía es su mujer, le firme los papeles del divorcio sin exigirle la mitad de la vivienda, motivo por el cual la situación se sigue prolongando.

—Voy a hacer café, ¿te preparo uno? —escucha decir a Jessica y, de nuevo, Tasha se sobresalta.

Se gira y la ve salir de su habitación con la expresión tranquila y somnolienta de un día cualquiera, como si todo

estuviera bien entre ellas y siguieran siendo un matrimonio perfecto.

—No —responde Tasha cortante, irritada por el simple hecho de que le hable.

—Como quieras —contesta Jessica con un tono que baila entre la indiferencia y la molestia.

Tasha la ignora, pasa por su lado y entra en la habitación para coger ropa limpia, darse una ducha y marcharse de su apartamento cuanto antes. Se parará en alguna cafetería de camino a la oficina y así podrá bebérselo tranquila, sin la tensión que se respira dentro del que debería considerar su espacio seguro y donde lleva semanas sintiéndose incómoda.

—Si nadie tiene preguntas, damos por concluida la reunión —dice Tasha, paseando la mirada por todo el personal informático mientras mantiene los dedos cruzados a su espalda con la esperanza de que nadie abra la boca.

Los escruta uno por uno de manera rápida. Thomas, con su eterna expresión distraída, Sabrina, mordiéndose el labio como si contuviera alguna duda que no se atreve a exponer en voz alta o el nuevo becario cuyo nombre todavía no ha terminado de memorizar. Ninguno abre la boca y sus ojos continúan recorriendo las caras hasta que, por fin, llega a Hayden y a Miles y suspira aliviada. Si su mirada ha llegado a ellos sin que nadie pregunte, puede levantarse, porque, precisamente ellos, en concreto Hayden, tienen tantas ganas de abandonar esa sala como ella.

Cierra su portátil y atraviesa la puerta para dirigirse a su despacho, pero cuando está a punto de llegar, ve pasar a Connie de camino al suyo, sola, y decide acelerar el paso hasta que le da alcance.

—¿Estás muy liada? —pregunta Tasha situándose a su lado.

Connie se pasa la mano por el pelo para apartarse la melena de la cara y niega con la cabeza.

—No, tengo un rato libre hasta la siguiente reunión. ¿Qué necesitas? —pregunta sin dejar de caminar, ralentizando su

paso hasta ajustarlo al de Tasha.

—A ti, es decir —aclara Tasha, con la sensación de que la mente no termina de funcionarle todo lo bien que debería esta mañana—. A Connie, no a la jefa.

—Ya veo —Connie sonríe y abre la puerta de su despacho, franqueándole el paso para que entre primero.

Tasha va directamente hacia la mesa de su jefa —convertida también en amiga desde hace unos meses— y se deja caer en una de las sillas con una pesadez que hace fruncir el ceño a la empresaria cuando toma asiento frente a ella.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupada, carraspeando en otro intento absurdo de aclararse una voz que siempre sale áspera.

—De todo —responde Tasha chasqueando la lengua—. La situación con Jessica empieza a ser insoportable. La otra noche tuvimos una discusión tan fuerte que acabé marchándome a la habitación de invitados porque ya no soporto tenerla al lado, aunque solo sea para dormir.

—No entiendo que esto se alargue tanto —dice Connie—, el apartamento es tuyo, está a tu nombre…

—Pero ella alega que ha pagado parte de la hipoteca durante el tiempo que hemos estado casadas. Y no es cierto, Connie, de la hipoteca siempre me he hecho cargo yo, ya te lo dije. Lo único que hemos pagado a medias han sido los gastos generales, comida, recibos, pero joder, vivíamos juntas —dice frustrada—. ¿Qué pretendía? ¿Vivir a mi costa?

—Quizá solo pretende alargar la situación por si cambias de opinión y decides seguir con ella —dice Connie, levantando las cejas.

Tasha se echa a reír y Connie también. Las dos saben que eso no pasará, y menos sabiendo con seguridad que Jessica ha tenido varias amantes.

—¿Qué hay de aquella mujer con la que parecía estar tonteando más en serio? —pregunta Connie.

—Ni idea. De repente, dejó de mencionarla, así que supongo que se habrán peleado.

—¿Tu abogada qué dice? ¿Has hablado con ella para decirle que la situación empieza a ser insoportable? —pregunta Connie, cruzando una pierna sobre la otra para acomodarse.

—Sí. Dice que aguante un poco más. Demostrar que el apartamento es mío es muy fácil, pero justificar que solo lo he pagado yo es más complicado. Tiene que revisar mis cuentas durante todos los años que he estado casada con Jessica, aunque dice que le falta poco. Te juro que, como no acabe pronto, me volveré loca. No aguanto estar en mi casa y marcharme no es una opción.

Connie se levanta ante la mirada interrogante de Tasha y se acerca hasta el perchero donde cuelga su bolso. Mete la mano y saca su monedero, extrayendo una tarjeta.

—Toma —dice entregándosela a Tasha.

—¿Qué es esto?

—La llave de mi apartamento. La abogada te dijo que no te fueras de tu casa, pero no tienes necesidad de pasar todo el tiempo allí soportando situaciones incómodas con Jessica. Puedes ir a mi apartamento cuando salgas de aquí y utilizar el tuyo solo para ir a dormir.

Tasha la mira, atónita.

—No sé si puedo, Connie. Esto es mucho… —la voz casi se le quiebra, pero traga saliva y se recompone.

—Claro que puedes —asegura Connie—. Yo no paso todo el tiempo allí, y si estoy, te jodes y me aguantas.

Tasha se echa a reír.

—No sé qué decir —dice Tasha.

—No digas nada, eso sí, nada de llevar allí a tus ligues —ordena Connie—. Es un apartamento, no un hotel —añade bromeando.

La jefa de personal carraspea sofocada.

—¿Qué pasa? —pregunta Connie—. ¿Has conocido a alguien?

—No, no es eso —responde Tasha.

—¿Entonces? —inquiere Connie, tomando asiento de nuevo.

—¿Te acuerdas de la abogada? —pregunta señalando la puerta del despacho, justo donde la vio y donde, por lo visto, se quedó tan prendada de ella que no es capaz de olvidarla.

Connie se echa a reír. Por supuesto que se acuerda.

—Andrea Loter, no me digas que al final has ido a verla —dice divertida mientras cruza las piernas y se relaja contra el respaldo de la silla.

Tasha frunce el ceño.

—No, claro que no. Al final, no me diste su tarjeta —dice como si la culpa de que eso no haya sucedido fuera de Connie.

La empresaria entorna la mirada en un gesto pensativo y vuelve a pasarse la mano por el pelo, recordando que es cierto que, aunque Tasha se la pidió, nunca llegó a dársela. Y tampoco le dio más importancia a aquella conversación en la que Tasha le confesó lo mucho que le había impresionado la abogada. Después llegaron las vacaciones de Navidad y cuando regresaron, se había olvidado del tema.

—No necesitas la tarjeta para encontrar a esa mujer, imagino que basta con que pongas su nombre en un buscador de internet para saber dónde trabaja —dice Connie.

—Ya —suspira Tasha y tuerce la boca en una sonrisa traviesa.

—¿Me lo vas a contar? —Connie arquea una ceja.

—Después de decirte que me iba a presentar en su despacho, lo pensé mejor y concluí que no era buena idea —dice Tasha.

—¿Y?

—No me la saco de la cabeza, Connie —confiesa bajando la voz como si fuera un pecado pensar en Andrea Loter—. He soñado dos veces con ella, la última, esta noche.

—Vaya —dice Connie con las cejas arqueadas, incapaz de contener la risa—, pues sí que te causó impresión. ¿Y puedo saber qué pasaba en esos sueños?

Tasha se ruboriza tanto que Connie levanta una mano.

—Vale, mejor no me lo cuentes.

—Creo que sí que voy a ir a verla —afirma Tasha y después suelta un suspiro—, si no hago algo al respecto, no podré sacarme a esa mujer de la cabeza.

—¿Y qué le vas a decir? —pregunta Connie, arqueando una ceja con expresión divertida—. ¿Qué te quedaste prendada cuando la viste y que ahora sueñas con ella? ¿Tú sabes cómo suena eso?

—Claro que lo sé, pero no le voy a decir eso, solo iré allí y, no sé, ya se me ocurrirá algo —responde Tasha, atusándose la melena.

—No sé si es buena idea —dice la empresaria.

—Solo quiero conocerla, Connie, no acosarla —se defiende Tasha.

—Ya lo sé.

—Quizá lo único que necesito es hablar un poco con ella para que se me pase este encoñamiento tonto que tengo. A lo mejor es una estirada, o una aburrida, qué sé yo —Tasha se encoge de hombros.

Connie no tuvo la oportunidad de conocerla mucho, pero en el rato que estuvo hablando con Andrea Loter, no le pareció ni una cosa ni la otra. Tuvo la sensación de que era una mujer culta e interesante; sin embargo, eso no se lo dice a Tasha. No quiere alimentar más ese flechazo que parece que su amiga ha tenido con la abogada.

—A lo mejor —sonríe Connie—, pero intenta ser más sutil que cuando entraste aquí y me diste aquella hoja de consentimiento firmada, ¿quieres?

La carcajada de Tasha rebota por las paredes del despacho y consigue que sus músculos se destensen un poco.

—Tranquila, pediré una cita con ella con la excusa de mi divorcio —dice con una sonrisa malvada—. Y, con un poco de suerte, saldré de su despacho con una cita de verdad. Una cita con Andrea Loter, ¿te imaginas?

—Por supuesto, porque tú no te has parado a pensar que a lo mejor le gustan los hombres o simplemente tiene pareja —

ironiza Connie, pensando que esta conversación hubiera sido más divertida con un bol de palomitas.

—Si eso es así, al menos ya tendré un motivo para dejar de pensar en ella, pero no lo sabré si no voy a verla —concluye Tasha y ante eso Connie no puede rebatir nada—. ¿Me das su tarjeta y me ahorras tener que buscar información? Estoy agotada.

Connie abre un cajón de su mesa y menea la cabeza mientras saca el tarjetero donde probablemente debió guardarla.

—Toma —Connie se la entrega—. Ya me contarás cómo te va.

—Serás la primera —Tasha se levanta—. Ah, avisa al portero de tu edificio de que una mulata muy sexy accederá a tu apartamento, no quisiera que se produjera ninguna situación incómoda cuando llegue.

—Tranquila, llamaré ahora mismo —asegura Connie torciendo una sonrisa divertida—. Ahora vete y déjame trabajar, tengo que prepararme para la reunión.

Tasha sale del despacho y se queda junto a la puerta mientras mira la tarjeta de Andrea Loter. Definitivamente, piensa ir a verla, y que pase lo que tenga que pasar.

Capítulo 3

Tasha llega al edificio donde se ubica el bufete en el que trabaja Andrea Loter con la tarjeta en la mano y una bola de nervios en la boca del estómago. Levanta la mirada y enfoca la torre de cristal y acero que refleja el cielo gris de Baltimore de esa tarde fría de la primera semana de febrero. Veintiocho pisos de modernidad corporativa y solo en uno de ellos se encuentra la mujer con la que solicitó una cita que han tardado casi dos semanas en darle. Menos mal que ella ya tiene abogada para su divorcio, piensa mientras avanza.

Las manos le tiemblan cuando empuja la puerta giratoria. Está nerviosa y, por un momento, se plantea dar la vuelta y salir por donde ha entrado. Presentarse así ante una mujer a la que no conoce es una locura y lo sabe, pero si no hace nada al respecto, tiene la sensación de que jamás se sacará la intensidad de su mirada de la cabeza y Andrea Loter seguirá siendo la protagonista de sus sueños. Quizá sea el cambio reconfortante de temperatura que nota en el interior del edificio lo que la hace seguir caminando, pero Tasha no se detiene y va directa hacia los ascensores después de saludar al guardia de seguridad.

Sube hasta el piso once donde el bufete ocupa toda la planta y Tasha respira profundamente para intentar calmar los nervios. Se encuentra con una recepción minimalista, paredes de madera y grandes ventanales que ofrecen una vista panorámica del puerto de Baltimore, algo que le recuerda al edificio donde trabaja.

—Ya puede pasar, señora Merrell —le anuncia la secretaria que trabaja en la entrada del bufete, tras hacerla esperar diez minutos durante los cuales, Tasha ha repetido mentalmente lo que quiere decirle a Andrea Loter sin conseguir nada que logre

satisfacerla—. El despacho es la tercera puerta de la izquierda, en este mismo pasillo. ¿Quiere que la acompañe?

—No, no es necesario. Gracias.

Tasha se levanta y se alisa la camisa con la mano. Después se cuelga el bolso y coge su abrigo, doblándolo con cuidado sobre el brazo. Llega hasta la puerta y siente que el corazón no puede latirle más deprisa cuando estira la mano para abrirla. De nuevo, el miedo la invade y piensa en dar la vuelta y salir corriendo; sin embargo, una fuerza interior la empuja y, un segundo después, se ve dentro del despacho.

Andrea Loter está sentada detrás de su mesa y se levanta de inmediato en cuanto entra su nueva clienta. Tasha colapsa al verla y no es capaz de comprender lo que le dice mientras se acerca a ella con la mano extendida para saludarla. Al tenerla tan cerca, olvida el motivo de su visita. Tasha no puede procesar su belleza. Andrea Loter le parece de otro mundo con sus rasgos perfectos y su media melena de color negro azabache rozando sus hombros con unas ondulaciones desordenadas que hacen que su belleza parezca más salvaje. Sus rasgos son afilados, cincelados con una dureza que no resta, sino que acentúa su atractivo hasta deslumbrarla. Pero son sus ojos los que atrapan a Tasha como si hubiera caído en un hechizo. La mirada de Andrea es de un azul eléctrico imposible de ignorar, contrastando con la oscuridad de su pelo y su tez olivácea. Tasha siente un escalofrío recorrerle la espalda cuando esa mirada se posa directamente sobre ella.

—¿Se encuentra bien, señora Merrell? —pregunta Andrea, y es ahí cuando Tasha reacciona y se da cuenta de que lleva demasiado tiempo quieta como un pasmarote.

—Sí, lo siento.

Tasha le estrecha la mano y un cosquilleo imparable le atraviesa la piel, extendiéndose desde la palma de su mano a través de todo el cuerpo hasta terminar en los dedos de los pies.

—Me alegro. Tome asiento, por favor.

Andrea se da la vuelta y se dirige hacia su silla para sentarse. Desde ahí, observa con atención a Tasha Merrell mientras deja el abrigo y el bolso en la de al lado y toma asiento frente a ella. Sabe que la conoce, la ha visto antes, pero le está costando ubicarla y eso la pone nerviosa.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunta Andrea sin rodeos.

Tasha carraspea, sofocada. De repente siente un calor que le sube desde el cuello hasta las mejillas ante la sensación de que Andrea parezca recordarla.

—No. Bueno, en realidad, sí, pero no hemos hablado nunca.

Andrea intenta que su desconcierto no se note; al fin y al cabo, Tasha es una clienta del bufete.

—¿Puedo preguntar dónde? —insiste Andrea, algo incómoda.

—La vi en mi trabajo, usted fue allí para hablar con mi jefa, Connie Bowler.

El recuerdo la golpea de inmediato y no necesita esforzarse para ver a Connie Bowler acercándose por el pasillo acompañada de otra mujer cuando ella la esperaba en la puerta de su despacho. La mujer era sin duda la que ahora se sienta delante de ella, Tasha Merrell. Aquel día no se fijó demasiado en la mulata que iba al lado de Connie Bowler porque le pareció de mala educación observar a las dos mujeres mientras hablaban, pero sin duda, es ella.

—Cierto —dice Andrea—, ahora la recuerdo. Dele recuerdos a la señora Bowler de mi parte —añade cortés.

—Lo haré —responde Tasha, cada vez más nerviosa.

—Bien —Andrea junta las manos sobre la mesa y los ojos de Tasha se fijan en la forma de sus nudillos cuando cierra una sobre otra. No sabe por qué se fija en algo tan particular, pero también le gusta, sobre todo porque no ve ningún anillo que indique que pueda estar casada—. Me han dicho que ha pedido hora para hablar sobre su divorcio —dice Andrea, ajena al caos mental que hay ahora mismo en la cabeza de Tasha.

—Sí, justo para eso —confirma, aunque siente que la mentira le pesa en la lengua.

Tasha nota que un sudor frío empieza a mojarle la espalda y la nuca. De pronto se siente estúpida e infantil, una mujer adulta que no ha sido capaz de dejar de pensar en otra a la que no conoce simplemente porque su belleza la ha abrumado. Se dice que se debe al caos en el que está convertida su vida en los últimos meses, que la Tasha racional y serena que es habitualmente, jamás hubiera cometido semejante locura, pero ahora está ahí…

—¿Alguna vez se ha sentido atraída por alguien a quien no conoce de nada? —pregunta Tasha, recuperando la compostura mientras la seguridad que parecía haberla abandonado, vuelve a ella como un tornado.

Andrea la mira durante unos segundos mientras piensa en la respuesta. No está segura de la cordura de esa mujer, pero quizá la pregunta sea su forma de empezar a explicarle el tema de su divorcio, así que, decide responder.

—Supongo que todas fantaseamos con alguien alguna vez. No sé, gente famosa que cumpla con nuestros estándares y requisitos —responde Andrea, observando a Tasha con atención.

—No me refiero a eso, me refiero a alguien real. Alguien a quien ves por ahí, no lo conoces de nada, no lo has visto antes y ni siquiera llegas a cruzar una palabra con esa persona, pero su presencia te causa un impacto tan fuerte que te vas a tu casa con su imagen grabada en la cabeza y no consigues olvidarla, a eso me refiero —explica Tasha.

Andrea piensa durante unos segundos.

—Pues, en ese caso, me temo que no —responde la abogada, pasándose la lengua por la parte interior del labio en busca de un piercing que ahora mismo no lleva y que echa de menos.

—A mí sí que me ha pasado —dice Tasha lanzándose con todo—, me pasó contigo el día que te vi esperando a Connie.

El silencio tras su declaración congela el aire entre ellas durante algunos segundos.

—¿Perdón? —pregunta Andrea, frunciendo el ceño mientras la incomodidad se apodera de ella.

Su postura cambia y se tensa sin molestarse en disimularlo.

—Lo siento —dice Tasha tragando saliva—. Sé que suena mal, que parezco una perturbada, pero yo soy de esas personas que piensan que es mejor pecar que arrepentirse, y si me lo guardo, sé que se convertirá en una espina que siempre estará supurando. Ahora, al menos, ya lo sabes.

Andrea nota un ligero temblor en la lengua y traga saliva.

—¿Es una broma? —pregunta irguiéndose en la silla.

—No —responde Tasha—. Ojalá lo fuera, me ahorraría esta situación bochornosa, pero de verdad que me causaste mucho impacto cuando te vi. Me pareces una mujer… —Tasha levanta una mano y la señala, le cuesta encontrar las palabras para definirla—. No lo sé, nunca me había impresionado tanto la belleza de nadie. He intentado dejarlo pasar, olvidarme del asunto, pero no he podido. Cierro los ojos y te veo en la puerta del despacho de Connie.

Andrea está tan perpleja que le está costando mucho reaccionar, pero lo que sí sabe es que cada vez está más furiosa. Algo dentro de ella se activa, recuerdos de una vida condicionada por su belleza, gente que solo veía el envoltorio, gente como sus padres o su agente. Gente para quien lo que ella sentía no importaba, solo les interesaba poder exhibirla y lucrarse con ello.

—¿Y qué es lo que pretendes viniendo aquí para decírmelo? —pregunta y por su tono de voz y esa mirada fulminante, Tasha sabe que la cosa no acabará bien para ella.

—Nada. Supongo que mi lado más soñador y romántico, desearía que me dijeras que eres una mujer libre y lesbiana a la que no le importaría que la invite a tomar una copa, pero mi lado racional solo espera que te lo tomes como un halago o como una anécdota. Yo lo único que necesito es soltarlo, que lo sepas para poder seguir con mi vida sabiendo que al menos lo he intentado.

Andrea se muerde los labios y aprieta más de lo que debería. Quizá en una situación normal podría tomárselo como un cumplido tal y como le pide Tasha Merrell, dejarlo pasar

como una anécdota que explicarle después a Caroline mientras se toman una copa, pero no puede porque no soporta que sea su belleza lo único que haya movido la curiosidad de la mujer que tiene delante. Sabe que no es culpa de ella —ni de nadie— pero Andrea sigue sin saber gestionar bien esa parte de su vida, todavía afectada por lo que sus padres hicieron con ella. Es muy consciente de su atractivo; sin embargo, cada vez que alguien se acerca a ella por ese motivo o simplemente lo menciona, algo oscuro se activa dentro de ella, algo que apaga su luz y la devuelve a aquellos años que le recuerdan que no era nada, solo una máquina de hacer dinero que tenía que obedecer y soportar todo tipo de vejaciones.

—Es decir —dice mirando a Tasha, aunque Tasha tiene la sensación de que ve a través de ella, mucho más allá de su cuerpo—, que no has venido aquí para hablar de tu divorcio. Solo has venido para decirme que aquel día, hará más de un mes —puntualiza pensativa—, mi belleza te impresionó tanto que no has dejado de pensar en mí desde entonces, hasta que te has decidido a tener la desfachatez de presentarte en mi despacho para decírmelo a la cara, con la esperanza de que yo sea una chica guapa sin cerebro que se sienta tan halagada que te responda con una sonrisa encantadora y te diga que no hay nada que me apetezca más que tomarme esa jodida copa contigo. ¿Es eso?

Su tono es tan cortante que Tasha tiene la sensación de que podría sangrar si la tuviera más cerca. La jefa de personal de Connie Bowler la mira fijamente y niega con la cabeza.

—No, no es eso.

—¿No? ¿Y qué es? —pregunta Andrea, conteniendo las ganas de levantarse y echarla a patadas de su despacho.

Tasha la observa unos segundos antes de contestar. Entiende que esté enfadada, pero no se arrepiente de habérselo dicho. Ahora que está ahí, confirma que no fue simple atracción, que el hecho de que no pudiese sacarse a esa mujer de la cabeza desde que la vio o que haya llegado a soñar con ella en varias ocasiones, no ha sido solo fruto de lo sumamente

atractiva que le parece. El problema es que tuvo lo que se llama un flechazo en toda regla, y lo sabe porque siente un cosquilleo por el pecho desde que ha entrado que aumenta cada vez que Andrea le habla o la mira fijamente, aunque lo haga con el desprecio que lo hace ahora.

—No he venido aquí para ofenderte, Andrea. Ni para faltarte al respeto, solo necesitaba decírtelo. Lamento mucho que te lo tomes así, de verdad —dice al mismo tiempo que se levanta.

Andrea también se pone en pie, con la necesidad de asegurarse de que Tasha sale cuanto antes de su despacho a pesar de que no se siente cómoda con su manera de actuar. Ella no es así de maleducada, pero se siente sobrepasada y también furiosa con la mujer que tiene delante por haberla puesto en esta tesitura.

—No se te ocurra volver por aquí —dice Andrea, acompañándola a la puerta.

—No te preocupes, no lo haré —asegura Tasha saliendo del despacho.

Cuando se encuentra al otro lado de la puerta, se queda quieta un instante pensando en lo que ha pasado dentro. No esperaba que Andrea Loter aceptara conocerla en caso de estar disponible y jugar en la liga de las mujeres, pero tampoco que se lo tomara tan mal. En cualquier caso, ni siquiera la frialdad de la abogada ha logrado que Tasha Merrell deje de sentir lo que siente, y le parece una putada porque está segura de que esa reacción tan intensa de Andrea, solo va a contribuir a mantener su imagen más vívida en la mente de Tasha, porque si hay algo que le llama la atención en una mujer por encima de su físico, es que tenga carácter.

Capítulo 4

Andrea cierra su maletín y sale del despacho en dirección a los baños en cuanto acaba su turno a las seis de la tarde. Se detiene frente al espejo y se pone el piercing en el labio y en la ceja, transformando su imagen en la versión de sí misma con la que se siente más auténtica. Cuando está lista, reanuda la marcha hacia el ascensor tras despedirse de Loren, la secretaria de la entrada.

—Hasta mañana, Andrea —dice la mujer levantando una mano mientras sostiene el teléfono entre la cara y el hombro y escribe algo en una hoja.

Andrea no se ha sacudido el mal humor desde la visita de Tasha Merrell, está nerviosa y no ha podido concentrarse como es debido durante el resto del día, algo que le molesta mucho.

Por suerte, Caroline le ha dicho que estará libre a partir de las siete, así que, decide ir caminando hacia el estudio de tatuajes donde trabaja su exnovia, la mujer con la que compartió seis años de su vida, la que la ayudó a estabilizarse y que después de la ruptura, se convirtió en su mejor amiga para regocijo de su abuela Maggie.

Se conocieron cuando Andrea tenía veintisiete años y Caroline treinta y uno. Al principio, su relación era puramente carnal y de amistad, quedaban, follaban y después pasaban el tiempo tiradas en la cama o el sofá hablando durante horas, hasta que un día, sin más, se dieron cuenta de que eran mucho más que eso y, al cabo de seis meses, se fueron a vivir juntas. El amor se fue de la misma manera que llegó, sin que ninguna se diera cuenta, pero pasaron seis años juntas que Andrea cataloga como los mejores de su vida. No se arrepiente de ninguno de los días que pasó junto a Caroline, después de su abuela; ella es la mujer más importante de su vida.

Ahora, tras tres años desde su ruptura, todavía se acuestan muchas veces. Es sexo esporádico que no implica nada y solo se produce cuando Caroline —muy activa con las mujeres desde que rompieron— no está conociendo a nadie. Andrea, sin embargo, ha estado con muy pocas mujeres desde que lo dejaron. No es porque no la haya superado, es que no le apetece complicarse y, en el fondo, piensa que tampoco logrará encontrar a alguien con quien tenga tanta conexión como la que tuvo con ella, y eso le preocupa mucho a Caroline.

Media hora después, Andrea empuja la puerta de cristal del estudio de Caroline con más fuerza de la necesaria, todavía enfurecida por el episodio de esa mañana en su despacho. El aire caliente del local le da en la cara al instante, contrastando con el frío feroz de Baltimore en febrero, pero no logra calmar el temblor en sus manos.

El espacio huele a tinta, a desinfectante y a un leve rastro de cuero viejo. Las paredes están cubiertas de diseños enmarcados, algunos vibrantes y coloridos, otros oscuros y detallados hasta el exceso. Todos hechos por Caroline y uno de ellos, un ave fénix resurgiendo de sus cenizas, perteneciente al cuerpo de Andrea, aunque eso solo lo saben ellas.

En una de las paredes, hay una gran vitrina de vidrio con piercings organizados en pequeñas bandejas, y detrás de un mostrador de madera oscura, un cartel manuscrito indica los precios básicos de los tatuajes y las perforaciones.

Andrea se pasa la lengua por el piercing del labio y avanza con pasos tensos mientras escucha la música que sale por los altavoces justo cuando la puerta del fondo se abre y por ella sale Caroline para comprobar quién ha entrado. Sonríe abiertamente al ver que es Andrea y la luz del techo destella sobre los seis aros de su oreja derecha y el de su nariz.

Caroline es rubia natural, con la melena siempre desordenada por debajo de los hombros. Sus ojos son color miel y siempre los lleva maquillados con una sombra oscura que le da un aire de chica mala que, unido a sus brazos tatuados casi al completo, hace que no aparente los cuarenta años que

cumplió hace poco y que las mujeres revoloteen a su alrededor como moscas que quedan atrapadas en la miel de sus ojos.

—Hola, nena —saluda en voz baja, acercándose a Andrea con prisa.

Lleva puestos los guantes de látex y se los quita mientras avanza para hacer con ellos una bola. Se besan en los labios como siempre; esa costumbre no la han perdido ni la perderán. No significa nada, pero después de tantos besos, ya no saben hacerlo de otra manera.

—Dame diez minutos y termino —dice Caroline—. ¿Estás bien? —pregunta frunciendo el ceño.

A Caroline le basta con ver la expresión de su mirada para saber cuándo su estado de ánimo está alterado, así que Andrea nunca intenta mentirle.

—Sí, es solo que me ha pasado algo muy raro en el despacho —dice y suspira con impaciencia—. Te lo cuento después, te espero aquí —dice señalando una de las sillas.

—Vale —asiente Caroline antes de regresar con el cliente.

Quince minutos después, Andrea la está ayudando a recoger el estudio mientras Caroline termina de limpiar los utensilios.

—Menudo día —comenta Caroline mientras guarda una de las pistolas de tatuar—. Cinco tatuajes y tres piercings. Estoy molida.

Cuando acaban, apagan las luces, cierran el local y se marchan caminando a un par de calles de distancia hasta el edificio donde vive Caroline, donde han decidido tomarse unas cervezas mientras hablan. El apartamento de Caroline es como ella: desordenado pero acogedor, con paredes llenas de arte y plantas que sobreviven milagrosamente a su descuido ocasional.

—Bueno, cuéntame —dice Caroline tras abrir dos cervezas y dejarlas sobre la mesa.

Andrea coge la suya y bebe un poco, después se toca el piercing y empieza a mirar en todas direcciones mientras decide cómo empieza.

—Hoy ha venido una clienta al despacho, se suponía que era para hablar sobre su divorcio, pero eso solo ha sido una

excusa para poder hablar conmigo —empieza Andrea.

Caroline levanta una ceja y tuerce una sonrisa sin entender muy bien de qué le habla, incluso piensa que le toma el pelo.

—A ver, siéntate y empieza otra vez, anda —le pide divertida, señalando un taburete de la isla de la cocina, la división que separa ese espacio del salón.

Andrea obedece, frustrada, y empieza de nuevo relatándole toda la conversación que ha tenido con Tasha Merrell. Conforme le va contando la historia a Caroline, se va poniendo cada vez más nerviosa, hasta que, al terminar, está tan alterada que se ha bajado del taburete y se pasa la mano por el pelo mientras se muerde los labios y suelta el aire por la nariz.

—Te ha removido toda la mierda —concluye Caroline, mirándola fijamente.

Andrea se queda quieta y separa los labios para contestarle, pero está tan alterada que no quiere hablar en ese instante. Lo que necesita es otra cosa y Caroline lo percibe en su forma de mirarla.

—Fóllame —pide Andrea mientras tira con torpeza y desesperación de su camisa para sacarla del pantalón.

Caroline se baja del taburete como si este la hubiera escupido y se pega a ella. Le resulta imposible decirle que no, Andrea es Andrea y, además de su evidente atractivo físico, el sexo con ella siempre le ha gustado porque se complementan. A Caroline le gusta tener el control y no es precisamente delicada, y eso es justo lo que siempre ha necesitado Andrea en momentos de tensión como este: sexo salvaje que no la deje pensar, tan fuerte y descontrolado que se le apague el cerebro.

—Sabes que hemos de parar de hacer esto, ya lo hemos hablado. Seguir follando no es bueno para ninguna, sobre todo, para ti. Estás acomodada —susurra Caroline, agarrándole la camisa y abriéndola con un tirón seco y potente.

Los botones saltan y la tela se desgarra, pero a Andrea no le importa.

—Dejemos de follar otro día —responde Andrea antes de que su espalda impacte con fuerza contra la pared del salón,

justo al lado del mueble.

El golpe la deja sin aliento unos segundos, eso tampoco le importa, la excita, casi tanto como cuando Caroline le abre el pantalón con otro tirón y mete la mano, penetrándola sin ninguna delicadeza. Andrea suelta un gruñido y se tensa ante la invasión repentina. Caroline se detiene, pero solo lo hace durante un instante para ponerle la otra mano en el cuello y asegurarse de que Andrea la mira.

—¿Esto es lo que quieres? —susurra Caroline.

—Sí, por favor —consigue responder Andrea.

Siempre es fuego lo que hay en la mirada de la tatuadora, ira en la de Andrea, y la mezcla de ambas cosas suele terminar en orgasmos muy satisfactorios tanto para una como para la otra.

Andrea agarra con las dos manos la que Caroline tiene sobre su garganta, no para quitarla, sino para asegurarse de que permanece ahí, y suelta un jadeo tras otro mientras la tatuadora mueve los dedos en su interior a un ritmo fuerte y constante que al principio le molesta, pero de inmediato se convierte en algo desquiciadamente placentero que hace que se corra con tanta intensidad, que las rodillas se le doblan y solo se mantiene erguida porque Caroline la sostiene, atrapando su cuerpo entre el suyo y la pared.

La abogada permanece ahí, abrazada a Caroline durante un par de minutos mientras recupera el aliento y sus pensamientos se ordenan.

—¿Mejor? —pregunta Caroline frotándole la espalda.

Andrea asiente, aturdida, y deja que la acompañe hasta el sofá para sentarse.

—Voy a traerte una camiseta —sonríe Caroline mientras le quita la camisa, destrozada tras su arrebato.

—Esta me gustaba —se lamenta Andrea.

—No te he escuchado quejarte mientras te follaba —responde Caroline muy seria, mirando fijamente los tatuajes que adornan el cuerpo de Andrea.

Caroline está segura de que muchas mujeres se espantarían al verlos, casi todos iguales, un cuerpo que parece la pared de una celda, lleno de marcas de conteo. A ella le fascinan, por su simpleza y por ser la única persona que conoce lo que significan para Andrea.

Cuando regresa con la camiseta, lo hace con dos nuevas cervezas y se sienta a su lado.

—Vale, vamos a hablar de esa tal Tasha —dice Caroline, limpiando el cuello de la botella con la mano por costumbre antes de beber.

—No hay nada de lo que hablar —dice Andrea.

—Yo creo que sí, porque sin pretenderlo, esa mujer te ha dejado tocada, nena —dice Caroline.

—Ella no podía saberlo —Andrea bebe un trago largo que le refresca la garganta, seca de tantos jadeos.

—Exacto. Eso es lo que quiero que entiendas.

Andrea la mira con gesto interrogante.

—¿Qué tengo que entender? Una cosa es que no sepa cómo puede afectarme lo que me ha dicho y otra lo que ha hecho. Ha pedido cita solo porque le gusté, Caroline, porque me vio un día en el despacho de su jefa y se quedó impactada por mi jodida belleza —escupe mosqueada.

Caroline se echa a reír y menea la cabeza, divertida.

—No sé qué es lo que te hace tanta gracia —se ofende Andrea.

—A ver, admite que un poco de gracia sí que tiene. Es cierto que esa mujer ha sido bastante descarada y atrevida presentándose en el despacho para eso, pero reconoce que tiene unos ovarios importantes —Caroline vuelve a sonreír y Andrea la mira con expresión desconcertada—. Le gustaste y te lo ha dicho, nena, tampoco es tan malo. La situación es la que es y la cosa ha salido mal, pero ahora respóndeme una cosa.

—¿Qué? —resopla Andrea, algo más tranquila por el sexo, las cervezas y la compañía de Caroline.

—Si no te hubiera pasado todo lo que te pasó ni sintieras ese rechazo incontrolable cada vez que alguien menciona tu

físico, ¿habrías reaccionado igual?

Andrea abre la boca, pero Caroline le pone un dedo sobre los labios y entorna la mirada con expresión malvada.

—No respondas rápido y sin pensar, que me enfado —dice, y Andrea se ríe por primera vez ese día—. Medítalo un momento, porque a mí me parece una anécdota súper divertida lo que ha hecho esa mujer.

Andrea le aparta la mano de la boca y toma otro sorbo de su cerveza, suspirando mientras piensa.

—No me gusta que me tomen el pelo, Caroline. Me molesta que me haya engañado, que haya pedido hora cuando su intención era otra…

—Venga ya —la empuja Caroline con suavidad—. Ha pagado por ese tiempo, ¿no? —Andrea asiente—. En ese caso, como si se sienta frente a ti y no habla durante toda la consulta. El bufete ha cobrado igualmente por tu tiempo.

—Vale —acepta Andrea volviendo a sonreír—. En ese caso, quizá sí que me lo habría tomado como un cumplido.

—¿Es guapa? —dispara Caroline.

—¿Qué? —parpadea la abogada.

—La mujer, Andrea —explica Caroline, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te parece atractiva? ¿O, además de atrevida, es fea como un demonio?

Andrea suelta una sonora carcajada.

—¿Y eso qué más da? —pregunta Andrea, carraspeando mientras se pasa la lengua por el piercing.

Caroline arquea una ceja y deja la cerveza sobre la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Es solo una pregunta, ¿por qué no puedes responder?

—Porque si te digo que es atractiva, volverás a sacar el tema de que no podemos seguir follando, y ahora no tengo ganas de tener esa conversación otra vez —espeta Andrea.

—Está bien, no diré nada —acepta Caroline—. Responde, ¿te parece atractiva?

—Me cae mal —dice Andrea, intentando zanjar el tema.

Caroline suelta un bufido de exasperación, dejando caer la cabeza hacia atrás sobre el respaldo del sofá.

—Olvida lo que ha pasado, nena. Solo piensa en ella de esa manera que tanto odias, físicamente. ¿Qué te ha parecido?

Andrea suspira resignada. Sabe muy bien lo que le ha parecido, pero no quería decirlo.

—Imponente —empieza, y la imagen de Tasha la golpea de repente, nítida como si la tuviera delante de nuevo—. Y sí, es atractiva, mucho. Es mulata, y tiene una melena afro impresionante. Ojos negros, piel chocolate, labios gruesos, pero no en exceso, alta, diría que algo más que tú.

—Joder, para caerte mal, te has fijado bastante —dice Caroline con una sonrisa torcida.

—No tenía otro sitio donde mirar —se defiende Andrea, negándose a admitir que prácticamente la ha fotografiado mentalmente.

—En fin, lamento que hayas pasado un mal rato, nena —suspira Caroline—. ¿Te quieres quedar a dormir? Podemos pedir pizza.

—Te lo agradezco, pero le dije a mi abuela que iría a cenar. ¿Por qué no te vienes? Así me ahorro que me dé recuerdos para ti y, conociéndola, habrá hecho comida de sobra —le propone Andrea.

—¿Una cena en casa de la abuela Maggie? Me apunto —dice Caroline—. Dame quince minutos para ducharme y nos vamos. ¿Crees que habrá hecho pastel de carne? Dios mío, me relamo solo de pensarlo —murmura de camino al baño, mientras Andrea se ríe y piensa en la alegría que se llevará su abuela cuando se presente con Caroline.

Capítulo 5

Flashback

Con trece años, el cuerpo de Andrea ha comenzado a cambiar y el señor Harrington empieza a mirarla de manera diferente durante las sesiones de fotos. Sus ojos se detienen donde no deberían y Andrea siente que las paredes se estrechan mientras su ansiedad se multiplica.

—Estás convirtiéndote en una belleza muy difícil de ignorar —le dice un día, mientras revisa las pruebas fotográficas en su despacho—. Tenemos que adaptar tu imagen.

De repente, se gira hacia ella y coloca sus manos en el cuello de Andrea como si la observase y calculase esos cambios que debe hacer, pero esas manos empiezan a descender lentamente, primero por su cuello y después por sus brazos. Ella se queda paralizada, intentando que el aire le llegue a los pulmones y su cuerpo reaccione de algún modo, y lo hace cuando esas manos depravadas pasan de sus brazos a su cintura, sujetándola con firmeza para acercarla hacia él. Andrea da un respingo y se aparta.

—Me tengo que ir —murmura sin atreverse a mirarlo.

Él se ríe como si ella hubiera dicho algo gracioso.

—¿Incómoda? —pregunta de repente—. Porque permíteme advertirte, Andrea, que, en esta industria, la incomodidad es parte del negocio.

El corazón le late desbocado cuando es consciente del giro brusco que va a dar su carrera a partir de ahora. Andrea sale del despacho sin cerrar la puerta y corre hacia su casa con el pulso disparado. Por primera vez en años, siente un destello de esperanza porque está segura de que, cuando le cuente a su madre lo que ese pervertido acaba de hacerle y lo que insinúa que seguirá haciendo, ella la defenderá y por fin la alejará de

ese mundo que tanto odia. Al fin y al cabo, Andrea es su hija, y protegerla tiene que ser su prioridad.

Cuando llega, su madre está en la cocina haciendo bailar el contenido de una copa de vino mientras habla por teléfono con una de sus amigas. Andrea no sabe cuál es, a ella todas le parecen iguales, unas ricachonas que miran a su madre por encima del hombro, conscientes del bajo nivel cultural de Deborah Hartmann y de que, si no fuera por su hija, seguiría siendo una simple cajera de supermercado.

En cuanto cuelga, Andrea le cuenta lo ocurrido con el señor Harrington con voz temblorosa mientras Deborah la escucha sin parpadear y deja la copa de vino sobre el mármol impoluto de la cocina cuando Andrea se calla.

—¿Y qué esperabas? —responde con el ceño fruncido—. Todas las chicas como tú pasan por esto si quieren llegar a ser alguien, Andrea, a ver si espabilas un poco.

Andrea abre la boca, incrédula, mientras siente que todo da vueltas a su alrededor.

—No quiero volver a estar cerca de él —balbucea aturdida.

—¡Basta! —grita su madre y golpea la encimera, sobresaltando a Andrea—. ¿Crees que hemos invertido todos estos años en ti para que ahora vengas con remilgos? La semana que viene empiezas la campaña de trajes de baño, así que ve acostumbrándote a que te miren. El señor Harrington ha conseguido un contrato excelente, deberías darle las gracias y dejar de quejarte de una maldita vez.

Andrea siente que algo se rompe dentro de ella.

La temida campaña llega y el único consuelo de Andrea es que su madre está presente durante la sesión. El estudio fotográfico huele a perfume y a electricidad. Las luces son demasiado brillantes y el maquillaje le pica en la piel. Andrea está de pie frente a un fondo blanco, con un traje de baño que revela más de lo que oculta, incómoda con la situación y consigo misma. Con el mundo. Con sus padres.

—Necesitamos unas tomas más naturales —dice el fotógrafo, mirando a Harrington—. Sin el traje de baño.

Harrington asiente. Deborah, sentada en una esquina contando mentalmente el dinero que ganará con el trato que ha hecho hace un rato con el agente en su despacho, también asiente. Serán solo unas fotos y nadie tocará a Andrea, tampoco es tan malo.

—Quítate eso, Andrea —ordena el señor Harrington—. Serán unas fotos artísticas.

Andrea se paraliza. Sabe que eso no está bien, que no puede ser legal, pero si su madre da el consentimiento, no puede negarse. Algo estalla dentro de ella. Trece años de rabia contenida, de soledad, de ser tratada como un objeto. Andrea empuja el foco que la está cegando, lo tira al suelo y sale corriendo hacia el camerino. Nadie la persigue; saben que volverá. Siempre lo hace, pero esta vez es diferente. Sus pies la llevan hasta el apartamento de Tommy, un chico de diecisiete años al que conoció en un desfile el año anterior. Tommy, con sus tatuajes a medio hacer y su actitud rebelde, es lo más parecido a un amigo que tiene.

—Necesito que me tatúes —le dice nada más abrir la puerta.

Tommy parpadea sorprendido en cuanto la ve.

—¿Estás loca? Eres modelo, Andrea. Tu piel es tu...

—Mi cárcel —completa ella—. Por favor. No puedo seguir así —le suplica al borde del colapso.

Tommy la deja pasar aprovechando que no están sus padres y, durante la siguiente hora, Andrea le explica de manera atropellada el infierno que es su vida desde que tiene memoria.

—Pensaba que te gustaba lo que hacías —dice él, entre aturdido y enfadado.

Ella ni siquiera tiene que contestarle, su mirada perdida y triste habla por ella.

—¿Qué quieres tatuarte? —pregunta Tommy sacando su pistola para tatuar.

Andrea extiende su antebrazo derecho y se remanga.

—Marcas de conteo —dice sin dudarlo—. Como las que hacen los presos en las paredes de sus celdas —sus ojos están secos; hace tiempo que no puede llorar—. Llevo toda mi vida contando los días que me quedan para cumplir los dieciocho y poder escapar —añade pensando en su abuela Maggie.

Cinco líneas verticales y una diagonal que las cruza. El primer grupo de días que cuenta hacia su libertad queda grabado en su piel mientras el dolor físico, por primera vez, alivia un poco el de su alma, haciendo que Andrea descubra una forma de calmar su angustia que se convertirá en una vía de escape a la que recurrirá con frecuencia.

Cuando regresa a su casa ya es de noche. Andrea entra con la cabeza alta y el tatuaje fresco cubierto por una gasa que se quita justo antes de cruzar la puerta. Su madre está en el salón junto a su padre y, en la mesa, hay una botella de champán y un contrato nuevo.

—¡¿Dónde demonios has estado?! —grita Deborah levantándose del sofá—. Harrington ha estado llamando todo el día.

Con el corazón palpitándole en las sienes, Andrea extiende su brazo y muestra las marcas de tinta negra sobre su piel enrojecida.

—Ya no soy perfecta, mi piel no sirve —dice, y por primera vez en mucho tiempo, sonríe de verdad.

El golpe llega tan rápido que apenas lo ve venir. La mano de su madre impacta contra su mejilla con tanta fuerza que Andrea pierde el equilibrio y cae al suelo.

—¡Estúpida malcriada! —grita su madre—. ¡Después de todo lo que hemos hecho por ti!

Axel se levanta y se acerca. El rostro de su padre, normalmente inexpresivo, está rojo de furia mientras observa el tatuaje.

—Has estropeado lo único bueno que tenías —dice, quitándose el cinturón.

Los golpes llueven sobre ella sin que tenga tiempo de levantarse. Andrea se hace un ovillo en el suelo, protegiendo su cara y su tatuaje como si fuera algo sagrado. El dolor es intenso, pero hay algo distinto esta vez porque ya no siente miedo. Cuando su padre decide que ya es suficiente, ella se queda en el suelo, incapaz de mover un músculo sin rabiar de dolor.

Permanece ahí durante un tiempo que no puede definir mientras sus padres siguen viendo la televisión como si no hubiera pasado nada, hasta que suena el teléfono y la mente de Andrea se activa de nuevo para escuchar a su madre.

—No se preocupe, señor Harrington, tranquilo. Lo taparemos con maquillaje —dice tras explicarle la hazaña de Andrea—. La campaña sigue en pie —su voz suena dulce, profesional, como si no acabara de ver a su marido darle una paliza a su hija—. Andrea ha tenido un pequeño acto de rebeldía, pero ya ha aprendido la lección.

Andrea, tendida en el suelo, cierra los ojos y empieza a pensar en el siguiente tatuaje, en otra línea que significará un día menos. Un día más cerca de ser libre. Un dolor que calmará otro.

Capítulo 6

Tasha atraviesa el pasillo hacia el despacho de su jefa a paso tan rápido que parece que alguien la persigue. Ha tenido una mañana muy ajetreada y, ahora que al fin tiene unos minutos libres sin reuniones ni nada urgente que atender, no quiere que nadie la intercepte. Da dos golpes en la puerta —como hace siempre— y abre cuando Connie le da paso. Entra decidida y aliviada pensando que podrá hablar con ella unos minutos, pero se detiene en seco al ver que Hayden está sentada frente a su ordenador de sobremesa con el ratón en la mano y la mirada fija en la pantalla, probablemente instalando alguna actualización.

—Ah, estás ocupada —dice, nerviosa porque no tiene una excusa razonable para estar ahí. No ha ido a ver a la jefa, ha ido a ver a su amiga. Otra vez. Merece que la despida, piensa, pero se queda quieta.

Hayden se pone en pie antes de que Connie pueda responder.

—Esto ya está, pero tendrás que esperar a que se reinicie —dice mirando a Connie, que está a su lado, sentada parcialmente sobre la mesa.

—Vale. Gracias, cariño —responde la empresaria mirando la hora en su reloj de pulsera—. Te paso a buscar por el despacho en un rato y comemos juntas.

—Sí —asiente Hayden y se da la vuelta para salir.

Pasa por el lado de Tasha y se despide de ella levantando levemente la mano, de manera muy sutil. La jefa de personal le dedica una sonrisa y asiente, y no se mueve hasta que Hayden cierra la puerta.

—¿Está bien? —le pregunta a Connie en cuanto se quedan a solas.

La empresaria se deja caer en su silla y Tasha toma asiento frente a ella.

—Sí, solo está cansada, no ha dormido muy bien esta noche —miente Connie para no decirle que esta noche se ha quedado en su casa y Hayden ha tenido una pesadilla tan intensa, que después no ha podido conciliar más el sueño. Le pasa desde que comenzó la nueva terapia, pero la doctora dice que es normal.

—Vaya, no dormir es un asco —murmura Tasha compadeciéndola.

—Sí —concuerda Connie—. ¿Y a ti qué te pasa? No sé si tienes cara de no haber dormido o de que te haya atropellado un autobús.

—Ayer fui a ver a Andrea Loter. Si estás muy ocupada, te lo cuento en otro momento.

Connie levanta las cejas y chasquea la lengua.

—¿Y dejarme con la intriga? Ni hablar —dice torciendo la sonrisa mientras tira de su corbata—. Sinceramente, no pensé que te atreverías a ir, ¿cómo fue?

—Todo lo mal que podía ir, supongo —responde Tasha con expresión indescifrable.

Connie tiene que esforzarse por contener la risa. No es capaz de imaginarse lo que sucedió, pero la expresión de Tasha no le da ninguna pista y prefiere ser cautelosa.

—Define mal, no me imagino a Andrea Loter gritándote en su despacho —dice Connie.

—No, no me gritó, solo me pidió amablemente que me marchase de allí y no volviera nunca —dice con los ojos en blanco, agarrándose a los reposabrazos de la silla para después desviar la mirada.

Connie se siente confundida ante la actitud de su amiga. Lo normal es que le estuviese relatando todo lo sucedido con un toque de humor, tomándose la negativa de Andrea Loter con deportividad, pero Tasha parece entre ausente y afectada.

—¿Qué le dijiste exactamente? —pregunta Connie, frunciendo el ceño.

—Fui sincera. Le dije que me había impresionado y que quería conocerla, y creo que fui educada, no invasiva a pesar de las circunstancias. No sé —Tasha se encoge de hombros.

—¿Pero? —inquiere Connie.

—Se lo tomó fatal. A ver, yo entiendo que no se lo esperaba, que le molestase que le hiciera perder el tiempo y todo eso, que mintiera sobre el motivo real de mi visita, ya sabes… —sonríe un poco, pero a la empresaria le parece una sonrisa triste.

Connie cabecea.

—La verdad es que yo en su lugar me hubiera sentido bastante desconcertada, Tasha, pero bueno, es que la sutileza y tú jamás habéis ido unidas de la mano. Todavía recuerdo cuando entraste aquí con aquel documento firmado que me daba vía libre para acostarme contigo —dice y se echa a reír.

Tasha parpadea al recordarlo y se une a la carcajada de Connie.

—Sí, siempre he pecado de ser demasiado directa y tener poca delicadeza en ese aspecto. Merezco que Andrea Loter me mandara a paseo, suerte tuve de que no llamara a seguridad. Quizá habría sido mejor esperarla en la calle y abordarla allí, no sé, en cualquier caso, ahora sé con seguridad que estoy jodida —murmura y cruza una pierna sobre la otra.

—¿Jodida? —pregunta Connie, sin comprender a qué se refiere—. ¿Es que va a demandarte por acoso? —añade jocosa, haciendo sonreír a Tasha.

—No, joder. Bueno, al menos eso espero. Aunque si lo hiciera, al menos tendría una excusa para verla.

Connie entorna la mirada y la clava en Tasha, que aparta la suya porque es incapaz de mantenerla en la empresaria.

—¿Qué me estoy perdiendo, Tasha? —inquiere Connie.

La jefa de personal toma una gran bocanada de aire y cambia la posición de sus piernas, sintiéndose vulnerable por primera vez en mucho tiempo.

—Cuando la vi —empieza a explicar—, me refiero a cuando estuve sentada frente a ella, mientras me hablaba… —se

detiene, como si le costara encontrar las palabras que definen lo que piensa.

—¿Qué? —pregunta Connie, abriendo las manos frente a ella instándola a seguir.

—No podía respirar, Connie —confiesa por fin—. El corazón me palpitaba en la garganta y sentía cosquilleo por todas partes mientras ella me fulminaba con la mirada como si fuera un insecto molesto.

—Ay, joder —dice Connie, con las cejas levantadas por la sorpresa.

—Sí, eso pensé yo —dice Tasha, resignada—. Mientras Andrea Loter me miraba como si fuera una pirada que quería acosarla, yo comprendía que esa necesidad de conocerla no venía solo porque me hubiera deslumbrado su belleza el día que la vi aquí —añade señalando la puerta del despacho con un gesto de cabeza—. Al parecer, y para mi disgusto, fue mucho más que eso.

—Tuviste un flechazo —Connie sonríe al pronunciar las palabras, incapaz de contenerse.

—A mí no me hace gracia. Estoy colada por una mujer con la que no tengo ninguna posibilidad, y no solo eso, me odia. Me considera una trastornada, y eso me hace sentir muy rara —se lamenta Tasha.

—Lo siento —se disculpa Connie levantándose de la silla para sentarse a su lado—. No quiero reírme de ti, es que me ha sorprendido. Y de verdad que lamento que saliera mal, Tasha, pero al menos lo has intentado. Eres una mujer muy valiente, eso hay que reconocértelo. Yo no me habría atrevido a presentarme así en su despacho —dice, ladeando la cabeza mientras habla.

—No. Tú habrías encontrado una manera más sutil y menos invasiva, haciendo que cayera rendida ante ti con un par de pestañeos y una de tus sonrisas torcidas —resopla Tasha.

—¿Así me ves? —se sorprende Connie, cruzándose de brazos y arqueando una ceja.

—Por supuesto, no necesitas hacer nada para gustar. Eres sexy y punto, atraes a cualquier mujer sin esfuerzo, eso es un hecho. Mira cómo tienes a Hayden —añade burlona—. Y yo babeaba por ti, ya lo sabes —añade divertida.

Connie la mira fijamente durante un instante antes de que ambas estallen en una carcajada.

—Vale —dice la empresaria cuando se calman—, ignoraré tu último comentario. En cuanto a ti, tienes que seguir adelante. Bastante tienes ya con el problema de Jessica como para complicarte la vida pensando en Andrea Loter. Sé que esto es fácil de decir y un poco frío, pero técnicamente, te ha dicho muy claro que no está interesada, así que pasa página, Tasha. Sal por ahí y conoce a otras mujeres, te vendrá bien desconectar y aliviarte un poco.

Tasha se echa a reír otra vez.

—¿Me estás diciendo que eche un polvo? —pregunta atusándose la melena con despreocupación.

—Sí, justo eso. Follar relaja, eso lo sabemos ambas. Me parece que lo necesitas.

—Tienes razón —concuerda Tasha—. Creo que tengo que empezar a salir más —dice, levantando las manos antes de ponerse en pie—. Gracias por escucharme, y por dejarme las llaves de tu apartamento.

—De nada, pero si piensas llevarte a una mujer a la cama, te vas a un hotel —le recuerda Connie—. No quisiera volver a casa y llevarme una sorpresa desagradable.

Tasha sale del despacho sonriendo tras escucharla, aunque no está segura de poder acostarse con nadie porque, por ahora, piensa demasiado en Andrea Loter, y sería raro.

Capítulo 7

—Adoro a la gente que llega tarde —ironiza Caroline soltando un resoplido mientras comprueba la hora por tercera vez.

Andrea se ríe y le da un toque con el pie. La abogada ha salido del juzgado hace un rato y como tenía tiempo antes de volver al bufete, ha aprovechado para pasarse por el estudio de su exnovia para saludarla. Está apoyada en el archivador que Caroline tiene justo detrás del mostrador y la tatuadora sentada en la silla mientras espera a su siguiente clienta. Andrea tenía la intención de contarle algo muy extraño que le ha sucedido esta madrugada, cuando se ha despertado sobresaltada tras haber tenido un sueño con Tasha Merrell. En él, ambas estaban en los pasillos de un edificio que Andrea no podía identificar. La abogada salía de lo que supone que eran los baños y Tasha estaba en el pasillo tecleando algo en su móvil, ajena a su presencia, y ella se quedaba pasmada observando sus manos y la ligereza con la que movía sus dedos mientras sonreía a la pantalla. Andrea experimentaba algo parecido a una punzada de celos al preguntarse con quién hablaba y, entonces, justo en ese momento, Tasha levantaba la mirada como si hubiera presentido su presencia y sus ojos marrones brillaban al conectar con los suyos. Andrea sintió que se estremecía de arriba abajo cuando Tasha le sonrió y levantó una mano para saludarla, y ahí es cuando se ha despertado.

Le sorprende la claridad con la que recuerda ese sueño, incluso el hecho de recordarlo, porque, normalmente, suele olvidarse de las cosas que sueña en cuanto se despeja, pero este lo tiene grabado a fuego y podría describir cada detalle con precisión sin esforzarse. Decide no comentarlo con Caroline porque ella es muy de creer en conexiones y señales, y está segura de que le dirá que si ha soñado con Tasha —además de

una forma agradable que le ha provocado deseo— es porque, en el fondo, se arrepiente de haberla echado de su despacho y le gustaría conocerla.

—¿En qué piensas? —pregunta Caroline, devolviéndola a la realidad.

Andrea se pasa una mano por el brazo y niega con la cabeza como si no fuera importante.

—En que eres demasiado impaciente, tu cita solo se retrasa un par de minutos —responde Andrea.

—Eso lo dice la que no soporta la impuntualidad —le recuerda Caroline, arqueando una ceja.

—Quizá está intentando aparcar —se encoge de hombros Andrea, echando de menos el piercing de su labio cuando se pasa la lengua—. Ya sabes lo complicado que es encontrar sitio en esta zona, y más a esta hora.

—Que lo meta en un parking privado —sigue Caroline, molesta.

Andrea vuelve a sonreír y su exnovia la observa. Ya no queda rastro del mal humor que arrastraba hace dos días cuando Tasha Merrell se presentó en su despacho. Está relajada y serena, y a Caroline le encantaría decirle lo especialmente guapa que está hoy, pero se lo calla porque, aunque viniendo de ella a Andrea no le molestan los comentarios sobre su físico, a veces la coge distraída y nota como cambia su expresión, transportándola momentáneamente a otro sitio más oscuro.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunta Caroline, cambiando de tema.

—Pasaré por la tienda cuando salga del trabajo. Mi abuela tenía un par de cosas apuntadas en la lista la otra noche cuando fuimos a cenar. Y después iré a llevárselas y cenaré con ella. ¿Y tú?

Caroline se encoge de hombros.

—No sé, a lo mejor salgo por ahí a tomar unas cervezas con unas compañeras del gremio, ya veremos —contesta no muy convencida.

El ruido de la puerta al abrirse las hace girar. Por ella entra una mujer a la que ambas le calculan una edad parecida a la de Caroline. Está hablando por teléfono y parece una llamada importante que no puede cortar, porque se queda junto a la puerta, hablando en voz baja mientras se mueve de un lado a otro por delante del escaparate.

—¿Esa es tu clienta? —pregunta Andrea.

—Supongo —responde Caroline, con la mirada clavada en la mujer.

—Es guapa, muy de tu estilo —murmura Andrea en voz baja.

Caroline se gira y la enfoca, Andrea sonríe y se encoge de hombros. La tatuadora no se lo puede rebatir porque la mujer que acaba de cruzar la puerta sí que es de su estilo. Vestida con una falda de tubo a juego con la chaqueta ajustada de color gris y la melena castaña recogida en una cola baja perfecta, es imposible negar que la mujer resulta tan atractiva como elegante, igual que Andrea Loter. Ese es el estilo de mujer que siempre ha llamado la atención de Caroline, completamente opuesto a lo que es ella, llena de tatuajes y piercings, siempre vestida con pantalones negros ajustados y camisetas anchas que le otorgan ese aire salvaje que tanto atrae a las mujeres.

—Sí que es guapa —confirma Caroline, volviendo a mirarla.

—¿Qué se va a hacer? —pregunta Andrea intrigada—. No la veo ni tatuada ni dejando que la atravieses con una aguja —murmura divertida mientras la mujer sigue pegada al teléfono.

—Un piercing —responde Caroline y se gira hacia Andrea, dándole un repaso de arriba abajo—. Te recuerdo, nena, que debajo de ese traje tan elegante que llevas, esa piel tan suave tuya tiene más dibujos que un cómic —se ríe, contagiando a Andrea—. A ti tampoco te pegan y tienes de todo.

Andrea asiente, consciente de que tiene razón, acostumbrada a las expresiones de asombro de las pocas mujeres con las que se ha acostado cuando ven lo que se esconde debajo de ese aspecto tan formal.

—Es verdad —confirma Andrea—, pero estoy segura de que ella no. Me apuesto lo que quieras a que ese piercing es el primero que se hace y no lleva ningún tatuaje. Parece la típica ejecutiva perfecta incapaz de hacer una locura.

—Ojalá quiera el piercing en un pezón —suelta Caroline jocosa—, así podré comprobar tu teoría.

—Ya, claro —sonríe Andrea.

La mujer cuelga y ambas se quedan en silencio de repente.

—Siento llegar tarde, soy Ava Stuart, tengo una cita —dice mientras se acerca al mostrador.

Caroline carraspea y se levanta de la silla.

—Tranquila, vamos bien de tiempo —dice, girándose hacia Andrea para despedirse.

—Me voy —dice Andrea en voz baja, mirándola a los ojos—, ya me contarás —sonríe con malicia.

—Por supuesto. Dale recuerdos a tu abuela de mi parte.

Se dan un beso en los labios para despedirse y Andrea sale de detrás del mostrador en dirección a la puerta.

—Bueno, pasa por aquí —dice Caroline, guiando a Ava hacia la sala donde obra su magia.

Ava no pierde detalle de todo lo que ve a su alrededor, observando el espacio con atención mientras Caroline cubre la camilla con una tira limpia de papel y le pide que se siente.

—¿Dónde te lo vas a hacer? —pregunta Caroline, poniéndose unos guantes de látex.

—¿Qué? —contesta Ava, despistada.

—El piercing, ¿has decidido dónde lo quieres? Dependiendo del sitio, deberás escoger un modelo u otro —explica Caroline, sentándose en un taburete en el rincón, dándole un poco de espacio para que piense.

Ava la observa durante un instante y sonríe. Debe reconocer que está desconcentrada, algo impropio de ella, pero la dueña del estudio de tatuajes, con los brazos cubiertos de dibujos y tantos aros en la oreja, la tiene en una especie de hechizo hipnótico desde que ha entrado.

—¿Es tu pareja? —pregunta sin cortarse.

—¿Perdón? —dice Caroline, tratando de ubicarse.

—La mujer que había aquí cuando he entrado, ¿es tu pareja? —aclara Ava.

Caroline levanta una ceja y tuerce una sonrisa, sorprendida por el descaro de Ava Stuart.

—Lo fue, ahora solo somos amigas —no es una verdad exacta, pero Ava tampoco se ha ganado el derecho a que Caroline le dé detalles y confiese que todavía se acuestan de vez en cuando.

—Entiendo —responde Ava, intentando disimular la satisfacción que le produce la respuesta—. Lo quiero en el labio —dice y se señala el labio inferior, dándose un suave toque con el dedo que a Caroline le envía una corriente por la columna.

—Perfecto —dice levantándose—. ¿Tú tienes novia? —pregunta tan directa como lo ha sido Ava antes.

La mujer sonríe sin poder evitarlo mientras Caroline le muestra un cajón con distintos pendientes apropiados para la zona.

—¿Qué te hace pensar que me gustan las mujeres? —pregunta Ava que, en lugar de mirar los piercings, observa las manos finas de Caroline a través de los guantes.

—La verdad es que no lo sé, ¿te gustan? —dispara Caroline.

—¿Siempre eres tan directa?

—No le veo el beneficio a las pérdidas de tiempo —responde Caroline.

—En ese caso, te diré que jamás he estado con un hombre ni pienso estarlo. Espero que eso responda tu pregunta. Quiero este.

Ava señala un aro al azar y Caroline retira la caja.

—Debo decir que tienes un gusto excelente, en todos los sentidos —dice Caroline acercándose a ella con un rotulador.

—¿Qué haces? —pregunta Ava, tensándose ante su cercanía.

—Tienes que decirme dónde lo quieres exactamente. Yo te haré una pequeña marca y te miras en el espejo; si no te gusta el sitio, la borramos y la movemos.

Ava no sabe qué decir, ni siquiera lo ha pensado, pero se ve levantando una mano y señalando su labio inferior con el dedo.

—Aquí —dice tocando justo en el centro.

Puede sentir el perfume de Caroline envolverla. No puede definir a qué huele porque se mezcla con el olor a desinfectante de la sala, pero le gusta. Ava se estremece cuando los dedos de Caroline le rozan la barbilla para que se quede quieta y hace un punto bajo su labio.

—A ver si te gusta ahí, es donde creo que te quedará bien dado el grosor de tu labio.

Le entrega un espejo y Ava se observa. No tiene ni idea de lo que está haciendo.

—Vale —responde aturdida.

—Es el primero que te haces, ¿verdad? —pregunta Caroline mientras prepara lo que necesita.

—Y el último —asegura Ava convencida.

Caroline se gira y la observa con una sonrisa divertida.

—Eso lo decimos todas, pero esto engancha. Seguro que dentro de unas semanas vuelves para que te haga otro, o un tatuaje —dice asintiendo mientras le sonríe.

—Te garantizo que no —responde Ava—. Además, para cuando salga de aquí, no querrás que vuelva.

Caroline vuelve a mirarla con expresión desconcertada, sin comprender su comentario.

—Me cuesta creer eso —dice la tatuadora, acercándose a ella con una bandeja donde está el piercing que ha elegido, todo lo que necesita para desinfectarlo y la aguja preparada para abrirle el agujero.

Ava lo mira, horrorizada.

—¿Lista? Será un momento, solo sentirás…

—Aparta eso de mí —la corta Ava bajando de la camilla—. En realidad, soy inspectora de sanidad.

La frialdad con la que lo afirma, hace que Caroline no dude ni un segundo de la veracidad de sus palabras. Frunce el ceño, ofendida, y se aparta dejando la bandeja sobre un carro con un golpe seco.

—¿Has montado todo este circo solo para asegurarte de que sigo las normas? —pregunta indignada.

Ava respira hondo y asiente, mirándola a los ojos.

—No es nada personal, es mi trabajo.

—Y una mierda, tu trabajo lo puedes hacer de muchas maneras. Pedir cita y fingir ser una clienta más es muy rastrero —le reprocha Caroline.

—Tal vez, pero estoy en mi derecho. Y es una de las maneras más eficientes de comprobar ciertas cosas. Ahora, por favor, necesito que me entregues toda la documentación del establecimiento que hay en este documento —dice abriendo una carpeta que saca de su bolso, de la que extrae un par de hojas grapadas.

Caroline las coge, todavía perpleja, y suelta un bufido exasperado.

—Lo tengo todo digitalizado —dice señalando la puerta.

—Genial, me lo puedes enviar al correo que hay debajo.

Resoplando, Caroline le cede el paso para que salga de la salita donde trabaja, negándose a dejarla donde no pueda verla. Se sienta tras el mostrador y enciende el ordenador mientras Ava se pasea por el estudio haciendo fotos del extintor, las luces de emergencia y otras cosas que Caroline no entiende. De vez en cuando, mira de reojo a Caroline, preguntándose en qué momento ha pasado de entrar a hacer una inspección, a empezar a coquetear con ella.

—Lo acabo de enviar —Caroline se levanta, atravesándola con la mirada—. Vas a tener que pagarme como si hubiera llevado a cabo el trabajo. Una cosa es que hagas una inspección y otra que me tomes el pelo y además me hagas perder dinero.

Ava la mira fijamente y sonríe.

—Cualquiera en tu lugar, estaría haciéndome la pelota en lugar de atreverse a pedirme dinero —confiesa sorprendida.

—Ya, pues yo no soy cualquiera, eso ya deberías haberlo notado en cuanto has entrado —dice, arqueando una ceja mientras apoya las manos sobre el mostrador—, pero te voy a dar otra opción.

—Vaya —dice Ava—, a ver, sorpréndeme.

—Puedes pagarme o invitarme a cenar. Elige tú.

—Desde luego, eres una descarada de manual —dice Ava, sorprendida de que una mujer como Caroline McCoy, que no tiene nada que ver con ella, la atraiga de este modo.

—Eres tú la que ha sido una descarada preguntando si Andrea era mi novia. No te has cortado ni un pelo, así que no te hagas ahora la remilgada. ¿Dinero o cena?

Ava se acerca al mostrador, colocando sus manos al mismo nivel que las de Caroline, a punto de rozar sus dedos.

—Lo decidiré después de revisar la documentación que me has enviado. Ya hablaremos, Caroline.

—Joder —sonríe Caroline en cuanto Ava sale por la puerta.

Capítulo 8

Andrea hace malabares con las llaves de casa de su abuela mientras sostiene las bolsas de la compra con una mano, su bolso en la otra e intenta abrir. Cuando lo consigue, empuja la puerta con el hombro y suspira con alivio, cerrando con el pie y dejando caer su bolso sobre el sillón.

—¿Andrea? —se oye la voz de su abuela Maggie desde la cocina, con ese tono de calidez que hace que Andrea siempre se sienta en casa.

—Soy yo, abuela, traigo la compra —dice mientras avanza hacia la cocina.

Maggie asoma la cabeza por la puerta con una sonrisa que le ilumina las arrugas del rostro. Lleva un delantal que probablemente tenga más años que Andrea porque en su memoria siempre la recuerda con él.

—¿Otra vez has ido a comprar? No había nada urgente en la lista, niña, ya te lo dije —protesta su abuela.

Andrea ignora el comentario y deja las bolsas sobre la mesa de la cocina.

—No me cuesta nada, me pilla de camino hacia aquí —comenta empezando a sacar cosas.

Su abuela se planta a su lado y pone los brazos en jarras.

—Yo no apunté tantas cosas.

Andrea sonríe, divertida.

—Lo sé, he añadido algunos productos de limpieza que me pidió la señora Harris y también te he traído esto, pero no abuses —dice sacando una caja de bombones, los favoritos de su abuela.

A Maggie los ojos se le desorbitan mientras se la arranca de las manos.

—Eh —Andrea se queja en medio de una carcajada y, con rapidez, recupera la caja—, no puedes coger ninguno antes de la cena —dice imitando la voz de su abuela con una burla, como hacía con ella cuando Andrea era más joven.

Maggie se ríe y niega con la cabeza, dándola por imposible.

—¿Qué estás haciendo para cenar? —pregunta Andrea destapando la olla que hay sobre el fuego.

—Carne asada, ¿por qué no cortas las verduras mientras guardo todo esto? —le pide su abuela.

Andrea no responde, simplemente agarra el cuchillo que está sobre la tabla de cortar y se pone a trabajar, obediente como siempre. Durante un momento, el único ruido en la cocina es el del cuchillo contra la madera y el de los armarios mientras Maggie Loter los abre y los cierra, pero entonces, Maggie tose. Es una tos seca, breve, pero suficiente para que Andrea detenga el cuchillo en el aire y la mire de reojo.

—¿Otra vez, abuela? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Solo es tos, Andrea, no empecemos —Maggie hace un gesto con la mano restando importancia—. Es un catarro.

—Eso dijiste hace casi una semana, y sigues igual. Vamos a ir al médico.

—Mira, niña —dispara su abuela, señalándola con el dedo. A pesar de las circunstancias, Andrea tiene que contener la risa porque le hace mucha gracia cuando su abuela se pone en plan autoritario—. Aquí las órdenes las sigo dando yo. No voy a ir al médico para que me diga lo mismo de siempre: que me abrigue, que tome sopa caliente y que no me preocupe. A mi edad los resfriados duran más, ¿qué te piensas, que soy una moza como tú? Acaba eso y dámelo.

Andrea suspira, pero no insiste más. Sabe que discutir con su abuela es como hablar con una pared, pero no por eso logra dejar de estar preocupada por ella.

Cuando la cena por fin está lista, Andrea siente la mirada de su abuela clavada en ella y sonríe porque ya sabe lo que viene, sus piercings, algo a lo que Maggie no puede acostumbrarse.

—¿Sabes? —empieza, señalándola con el tenedor. Andrea entorna la mirada—. Esos hierros en la cara no te hacen ningún favor, pareces una de esas cajas de herramientas que tenía tu abuelo.

Andrea se ríe, acostumbrada ya a la crítica.

—Solo me los pongo después del trabajo, abuela —le recuerda hastiada—. Y a mí me gustan.

—Pues menos mal. Si los clientes de tu bufete te vieran así, seguro que les daba un infarto —dice y se mete un trozo de carne en la boca—, y bastantes problemas tendrán ya los pobres si necesitan un abogado.

—A ti no te ha dado y llevas años viéndome, algún día, te acostumbrarás —rebate Andrea.

—Lo dudo.

Cuando terminan de cenar, Andrea recoge los platos mientras su abuela se sienta en su sillón favorito, con la caja de bombones en el regazo ante el dilema de no saber cuál elegir.

—Solo uno, abuela, que tiene mucho azúcar —le recuerda Andrea desde la cocina.

—Que sí, pesada —bufa Maggie, cogiendo uno con forma de luna y dejando la caja a un lado.

Andrea se acerca y sonríe mientras la observa quitar el envoltorio y metérselo en la boca, saboreándolo con el deleite de una niña.

—Me voy, abuela, mañana pasaré a verte —dice inclinándose para darle un beso en la mejilla.

—¿Mañana? —se extraña su abuela, consciente de que Andrea siempre va cada dos días.

—Sí, tengo que visitar a un cliente cerca de aquí a última hora, así que, cuando acabe, pasaré a verte. Si quieres, claro —bromea para hacerla enfadar.

—Claro que quiero, ¿qué tonterías dices?

Lo que Andrea no le dice es que no tiene ningún cliente al que visitar. El motivo por el que quiere ir a verla es porque le preocupa su tos, pero si se lo comenta, su abuela le soltará otro rapapolvo que no está dispuesta a escuchar.

—Nos vemos mañana —le da otro beso y se marcha.

Cuando Andrea llega a su apartamento, se quita los zapatos suspirando con alivio y deja las llaves sobre la barra de la cocina. Ha entrado con la idea de ir directamente a darse una ducha, pero su mirada se detiene en el saco de boxeo que cuelga en una esquina del salón, abandonado como si fuera parte de la decoración. Caroline se lo regaló al principio de la relación con la esperanza de que fuera otra alternativa para que Andrea pudiera calmar su ira y su ansiedad en sus momentos más oscuros, pero no funcionó. A Andrea solo la calman dos cosas: el sexo desenfrenado o repasar sus tatuajes. Esto último es lo que Caroline trató de evitar a toda costa, y logró pausarlo, pero no erradicarlo de la vida de Andrea, porque en sus momentos más duros o de mucho estrés, no puede evitarlo.

Se esforzó por utilizar el saco y lo intentó las primeras veces, golpeando con desgana mientras Caroline la animaba desde el sofá, pero no la saciaba y se quedó ahí, colgado e inmóvil. Ahora lo observa y siente unas ganas repentinas de golpearlo que no sabe de dónde provienen, como si la preocupación por su abuela le hubiera despertado algo que estaba dormido.

—Joder —suspira descolocada, pero va hacia el mueble del salón, abre un cajón y saca los guantes que Caroline le regaló junto al saco.

Se desabrocha la camisa y se la quita para estar más cómoda, se pone los guantes y da un primer golpe que resuena en el salón. Andrea siente un cosquilleo en las manos, una sensación extraña que no sabe definir. No es el alivio que le proporciona repasar un tatuaje; aquello elimina un dolor con otro. Esto es una descarga de tensión que, al parecer, tiene acumulada sin saberlo. Golpea otra vez, en esta ocasión lo hace con más fuerza y le entran ganas de gritar. Sonríe y sigue golpeando el saco hasta que todo a su alrededor se desvanece unos instantes y lo único que escucha es el sonido sordo de sus guantes golpeando contra el saco. Al final, se detiene

sintiéndose exhausta. Los brazos le tiemblan cuando se quita los guantes y los deja sobre el mueble, a la vista, con la esperanza de que le entren ganas de utilizarlos otro día, cosa que probablemente no pasará más.

Se va hacia el baño, termina de desnudarse y se mete en la ducha, poniendo el agua lo más caliente que su piel puede soportar para que el calor le relaje los músculos de los brazos, que todavía le tiemblan. Cuando sale, se detiene frente al espejo y se observa. Tatuajes en su torso, en sus brazos y en los muslos. A ella le gustan, le parecen hipnóticos, y Caroline siempre le decía que estaban distribuidos con mucha clase, siguiendo las líneas de su cuerpo. Se pasa los dedos por los que tiene en el antebrazo izquierdo y mira los de sus muslos, los más accesibles y cómodos para ella cuando siente la necesidad de repasarse. Nota la rugosidad de una cicatriz en uno de ellos y siente un escalofrío atravesarla desde la cabeza hasta los pies.

Hace mucho que no se repasa, que no siente esa pulsión incontrolable de perfilar sus tatuajes hasta hacerse sangre. Las épocas en que estuvo en terapia la ayudaron a asimilar lo que le sucedió y le dieron herramientas para aprender a manejarlo. Además, cuando siente esos nervios o esas sensaciones incómodas que no puede detener, Caroline suele estar ahí y eso es suficiente. Hace falta un evento que la desestabilice mucho para que Andrea sienta la necesidad de repasarse. La última vez, fue hace dos años cuando su madre apareció de forma repentina en casa de su abuela, alegando querer recuperar la relación con su hija. Andrea sufrió una crisis nerviosa y después entró en estado de shock. Se hizo tal destrozo en la pierna repasando tatuajes, que estuvo cojeando dos semanas en las que Caroline le desinfectaba las heridas cada noche sin reprocharle nada, aplicándole el antiséptico con una delicadeza que hacía que Andrea se sintiera más culpable.

De repente, Andrea abre mucho sus ojos azules cuando se pregunta si a Tasha Merrell le gustaría su cuerpo salpicado por la tinta. Frunce el ceño y suelta un bufido, girándose para buscar su ropa interior mientras se pregunta por qué no puede

dejar de pensar en ella a pesar de que sigue cabreada por la visita que le hizo.

Capítulo 9

Andrea sale del tribunal con el gesto contraído, los labios apretados y la toga mal doblada sobre el antebrazo. Tiene calor y mucha sed, y le empieza a doler un poco la cabeza. El juicio del que acaba de salir ha sido largo y, aunque lo ha ganado, no le ha dejado buen sabor de boca. Hay varias cosas que podría haber hecho mejor y preguntas incómodas que podría haberle ahorrado a su cliente si hubiera preparado mejor a uno de los testigos, pero como siempre dicen sus jefes, Albert y Henry, no se puede brillar todos los días y hay que tomar nota de los errores para no cometerlos en el siguiente juicio.

Suspira mientras sigue caminando por el pasillo a paso rápido. Andrea necesita aire, café o una esquina tranquila donde poder sentarse un rato para descargar toda la tensión que se le acumula en la espalda, o las tres cosas. Tuerce en una esquina hacia el pasillo central, absorta en los detalles del juicio para tomar nota mental de todo lo que debe mejorar y eso provoca que no vea a la mujer que viene en sentido contrario hasta que es demasiado tarde y el choque se produce. Es un golpe seco de dos cuerpos, no es fuerte, porque la otra mujer se frena antes que ella, pero eso no evita que la carpeta de la mujer caiga al suelo y sus papeles se esparzan en todas direcciones. Andrea da un paso atrás, levantando las manos mientras abre la boca para disculparse, y las palabras se le atascan en la garganta cuando se encuentra con los ojos marrones de Tasha Merrell.

Tasha tiene el corazón tan desbocado que le retumba en los oídos. No puede negar que, cuando ha sabido que debía venir a los juzgados, ha pensado en Andrea Loter, pero la posibilidad de encontrarse con ella le ha parecido tan pequeña, que ni siquiera la ha contemplado. Y ahora la tiene delante, mirándola perpleja

con esos ojos tan azules como un mar embravecido. A Tasha le encantaría invitarla a un café, preguntarle cómo está o decirle que el botón más alto de su camisa cuelga de un hilo y está a punto de perderlo, pero sabe que no puede. Andrea le dejó muy claro que no quiere saber nada de ella, y Tasha lo respeta, así que murmura un saludo casi tímido y se agacha para recoger los papeles que se le han caído.

Andrea sabe que debe decir algo, pero su cuerpo sigue paralizado, igual que su mente. Se fija en la melena de rizos oscuros y perfectos de Tasha, después en sus manos, morenas y elegantes, que tiemblan ligeramente mientras intentan recoger los documentos esparcidos por el suelo. Andrea no puede evitar recordar el sueño que tuvo con ella y se pregunta si el pasillo en el que estaban podría ser este, si era una señal como lo habría catalogado Caroline y ahora está destinada a soñar con Tasha Merrell y encontrarse con ella. Al fin reacciona y se agacha, ayudando a Tasha a recoger los últimos papeles, que le entrega cuando ambas se levantan al mismo tiempo.

—Gracias —dice Tasha, metiéndolos con prisa en la carpeta.

—¿Te has hecho daño? —pregunta Andrea, con una mezcla de incomodidad y nerviosismo.

—No, no —asegura Tasha—. Tranquila, estoy bien. ¿Y tú?

—Tampoco. Siento haber chocado contigo, iba despistada —se disculpa la abogada.

—No pasa nada, despistes tenemos todas. En fin, me ha alegrado verte, Andrea —dice Tasha, girando el cuerpo para marcharse.

Entonces un pensamiento fugaz cruza la mente de Andrea, es algo repentino y absurdo, en el fondo está segura de ello, pero frunce el ceño y su lengua se dispara sin poder evitarlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta inquisitiva, mirando a Tasha fijamente.

Ella es abogada, su presencia está justificada en los juzgados, pero Tasha no lo es, al menos que ella sepa y, por un momento, la atraviesa la paranoia. La mirada de Tasha se

endurece y la expresión cálida de sus ojos marrones se vuelve fría como el mármol de inmediato.

—¿Crees que te estoy acosando? —responde Tasha, aguantando su mirada con expresión pétrea.

—Solo estoy preguntando —dice Andrea, consciente de lo ridícula que suena su justificación en cuanto sale de su boca.

—Ya, claro —dice Tasha, meneando la cabeza mientras suelta el aire por la nariz, ofendida.

Andrea se da cuenta de que ha metido la pata, de que sea lo que sea lo que la ha llevado allí, no es ella o el impacto que, según Tasha, le provocó su belleza. Tampoco su divorcio porque iría acompañada de su abogado en todo caso, pero sin duda, tiene un motivo para estar en los juzgados que no tiene nada que ver con ella, y no tenía derecho a preguntar.

—Lo siento —se disculpa, y su mirada se pierde en el porte serio de Tasha, en su elegancia natural y la autoridad que emana de ella, haciendo que algo le cosquillee por dentro, descolocándola.

—Da igual. Soy la jefa de personal de Connie —decide explicar Tasha porque quiere dejarle muy claro que ella es una mujer decente que sabe apartarse cuando el sentimiento no es mutuo—. Dirijo el departamento de Recursos Humanos, y he venido para presentar documentación por un caso de despido improcedente que arrastramos desde hace tres años. No dejan de pedir cosas, parece algo interminable.

—Entiendo —dice Andrea, asintiendo de forma casi imperceptible.

Eso sí que justifica su presencia. De ese tipo de asuntos se encarga gente como Tasha, no los dueños de las empresas.

—Ya —sonríe Tasha abrazando la carpeta contra el pecho.

Silencio.

La mirada de Andrea sigue fija en ella y Tasha se pregunta qué piensa la abogada. Le parece una mujer enigmática, misteriosa y muy desconfiada, demasiado para lo joven que es, y lamenta no poder tener la oportunidad de conocerla mejor, pero las cosas son así.

—Bueno, Andrea, que te vaya bien. Debo volver a la oficina —se despide Tasha.

Andrea no la detiene, aunque una parte de ella siente la tentación de hacerlo, de disculparse de nuevo, de estrecharle la mano y preguntarle si pueden comenzar de cero, pero no lo hace porque está muy confundida, aterrada en realidad, porque le da mucho miedo bajar sus muros y que Tasha resulte ser de esas que no ve más allá de su envoltorio. Sus labios se entreabren como si de ellos fuera a salir algo, pero vuelve a cerrarlos y, en su lugar, se frota las sienes, sintiendo que el dolor de cabeza está aumentando.

Caroline le diría que lo que necesita es un bofetón para espabilar, y probablemente sea así, piensa Andrea, mientras observa a Tasha Merrell alejarse por el pasillo.

Capítulo 10

—Gracias por su paciencia, señorita Loter —dice Marisa Thompson, una clienta habitual en el bufete que no deja de querellarse contra todos sus exmaridos, y tiene ya unos cuantos.

Andrea finge la mejor de sus sonrisas y asiente. Le duele la cabeza, otra vez. No es que lo arrastre del día anterior. Anoche, cuando llegó a su casa, se tomó un analgésico y se le pasó, pero se ha despertado con la cabeza embotada porque, de nuevo, ha soñado con Tasha Merrell esta madrugada y Andrea recuerda el sueño con una claridad abrumadora. En esta ocasión, estaban en plena calle, tampoco identifica cuál, ella a un lado de la acera y Tasha al otro. Tasha volvía a ser ajena a su presencia mientras miraba algo en un escaparate, pero Andrea no podía apartar la mirada de ella, como si estuviera hechizada. Hasta que el escenario cambiaba de repente y estaban más cerca, y lo que Tasha tenía delante no era el cristal de un escaparate, sino un espejo, y entonces veía a Andrea y le dedicaba una sonrisa. Ahí se ha despertado, sobresaltada, con el pulso acelerado y el vientre vibrando de deseo.

La abogada se ha pasado parte de la mañana dándole vueltas al asunto, preguntándose sin lograr una respuesta que la convenza, por qué si normalmente no recuerda ningún sueño, recuerda los de Tasha.

Ve a Marisa Thompson moverse y murmurar algo, pero Andrea no le presta mucha atención. Lo peor que puede pasarte después de un largo día de trabajo entre reuniones con abogados de partes contrarias, llamadas eternas y revisión de documentos para atender los nuevos casos, es que una de tus últimas clientas del día sea Marisa Thompson. A la mujer, además de sacarle todo lo que puede a sus exmaridos, le

encanta hablar y hacerse la víctima, haciendo que sus visitas se prolonguen más de lo necesario.

Andrea no la soporta, pero ella no es la dueña del bufete ni elige los casos que le asignan, así que le toca aguantarla, de ahí que la cabeza le esté dando vueltas y el dolor haya regresado. Además, no ha pasado buena noche, lleva todo el día con mal cuerpo y una sensación extraña y solo quiere terminar su turno para marcharse a casa de su abuela. A lo mejor, incluso, se queda a dormir allí, en su antigua cama, porque a veces lo único que necesita para sentirse en paz, es pasar la noche en casa de su abuela.

—¿Está bien? —le pregunta Marisa.

—¿Qué? —Andrea responde y se da cuenta de que Marisa tiene la mano extendida hacia ella, flotando entre sus cuerpos —. Oh, disculpe —Andrea se la estrecha de inmediato, quizá con más fuerza de la necesaria, porque Marisa da un respingo y fuerza una sonrisa.

Andrea la suelta y se endereza.

—No se preocupe, señora Thompson. Prepararé los documentos y contactaré con el abogado de su exmarido Gabriel.

—Eric —la corrige Marisa—. Gabriel era el anterior.

Andrea parpadea, ordenando mentalmente el catálogo de exmaridos de su clienta.

—Sí, disculpe —sonríe aturdida—. De Eric. La llamaré en cuanto sepa algo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Intente no tardar mucho, que ese desgraciado tiene los bolsillos rotos y me gustaría sacarle todo lo que pueda.

La abogada se niega a responder ante ese comentario y se limita a abrirle la puerta del despacho para que salga. En cuanto se queda a solas, abre la ventana porque siente que el espacio está cargado con una energía que no le gusta. Se queda ahí, aspirando el aire de la última semana de febrero en la ciudad de Baltimore, dejando que le congele las mejillas y se le cuele por el cuello de la camisa estremeciéndola de frío.

La melodía de su móvil la hace reaccionar. Andrea cierra la ventana y se gira para contestar. Lo hace con la mano temblorosa cuando se lo lleva hacia la oreja, porque ha visto el nombre de la vecina de su abuela, la señora Muler, y se supone que solo tiene su contacto para emergencias.

—Señora Muler… —responde Andrea.

La abogada escucha a la mujer con los músculos en completa tensión, sin llegar a sentarse en su silla. La vecina le explica, intentando mostrarse tranquila, que una ambulancia acaba de llevarse a su abuela al hospital después de que, en medio de un paseo que ambas daban juntas, Maggie haya tenido un ataque de tos que no remitía y haya comenzado a ahogarse.

—Los de la ambulancia la han estabilizado, pero estoy muy asustada —dice la mujer.

Andrea ya no quiere seguir escuchándola, con la sensación de que cada segundo que pasa hablando con ella, es uno que no pasa con su abuela. Le pregunta a qué hospital la han llevado y cuelga después de asegurarle que la llamará en cuanto sepa algo.

Cuando Andrea llega al hospital, todavía tiene que esperar más de media hora hasta que un médico sale a hablar con ella. A Andrea se le dan muy bien las leyes, memorizarlas y utilizarlas a favor de sus clientes cuando es necesario, pero las palabras técnicas de los sanitarios se le atraviesan. Saturación de oxígeno, antibioterapia intravenosa… Lo único que comprende de manera resumida es que su abuela tiene pulmonía y que, dada su avanzada edad, su estado es muy delicado.

El corazón le palpita en la cabeza mientras lo escucha. Andrea balbucea que no lo entiende, que su abuela solo tenía tos, que ella no notó nada más, y todo eso, mientras la culpa por no haberla obligado a ir al médico la consume por dentro. El médico le explica que un simple resfriado puede derivar en una pulmonía sin que haya otros síntomas más evidentes, como fiebre alta o ataques de tos más frecuentes.

—Puede pasar a verla, pero no esté mucho rato, su abuela necesita descansar —dice el doctor.

Andrea entra en la habitación con el pecho encogido por el disgusto, pero trata de no mostrar el terror que siente cuando ve a su abuela en la cama, con la máscara de oxígeno y la piel tan pálida que le parece casi transparente.

Maggie tiene los ojos cerrados, pero está despierta y nota el peso de Andrea en el colchón cuando se sienta a su lado. También la calidez de su mano cuando coge la suya con delicadeza. Abre los ojos y la mira, tratando de sonreír. Los ojos de Andrea se encharcan y no logra evitar que las lágrimas le caigan. Su abuela le aprieta la mano y, con la otra, en la que tiene la vía donde le administran los antibióticos, trata de quitarse la máscara de oxígeno para hablarle, pero Andrea se lo impide.

—No, no te la quites —susurra con ternura—. Ya sé lo que me vas a decir. Que no me preocupe, que esto no es nada y mañana estarás bien. Me sé el cuento, abuela —dice Andrea, secándose las lágrimas.

Su abuela le aprieta la mano, o lo intenta, porque no tiene fuerza, y le sonríe. Andrea se da cuenta porque sus ojos se achinan. Se pasa la lengua por el labio buscando el piercing en un intento de calmar los nervios, pero no lo encuentra porque ha salido corriendo del despacho y no se lo ha puesto.

—Deberíamos haber venido antes —dice Andrea—. No tendría que haberte hecho caso, a partir de ahora, se harán las cosas como yo las diga, se te acabó lo de mandar —la señala amenazante.

Maggie está de acuerdo, no por ella misma, sino por el pánico que está percibiendo en la mirada de su nieta. No quiere seguir viéndolo nunca más, y si para eso debe empezar a acatar órdenes que le molestan, lo hará. Se lleva la mano a la máscara de nuevo y Andrea intenta impedirlo, pero Maggie —siempre terca— se mantiene firme y Andrea no la fuerza para que no se canse.

—Andrea, mi niña —dice su abuela con voz trémula.

No puede continuar la frase. Un ataque repentino de tos hace que su cuerpo se sacuda con violencia y su cara, antes pálida, se ponga morada en una fracción de segundo. Andrea avisa a una enfermera y, de inmediato, la habitación se llena de sanitarios y a ella la echan fuera. Tiene que esperar —desesperada y angustiada— otros tantos minutos que le parecen horas, caminando en círculos por el pasillo antes de que el mismo médico de antes vuelva a salir, esta vez para decirle que su abuela ha empeorado y se la llevan a la unidad de cuidados intensivos.

—Señorita Loter —el médico le toca un brazo cuando ella se queda paralizada en el pasillo observando cómo se llevan la camilla, con su abuela inconsciente.

—¿Puedo ir con ella? —pregunta sin esperar una respuesta, porque sabe que no puede.

—¿Por qué no se va a casa y descansa un poco? Venga por la mañana, podrá pasar a verla unos minutos.

—¿Cómo está de grave? —lo ignora Andrea.

El hombre la mira y hace una mueca al darse cuenta de que Andrea está sola, pero no puede hacer nada.

—A sus pulmones les está costando mucho trabajar, la infección está más extendida de lo que parecía en un inicio y su estado ha empeorado muy deprisa. Sus pulmones no pueden oxigenar bien su sangre, vamos a sedarla e intubarla para conectarla a un respirador. Dependerá mucho de cómo reaccione su cuerpo ante los antibióticos durante la noche. Hágame caso, váyase a casa, aquí no puede hacer nada —le aconseja el hombre antes de marcharse.

Andrea se queda quieta, aturdida, hasta que sus pies se mueven solos y la sacan del edificio. Se sube al coche y llega hasta su apartamento siendo incapaz de recordar cómo lo ha hecho. Una vez en el salón, siente que las paredes se le caen encima y que le falta el aire. Mira el saco de boxeo y los guantes en el suelo, pero no le apetece dar golpes, está exhausta, como si la hubieran vaciado de energía. Se sienta en

el sofá y saca el móvil cuando recuerda que no tiene que pasar por esto sola; tiene a Caroline.

—Justo ahora iba a llamarte —responde Caroline, que acaba de salir por la puerta del estudio.

Un día normal, Andrea le preguntaría para qué, pero no puede. La angustia le sube por el cuello y rompe a llorar en cuanto escucha su voz. Caroline por poco escupe el corazón por la boca al escucharla y necesita casi dos minutos para conseguir que Andrea se calme y le explique lo que pasa. Cuando la abogada le relata lo sucedido, Caroline siente un ligero temblor en el pecho.

—Lo siento, nena. Ya verás como sale de esta. ¿Qué necesitas? ¿Voy a tu casa o quieres que salgamos para que te dé un poco el aire? —pregunta Caroline mientras baja la persiana del local con un golpe brusco, canalizando su propio miedo.

—Me apetece una copa —responde Andrea—, pero tengo que ducharme, estoy hecha un asco. ¿Quedamos en el bar de siempre en una hora?

—Perfecto, me ducho y nos vemos allí —responde Caroline.

Andrea se despide y va directamente al baño. Su intención es ducharse y vestirse, pero cuando está en ropa interior, esa pulsión que hacía tiempo que tenía controlada, aparece imparable, haciendo que se siente en el suelo de la ducha con un punzón en la mano mientras pasa el dedo sobre uno de los tatuajes de su pierna. El primer pinchazo hace que su vientre se tense por completo y sus pulmones se queden vacíos. El segundo envía una descarga de dolor que recorre su sistema nervioso, silenciando por un momento el caos de su cabeza. Con el tercero resbala la primera gota de sangre, brillante y caliente. Con el cuarto su mente se apaga y todos sus miedos desaparecen. Andrea repasa las cinco líneas del tatuaje y después cierra los ojos durante un par de minutos, incapaz de pensar en nada que no sea el dolor de su muslo, algo presente y controlable, no como el dolor que siente por su abuela.

Capítulo 11

Flashback, hace nueve años
Andrea llega a la puerta del edificio y busca el botón con el nombre de Caroline McCoy en el interfono. Está nerviosa y tiene el pulso disparado. Lo único que quiere es subir a ese estudio improvisado que esa nueva tatuadora que descubrió hace tres semanas tiene en una habitación de su apartamento.

Caroline. Es lo único que sabe de ella además de que le resulta atractiva y enigmática, pero no necesita más, solo que haga lo que ella necesita. Le hizo un tatuaje la primera vez que vino, una marca de conteo en el abdomen, justo por encima de la cintura, en vertical a otras antiguas que forman una línea perfecta que baja por su pecho izquierdo. Algo muy sencillo. Quince minutos y habían terminado. Quince minutos y la mente de Andrea estaba desconectada, flotando en un limbo donde el dolor de su alma no existe. Llevaba mucho tiempo sin tatuarse, prácticamente desde que terminó la universidad —esa fue la última vez que volvió a saber de sus padres— hasta hace un mes. No han sido sus padres exactamente, sino un bufete de abogados en su nombre —algo irónico— reclamando mantener los derechos de su propia imagen en un contrato que firmaron cuando era menor y del que todavía se benefician. La disputa se alarga y Andrea no lo soporta. Su abuela es la que se ocupa, ella es la que habla con la abogada que defiende los derechos de Andrea y trata de que su nieta se mantenga al margen de todo, pero es imposible, y la situación se prolonga tanto que Andrea necesita canalizar su angustia de algún modo.

Una semana después, volvió al estudio de Caroline para que le hiciera otro tatuaje igual justo debajo del anterior. A Caroline no le hizo mucha gracia, decía que el primero no había cicatrizado y el estrés de uno nuevo podía provocar una

infección. Andrea suplicó, alegando que se iba de viaje unos días y quería hacerlo con sus dos tatuajes, y quería que el nuevo estuviera cerca del anterior porque así dolería más —aunque esto último no se lo dijo— y Caroline cedió porque Andrea le resultaba tan misteriosa como atractiva, y le costaba pensar con claridad con ella delante.

Y ahora vuelve a estar ahí. En esta ocasión, le ha mentido. Cuando llamó para pedir hora, le dijo que era para un piercing, pero no es lo que Andrea quiere. Lo que necesita es otro tatuaje que la desconecte de la realidad unos minutos.

—Soy Andrea —dice cuando Caroline contesta.

La puerta se abre con un chasquido y la abogada sube las cuatro plantas por las escaleras porque la impaciencia le impide esperar el ascensor.

—Espero que no te persiga nadie —dice Caroline cuando Andrea aparece en el rellano, jadeante.

La abogada sonríe mientras recupera el aliento y niega con la cabeza.

—Pasa —Caroline le franquea el paso y Andrea accede al pequeño apartamento.

Deja el abrigo en la entrada y sigue a Caroline por el corto pasillo. Solo hay tres puertas. La del baño, al que Andrea accedió la última vez que estuvo allí, la de la habitación que Caroline utiliza de estudio para trabajar y la propia habitación de la tatuadora que está justo delante, y Andrea lo sabe porque la puerta está abierta cuando pasan. De refilón, ve la cama deshecha y ropa tirada sobre la cómoda. No le sorprende su desorden, se la imagina así, descuidada dentro de unos límites que no rozan el abandono.

—¿Cómo tienes los tatuajes? ¿Han cicatrizado bien? —se interesa Caroline cuando Andrea se sienta en el sillón.

—Están en ello —asiente Andrea, sin mencionar que se ha repasado el más reciente.

Caroline frunce el ceño porque la respuesta la deja inquieta. A estas alturas, ambos deberían haber cicatrizado perfectamente teniendo en cuenta lo finas que eran las líneas,

pero no dice nada porque Andrea evita el contacto visual y ella no quiere hacer que se sienta incómoda.

—Bueno, ¿dónde quieres el piercing? —pregunta frente a ella.

—En el labio —se escucha decir Andrea, sorprendida de sí misma.

No miente. Hace tiempo que la idea baila por su mente y acaba de decidir llevarla a cabo. Elige un aro abierto por delante y, unos minutos después, cuando Caroline lo tiene todo listo, empuja la aguja. Andrea nota la oleada de dolor atravesarla y su cuerpo se tensa durante un instante, pero no le dura mucho.

—¿A qué no es para tanto? —pregunta Caroline, dedicándole una sonrisa que sacude su interior como si hubiera explotado una bomba.

Cuando Caroline se inclina sobre ella y toca su labio para examinar el trabajo, Andrea se estremece.

—No, la verdad es que no —responde la abogada, notando el calor del aliento de la tatuadora contra su cuello.

—Impresiona más el suave sonido de la piel al abrirse que el dolor que produce, se aguanta bien —comenta Caroline.

Andrea no puede estar más de acuerdo. Lo cierto es que está decepcionada. Por un instante, ha llegado a pensar que, quizá, el dolor del pinchazo sería suficiente, pero su pulsión sigue ahí, arrasándola por dentro.

—¿Tienes tiempo para hacerme un tatuaje? Como los otros, diez minutos —pide suplicante.

Caroline se gira sin rastro de la sonrisa que mostraba hace un segundo.

—Depende.

—¿Depende? —pregunta Andrea, a la que la ansiedad empieza a treparle por el pecho, asfixiándola.

—Sí. Depende de dónde lo quieras —responde Caroline.

Andrea se pasa la lengua por el piercing que acaba de hacerle y después se humedece los labios.

—Debajo del último —dice sin apartar la mirada de los ojos de Caroline.

La tatuadora ve algo en su expresión que no sabe definir: un dolor oculto tras esos ojos tan azules que le encoge el pecho, y eso la deja descolocada, porque, al mismo tiempo, también ve deseo en ellos.

—Déjame ver —pide autoritaria.

Andrea traga saliva. Se pone de pie y Caroline tiene que dar un paso atrás para dejarle espacio. La abogada se quita el jersey y se levanta la camiseta de algodón que lleva debajo, dejando a la vista los tatuajes todavía enrojecidos que le hizo la última vez.

Caroline se pone un guante de látex y se agacha, palpando con delicadeza mientras aprieta los labios.

—¿Te has puesto la crema que te di?

En realidad, no sabe por qué se molesta en preguntar, porque está segura de que no lo ha hecho.

—Sí —miente Andrea, deseando que Caroline se levante de una vez, pero no lo hace.

Caroline se centra en el tatuaje más reciente, observando unas marcas que sin duda ella no hizo. Hay unas líneas torpes que se salen del dibujo, una fina costra que se desdibuja por los lados. Se estremece. Nunca ha visto nada así, pero intuye lo que ha sido. Su dedo roza una zona especialmente irritada y nota como Andrea contiene la respiración.

—¿Qué mierda has hecho, Andrea? —pregunta al levantarse, atravesando a la abogada con su mirada gris, dura como una roca.

—Nada —Andrea se baja la camiseta, pero el labio inferior le tiembla.

—Nada —repite Caroline sin comprender por qué le importa tanto—. No voy a tatuarte —dice y se quita el guante.

Andrea siente que el corazón se le detiene. Ha venido mentalizada, con la idea de que su mente iba a apagarse unos minutos, y lo necesita. Necesita el tatuaje porque ese dolor dura más. Ella no aguanta tanto cuando se repasa.

—Es solo un tatuaje, hazlo en otro sitio, pero házmelo, por favor —suplica con los ojos encharcados.

—No.

La respuesta de Caroline es tan tajante, que Andrea traga saliva mientras asume que allí no encontrará lo que busca, así que se gira y coge su jersey para ponérselo mientras intenta que la nebulosa que tiene en los ojos la deje ver lo suficiente para salir del edificio.

—¿Quieres follar?

Andrea se gira sin estar segura de haber escuchado bien. Caroline está al lado de la pared, mirándola fijamente. No parece estar de broma.

—¿Qué has dicho? —pregunta ella, notando un cosquilleo imparable entre las piernas.

—Ya me has oído —responde Caroline—. No pienso tatuarte, pero te follaré el resto de la tarde si te apetece.

Andrea abre la boca lentamente, asustada por lo rápido que le late el corazón. La pulsión por repasarse está siendo reemplazada por otra, la de que Caroline cumpla lo que acaba de decirle.

—Me apetece —responde sin moverse.

Caroline se acerca, la coge de la mano y la arrastra hasta la habitación de enfrente, donde la detiene con brusquedad y la hace girar para besarla sin importarle ese escozor que Andrea siente en el labio inferior. Se lo muerde y Andrea gime contra su boca mientras las manos de Caroline le van arrancando la ropa sin ninguna delicadeza.

La abogada siente que sus piernas podrían ceder en cualquier momento, pero las manos de Caroline la sostienen y la controlan, como si supiera exactamente lo que ella necesita: algo que apague su mente, algo que duela lo suficiente para sentirse viva.

Andrea está tan excitada que la cabeza le da vueltas y no es capaz de pensar ni procesar lo que sucede. Nota los pechos de Caroline en su espalda y no sabe en qué momento se ha quitado la ropa. Le muerde el cuello con suavidad y eso le lanza una descarga de placer por la columna. Andrea vuelve a gemir cuando Caroline le sujeta las manos por encima de la cabeza y

acorrala su cuerpo contra el armario. Siente la madera fría contra la espalda, pero eso no logra calmar el ardor de su cuerpo, y menos cuando Caroline le mete los dedos.

—Si te hago daño…

—Estoy bien —jadea Andrea, dándole permiso para seguir siendo brusca. El temblor de su cuerpo y de sus labios delata lo mucho que disfruta con esa mezcla de placer y dolor.

—¿Y si utilizo un arnés? —pregunta Caroline contra su oído.

Andrea nota sus propios fluidos empaparla cuando la escucha. Olvidando que tiene un piercing, se muerde el labio inferior y suelta un suave quejido que deshace a Caroline.

—Usa lo que quieras —susurra ansiosa, moviéndose contra los dedos de la tatuadora.

—Buena chica —sonríe Caroline, soltándole las manos para agarrarla por el cuello con firmeza mientras sigue follándola con los dedos a un ritmo cada vez más fuerte.

Andrea empieza a tensarse y echa su cuerpo hacia delante, buscando más contacto, más intensidad. Caroline se detiene en seco y Andrea abre la boca para quejarse cuando le saca los dedos, pero la tatuadora le aprieta un poco la garganta cortándole el aire.

—Hablarás cuando te lo diga —Andrea casi se corre al escucharla.

Lo siguiente que ve, es como Caroline se coloca un arnés que ha sacado del cajón y la empuja sobre la cama. Andrea cae bocarriba, deja una pierna estirada colgando por el colchón y la otra doblada porque Caroline se la coge por debajo de la rodilla justo antes de penetrarla sin miramientos, hasta el fondo, arrancándole un gemido ahogado que la deja sin aliento unos segundos.

—¿Sigo? —pregunta Caroline, mirándola fijamente.

Sabe que Andrea lo quiere así, fuerte, rudo y sin contemplaciones. Un placer doloroso que consiga saciar esas ganas de sentir dolor con las que ha llegado. Y Caroline le da justo lo que quiere, haciendo que Andrea descubra una forma más sana y placentera de calmarse.

—Sí —consigue decir Andrea entre jadeos, agarrando con tanta fuerza los brazos de Caroline, que le clava las uñas.

Cuando se dan por satisfechas, Caroline se sienta en la cama y abre el cajón de la mesilla mientras Andrea observa los tatuajes de su espalda. Saca un paquete de tabaco y extrae un cigarrillo, mostrándoselo a Andrea. La abogada está tirada bocarriba, mirándola, con los ojos encharcados porque las emociones la abruman, pero está relajada. Sorprendentemente tranquila.

—¿Te importa si fumo? —pregunta Caroline—. No suelo hacerlo nunca, pero, en ocasiones, después de una buena follada, me apetece uno —confiesa con una sinceridad que no deja de sorprender a Andrea.

—No me molesta —dice la abogada, pasándose los dedos por debajo de los ojos—, siempre que después no intentes besarme.

—Tomo nota —sonríe la tatuadora.

Caroline se enciende el cigarro y da una primera calada profunda, la que más disfruta, y expulsa el humo hacia arriba antes de mirar a Andrea.

—¿Estás mejor? —pregunta sin mostrarse invasiva.

No pretende que Andrea le cuente lo que le pasa y la abogada lo agradece.

—Sí —sonríe, contagiando a Caroline, que la sigue observando mientras se pregunta cómo es posible que una chica tan bonita como Andrea esté sufriendo tanto.

—Me alegro. Podemos repetir cuando quieras, pero intenta no hacerte esa mierda, ¿quieres? Estropeas mi arte —bromea y le guiña un ojo, mientras pasa un dedo con suavidad sobre el tatuaje que Andrea se repasó.

—Vale —responde Andrea exhalando una sonrisa.

Se incorpora y se sienta al lado de Caroline, con el cuerpo tembloroso tras los orgasmos. La tatuadora la observa de reojo mientras sopla el humo de una nueva calada y pone el cigarro delante de ella.

—Toma, toser un poco, a lo mejor te despeja —dice con una expresión rebelde que hace que Andrea se sienta muy cómoda. Esa manera despreocupada de actuar que tiene Caroline tranquiliza a Andrea de un modo que no entiende.

—¿Lo haces para poder besarme después? —pregunta la abogada aceptando el cigarro, observándolo como si fuera un trozo de dinamita entre sus dedos.

Caroline suelta una pequeña carcajada.

—Me has pillado —confiesa levantando las manos.

Andrea decide que no quiere el cigarro y se lo devuelve, pero se inclina y la besa, sin saber que así, entre momentos de complicidad y sin que ninguna de las dos lo vea venir, comenzará su historia.

Capítulo 12

Andrea llega al bar cinco minutos tarde, apretando el paso al mismo tiempo que los dientes porque el pantalón —aunque no es ajustado— le va rozando el muslo donde se ha repasado el tatuaje y le escuece. Caroline está esperándola en la puerta, abrazándose el cuerpo, estremecida por el frío.

—¿Por qué no has entrado? —pregunta Andrea cuando llega frente a ella.

La respuesta de Caroline es darle un abrazo tan fuerte que Andrea no puede contener las lágrimas.

—Tranquila, nena —le susurra y le besa la sien—. Irá bien, ya verás.

—Sí —responde Andrea al separarse, aceptando el beso de Caroline mientras sonríe y se seca las lágrimas con la mano—. ¿Tengo los ojos muy rojos? —pregunta parpadeando varias veces.

Caroline entorna la mirada con expresión divertida.

—Qué va, solo parece que vas un poco fumada, nada grave.

Andrea se ríe y se deja arrastrar al interior del bar situado en Fells Point, uno de los barrios históricos de Baltimore con un ambiente acogedor y algo ruidoso al que ya están acostumbradas porque suele ser su lugar de encuentro. El sitio les encanta, con decenas de jarras colgando sobre la barra y música rock de los noventa sonando de fondo, al nivel justo para poder mantener una conversación sin tener que gritar.

Caroline elige una de las mesas vacías y le hace un gesto al camarero con la mano. El chico, que ya las conoce, asiente sin necesidad de tener que preguntar nada porque ya sabe que quieren dos cervezas.

—Debí darme cuenta —dice Andrea, jugueteando con el posavasos de cartón que hay sobre la mesa.

—No hagas eso, Andrea —Caroline le pone la mano encima y detiene su movimiento, pero no se refiere a eso y la abogada lo sabe—. Lo que ha pasado no es culpa tuya, ni de tu abuela. Ella creyó que era un resfriado, no hay que darle vueltas, ¿de acuerdo?

El camarero coloca las dos cervezas en una bandeja y le señala a su compañero la mesa donde debe llevarlas. El otro chico, que apenas lleva tres semanas trabajando en el bar, roza sin querer a una de las clientas que está sentada en un taburete tomando algo en la barra.

—Lo siento —se disculpa sofocado.

Tasha Merrell se gira y le dice que no pasa nada, con una sonrisa comprensiva que se borra de su cara en cuanto su mirada se desvía hacia el fondo del local. El joven sonríe, coge la bandeja y se la lleva mientras ella lo sigue con la mirada, parpadeando sorprendida para asegurarse de que una de las mujeres a las que está sirviendo, es Andrea Loter. El corazón le da un vuelco y siente un pellizco en el estómago que la hace erguirse, notando como la garganta se le seca.

—¿Las conoces? —pregunta su acompañante.

Tasha se gira y coge su vaso de agua con gas para dar un buen trago, mientras piensa qué contestar. La mujer frente a ella se llama Martha y es su cita de esta noche, después de que se decidiera a hacerle caso a Connie, animándose a quedar con otras mujeres.

—Solo a una de ellas. La morena, es… —de repente no sabe qué decir—, en realidad, no la conozco mucho, es amiga de mi jefa —sale del paso como puede.

—Si quieres ir a saludarla, te espero aquí —dice Martha, sin saber que Tasha colapsa cuando piensa en Andrea Loter.

—No te preocupes, quizás al salir, ¿de qué estábamos hablando? —pregunta, sin saber que, a partir de ese momento, ya no será capaz de concentrarse en la conversación con Martha.

Andrea se bebe la primera cerveza tan deprisa que Caroline la mira boquiabierta. No le dice nada, normalmente es ella la

que suele beber más de las dos, pero entiende que Andrea necesite que el alcohol le anestesie un poco la cabeza.

—¿Te pido otra? —pregunta la abogada antes de levantar la mano.

—No, todavía tengo la mitad, tranquila —responde Caroline.

Andrea hace un gesto al camarero mostrando solo un dedo.

—¿A ti cómo te ha ido el día? —pregunta Andrea mirando a Caroline, tratando de cambiar el tema en un intento de dejar de pensar en su abuela durante al menos unos minutos.

La tatuadora se deja caer hacia atrás y entorna la mirada, dedicándole una sonrisa entre enigmática y frustrada.

—¿Qué? —pregunta Andrea con intriga.

—Hoy ha sido un día sin más —responde Caroline—, pero ayer… —ladea la cabeza y hace un chasquido con la lengua.

Andrea se ríe y Tasha Merrell por poco sufre un infarto al ver esa sonrisa cuando vuelve del baño. La abogada está tan centrada en Caroline, que no repara en ella.

—¿Te acuerdas de la mujer guapa que llegó tarde al estudio? —pregunta Caroline.

—¿La que se iba a hacer un piercing? —dice la abogada.

—Esa misma.

Andrea entorna la mirada.

—No me digas que se lo hizo entre las piernas —indaga Andrea, agradeciendo la cerveza al camarero para dar otro trago largo.

—Qué va, ojalá —confiesa Caroline levantando las cejas—. Resulta que todo fue un cuento. Era una inspectora de sanidad, la muy zorra reservó hora solo para comprobar que seguía las reglas. ¿Eso es legal? —pregunta, repentinamente irritada.

Andrea, a pesar de la angustia que tiene pegada al pecho, no puede evitar la carcajada.

—Me temo que sí. Entonces, ¿no se hizo ningún piercing?

—Qué va —Caroline hace un gesto con la mano—. Tenías razón, esa no se ha hecho un tatuaje en su vida. El caso es que a pesar de ser irritante y soberbia, me dio un morbo tremendo —confiesa.

—Ya veo… —dice Andrea, con expresión divertida—. ¿Has quedado con ella?

—No exactamente. Le exigí que me pagara la sesión, aunque después sentí un poco de bondad y le di la opción de elegir entre eso o invitarme a cenar.

Andrea vuelve a soltar una carcajada. Por más años que pasen, el descaro de Caroline no deja de sorprenderla.

—¿Y qué te dijo?

—Primero me miró como si se hubiera atragantado con su propia indignación —exagera mofándose—, pero después dijo que me daría una respuesta en cuanto terminara de revisar toda la documentación que me pidió. Qué zorra —chasquea la lengua sonriendo.

Caroline se termina la primera cerveza. Andrea la segunda y piden otra ronda junto con unos bocadillos.

—No estás comiendo nada —se queja Caroline observando el bocadillo de Andrea, al que apenas ha dado unos pocos mordiscos.

—Tengo el estómago cerrado —contesta con un tono que suplica que no insista.

—Está bien —acepta Caroline mirando la hora—. Deberíamos irnos, nena. Mañana madrugo y tú deberías estar despejada para ir al hospital a primera hora.

—Márchate —Andrea le sonríe con cariño, consciente de que se está haciendo tarde—. Yo no quiero irme a casa todavía, me quedaré un rato.

—Andrea… —dice Caroline cuando la abogada vuelve a levantar la mano para pedir otra cerveza.

—Es la última, te lo prometo. Me la beberé despacio y cuando acabe me iré a casa dando un paseo. Me apetece estar un rato aquí, Caroline, sin hacer nada. De verdad, vete tranquila.

Caroline suspira y se levanta, consciente de que cuando quiere, Andrea es igual de terca que su abuela.

—Está bien —accede inclinándose sobre ella para darle un beso en los labios—. ¿Me llamas mañana en cuanto sepas algo?

—Sí —Andrea le da un apretón en la mano—. Gracias por haber venido.

Caroline le guiña un ojo y se dirige hacia la salida, dejando a Andrea sola con su cuarta cerveza.

Tasha ha visto el beso y, a pesar de que sabe que entre ella y Andrea Loter jamás pasará nada, no ha podido evitar una punzada de incomodidad alojarse detrás de su esternón.

Martha la devuelve a la conversación preguntando algo sobre su trabajo. Lo cierto es que la mujer es interesante y nada aburrida y, en otras circunstancias, Tasha seguramente habría disfrutado de la velada, pero le resulta difícil, sobre todo tras la marcha de la mujer que acompañaba a Andrea Loter, porque ahora la abogada sigue ahí, sola, bebiendo cerveza como si su cuerpo fuera una especie de barril sin fondo, hasta que vuelve a levantar la mano y Tasha ve cómo el camarero de la barra le hace un movimiento negativo con la cabeza.

Andrea demuda el gesto y se levanta para ir hacia la barra a pedir explicaciones, pero, al ponerse en pie, el alcohol que ha ido ingiriendo mientras estaba sentada la golpea con fiereza y se tambalea de tal modo que tiene que sentarse.

—Mierda —sisea Tasha.

El camarero sale de detrás de la barra y camina hacia la mesa de Andrea. Tasha no puede dejar de mirar, intuyendo que habrá problemas por la expresión furibunda de Andrea mientras lo mira.

—¿Sabes qué? —dice Martha de repente.

Tasha prácticamente había olvidado que estaba ahí.

—Me voy, te dejo con tu amante o lo que quiera que seáis —suelta y se baja del taburete, abandonando el bar antes de que Tasha pueda abrir la boca para defender lo indefendible.

Se siente incómoda consigo misma y sabe que debe disculparse con ella, pero lo hará en otro momento. Tasha también se baja de su taburete y se acerca a la mesa de Andrea, donde la abogada discute con el camarero, al que parece conocer.

—Dame el teléfono de Caroline y le diré que venga a buscarte, Andrea —dice el chico en tono suave.

—No te voy a dar nada, ponme la maldita cerveza o te demandaré por…

—Vuelve a la barra, yo me ocupo —interviene Tasha interponiéndose entre el camarero y Andrea, que la mira y levanta las cejas antes de esbozar una sonrisa irónica.

—Vaya —dice, arrastrando las vocales—. Me preguntaba cuánto tardarías en acercarte. ¿Me estás siguiendo? —pregunta de manera estúpida.

—No voy a molestarme en contestar. Levántate, te llevaré a tu casa —dice Tasha sin inmutarse.

—¿En serio piensas que me voy a ir contigo? —pregunta tratando de mostrarse firme.

Tasha se queda hipnotizada mirando esos ojos azules que tanto le gustan. Andrea los tiene muy enrojecidos, y Tasha diría que es por el alcohol si no fuera porque por debajo también los tiene un poco hinchados. Son ojos de llanto, está segura, y eso la conmueve tanto como la vulnerabilidad que percibe en la expresión de Andrea, que trata de mostrarse fuerte cuando en realidad está deshecha.

—No te aguantas de pie, Andrea, y la alternativa es un taxi. ¿Quieres irte sola con un desconocido? Porque irte, te aseguro que te vas a ir, aquí no van a servirte más alcohol.

Andrea quiere gritar y romper cosas, pero se resigna y piensa en su abuela, en que la necesita en el hospital, entera y serena. Tiene que parar si mañana no quiere tener una resaca de campeonato, y ya ha bebido lo suficiente como para caer desplomada y conseguir dormir al menos un par de horas.

—Vale —acepta y se levanta.

Necesita tomarse unos segundos para que todo deje de moverse a su alrededor, después camina al lado de Tasha, irritada por no tener el control de la situación.

—Lo siento, Jimmy —le dice al camarero cuando pasan por delante de la barra.

—Tranquila, todos tenemos un día de mierda de vez en cuando. Cuídate —responde él, y ella, que está demasiado sensible, se conmueve y el labio comienza a temblarle mientras salen del establecimiento.

Tasha la lleva hasta su coche, que por suerte no está demasiado lejos y, en cuanto Andrea se sienta, todo empieza a darle vueltas, mareándola. La jefa de personal conduce despacio, intentando no dar giros bruscos para no aumentar su malestar, pero lo único que consigue es que sea la rabia lo que crece dentro de Andrea, porque se siente vulnerable junto a ella.

—No vas a follar conmigo porque me lleves a mi casa, espero que eso lo tengas claro —suelta Andrea como si estuviera envenenada, justo cuando Tasha aparca frente a su edificio.

La jefa de personal de Connie Bowler se desabrocha el cinturón y se gira hacia Andrea, que la mira desafiante tratando de mantener la compostura.

—Ten clara tú una cosa, Andrea Loter —dice Tasha con firmeza—. Ahora mismo no me acostaría contigo aunque me lo suplicases. Yo no me acuesto con nadie que no pueda recordar lo que ha pasado al día siguiente porque está tan bebida que no sabe lo que dice, por mucho que me guste. Ahora, baja del coche.

Tasha abre su puerta y se baja. Andrea no tiene tiempo ni de abrir la boca, aunque tampoco sabría qué decir. Su puerta se abre y mira hacia el otro lado, encontrando el cuerpo esbelto de Tasha esperando a que se baje como si fuera su asistente. Se siente tan avergonzada como mareada, pero no es capaz de disculparse porque todavía recuerda ese modo descarado que tuvo Tasha de presentarse en su despacho, como si esperase que ella se lanzase a sus brazos solo por decirle cuánto la había impresionado.

Andrea sale del coche y siente una arcada que le provoca un espasmo, pero logra controlarla.

—¿Qué puerta es? —pregunta Tasha.

Andrea señala el portal, sintiendo alivio cuando Tasha la sujeta de un brazo para ayudarla a caminar. Llegan a la entrada y saca las llaves, pero la mano le tiembla y Tasha se las quita.

—No estoy borracha —balbucea mientras una angustia repentina le presiona la garganta desde dentro.

—Lo sé —susurra Tasha, abriendo el portal.

Llegan al ascensor en silencio y Andrea aprieta el botón de su planta con los ojos encharcados. Tasha la ve a través del espejo, pero no dice nada, solo se mantiene ahí, sujetándola para que no se desmorone. Las puertas se abren y caminan hasta su apartamento. Tasha prueba con otra de las llaves y acierta a la primera. Andrea enciende la luz y acceden al salón.

—¿Tu habitación? —pregunta Tasha—. Tranquila, solo quiero asegurarme de que llegas hasta la cama sin caerte, después me marcho.

Andrea traga saliva mientras señala con el dedo, la presión de su garganta no disminuye y siente que le va a dar un ataque. Llegan a la habitación y se sienta en la cama. El mareo vuelve y solo quiere cerrar los ojos, así que lo hace. Y entonces nota su presencia, el calor de su mano en la espalda y la calidez de su aliento cerca de la frente.

—Túmbate despacio —susurra Tasha, ayudándola a estirarse con una delicadeza que estremece a la abogada.

Andrea abre los ojos un instante solo para ver como Tasha le quita las botas. Después la tapa con una manta y sale de la habitación. Al momento regresa y deja un vaso de agua sobre la mesita.

—Te apetecerá cuando te despiertes, descansa —susurra Tasha.

Después vuelve a salir, apaga la luz y lo último que Andrea escucha, es la puerta de su apartamento cuando Tasha la cierra al salir.

Capítulo 13

Andrea está sentada en la cama en ropa interior, con los pies descalzos sobre el suelo. Son las siete de la mañana y ya está duchada y con la ropa preparada para vestirse. Ha logrado dormir unas tres horas, lo cual ya le parece demasiado dadas las circunstancias. Se despertó en mitad de la noche con la boca pastosa y un dolor de cabeza punzante que le taladraba las sienes y agradeció el vaso de agua que Tasha le había dejado en la mesita antes de marcharse. Se lo bebió de un trago y media hora más tarde, se levantó a por otro y se tomó un analgésico para después tumbarse en el sofá. Se quedó ahí mientras la pastilla le hacía efecto, con la mirada fija en el techo, pensando en su abuela, en si a ella le estaría haciendo efecto el antibiótico, en cómo la encontraría cuando la dejen entrar a verla por la mañana —a partir de las nueve— eso fue lo que le dijo el médico. Horas interminables y mucho tiempo para pensar, y Andrea pensó también en Tasha Merrell.

Sorprendentemente, se acordaba de todo —al menos eso piensa— y se avergüenza de lo que le dijo, de esas palabras hirientes que soltó solo porque se sentía atrapada cuando Tasha lo único que estaba haciendo era ayudarla de manera desinteresada. Es la segunda vez que se encuentra con ella y no deja de preguntarse si sus destinos están unidos de algún modo porque, desde que Tasha pidió cita en su despacho, parece que los astros se han alineado para unirlas, tanto físicamente como en sueños. Andrea decide no pensar en eso ahora. Sabe que tiene que disculparse con Tasha, aunque lo hará otro día, ahora tiene que centrarse en su abuela, en que se recupere.

La abogada se levanta de la cama y se viste despacio, haciendo tiempo para que lleguen las nueve. Se ha desinfectado el tatuaje de la pierna y se lo ha cubierto con una gasa para que

el pantalón no le roce la herida. No quiere hacerlo de nuevo, fue un momento de debilidad, pero ahora ya ha pasado, su abuela se recuperará y todo volverá a la normalidad. Va hacia la cocina y se prepara un vaso de café con hielo que se toma mirando por la ventana. La cabeza ya no le duele, pero tiene mal cuerpo por haber dormido poco y todavía tiene los ojos un poco rojos. Se termina el café y se hace otro. Es con el segundo con el que decide esforzarse en meterse algo en el estómago y se hace una tostada. Cuando acaba, se lava los dientes y se marcha al hospital para estar allí antes de la hora y entrar a ver a su abuela en cuanto la dejen hacerlo.

Cuando está entrando en el edificio, le llega un mensaje de Caroline para saludarla y preguntarle cómo está. Andrea contesta con un audio porque así no tiene que detenerse para escribir. La voz le sale un poco ronca y carraspea para aclararse la garganta y, básicamente, le explica que está bien, que está entrando al hospital y que cuando salga de ver a su abuela, la llamará.

Andrea no tiene tiempo para mentalizarse de lo que le espera. Cuando entra en la unidad de cuidados intensivos, casi se tropieza con el médico que atendió a su abuela la tarde anterior. Su primer pensamiento es preguntarse si ese hombre no se ha ido a casa, pero su mente se queda en blanco cuando él la mira con una expresión que provoca que a Andrea se le oprima el pecho.

—¿Qué ocurre? ¿Y mi abuela? —pregunta acelerada, con el corazón latiéndole tan fuerte que le estrangula la garganta.

—En el box —Andrea respira, pero no le dura mucho—. Su estado ha empeorado durante la noche —añade sin anestesia—. Estamos haciendo todo lo que podemos, pero su cuerpo ha dejado de luchar y la medicación no le hace efecto. No creo que le quede mucho tiempo, justo ahora iba a llamarla.

A Andrea empiezan a temblarle las rodillas y después el cuerpo entero. Nota un zumbido en el oído izquierdo que después se traslada al derecho, atravesándole la cabeza. El

hombre sigue hablando; sin embargo, ella ya no es capaz de escuchar lo que le dice porque su voz se convierte en un murmullo molesto que la envuelve mientras los ojos se le encharcan y la garganta se le cierra.

—Está sedada, pero puede hablarle, estoy seguro de que puede oírla —escucha de pronto y Andrea parpadea cuando comprende que lo que ese hombre le está diciendo, es que entre a despedirse de su abuela.

Asiente, incapaz de decir nada, y el doctor la coge por un brazo con delicadeza y la acompaña hasta el box, donde le entregan una bata y una mascarilla.

—Si quiere llamar a algún familiar, hágalo, pero tendrán que turnarse para entrar. Solo puede haber una persona con ella —dice el médico, antes de dejar a Andrea a solas con su abuela.

La abogada arrastra el único taburete que encuentra y se sienta junto a ella, cogiéndole la mano. Esta vez, su abuela no aprieta la suya y Andrea solo tiembla y llora mientras le suplica que se quede con ella. En medio del llanto, recuerda a Caroline y consigue enviarle un mensaje para decirle lo que pasa, porque sabe que ella también querrá despedirse. Después deja el teléfono y se abraza a su abuela para darle las gracias por todo lo que ha hecho por ella y decirle cuánto la echará de menos, y se queda ahí, junto a ella, absorta y en silencio mientras el pecho de Maggie Loter sube y baja con demasiada dificultad.

Caroline llega casi dos horas después, con el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Estaba con el primer cliente de la mañana cuando ha entrado el mensaje de Andrea y no lo ha podido leer hasta que ha terminado de tatuarlo. Después ha despachado al segundo sin demasiadas explicaciones, ha cerrado el estudio y ha corrido todo lo que ha podido. Cuando entra en la UCI y dice el nombre de Maggie Loter, una enfermera le señala el pasillo y le dice el número del box, pero cuando Caroline tuerce por el pasillo, ya no necesita buscar el número porque ve a Andrea sentada en el suelo frente

a una puerta y el corazón se le hace pedazos porque sabe que ha llegado tarde.

—Nena… —murmura, arrodillándose junto a ella para abrazarla.

La mañana pasa para Andrea en medio de una nebulosa. El tranquilizante que le ha dado uno de los médicos cuando el corazón de su abuela ha dejado de latir, la ha dejado tan aturdida que Caroline y ella han estado sentadas en el suelo del pasillo durante casi dos horas. Después, la tatuadora ha sido la que se ha encargado de todo el papeleo con la funeraria y no ha sido hasta casi al mediodía, cuando han salido del hospital y ha llevado a Andrea a su apartamento.

—Hoy me quedo contigo —dice Caroline en cuanto entran, acompañando a Andrea hasta el sofá.

—No, vete a hacer tus cosas, Caroline, me apetece estar sola. Estaré bien, de verdad —le pide y le dedica una sonrisa triste, pero sincera.

—Prefiero quedarme —insiste Caroline, mirándola fijamente.

—Solo quiero dormir, en serio. No he pegado ojo en toda la noche y mañana me espera un día muy largo. Aquí no puedes hacer nada y tienes trabajo en el estudio. Ve, anda —insiste, apretándole la mano con cariño.

Caroline traga saliva. Conoce a Andrea y es muy consciente de lo que puede pasar cuando ella se marche. Está casi convencida de que se repasará porque es lo que hace cuando algo la desestabiliza, y desde luego, la muerte de su abuela lo ha hecho. Pero también sabe que no podrá impedirlo por mucho que lo intente.

—De acuerdo, llámame si necesitas algo.

Caroline la besa y se marcha. En cuanto cierra la puerta, Andrea se levanta de manera apresurada para hacer exactamente lo que su exnovia se temía. Va directamente hacia el baño y se desnuda con una desesperación insoportable. Los ojos se le encharcan y ya está llorando cuando se sienta en el suelo con el punzón en la mano. Se arranca la gasa con la que había cubierto el tatuaje que se repasó ayer y empieza a

repasarlo de nuevo, tensando todo el cuerpo cuando empieza y el dolor la atraviesa con fuerza. Su mente se apaga por fin y se permite varios minutos de liberación hasta que acaba.

Una hora después, duchada y cojeando, sale del baño y coge el móvil para mandar el mensaje que tanto le molesta tener que enviar. Observa la pantalla en negro durante varios minutos hasta que al final encuentra la fuerza necesaria para hacerlo. Andrea busca el contacto de su madre y escribe cuatro palabras: la abuela ha muerto.

No añade nada más porque no tiene nada más que decirle. Lo envía y lanza el teléfono sobre la mesa como si le quemara, después se tumba en el sofá y se tapa los ojos con el brazo, intentando centrarse solo en el escozor de su pierna.

Capítulo 14

Tasha prácticamente da un salto del sofá cuando escucha el chasquido que hace la puerta del apartamento de Connie al abrirse. La jefa de personal aceptó su oferta de pasar las tardes allí para no tener que compartir tanto tiempo en su casa con su mujer hasta que sus abogados logren llegar a un acuerdo —más bien ellas— y Tasha suele irse ahí cuando sale de la oficina. Nunca se marcha del apartamento de Connie más tarde de las ocho porque no quiere abusar de su confianza ni molestarla cuando llegue, aunque lo cierto es que, en estas semanas, no se ha cruzado con ella ninguna tarde, hasta hoy.

—Lo siento, pensé que vendrías más tarde —dice Tasha, mirando la hora.

Se sorprende al darse cuenta de que se le ha ido el santo al cielo, y eso que ni siquiera estaba viendo la tele. En realidad, no estaba haciendo nada, solo sentada en el sofá, disfrutando de la tranquilidad del silencio mientras permanecía absorta en sus pensamientos.

Connie deja la tarjeta sobre un mueble y se quita el bolso y el abrigo.

—No has de marcharte ya porque haya llegado —dice la empresaria—. ¿Quieres una copa de vino? Así me cuentas cómo fue tu cita de anoche.

—¿Dónde está Hayden? —pregunta Tasha tomando asiento de nuevo.

—Con Miles, se han ido a los recreativos —responde Connie mientras saca un par de copas.

Después descorcha una botella y se sienta en un sillón que tiene al lado del sofá, llenando las dos copas hasta la mitad.

—¿Estabas hablando contigo misma? —pregunta con burla, entornando la mirada mientras mira el televisor apagado de

reojo.

—Cualquier día de estos acabaré haciéndolo —sonríe Tasha antes de dar un sorbo de su copa.

—¿Estás bien? —pregunta Connie al percibir el tono apagado de su voz.

—Sí, es que creo que llevo demasiado tiempo pensando. ¿Tú qué tal?

Connie levanta una ceja.

—¿Pensando en qué? ¿En tu cita de anoche? —pregunta haciendo reír a Tasha.

—En parte sí, pero no por lo que tú piensas.

—Pues ilumíname —pide Connie, tirando del nudo de la corbata hasta deshacerlo y quitársela, dejándola sobre el reposabrazos del sillón.

—Martha fue encantadora. Es inteligente, atractiva y muy interesante. Era muy fácil hablar con ella y, sinceramente, me ponía mucho —explica Tasha, haciendo bailar el líquido de su copa mientras lo observa como si estuviera hipnotizada.

—Vale… —dice Connie, ladeando un poco la cabeza sin saber a dónde quiere llegar su amiga.

—Mi plan era charlar un par de horas con ella y mover ficha, ya sabes…

—Sí, ya sé, para eso no te cortas —se ríe Connie y Tasha se yergue, orgullosa de esa faceta suya de mujer conquistadora y descarada.

—El tema es, que cuando llevaba media hora allí, apareció Andrea Loter con una mujer.

—Nooo —Connie no puede evitar una pequeña carcajada—. ¿En serio? ¿Con todos los bares que hay en Baltimore y aparece justo en ese?

—Muy en serio —cabecea Tasha resignada—. Nosotras estábamos en la barra y ellas se sentaron en una de las mesas del fondo. Andrea no me vio, pero yo ya no pude centrarme en Martha por más que lo intenté, y eso que apenas tenía ángulo para ver a Andrea.

Connie tuerce los labios en una mueca antes de dar un sorbo de vino.

—Es decir, que no solo te echó de su despacho, sino que te jodió la cita sin saberlo —resume Connie.

—No te imaginas cuánto. Me esforcé por prestarle atención a Martha y más o menos lo conseguí, hasta que la mujer que acompañaba a Andrea se levantó para marcharse. La besó en los labios y a mí se me retorció el estómago.

—¿Era su pareja? —se sorprende la empresaria.

—Bueno, yo no voy besando a mis amigas en la boca, aunque sé que hay muchas lesbianas que lo hacen. La verdad es que, hasta ese momento, no vi nada en ellas que me llevase a pensar que estaban liadas, pero el tema no es ese.

—¿No? ¿Y cuál es? —pregunta Connie, intrigada como si leyera una novela.

—Que se marchó su acompañante y ella se quedó sola. Empezó a pedir una cerveza tras otra hasta que el camarero se negó a servirle más y, al parecer, yo me había centrado tanto en ella, que Martha se cansó, me mandó a paseo y se marchó del bar —Tasha hace una mueca, avergonzada.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Seguirla para disculparte o quedarte? —la ceja levantada de Connie deja muy claro que ya conoce la respuesta.

—Me acerqué a Andrea, que para ese momento discutía con el camarero, y conseguí convencerla para que me dejara llevarla a su casa.

—¿Pasó algo? —indaga Connie.

—¿Te refieres a si follamos? —se espanta Tasha y Connie parpadea—. No, joder. Andrea estaba muy bebida, pero, además, le pasaba algo. Tenía los ojos rojos e hinchados, no solo por el alcohol; estaba claro que había llorado bastante para tenerlos así. Además, fue bastante grosera, dio por hecho que solo la llevaba precisamente para eso, como si tuviera la intención de cobrarme el favor con sexo o que ella se ablandaría y caería rendida ante mis encantos.

—Lo siento, no pretendía insinuar que querías sacar tajada, me refería a si habíais hablado, pero ya veo que no —dice Connie.

—No, no hablamos nada. Cuando me dijo eso, me molestó tanto que no fui precisamente agradable con ella. La puse en su sitio. Después, simplemente la ayudé a entrar en su casa y me aseguré de que se acostaba y no se mareaba y se partía la crisma contra el suelo. La verdad es que fue una noche de mierda, Connie. No puedo sacarme a esa mujer de la cabeza. Y encontrármela otra vez, no solo me confirmó lo mucho que me gusta, me dejó tocada, porque la vi muy vulnerable y me sentí impotente por no poder hacer nada.

Connie se pasa la mano por el pelo y se aparta la melena mientras suspira, mirando a Tasha con fijeza.

—Hiciste mucho, la llevaste a su casa y te aseguraste de que estaba a salvo, Tasha, y teniendo en cuenta que iba muy pasada de alcohol, eso es muchísimo —asegura la empresaria—. Podría haberle pasado cualquier cosa, y más si, como dices, estaba tocada moralmente. Cualquier otra persona se habría dado la vuelta después de cómo te trató en su despacho, pero tú la ayudaste cuando consideraste que lo necesitaba.

—Bueno, que estaba hundida solo fue la sensación que me dio, y creo que estaba en su derecho a echarme del despacho —sonríe y baja la mirada—. En cualquier caso, el tema es que me quedé sin cita. Aunque en realidad, tampoco importa, porque la única cita que me gustaría tener ahora mismo, es con Andrea Loter, y eso no puede ser.

—Pues sí que te ha dado fuerte —suspira Connie, cogiéndole la mano.

Capítulo 15

Andrea está tirada en el sofá cuando suena el timbre de su apartamento. No tiene ganas de moverse, ni siquiera de abrir los ojos, pero se esfuerza y se sienta. Mira la hora en su móvil y ve que son casi las nueve de la noche, también ve que tiene un mensaje de su madre. No lo abre y se levanta para dirigirse hacia la puerta, para encontrarse a Caroline al otro lado con una bolsa de comida cuyo olor a hamburguesa la golpea de inmediato.

—He supuesto que no habrías cenado, ¿me equivoco? —pregunta dejando la bolsa sobre la encimera.

—No —Andrea sonríe y Caroline la abraza.

—¿Cómo estás? —le susurra antes de soltarla.

—Bien, no tenías que venir, estarás cansada —Andrea se rasca el pelo, aturdida.

Caroline levanta ambas cejas y la observa de un modo que le deja claro a la abogada que no había otra opción posible. En el fondo, ella también sabía que Caroline se pasaría por su casa en cuanto cerrara el estudio.

—Le he escrito a mi madre para decírselo —comenta Andrea de vuelta al sofá.

Caroline solo necesita observarla durante un segundo para darse cuenta de que se ha repasado. Esa relajación extraña, el aturdimiento, el dolor que parece estar en pausa, pero sobre todo lo sabe porque Andrea evita mirarla a los ojos. La conoce desde hace demasiados años como para no notarlo, y el corazón se le encoge al ser consciente de ello.

—¿Te ha contestado? —pregunta Caroline, siguiéndola hacia el sofá.

Andrea se sienta, agotada como si llevara meses sin dormir.

—Sí, pero no lo he abierto —responde mirando el teléfono, que descansa sobre la mesa auxiliar.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta la tatuadora.

Andrea asiente y Caroline lo coge. Se sabe la combinación para desbloquearlo, así que va directa a la aplicación de mensajería y se clava los dientes en el labio cuando lee la respuesta.

—Solo quiere saber la hora del entierro —dice tratando de no mostrar el asco que le tiene a esa mujer, dejando el móvil sobre la mesa de nuevo.

Sabe que la madre de Andrea es una zorra despiadada a la que solo le mueve lo que pueda sacar de los demás, empezando por su hija, pero que no se moleste en darle el pésame a Andrea o le pregunte cómo está tras el fallecimiento de la que es su propia madre, es algo que le cuesta procesar.

—Lo suponía —dice Andrea—. Vendrá al entierro para no quedar tan mal, pero lo único que le interesa es el testamento, saber si mi abuela le ha dejado algo.

—¿Y lo ha hecho? —pregunta Caroline.

—No lo sé —Andrea se encoge de hombros—. Nunca me habló de eso.

—Bueno, olvidemos a tu madre y centrémonos en ti —decide Caroline.

—¿En mí? —pregunta Andrea, confundida.

—Sí, en ti. ¿Dónde te lo has hecho? —dispara la tatuadora, sentándose en la mesa mientras la mira fijamente.

Andrea traga saliva y aparta la mirada, avergonzada.

—Vamos, nena —susurra Caroline, cogiéndole una mano con afecto—. Sé que te has repasado, y no me voy a enfadar, solo quiero saber dónde para limpiarlo, nada más.

Los ojos de la abogada se encharcan cuando la mira y se señala el muslo.

—Vale, no pasa nada —susurra Caroline—. Quítate el pantalón. Te lo desinfecto y cenamos. ¿Te parece bien?

—Me lo he desinfectado —dice Andrea, consumida por la culpa que siempre siente después de hacerlo.

Caroline esboza una sonrisa en un intento de rebajar la tensión y arquea ambas cejas.

—Lo tuyo son las leyes, Andrea. Para desinfectar una herida eres igual de chapucera que para hacértela —bromea, haciéndole un gesto con la cabeza que señala su pierna.

Andrea sonríe un poco más tranquila y se deshace de su pantalón de chándal mientras Caroline va hacia el baño a por el pequeño botiquín que siempre tienen preparado. La tatuadora vuelve a morderse los labios cuando ve el destrozo que se ha hecho la abogada, pero no dice nada y va pasando una gasa mientras el cuerpo de Andrea se va tensando y su respiración se vuelve errática.

Cuando termina de desinfectar la herida, Caroline ya sabe que no van a cenar, al menos, no en ese momento. La mirada de Andrea busca ese otro consuelo que ella sabe darle y, aunque sabe que deberían dejar de hacerlo de una vez, piensa que por otro no pasa nada. Andrea lo necesita y joder, a ella le apetece.

La coge de una mano y la levanta del sofá para guiarla hacia la mesa del salón.

—Esta será la última vez, Andrea —le susurra al oído después de cogerla por el pelo y tirar de su cabeza hacia atrás, pegando la espalda de la abogada contra su pecho.

Andrea asiente con un suspiro entrecortado y gime cuando Caroline aplasta su torso contra la mesa, inclinándose sobre ella mientras le mantiene la cara pegada a la madera con una mano, le abre las piernas colando una de las suyas por el medio y con la mano libre, le aparta las bragas hacia un lado y la penetra. La abogada suelta un gruñido placentero y disfruta de las embestidas hasta que algo colapsa dentro de ella y detiene a Caroline con un movimiento seco.

Caroline la incorpora justo a tiempo de sostenerla cuando Andrea estalla en medio de un llanto histérico y desconsolado, el que de verdad deja salir todo lo que siente y que Caroline temía que no llegase nunca. Sus hombros se sacuden con violencia mientras las lágrimas empiezan a brotar como dos

cascadas. No es un llanto delicado ni silencioso; es algo desgarrador que contagia a la tatuadora. Las manos empiezan a temblarle y Caroline la aprieta con más fuerza mientras sus cuerpos se escurren hacia el suelo.

Andrea parece repentinamente consciente de lo que ha perdido mientras Caroline apoya la espalda en el mueble y la encaja entre sus piernas, acunando su cuerpo tembloroso contra su pecho mientras sigue abrazándola con fuerza. Andrea sabe que está sola, que la mujer que una vez la protegió, ya se ha ido, y se siente desorientada y asustada. Su cuerpo se intenta doblar con otro sollozo histérico, pero Caroline la sigue sujetando y le va susurrando palabras de consuelo a las que Andrea intenta aferrarse.

Caroline la mece lentamente de un lado a otro mientras le acaricia el pelo con una mano y no deja de hablarle al oído. Andrea se agarra a uno de sus brazos y trata de respirar, dejando que pasen los minutos hasta que su respiración comienza a normalizarse y los hipidos dejan de sacudir su cuerpo. Un suspiro profundo le hincha el pecho y después lo desinfla, relajando sus hombros contra el cuerpo de Caroline, que deja de hablar para que se instale un silencio cómodo entre ellas.

Por fin, Andrea se queda completamente quieta, en calma, entre los brazos de la única familia que le queda. Permanecen así varios minutos más hasta que empieza a sentir frío.

—¿Todavía tienes hambre? —le pregunta a Caroline con la voz un poco ronca tras el llanto.

—Sí —sonríe la tatuadora, dándole un apretón antes de soltarla—. Ponte el pantalón, me lavo las manos y caliento un poco las hamburguesas. Con eso y unas patatas de bolsa, creo que nos apañaremos.

Capítulo 16

Todavía tienen que pasar dos días hasta que Andrea puede enterrar a su abuela. Están en el cementerio bajo un cielo cuyas nubes se niegan a dejar salir a un sol que intenta asomarse por donde puede. A Andrea le parece que es un día perfecto, no quiere que llueva porque su abuela odiaba la lluvia, pero tampoco quiere que brille el sol en un día tan triste para ella.

Por suerte, no está sola mientras observa cómo los trabajadores del cementerio bajan el féretro después de que ellos hayan dejado rosas sobre el ataúd. La de Andrea, de color blanco, tan pura como el amor que sentía por su abuela. A su izquierda, cogiéndola por el brazo con fuerza como siempre ha hecho, está Caroline y, a su derecha, pasando la mano por detrás de su espalda, está Tommy Jefferson, el único amigo que conserva de la época más oscura de su vida y que no ha dudado en coger un avión para acompañar a Andrea en un momento como este en cuanto se ha enterado. Lo único que empaña este momento es que, frente a ella, al otro lado del agujero donde pronto estará la lápida de Maggie Loter, está Deborah Hartmann, la madre de Andrea, vestida completamente de negro, en posición rígida, mientras espera con impaciencia a que todo termine. Su mirada fría recorre el cementerio como si calculara el tiempo exacto que debe permanecer allí para mantener las apariencias.

A Andrea le ha sorprendido no ver a su padre con ella, pero se alegra de haberse librado al menos de la presencia incómoda de uno de ellos.

—¿Quieres hablar con ella? —le susurra Caroline a Andrea cuando todo termina, señalando a su madre con la cabeza con muy poco disimulo.

—No, podemos marcharnos ya —responde Andrea.

Los tres se dan la vuelta y empiezan a caminar hacia la salida del cementerio, pero antes de que logren abandonarlo, Deborah les da alcance, justo como temía Andrea que sucedería.

—¿No vas a saludar a tu madre? —pregunta a su espalda.

Andrea se detiene y los tres se giran para enfocar a Deborah. La abogada la observa, pero no le dice nada.

—Hola, Tommy —dice Deborah dedicándole una sonrisa forzada mientras ignora a Caroline, a la que no ha visto en su vida pese a haber sido la única mujer a la que su hija llegó a amar.

—Señora Hartmann… —responde él por educación.

—Sé que no quieres que esté aquí, Andrea —dice su madre —, pero tenemos que hablar de la herencia de tu abuela.

Caroline suelta un resoplido que no puede contener.

—Al menos podría darle el pésame, o preguntarle cómo está —espeta con furia la tatuadora.

—Tú, ¿quién se supone que eres? —pregunta Deborah mirándola con desagrado.

—Soy la que se folla a su hija —dispara Caroline sabiendo que dejará a Deborah descolocada.

La madre de Andrea alterna la mirada entre ambas mientras Tommy esboza una sonrisa que no se molesta en disimular. Deborah Hartmann no sabe nada de la vida de su hija. De todas las veces que ha aparecido, jamás ha preguntado. Nunca se ha molestado en saber qué ha sido de ella, si está con alguien, si es feliz o le han roto el corazón, y eso a Caroline le remueve las entrañas.

—Siempre tuviste unos gustos muy extraños —dice Deborah finalmente, clavando la mirada en Andrea mientras observa a Caroline de reojo.

Andrea abre su bolso y saca una tarjeta.

—Conmigo no tienes nada que hablar sobre el testamento. La lectura es en un par de semanas. Si tienes alguna pregunta, este es el albacea de la abuela, puedes llamarlo.

Andrea extiende el brazo todo lo que puede para no acercarse a su madre y esta coge la tarjeta, leyéndola con desconfianza antes de guardarla en el bolsillo de su abrigo.

—¿No vas a preguntarme por tu padre? —dice Deborah cuando Andrea hace amago de darse la vuelta.

La abogada suspira cada vez más incómoda.

—Si hubiera querido hacerlo, ya lo habría hecho —responde tajante.

—Claro, nunca te ha preocupado lo que nos pase, tú siempre pendiente de tu abuela —Andrea se pone rígida—. Pues que sepas que me ha dejado.

De repente, la rigidez de Andrea se disipa y le entran ganas de reír.

—¿En serio? —pregunta, pero no es preocupación lo que hay en su tono, sino ironía.

—Sí, hace unos meses —responde Deborah, todavía indignada.

—Vaya, ¿y ahora qué vas a hacer? Supongo que debes estar desesperada buscando a alguien que te mantenga —dispara Andrea—, porque yo ya lo hice en su momento y no pienso volver a hacerlo.

Andrea se da la vuelta tan rápido que Tommy y Caroline se quedan como dos estatuas ante su madre, que los mira estupefacta, con la boca medio abierta como si fuera a decir algo pero no hubiera encontrado las palabras a tiempo.

—Ya la ha escuchado —sonríe Caroline ampliamente antes de girarse junto a Tommy y seguir a Andrea.

Los tres caminan en silencio hasta el coche de Caroline y Andrea siente que por fin se libera de la energía negativa de su madre.

—¿Estás bien? —le pregunta Caroline.

—Sí, ya me había mentalizado de que íbamos a verla —responde Andrea—, pero no consigo acostumbrarme a su egoísmo y su afán de protagonismo, incluso en el entierro de su madre, intenta ser la actriz principal haciéndose la víctima.

—Esta gente es así, lo único que les importa son ellos mismos —dice Tommy, que mira su reloj y suspira, dando un paso hacia Andrea.

—¿Ya tienes que irte? —pregunta ella.

—Lo siento —se disculpa—, pero si no salgo ya, perderé el vuelo y no llegaré a tiempo al desfile. Lamento no poder quedarme más tiempo.

—No te preocupes, lo importante es que has venido —sonríe Andrea, agradecida.

Tommy se inclina sobre ella y la abraza con fuerza, levantándola del suelo.

—Prometo venir de visita en cuanto tenga un respiro —asegura Tommy.

—Vale —responde Andrea con la voz estrangulada—, pero no aprietes tanto, me gustaría conservar todas las costillas intactas.

Tommy se ríe y la suelta, dejándola en el suelo para despedirse también de Caroline y subirse en su coche de alquiler. Ellas se montan en el de Caroline y, desde lejos, Andrea ve cómo su madre se sube en un taxi y se marcha en dirección contraria.

Capítulo 17

Flashback

Con quince años, Andrea entra en el camerino después de otra agotadora sesión de fotos de las que tanto odia. Las marcas de conteo en su brazo derecho han aumentado —cubiertas con maquillaje para la sesión— como ese recordatorio constante de los días que le faltan para ser libre y que ella necesita hacer de vez en cuando para canalizar el dolor de su alma por algún sitio. Se quita la ropa con la misma expresión absorta de siempre, quedando en ropa interior mientras busca su ropa con la intención de marcharse cuanto antes.

La puerta se abre sin previo aviso y el señor Harrington entra como si tuviera derecho a hacerlo sin permiso, cerrando la puerta tras él. Andrea, en un acto reflejo, coge una toalla y se cubre con ella mientras intenta que las manos dejen de temblarle.

—Relájate —dice Harrington mientras se acomoda en el sillón del rincón, dedicándole una mirada que hace que Andrea sienta un terror irracional—. No te vistas todavía.

Lo dice con tanta autoridad que Andrea se queda inmóvil. Hay algo en su voz que la paraliza más que de costumbre, como si hubiera cruzado una línea invisible que hasta ahora había respetado. Atónita, observa cómo Harrington se saca un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y lo coloca sobre la mesita donde ella se maquilla. Con mano experta, vierte un poco de polvo blanco formando una línea y saca una tarjeta de crédito para alinearla perfectamente.

—Ven aquí —ordena sin mirarla—. Esto te hará sentir mejor, ya verás.

Andrea retuerce la toalla entre los dedos y su cuerpo se tensa mientras la mirada se le encharca.

—No quiero —susurra con la voz estrangulada.

Harrington levanta la vista y frunce el ceño al mismo tiempo que se pone en pie y camina hacia ella tan deprisa, que Andrea —aterrorizada— intenta gritar y se da cuenta de que tiene la garganta cerrada. El agente llega hasta ella y la arrolla con su cuerpo hasta acorralarla contra la pared, asqueándola con su olor a puro.

—Me he cansado de esperar, Andrea —sisea como una serpiente, colocando una mano al lado de su cabeza—. Ya no eres una niña y lo sabes. Deja de hacerte la estrecha.

El terror se expande por su cuerpo cuando siente la erección de Harrington presionando contra su cadera. Las piernas le fallan, pero no puede caer porque él la tiene acorralada y acaba de cogerla por un brazo con una mano para arrancarle la toalla con la otra. Andrea se retuerce y trata de zafarse sin mucho éxito. Él es más grande, más fuerte y tiene la seguridad de alguien que siempre consigue lo que quiere. Ella está sola, sin nadie que la proteja, pero entonces alguien golpea la puerta y Andrea siente que no va a tener otra oportunidad como esa.

—¡Adelante! —grita, y esta vez la voz sí que le sale, potente y desesperada.

Harrington se aparta de ella de inmediato y su asistente entra y le entrega su teléfono para que atienda una llamada. Él lo coge de malas formas, casi arrancándoselo de las manos, y sale del camerino después de atravesar a Andrea con la mirada. Andrea ni siquiera mira al chico que acaba de salvarla y permanece ahí, desconcertado porque no tiene claro lo que acaba de presenciar. Ella simplemente se viste a toda prisa y sale corriendo del edificio, consciente de que la próxima vez no tendrá tanta suerte.

No espera hasta que su padre vaya a buscarla ni va hacia la parada de taxis como hace otras veces, corre como si fueran a matarla y cuando las piernas están a punto de fallarle, se mete en la primera tienda donde ve que la dependienta es una mujer, una tienda de ultramarinos bastante pequeña donde Andrea no ve mucho sitio para esconderse.

El terror le ha impedido llorar y lo sigue haciendo, pero cuando la mujer ve su expresión de puro pánico, le saltan las alarmas.

—¿Puedo ayudarte? ¿Estás bien, bonita?

—¿Puedo usar su teléfono? —suplica Andrea con la voz entrecortada, intentando que el aire le llegue a los pulmones—. Por favor.

—Por supuesto.

La mujer le tiende el teléfono fijo que hay en el mostrador y Andrea, tratando de controlar el temblor de sus manos, marca el número de Tommy, la única persona en la que confía.

—¿Diga? —responde su amigo al cabo de unos tonos, mientras Andrea permanece con la mirada clavada en el cristal, temiendo que, en cualquier momento, el señor Harrington aparezca.

—Tommy —solloza Andrea al escucharlo—, necesito que vengas a buscarme.

—¿Andrea? —responde él, reconociéndola de inmediato—. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —pregunta inquieto.

—Tienes que venir —responde ella, presa del pánico—. No puedo volver a mi casa, Tommy, él me violará y mis padres no harán nada. Tienes que llevarme con mi abuela. Por favor.

Hay un silencio al otro lado de la línea, el que provoca el impacto de sus palabras en su amigo. La dependienta, de rasgos latinos y unas arrugas en la expresión que indican que sabe mucho de la vida, la mira atónita, con los puños apretados mientras entra el siguiente cliente. Andrea se tensa, no es Harrington, pero podría serlo.

—Ven aquí —dice la mujer, abriendo la portezuela que da acceso al otro lado del mostrador.

Andrea no se lo piensa y pasa al otro lado, sentándose a sus pies.

—¿Tommy? —balbucea.

—Te llevaré donde necesites. Voy a coger algo de dinero y salgo enseguida. ¿Dónde estás?

Andrea levanta la mirada tratando de encontrar un cartel. Solo ve a la mujer y su nombre en una chapa. María.

—En una tienda de ultramarinos, está cerca del estudio, creo —dice asustada, incapaz de concentrarse.

La mujer se agacha de repente.

—¿Te fías de él? —le pregunta.

Andrea la mira y asiente mientras se pasa la mano por la cara, limpiándose las lágrimas que brotan desde hace rato. Entonces la mujer le quita el teléfono con delicadeza y le da la dirección a Tommy, después se lo devuelve.

—Estaré allí en media hora, Andrea —responde Tommy—. No te muevas, ¿me oyes? Quédate exactamente donde estás.

—No me moveré —asegura ella, que sabe que no puede porque las piernas le tiemblan.

Cuando cuelga, deja caer el brazo como si el teléfono le pesara una tonelada.

—Toma, ponte esto —dice la mujer, entregándole una sudadera con cremallera que Andrea no sabe de dónde ha sacado—. Estás helada.

Andrea se cubre con ella y se hace un ovillo. La mujer duda por un momento si debe llamar a la policía, pero no se fía de ellos y la chica no se fía de sus propios padres, que será a los primeros que avisarán, así que no los llama. Atiende a otros dos clientes y después va hacia la nevera, coge un par de sándwiches que mete en una bolsa de papel marrón y la rellena con un par de botellas de agua, añade una bolsa de chucherías y unas chocolatinas, y después se la entrega a Andrea.

—No sé si la casa de tu abuela está muy lejos, pero esto os irá bien para el camino.

—Gracias —dice Andrea, tragando saliva.

—No te preocupes, todo saldrá bien —asegura la mujer, tan convencida de ello, que Andrea la cree.

Tommy llega cuarenta minutos después y, tras despedirse de la dependienta, que abraza a Andrea y le desea suerte, se suben en el coche y su amigo toma la dirección que Andrea le indica sin hacer preguntas.

—Eres menor, Andrea, sabes que si tus padres deciden… —empieza Tommy, pero Andrea lo corta.

—Mi abuela encontrará una solución, tú conduce —dice ella, segura de que su abuela materna la protegerá de ellos.

Y Andrea tiene razón, Maggie Loter no le fallará a su nieta, protegiéndola con uñas y dientes de su propia hija.

Capítulo 18

Por segunda vez, Tasha está en el apartamento de Connie cuando esta vuelve —en esta ocasión, junto a Hayden— dispuesta a pasar la noche allí con ella. La diferencia con la vez anterior es que Tasha no se ha despistado y se ha pasado de la hora a la que suele marcharse, simplemente no ha sido capaz de levantarse y, cuando Connie y Hayden acceden al salón, la encuentran sentada en el sofá con una copa de vino y la botella medio vacía al lado.

La jefa de personal levanta la mirada al verlas y, en lugar de saludarlas, da un sorbo tan largo que Hayden se pregunta si después será capaz de ponerse en pie sin que todo le dé vueltas. Connie coge una copa para ella, un refresco para Hayden y toma asiento al lado de Tasha, dejándole el sillón a la informática.

—¿Qué te pasa? —pregunta la empresaria mientras se sirve una copa, observando la mezcla de rabia y tristeza que expresan los ojos de su amiga.

Tasha se atusa la melena y trata de enfocar su mirada perdida para centrarla en la de su jefa.

—Hoy he decidido irme a mi apartamento cuando he salido de la oficina —explica Tasha—. Me dolía un poco la cabeza y me apetecía tumbarme y no salir, así que he ido directamente allí con la intención de ducharme y meterme en la cama.

Hace una pausa y toma otro sorbo de vino con el que vacía media copa. Hayden parpadea y mira a Connie conteniendo una sonrisa. A ella no le gusta el alcohol, y las pocas veces que lo ha probado, se ha mareado enseguida. Connie le guiña un ojo como toda respuesta y ella siente que su pecho se sacude por dentro, después se queda tranquila porque sabe que Connie lo

tiene todo controlado si la jefa de personal acaba desmayada en su salón.

—Pero ahora estás aquí —dice Connie, mirando a Tasha mientras deja su copa sobre la mesa.

—Sí, ahora estoy aquí —responde Tasha, suspirando con fuerza, como si hablar supusiera para ella un gran esfuerzo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Connie dándole un apretón en el brazo, carraspeando en un intento absurdo de que su voz no suene ronca.

—He encontrado a Jessica con otra mujer en la cama. En nuestra habitación —puntualiza rabiosa.

—Joder —dice Connie sin poder evitar la sorpresa en su tono, mientras que Hayden carraspea y se levanta.

—Os dejo solas, voy a ducharme —dice la informática, sintiendo que no debe estar presente en esa conversación.

Connie la mira y le dedica una sonrisa antes de que se aleje.

—No tiene vergüenza —dice Tasha cuando ya están a solas, con la mirada clavada en su copa de vino—. Supongo que no esperaba que yo volviera, ya se ha acostumbrado a que pase las tardes aquí y, joder, Connie —ahora se gira y la mira a los ojos —, es mi apartamento, ¿es que no tiene respeto por nada? A mí me da igual con quién se acueste, ¿pero llevarla a mi casa? ¿A mi cama? —pregunta frustrada.

—Lo sé —dice Connie, quitándole la copa de la mano para que no siga bebiendo—. ¿Habéis hablado? —pregunta cautelosa, temiendo la reacción de su amiga cuando se ha encontrado la escena.

—No —responde Tasha—. Cuando me han visto, la otra chica prácticamente ha saltado de la cama. Por su reacción, he llegado a pensar que Jessica no le había hablado de mí. La pobre parecía haber visto un fantasma. Ha comenzado a balbucear disculpas mientras buscaba su ropa, estaba tan desconcertada que me ha dado pena. En menos de un minuto se había vestido y marchado.

—¿Y Jessica? —pregunta Connie.

—Jessica —sonríe Tasha con ironía—. Ella se lo ha tomado con más calma. Se ha tapado con la sábana y me ha dicho que pensaba que volvería más tarde. Por primera vez en estos últimos meses he tenido la sensación de que parecía arrepentida, quiero decir, que realmente no era su intención hacerme daño, ha sido una sensación rara —explica aturdida, apartándose los rizos de la frente—. Se ha levantado y me ha dicho que lo sentía, parecía sincera y eso me ha molestado todavía más. Solo tenía ganas de gritarle, pero para ese momento me dolía tanto la cabeza que he decidido que no quería hablar con ella. Me he marchado, he venido aquí, me he tomado un analgésico y me he tumbado en el sofá hasta que se me ha pasado, y después…

Tasha señala la botella.

—No tenía planeado robarte una botella de vino y vaciarla yo sola. Quería tomar una copa mientras pensaba qué hacer. Necesito que se marche de una puta vez, Connie. Quizá sí que debería vender el apartamento, darle la mitad y olvidarme de ella —dice agotada.

—Ni hablar —dice Connie—, eso es lo que busca, Tasha, y el apartamento es tuyo. Rendirte ahora después de todo lo que has aguantado sería absurdo.

Tasha se deja caer hacia atrás. De repente, se siente agotada tanto física como emocionalmente, como si ya no pudiera soportar el peso de ese tira y afloja con su mujer.

—Quédate a dormir aquí hoy. Mañana, cuando estés más despejada, decides qué hacer —le sugiere Connie.

—¿No te importa? —pregunta Tasha.

Connie se ríe, soltando el aire por la nariz.

—Para nada, aunque tendrás que dormir aquí en el sofá, no tengo habitación de invitados.

—Tu sofá me encanta —sonríe Tasha.

—Perfecto. Cuando Hayden salga del baño, te das una ducha para que se te baje un poco la bebida. Pediré algo de cenar y, con un poco de suerte, mañana no tendrás mucha resaca —dice y se levanta.

Tasha se ríe y se frota las sienes, ella no está muy segura de no tener resaca al día siguiente, pero agradece el esfuerzo de su amiga. Lo que la jefa de personal no le ha contado a Connie es que mientras estaba tumbada a la espera de que su dolor de cabeza remitiera, no estaba pensando en Jessica, ella pensaba en Andrea Loter.

No puede quitarse de la cabeza su imagen en aquel bar, la sensación de que estaba hundida. La recuerda en el coche esforzándose por controlar las náuseas, con el pelo un poco revuelto cayendo sobre su tez bastante pálida. También recuerda el dardo envenenado que le soltó cuando estaban llegando y la vulnerabilidad que mostró en su casa, cuando dejó que Tasha la ayudara a meterse en la cama.

Andrea ha sido muy clara en dos ocasiones y, aun así, Tasha, ni puede dejar de pensar en ella ni controlar el hormigueo que se le expande por el torso cada vez que lo hace. Un hormigueo que ahora, mezclado con el vino, parece que aumenta, haciendo que tenga que controlar constantemente las ganas de llamarla al número de la tarjeta que le dio Connie para preguntarle si se encuentra mejor.

Capítulo 19

—¿Puedo salir? —pregunta Hayden con cara de circunstancias, pegando la oreja a la puerta de la habitación de Connie.

Connie se ríe mientras se abrocha la camisa y Hayden siente la tentación de pedirle que deje de vestirse y vuelva a la cama, pero Tasha está en el salón y eso le corta el rollo.

—Claro que puedes salir —responde Connie, divertida por la expresión asustada de Hayden.

Siempre son las primeras en llegar a la empresa, las más madrugadoras, sobre todo Hayden, pero cuando duermen juntas como ha sido el caso, se levantan a la misma hora. Aun así, sigue siendo muy temprano y Hayden está segura de que Tasha estará dormida en el sofá.

—La voy a despertar, pero necesito preparar café antes de irme —murmura Hayden, balanceando el cuerpo mientras se mantiene sujeta al pomo de la puerta.

Connie tuerce una sonrisa y se acerca a ella, atrayéndola hacia su cuerpo con un solo movimiento.

—Cariño —dice en un susurro que le eriza la piel a Hayden, que acaba de decidir que esta noche le dirá a Connie que duermen en su casa, donde no hay compañeras de trabajo durmiendo en el sofá—. Haz lo que tengas que hacer, y si se despierta, es lo que hay.

Hayden levanta las cejas, sorprendida y divertida por el comentario.

—Eres cruel —dice, y Connie le muerde el cuello con suavidad.

—Aprecio mucho a Tasha, Hayden, pero no vamos a cambiar nuestra rutina porque ella esté durmiendo en el sofá. Tú solo bebes café casero y no funcionas si no te lo preparas antes de salir, así que, si se despierta, lo sentiremos mucho por

ella, pero por un día que madrugue, no le va a pasar nada —dice con una chispa de maldad en la mirada que hace sonreír a Hayden.

—Vale —accede la informática—, pero sal conmigo por si es de las que lanzan cojines cuando la molestan —dice arrastrándola fuera de la habitación.

—¿Quieres que me lo lance a mí? —pregunta Connie, notando cómo se le congelan los pies porque va descalza.

—A ti no te lanzará nada, eres la jefa, podrías despedirla —asegura Hayden con esa lógica suya tan particular que le gusta tanto a la empresaria.

Para sorpresa de ambas, cuando acceden al salón, Tasha no está en el sofá. La manta está perfectamente doblada en el reposabrazos y ven que hay luz en la cocina.

—Buenos días —saluda la jefa de personal, sentada a la isla con una taza de café entre las manos.

Connie la observa unos segundos antes de contestar. Tasha está vestida y peinada, y parece tan despejada que está segura de que lleva al menos una hora despierta.

—¿No has dormido? —pregunta la empresaria mientras Hayden va directa hacia la cafetera después de saludarla.

—Hasta hace un par de horas, sí —responde Tasha.

Connie retira un taburete y se sienta a su lado.

—Me he levantado para ir al baño y cuando he vuelto me ha dado por mirar la hora en el teléfono —explica Tasha entre sorbo y sorbo.

—¿Y? —pregunta Connie—. ¿Eso te ha desvelado?

—No, lo que me ha desvelado es que he visto que tenía un mensaje de Jessica y lo he abierto.

—¿Y qué decía? —curiosea la empresaria.

Hayden también se gira para mirarlas, intrigada por la respuesta.

—Resumiendo, lo que dice es que ha recogido sus cosas y ha dejado la llave encima de la mesa del salón. Que lo siente y que firmará los papeles del divorcio.

Connie parpadea, confundida.

—Espera, ¿se ha marchado? —pregunta incrédula.

—Sí, al menos, eso es lo que dice. Y yo debería estar dando saltos, pero después de todo lo que me ha estado jodiendo, me cuesta creer que se haya marchado así sin más, de repente —comenta Tasha.

—Bueno, de repente, tampoco. Ayer se pasó bastante, quizá al fin reflexionó y se dio cuenta de que lo estaba haciendo todo mal y que lo que te pedía no era justo —opina Connie.

—Eso he pensado, pero, aun así, me está costando creerlo. No dejo de mirar el móvil pensando que en cualquier momento me enviará otro mensaje diciendo que es una broma, o que cuando vaya esta tarde a mi apartamento, la encontraré allí, como si nada —dice mirando su teléfono de reojo.

—Deberías ir a comprobar si es verdad que se ha marchado —interviene Hayden de repente—, y si es así, cambiar la cerradura y avisar a tu abogado para que le haga firmar los papeles antes de que cambie de opinión.

Tasha la mira, sorprendida porque está segura de que es la primera vez que Hayden habla con ella para algo que no tenga que ver con el trabajo.

—Hayden tiene razón —concuerda Connie.

—Sí —asiente Tasha—, en cuanto salga de la oficina, pasaré por casa a ver si es verdad que se ha marchado.

—Después del trabajo, no, Tasha, tienes que ir ahora —dice Connie—. Este asunto es prioritario, debes zanjarlo cuanto antes, ya irás a la oficina cuando lo tengas resuelto.

Tasha se levanta y deja su taza de café en el lavavajillas.

—No sé cómo voy a agradecerte todo esto —dice cuando pasa por el lado de Connie para ir en busca de su abrigo.

—Ya pensaré alguna manera de cobrármelo, tú no te preocupes —bromea la empresaria.

Tasha está en la oficina recogiendo sus cosas para salir a comer. Le cuesta concentrarse y tiene una sonrisa estúpida en la cara de la que no logra deshacerse desde que ha vuelto. Jessica no ha mentido, cuando Tasha ha llegado a su apartamento, su

mujer no estaba y su juego de llaves estaba encima de la mesa tal y como le había dicho en el mensaje. Tampoco estaba su maleta de viaje ni parte de su ropa, ni sus artículos de aseo y su portátil.

Ha sentido tanto alivio que ha tenido que sentarse unos minutos en el sofá para tranquilizarse. Cuando lo ha logrado, le ha enviado un mensaje a Connie diciendo que era cierto y después se ha puesto manos a la obra. Lo primero que ha hecho ha sido llamar a un cerrajero haciendo caso del consejo de Hayden y le ha pedido que le cambie la cerradura, que le ha costado un ojo de la cara. Después ha llamado a su abogado y le ha explicado la nueva situación y el hombre le ha dicho que se ponía a ello de inmediato, que iba a contactar con la abogada de Jessica para resolver el asunto cuanto antes.

Una vez el cerrajero ha terminado, Tasha se ha marchado hacia el trabajo sintiendo que los hombros le pesaban menos y que la resaca de la tarde anterior había desaparecido por completo, y ha comenzado a flotar en una nube cuando hace apenas quince minutos, la ha llamado su abogado diciendo que Jessica acababa de firmar los papeles del divorcio. Tasha quiere gritar de alegría, desgañitarse hasta quedarse afónica para dejar salir todo el estrés que ha estado acumulando todos estos meses, pero decide que mejor se va a comer a su restaurante favorito para celebrarlo.

—Que tenga buen provecho, señora Merrell —le dice Randy Turrell, que también recoge sus cosas para irse a comer cuando ella pasa por delante.

—Usted también, Randy —responde Tasha, tirando de la puerta de cristal.

Justo cuando sale, se queda boquiabierta y parpadea incrédula cuando casi se tropieza con Andrea Loter, que estaba a punto de entrar al edificio. A Tasha el corazón se le desboca y le sube un calor intenso por el cuerpo a pesar del frío.

—Vaya, hola —dice sorprendida, haciéndose a un lado para no cortarle el paso, intentando que no se note el caos que siente por dentro.

—Hola —le devuelve el saludo Andrea, apretando los labios en un intento de sonrisa que sorprende a Tasha.

—¿Vienes a ver a Connie? —pregunta la jefa de personal mientras abre su bolso sin buscar nada en concreto, solo por mantener las manos ocupadas.

Tasha quisiera entrar y acompañarla hasta el despacho de su jefa, pero se contiene, sabiendo que no debe.

—La verdad es que vengo a verte a ti —confiesa Andrea.

Tasha frunce el ceño, incrédula, sin saber si ha comprendido bien.

—¿A mí? —se señala como si fuera imposible.

Andrea sonríe y Tasha se pregunta cómo es posible que esa mujer sea tan guapa. Tiene la sonrisa más bonita que ha visto en su vida, incluso con ese piercing en el labio que ella jamás se pondría.

—Sí, a ti —confirma Andrea, haciendo que Tasha vuelva a la realidad.

La jefa de personal carraspea y asiente, pensando que su día está siendo muy extraño. Primero se resuelve su divorcio de la manera más inesperada y ahora Andrea Loter aparece de la nada diciendo que quiere verla.

—De acuerdo, ¿y a qué debo el honor? —pregunta bastante descolocada.

Andrea hace un gesto extremadamente delicado al apartarse un mechón de pelo y colocarlo detrás de su oreja. Es algo casual que probablemente hace cien veces a lo largo del día, pero Tasha se queda hipnotizada.

—Vengo a darte las gracias por lo de la otra noche, aunque bebí hasta casi ahogarme, me acuerdo de todo —dice, dejando a Tasha congelada.

Durante unos segundos, se hace un silencio incómodo entre ambas. Andrea no sabe qué más decir y Tasha está tan sorprendida que tarda en reaccionar. Han pasado casi dos semanas, pero ella recuerda esa noche como si fuera ayer mismo.

—Vaya, pues no hay de qué —dice finalmente, asintiendo con la cabeza para acompañar sus palabras.

Andrea sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos y Tasha siente un pellizco en el centro del pecho.

—En fin, solo quería decírtelo —dice Andrea, dispuesta a despedirse.

—¿Has comido? —pregunta Tasha en un arrebato.

Andrea vuelve a sonreír, en esta ocasión, con un atisbo en su expresión mitad gamberra y mitad burlona.

—¿Sigues insistiendo? —pregunta, levantando una ceja mientras observa a Tasha de manera descarada.

—No es eso —responde la jefa de personal con rapidez—. Me quedó muy claro que no quieres conocerme y lo respeto, pero si ambas tenemos que comer… —dice nerviosa—. No importa, olvídalo, me alegro de…

—Vale —dice Andrea, cortando su verborrea.

—¿Qué? —pregunta Tasha.

—Comamos —aclara Andrea, mirándola fijamente mientras intenta encontrar un motivo razonable para no conocer mejor a Tasha Merrell.

—¿De verdad? —pregunta Tasha, todavía perpleja, atrapada en sus ojos azules.

—Tengo una hora antes de volver al bufete, supongo que no pasa nada si comemos juntas —dice Andrea.

Capítulo 20

Tasha elige un restaurante cercano para no perder tiempo y se deciden por el menú del día. En cuanto el camarero se marcha tras tomarles nota de las bebidas, el silencio se instala entre ellas, generando una incomodidad que Tasha no piensa consentir. Observa a Andrea durante un instante, percibiendo en ella la misma tristeza que la otra noche la abogada trataba de borrar con el alcohol, y decide que esa puede ser una buena manera de romper el hielo.

—Mis últimas semanas han sido bastante caóticas, pero parece que las tuyas no son mejores —comenta con tono tranquilo, observando la reacción de Andrea.

La abogada nota un estallido de ansiedad en el centro del pecho al escucharla y algo se le anuda en la garganta. Cada vez que piensa en su abuela, siente que se asfixia y los ojos se le encharcan como si fuera un acto reflejo que todavía no es capaz de controlar por más días que pasan. Andrea abre la boca para coger aire y baja la mirada de inmediato mientras se pasa los dedos por debajo de los ojos con delicadeza.

Tasha quiere darse cabezazos contra la pared, pensando que no es capaz de acertar una con la abogada.

—Lo siento si he dicho algo que no debía —se disculpa la jefa de personal—, no pretendía hacer que te sintieras mal.

Está a punto de estirar la mano por encima de la mesa para buscar la de Andrea y darle un apretón reconfortante, pero dada la situación entre ellas y las malas reacciones que suele tener la abogada, decide estarse quieta.

—Tranquila —dice Andrea, aspirando todo el aire que puede en un esfuerzo por recomponerse cuanto antes—. No es culpa tuya.

Levanta la mirada y la clava en Tasha, que la observa compungida. Andrea duda qué hacer a continuación porque se le ocurren tres opciones: levantarse y marcharse, cambiar de tema o contarle la verdad, y para su sorpresa, le apetece hacer lo último.

—Mi abuela estaba en la UCI la noche que nos vimos, murió al día siguiente —explica Andrea.

—Dios mío, lo siento —dice Tasha, realmente impactada por la noticia a pesar de no conocer a la abuela de Andrea—. ¿Estabais muy unidas?

Andrea esboza una sonrisa triste y vuelve a pasarse los dedos por debajo de los ojos.

—Perdón, es que no me acostumbro —dice sorbiéndose los mocos, pero sin dejar de sonreír—, supongo que a estas alturas ya debería poder hablar de ella sin esto… —se señala los ojos y sacude la cabeza.

Tasha la mira con una mezcla de fascinación y ternura, deseando que la situación entre ellas fuera diferente para poder levantarse y abrazarla.

—Mi abuela era como una madre, mucho mejor que eso —se corrige, asqueada cuando piensa en la suya—. Y ahora que no está, tengo la sensación de que estoy perdida. Sé que es una chorrada, porque soy una mujer adulta e independiente, pero me daba tranquilidad saber que ella estaba ahí.

—No es ninguna tontería —dice Tasha—. Era tu abuela y la querías, es normal que te sientas desubicada y te cueste acostumbrarte, y más si tenías una relación tan estrecha con ella. El duelo no tiene un calendario fijo y tienes derecho a pasarlo como necesites.

—Gracias —dice Andrea con otro intento de sonrisa—, pero prefiero hablar de otra cosa.

—Por supuesto —responde Tasha, frunciendo el ceño mientras piensa algo con rapidez—. Vamos a ver —pone cara de circunstancias y esta vez Andrea sí que se ríe con ganas—, a mí no se me da bien improvisar, así que te voy a contar lo que me pasó ayer con mi exmujer, aunque no sea muy apropiado.

Andrea se echa hacia atrás para que el camarero les deje los platos y mira a Tasha con intriga. La jefa de personal le resume el episodio que se encontró cuando llegó a su casa y vio a la que todavía era su mujer en la cama con otra. Eso genera varias preguntas en Andrea, que no logra ponerse en contexto, y Tasha va respondiendo hasta hacerle un pequeño resumen de la situación que ha estado viviendo con Jessica durante los últimos meses.

—¿Te digo la verdad? —pregunta Andrea, que ha logrado calmarse y abstraerse por completo de sus pensamientos, centrada en la historia de la mujer de labios carnosos y apetecibles que tiene delante.

—Por supuesto —responde Tasha, dejando el tenedor a un lado para centrar toda su atención en la abogada.

—Cuando viniste a mi despacho, o más bien cuando te fuiste…

—Me echaste —puntualiza Tasha con una ceja levantada.

Andrea se ríe y sus ojos azules se convierten en dos rendijas destellantes que hipnotizan a Tasha.

—Te eché —confirma divertida—, pero cuando saliste, pensé que todo el tema de tu divorcio era mentira, que solo era la excusa que habías utilizado para pedir cita conmigo.

—Bueno, en realidad fue una excusa porque yo ya tengo abogado —reconoce Tasha—, pero mentira, no era.

Para sorpresa de Tasha, siguen hablando de aquel día y Andrea no muestra ningún signo de la furia ni la indignación que se apoderó de ella en aquel momento. Tasha no sabe si eso es bueno o malo, o si significa algo, pero tampoco se atreve a tirar de la cuerda ahora que Andrea parece haberla aflojado un poco.

—Quería aclarar algo sobre la noche que nos vimos —dice Andrea, cambiando de tema justo cuando les traen el postre.

—¿El qué? —pregunta Tasha.

—La verdad es que me da vergüenza que me vieras en aquel estado, porque yo no soy así… —de repente se queda pensativa, observando su vaso de agua mientras Tasha la mira a

ella—, o quizá sí que lo soy —añade aturdida, como si acabase de descubrir que podría ser una persona horrible.

Tasha vuelve a contener las ganas de cogerle la mano y apretar, decirle que está ahí y que puede contar con ella para lo que quiera sin que espere nada a cambio, pero vuelve a controlarse.

—Yo estoy segura de que no. Tuviste una mala noche, una mala semana —Andrea levanta la mirada y sus ojos azules se clavan en Tasha, que siente que le falta el aire—. Una mala racha —remata.

Andrea traga saliva y asiente.

—Sí —confirma suspirando—, no está siendo mi mejor momento.

—Pero los malos momentos pasan, Andrea. Siempre lo hacen.

Andrea la mira y se muerde los labios mientras asiente. Se hace una pequeña pausa entre ellas y su mente la traiciona cuando se pregunta cómo sería besar a Tasha, si sus bocas encajarían a la primera o sería un beso torpe y primerizo que acabaría con una carcajada de ambas. Imagina por un segundo el tacto de esos labios y el pensamiento la sorprende por su claridad y la fuerza con la que se instala en su cabeza.

—¿En qué piensas? —la interrumpe Tasha con intriga.

Andrea carraspea y nota que un calor sofocante le va subiendo por el cuello y por las piernas al mismo tiempo.

—Nada —responde y su sonrisa se curva de un modo tan seductor que a Tasha se le seca la garganta—. Me he quedado en blanco.

Tasha sabe que miente, nadie se queda con la mente en blanco, pero no insiste.

—Yo sí pensaba en algo —dice ella—, me preguntaba en qué momento me viste aquella noche en el bar, porque yo te vi prácticamente desde que entraste y me dio la sensación de que no nos viste en casi toda la noche.

—Te vi cuando Caroline, la mujer que estaba conmigo, se marchó. La seguí con la mirada hasta que salió y entonces te vi

a ti con aquella mujer —responde Andrea.

Tasha sabe que hacer la siguiente pregunta que tiene quemándole la punta de la lengua puede ser un riesgo y acabar con los avances que ha hecho con Andrea, pero tiene claro que se arrepentirá si no la hace.

—Esa tal Caroline, ¿es tu pareja? —tantea intentando sonar casual.

A Andrea no le suena nada casual y sabe perfectamente la curiosidad que se esconde detrás de la pregunta; sin embargo, no le molesta.

—Caroline y yo estuvimos juntas durante seis años, pero rompimos y ahora somos muy buenas amigas —explica, considerando que ha dado la información suficiente.

Tasha asiente, conteniendo el suspiro de alivio que su cuerpo quiere expulsar.

—¿Y la mujer que había contigo? —pregunta Andrea, sorprendiendo a Tasha.

—Era mi cita, pero no acabó bien.

Su falta de explicaciones despierta la curiosidad de Andrea, que de repente siente que necesita más detalles.

—¿Por qué no acabó bien?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta Tasha.

A Andrea se le acelera el corazón de una manera inexplicable, como una especie de aviso, algo que la alerta de que el motivo tiene algo que ver con ella, pero decide ignorar esa alarma porque, si es así, se acaba de dar cuenta de que quiere saberlo.

—Sí —responde tajante.

—Resumiendo, me dejó plantada porque consideró que estaba más pendiente de ti que de ella —explica Tasha, manteniendo la mirada fija en Andrea.

La abogada contiene la respiración.

—¿Y era verdad? —pregunta, aunque sabe que no debe, pero una parte de ella no puede parar.

—Solo en parte. Reconozco que te miré alguna vez mientras estabas con Caroline; en cualquier caso, no fue nada exagerado.

El problema vino cuando ella se fue, entonces sí que estuve más pendiente de ti que de ella. Me preocupaba que no pararas de beber y estuvieras sola, y después empezaste a discutir con el camarero y bueno, el resto ya lo sabes —explica Tasha.

—Sí, lo sé —Andrea mira la hora—. Me tengo que ir o llegaré tarde.

Tasha asiente y pide la cuenta.

—¿Te gustaría que nos volviéramos a ver? —pregunta Tasha de manera directa en cuanto salen del bar.

Le ha estado dando vueltas mientras esperaba la cuenta y no ve ningún motivo para no hacer la pregunta. Lo han pasado bien durante la comida, no ha visto a Andrea incómoda, y la negativa ya la tiene.

—Si no quieres, no pasa nada —dice antes de que Andrea tenga tiempo de contestar, para asegurarse de que no la pone en una situación incómoda—. La comida ha estado bien y prefiero tener este último recuerdo de ti —le sonríe y se cierra el abrigo, dispuesta a marcharse.

Andrea tiene el cuerpo tan tenso que le cuesta moverse. Hay algo en Tasha Merrell que le atrae mucho y se ha sentido muy cómoda con ella, algo que la tiene sorprendida porque no está acostumbrada. Su zona de confort es Caroline y está tan habituada a ella, que el hecho de que aparezca otra persona que no haga que tenga ganas de salir corriendo, la pone muy nerviosa.

—¿Una cena? —pregunta Andrea.

Los ojos de Tasha se desorbitan y su sonrisa se ensancha. A Andrea le parece sexi y se imagina besándola. Tose y se pasa la lengua por el piercing, buscando la manera de calmarse.

—Una cena sería perfecta —responde Tasha—. ¿Me das tu número de teléfono? —pregunta con una sonrisa triunfal.

—Creo que hoy te estás pasando —dice Andrea entornando la mirada, pero le resulta imposible disimular el tono juguetón de su voz—. Apunta.

Capítulo 21

Caroline descuelga el teléfono fijo del estudio de manera distraída mientras sigue buscando un hotel para un seminario de *body art* y perforación avanzada.

—Ya tengo el informe.

Caroline parpadea y deja lo que está haciendo cuando nota un escalofrío atravesarle la columna. A pesar de que no se ha presentado y ni siquiera ha saludado, ha identificado su voz de inmediato como la de Ava, la inspectora de sanidad que le mintió haciéndose pasar por una clienta.

—Hola a ti también —responde Caroline sin ocultar su tono irónico.

—Hola —responde Ava, satisfecha porque Caroline no pueda ver su sonrisa mientras se acomoda en su silla, con el informe frente a ella.

—Así que ya lo tienes —dice Caroline—. Debe ser muy completo, porque has tardado mucho…

—Me gusta tomarme mi tiempo y hacer las cosas bien, controlando los detalles —dispara Ava.

Caroline contiene un bufido exasperado mientras se pregunta si habrá encontrado algo, pero no piensa mostrarse intranquila ante ella y darle esa satisfacción.

—¿Y bien? ¿Vas a invitarme a cenar o vendrás a traérmelo y me pagarás el tiempo que me hiciste perder? —pregunta la tatuadora.

La carcajada suave de Ava vuelve a lanzar una descarga por el cuerpo de Caroline, esta vez, muy cerca de su vientre, haciendo que contenga la respiración.

—Prefiero la cena, al menos así, no tendré la sensación de que regalo mi dinero —dice Ava.

Caroline se muerde el labio y se recuesta en la silla con una sonrisa victoriosa.

—Pues que sea esta noche, en esta misma calle han abierto un italiano que me gustaría probar.

—¿Quién ha dicho que eliges tú? —la reta Ava.

Caroline coge un bolígrafo y juega con él entre sus dedos, curvando los labios complacida.

—Está bien, dime dónde —cede la tatuadora, muerta de ganas de verla.

—Ese restaurante estará bien, me gusta la comida italiana —responde Ava y Caroline se muerde el puño, con ganas de estamparla contra la pared.

—¿A las ocho? —pregunta la tatuadora.

—Me parece bien —confirma Ava antes de colgar.

A las ocho en punto, Ava cruza la puerta del restaurante y ve con regocijo que Caroline ya la espera en el interior. Mientras se acerca a ella, ve un horno de leña y decide que cenará pizza en lugar de pasta, deseando que estén tan buenas como las que se comió la vez que visitó las ruinas de Pompeya y se alojó en Nápoles.

—Qué puntual —dice Caroline, comiéndosela con la mirada sin ningún tipo de disimulo.

—Es una cuestión de respeto, no puedes pretender que los demás respeten tu tiempo si tú no respetas el suyo —dice Ava, tomando asiento.

—Eso se te olvidó el día que viniste a mi estudio —deja caer Caroline y Ava sonríe, encajando el disparo a bocajarro.

—Eso era trabajo, cada una hace el suyo lo mejor que puede y con las herramientas de las que dispone —se defiende —, y yo no disponía de sitio para aparcar.

Caroline sonríe y menea la cabeza, esta noche no quiere hablar de trabajo, quiere conocerla a ella.

—¿Qué te llevó a hacerte inspectora de sanidad? No parece un trabajo con el que una sueñe de pequeña —pregunta la tatuadora mientras ambas van ojeando la carta.

Ava levanta la mirada de la carta durante un momento para observar a Caroline antes de responder, como si evaluara si merece que se lo cuente.

—Cuando era adolescente, mi mejor amiga y yo íbamos todos los domingos a desayunar al mismo bar. No era nada del otro mundo, pero estaba en el barrio y hacían las mejores tostadas con huevos revueltos que recuerdo haber probado. Un día, sin más, lo cerraron. Nosotras no entendíamos nada, siempre estaba lleno y parecía que era un buen negocio, hasta que nos enteramos de que los vecinos de arriba habían denunciado la presencia de ratas y cuando les hicieron una inspección de sanidad, no solo encontraron roedores en la cocina, sino que, había carne podrida en los congeladores que seguían sirviendo, gran parte de los alimentos caducados y condiciones insalubres. Al parecer, la cocina era como una pocilga, y yo me comía todo lo que salía de allí.

Caroline hace una mueca, asqueada.

—Hasta aquel momento, no tenía claro lo que quería estudiar, pero ahí lo supe. Yo quería ser una de esas personas que se encargaban de asegurar que locales como ese no permanecieran abiertos al público —remata y señala la carta—. ¿Te apetece pizza o pasta? Podríamos compartir y probar dos cosas diferentes.

—Uno de pasta y una pizza —dice Caroline empezando a salivar—, es un buen plan. Elige tú, a mí me gusta todo.

Ava levanta la mano y llama al camarero para hacer el pedido, que acompañan con una botella de vino blanco.

—¿Y a ti? ¿Qué te llevó a profanar la piel de la gente? —pregunta Ava.

Caroline suelta una pequeña carcajada.

—Deduzco que no te gusta lo que hago —dice, aunque no deja de sonreír porque tampoco le importa la respuesta.

—La verdad es que no soy fan de los tatuajes ni de los piercings. No me haría uno, aunque mi vida dependiera de ello, pero debo admitir —hace una pausa, dudando por un momento si es adecuado decir lo que piensa.

—¿Qué? —la anima Caroline.

—Debo admitir que a ti te quedan bien —dice y la señala con un gesto que no termina de hacer—. Te dan un aire misterioso y algo salvaje que creo que es acorde a tu personalidad.

—¿Piensas que soy misteriosa y salvaje? —pregunta Caroline con un deje juguetón en la expresión.

—Me atrevo a afirmar que sí —responde Ava sin amedrentarse.

—Quizá deberías comprobarlo un día de estos —la reta la tatuadora.

—Tal vez lo haga, quién sabe —dice y, en esta ocasión, la misteriosa parece ella.

La cena llega y las dos mujeres se deleitan con los manjares. A Caroline le sorprende que todo fluya entre ellas de una manera tan natural. Estaba segura de que habría silencios incómodos que ninguna sabría cómo rellenar, pero no solo no los hay, es que, incluso, a pesar de lo diferentes que es evidente que son, parecen encajar muy bien.

—Madre mía, qué comida más buena —dice Caroline, chupándose los dedos después de terminar una porción de pizza —. La verdad, me sorprende que hayas aceptado mi elección, pensaba que ibas a llevarme a un sitio igual de rancio que tú — suelta, cogiendo otra porción mientras Ava estira un trozo de queso interminable y al final lo corta con los dedos.

—¿Rancio? Vaya, ¿esa es la impresión que te doy? — pregunta Ava con expresión divertida.

—Bueno, eres inspectora de sanidad. Suena bastante aburrido y formal —responde Caroline con una sonrisa burlona.

Ava sonríe ante el comentario y sus labios, brillantes por el aceite del queso, lanzan una descarga repentina que va directa a la entrepierna de Caroline.

—La próxima vez te llevaré a un sitio que te gustará más que este —dice, pinchando el último tortellini.

—¿Cómo estás tan segura de que me gustará más? — pregunta Caroline.

—Porque ya he estado antes y si te gusta toda la comida como afirmas, cuando pruebes el entrecot al roquefort que hacen allí, llorarás de placer.

Caroline la observa y tuerce una sonrisa que llama la atención de Ava.

—¿Qué?

—Que eso significa que habrá una segunda cita —responde la tatuadora.

—Esto no es una cita, solo estoy pagando una deuda —aclara Ava, fría como un témpano.

—Claro —responde Caroline.

Ava no contesta, pero sus labios se curvan hacia arriba.

—¿Vamos a tomar una copa? A la primera invito yo —propone Caroline cuando salen del restaurante.

Ava le clava la mirada y le dedica una sonrisa maliciosa.

—No corras tanto, Caroline. No es ético que nos acostemos mientras estemos trabajando en la documentación de tu estudio —dice mientras se abrocha el abrigo.

Caroline frunce el ceño, sin comprender.

—El trabajo ha concluido, has dicho que ya tenías el informe —responde y se acerca, buscando sus labios porque le han parecido una auténtica provocación durante toda la noche.

A Ava la atraviesa un hormigueo repentino cuando ve sus intenciones, pero la detiene colocándole la mano en el esternón y su sonrisa malvada de antes, vuelve con más fuerza cuando es ella la que se acerca a sus labios y susurra contra ellos mientras saca el informe de su bolso.

—He encontrado una infracción menor, si no la resuelves en siete días, te podrías enfrentar a una multa de quinientos dólares —suelta y le entrega un documento antes de apartarse, dejando a Caroline perpleja y con los labios entreabiertos—. ¿A que ahora ya no tienes ganas de besarme?

Caroline levanta el documento al mismo tiempo que las cejas, las letras se le mezclan en una nebulosa que no está dispuesta a ordenar y clava la mirada en Ava.

—¿Qué has encontrado? —pregunta, impactada por el descaro de la inspectora.

—La información del formulario de consentimiento que ofreces a tus clientes no está actualizada.

Caroline suelta un bufido.

—No me jodas, ¿en serio?

Ava se encoge de hombros.

—Las normas no las pongo yo —se defiende, disfrutando como una niña de la expresión furibunda de Caroline—. Ahí te he añadido una muestra de lo que debes incluir. Envíamelo al correo cuando lo tengas. Te diré algo en cuanto lo revise.

—No pienso enviarte nada —suelta Caroline—, esta vez, vendrás tú a comprobarlo, por si hay algo que no te gusta.

Ava sonríe sin decirle que sí o que no.

—Buenas noches, Caroline.

La inspectora empieza a caminar calle abajo mientras Caroline, con una mezcla de sentimientos que le cuesta definir, la observa embobada.

Capítulo 22

Andrea llega junto a Caroline y se detiene justo frente al tribunal de sucesiones donde se va a hacer la lectura del testamento de su abuela. Alza la vista hacia la fachada y se quita las gafas de sol mientras la brisa húmeda de Baltimore le revuelve un poco el pelo. Por su trabajo, Andrea ha estado alguna vez en ese lugar, pero no se cansa de contemplarlo. El edificio tiene ese aire solemne y sobrio de las construcciones institucionales de principios del siglo XX: ladrillos oscuros, grandes ventanales de marcos blancos y una puerta de madera pesada, barnizada con esmero, que parece resistirse al paso del tiempo.

El edificio no es alto, apenas tres plantas, pero emana una sensación de solidez que a ella le da calma, y hoy la necesita. Tiene sentimientos contradictorios; por una parte, siente que da un paso atrás porque sabe que va a volver a ver a su madre y eso siempre la desestabiliza tanto que le cuesta mucho recuperarse. Pero, por otro lado, es consciente de que va a cerrar una etapa. La lectura del testamento es una especie de confirmación para ella de que su abuela se ha ido, y sabe que tiene que aceptarlo.

—¿Entramos? —pregunta Caroline que, como en todos los momentos más difíciles para ella, siempre está a su lado.

Andrea se gira de repente y la observa con sus ojos azules.

—¿Yo estoy a la altura? —pregunta, y Caroline frunce el ceño, descolocada.

—¿De qué hablas?

—De ti. Tú siempre estás cuando yo te necesito, y quiero estar segura de que yo también estoy ahí cuando me necesitas tú.

Caroline sonríe y levanta una mano, empezando a enumerar con los dedos.

—Estuviste cuando el dueño del local quiso subirme el precio del alquiler sin motivo justificado. Estuviste cuando murió mi madre —Caroline sigue enumerando—. Estuviste cuando me dieron cinco puntos en la mano y no podía ducharme sin ayuda. Estuviste cuando desalojaron mi edificio dos semanas por una plaga y no tenía dónde quedarme. ¿Quieres que siga, nena? Porque puedo pasarme así todo el día.

Andrea se ríe y desvía la mirada hacia la entrada.

—Vale, vamos.

Llegan diez minutos antes de la hora de la cita, pero cuando entran a la sala de espera, Deborah Hartmann ya está allí, sentada en posición rígida, intentando aparentar una elegancia y una clase que nunca ha tenido. Andrea contiene la respiración al verla y decide que prefiere esperar en el pasillo, pero su madre se levanta y sale a su encuentro.

—¿Cómo estás, Andrea? —pregunta en un intento de sonar maternal, pero incluso Caroline, que apenas la conoce, nota que la voz le sale hueca.

Andrea frunce el ceño intentando buscar en su cabeza algún momento en el pasado donde su madre se hubiera interesado de verdad por su estado; sin embargo, no lo encuentra.

—Perfectamente —contesta, haciendo que su respuesta suene tan falsa como la pregunta de su madre.

La mujer suelta un bufido que muestra su incomodidad y se da un poco de aire con la mano, repentinamente acalorada.

—Mira, Andrea. ¿No crees que ya ha pasado suficiente tiempo como para que sigas con esa rabieta estúpida? —pregunta adoptando un tono de voz más bajo al mismo tiempo que da un paso corto hacia ella—. Tu abuela ya no está, y la única familia que te queda somos tu padre y yo. Deberíamos pasar página y retomar la relación. Si tú estás dispuesta a dejar el pasado atrás, yo también lo estoy.

Andrea experimenta una sensación nueva, algo que no había sentido antes. De manera inconsciente, comienza a

repasar las líneas de uno de sus tatuajes del brazo izquierdo con los dedos de la mano derecha mientras se toca el piercing del labio con la lengua. Nota que las mejillas se le acaloran y las orejas le arden. Se siente mareada y aturdida, incapaz de asimilar lo que acaba de escuchar. Quiere decir algo, de hecho, abre la boca para hacerlo, pero las palabras se le atascan y nota la lengua acartonada.

—Andrea… —dice Caroline, cogiéndola de un brazo con cariño.

Su contacto y su voz son todo lo que necesita para volver a anclarse a la realidad y que la imagen desenfocada que tenía delante vuelva a dibujarse ante ella. Su madre la mira con expresión impaciente, a la espera de una respuesta que la complazca, como siempre.

—No voy a retomar nada —dice Andrea, mirándola fijamente—. Ni ahora, ni nunca. Ni contigo, ni con mi padre. Te equivocas cuando dices que no tengo más familia, tengo a Caroline, ella no me falla ni está a mi lado porque quiera algo de mí, simplemente está aquí, como deberías haber hecho tú y como hizo la abuela.

Andrea hace una pausa para humedecerse los labios y tragar un poco de saliva, porque la boca se le ha secado tanto que la siente pastosa.

—Cuando salgamos de aquí, no quiero volver a verte nunca más —añade tajante, con más firmeza de la que ha mostrado nunca ante ella.

—Como quieras —dice su madre, herida en su orgullo.

Justo en ese momento, y a tiempo de evitar una situación realmente incómoda, las llaman para la lectura del testamento.

—Entra conmigo, por favor —le susurra Andrea a Caroline mientras avanzan.

—Por supuesto. Lo has hecho muy bien, nena —le dice poniéndole una mano en la espalda.

La mesa es ovalada y demasiado grande para la sala en la que está ubicada, dejando las sillas muy pegadas a la pared, lo que crea una sensación algo claustrofóbica. El albacea ocupa

una de las cabeceras y Andrea espera a que su madre tome asiento al lado izquierdo del hombre para sentarse en el lado opuesto.

La lectura es rápida. Maggie Loter solo tiene una propiedad, la casa donde vivía. Y treinta y seis mil dólares en la cuenta bancaria.

—La única beneficiaria de los bienes es Andrea Loter —declara el albacea.

Tras esa frase, el hombre explica que Maggie Loter ha incluido una cláusula específica para desheredar a su única hija, Deborah Hartmann.

Andrea lo escucha como algo lejano, porque en el momento en que el hombre ha nombrado a su abuela, los recuerdos la han golpeado en múltiples oleadas y ha comenzado a llorar. Sin embargo, su madre, cuando escucha lo que para ella es una injusticia, empieza a enrojecer de tal modo que Caroline piensa que la cara va a estallarle. Se prepara para que la mujer entre en cólera y monte un número, pero, para su sorpresa, se levanta y abandona la sala sin hacer ruido.

Cuando todo acaba, Caroline y Andrea pasan por los baños para que la nieta de Maggie Loter se refresque la cara y salen del edificio.

—Vaya, sabía yo que no iba a ser tan fácil —murmura Caroline cuando ve que la madre de Andrea está cerca de la entrada, esperándolas.

—Ya tienes lo que querías, ¿no? —le pregunta a Andrea, con los ojos inyectados en sangre—. Que sepas que esto no se va a quedar así. Maggie era mi madre y tengo derecho a heredar, pienso impugnar el testamento.

—Haz lo que te parezca oportuno —dice Andrea, muy calmada.

Su madre le dedica una mirada helada, se da la vuelta y se marcha mientras Andrea la observa alejarse.

—¿Puede impugnarlo? —pregunta Caroline, también observando a Deborah dando pasos como si quisiera atravesar el asfalto.

—En el estado de Maryland, los hijos adultos no tienen un derecho automático a heredar si son excluidos explícitamente en un testamento válido —explica Andrea, que se sabe las leyes de memoria—, y mi abuela se ha asegurado de poner una cláusula que lo especifica. No tiene nada que hacer, cualquier abogado decente al que acuda, se lo dirá, aunque tratándose de dinero, ella no buscará a uno decente, buscará a uno retorcido.

—Para contratar a un abogado de esos necesita dinero, Andrea, y no lo tiene —dice Caroline—. Vamos, te llevo a casa.

—No —dice Andrea, que se siente demasiado aturdida—. Prefiero ir al bufete, así estaré distraída, y tú tienes que volver al estudio.

Caroline la mira, evaluándola. No se fía de lo que Andrea pueda hacer. Sabe que el encuentro con su madre la ha alterado y que sigue un poco perdida tras la muerte de su abuela, sin saber qué hacer las tardes que iba a visitarla o esperando sus llamadas los días que no iba.

—¿Puedo confiar en que no harás ninguna tontería? —pregunta Caroline de forma directa.

Andrea suspira y asiente.

—Te lo prometo, solo quiero trabajar y mantener la mente ocupada en otra cosa. No tengo intención de repasarme.

Andrea lo dice completamente en serio. No quiere hacerlo, de hecho, su plan es quizá llamarla cuando salga del despacho y proponerle ir a tomar algo para hablarle de la comida que tuvo con Tasha Merrell, porque la mulata de rizos perfectos ha comenzado a invadir los pensamientos de la abogada con más frecuencia de la esperada y eso la tiene sorprendida.

Andrea lo intenta con todas sus fuerzas, pero después de varias horas en el bufete sin poder quitarse de la cabeza esa amenaza velada de su madre ni los restos de su energía tóxica, lo primero que hace cuando llega a su casa, es encerrarse en el baño y repasarse un tatuaje en el muslo, muy cerca del último. La calma que le proporciona le parece perversa en ese momento, pero la necesitaba para poder volver a respirar. Después, simplemente llega la culpa por haberlo hecho y

también por haberle mentido a Caroline, y Andrea se dice a sí misma que buscará el número de su antigua terapeuta y la llamará para retomar las sesiones que no debió abandonar.

Capítulo 23

—Hasta luego —dice Tasha a la secretaria de la entrada del bufete que ha llevado su divorcio.

—Hasta otra, señora Merrell —responde la mujer.

—Espero que no —murmura Tasha sonriendo al mismo tiempo que cruza la puerta.

Se siente tan pletórica que decide bajar los dos pisos por las escaleras en lugar de esperar el ascensor. Acaba de firmar los últimos documentos y ha aprovechado para llevar el cheque con lo que le faltaba por pagar. Con esto, el tema queda zanjado a falta de que le envíen la sentencia oficial de divorcio, pero, técnicamente, puede considerarse una mujer soltera. Se siente tan ligera que es como si acabase de dejar atrás una mochila cargada de piedras.

Tasha llega a la planta baja y esquiva a dos personas que empiezan a subir. La puerta siempre está abierta en horario laboral porque en ese edificio no hay ninguna vivienda, está ocupado en su totalidad por cuatro bufetes y una agencia de detectives privados, por lo que es muy común que esté frecuentado por gente como ella y por otros abogados de partes contrarias que vienen a reuniones. Por eso, Tasha —que está tan eufórica que sale como un torbellino— estrella su cuerpo contra Andrea Loter cuando estaba a punto de entrar.

Andrea no lleva el típico vaso de café que se tira por encima cuando se tropieza con la chica que le gusta, pero sí que lleva una botella de agua abierta de la que estaba a punto de beber. El plástico se estruja entre los dos cuerpos y un chorro potente de líquido se dispara, mojando mayormente el abrigo de Andrea.

—Madre mía —dice Tasha boquiabierta.

A pesar del frío, ella siente un calor insoportable. Primero por el bochorno de su torpeza, y segundo cuando levanta la mirada y descubre que la persona a la que casi tira al suelo ha sido Andrea, la portadora de esos ojos tan azules como el cielo en un día despejado.

—No sabes cuánto lo siento —dice mientras busca un pañuelo dentro de su bolso de manera apresurada.

Andrea, entre aturdida y divertida, se pasa la mano por la zona mojada y sacude las gotas como puede.

—No te preocupes, es solo agua, ya se secará —dice cerrando la botella.

Tasha levanta la mirada con gesto de derrota, sin encontrar ningún pañuelo.

—¿Te has hecho daño? —pregunta nerviosa mientras las dos se hacen a un lado para no molestar a las personas que entran y salen del edificio.

—No —responde Andrea, todavía incrédula por lo que acaba de pasar—. ¿Y tú?

—No, estoy bien. Al menos físicamente, porque mi dignidad…

Andrea sonríe y Tasha se pasa la mano por la manga derecha del abrigo, salpicada con algunas gotas.

—Bueno, parece que ahora estamos en paz —dice Andrea, sin disimular su expresión sorprendida porque la escena se haya repetido.

Tasha, nerviosa por si le había hecho daño y porque ver a Andrea siempre le cortocircuita el cerebro, no se había parado a pensarlo, pero sus ojos se abren mucho de repente.

—Joder, sí —dice y frunce el ceño.

Ambas se miran y se pierden en sus propios pensamientos. Lo primero que le viene a Tasha a la mente es que es cosa del destino, que no puede ser casualidad que se encuentren de estas formas tan absurdas, pero no lo dice. Porque la persona que tiene delante es Andrea Loter y su reacción puede ser impredecible, por no hablar de que, si le dice algo así, puede pensar que es una cursi o una romántica empedernida.

Andrea no sabe si es cosa del destino o no, pero sí que está segura de que, si no es eso, debe ser algo muy parecido, porque desde que Tasha se presentó en su despacho, sueña con ella y se la encuentra en todas partes, como si una fuerza invisible la empujara hacia ella y tratara de mostrarle el camino correcto.

—Supongo que te han dado buenas noticias para salir con tanto entusiasmo —comenta Andrea, rompiendo el hielo y también sus pensamientos confusos.

La sonrisa de Tasha se expande y le ilumina toda la cara, fascinando a Andrea.

—He venido a zanjar el tema del divorcio, así que, sí, son buenas noticias —responde pletórica—. ¿También vienes aquí?

—Sí, tengo una reunión.

—¿Y vienes con tiempo suficiente como para dejar que te invite a un café antes de entrar? —dispara Tasha.

—Hemos quedado esta noche para cenar —le recuerda Andrea, arqueando una ceja.

El corazón de Tasha da un acelerón y su mirada se oscurece. Sí que han quedado, ayer le escribió a Andrea para preguntarle si quería cenar con ella esta noche. Una pregunta simple, sin florituras, y una respuesta corta y afirmativa por parte de la abogada.

—Lo sé, pero es lo mínimo que puedo hacer después de casi ahogarte —exagera Tasha—, y hay un Starbucks aquí al lado —insiste señalando una bocacalle.

Andrea mira la hora y menea la cabeza de tal modo que Tasha no sabe lo que va a contestar.

—Está bien, pero tendrá que ser rápido. Solo tengo diez minutos antes de entrar a la reunión.

—¿De verdad? —se sorprende Tasha, que estaba casi convencida de su negativa.

—Sí, de verdad —sonríe Andrea.

—Madre mía, dos citas con Andrea Loter en un día, me ha tocado la lotería —murmura levantando las cejas con dramatismo.

—No son citas —se ríe Andrea.

—¿Y qué son? —cuestiona Tasha, entornando la mirada.

Andrea le devuelve el gesto mientras piensa, y vuelve a sonreír.

—No lo sé.

—Me sirve —dice Tasha, pensando que su día no deja de mejorar.

El Starbucks está bastante lleno y Tasha y Andrea se ponen en la cola, quedando frente al mostrador donde están los donuts.

—¿Qué te apetece? —pregunta Tasha.

Andrea estudia las opciones en la pizarra sin saber por qué decantarse. Son las cinco de la tarde y si se pasa con el café, sabe que le costará dormir, pero no puede resistirse.

—Un *latte*.

—Buena elección —dice Tasha.

Avanzan un poco en la cola y Tasha por fin puede pedir el *latte* para Andrea y un cappuccino para ella. Los paga y se van hacia el fondo, al lado de la típica barra que suele tener el establecimiento cerca de la ventana para esperar a que algún dependiente diga sus nombres cuando tengan su pedido. Es entonces cuando Andrea ve a una de sus clientas y, sin pensárselo dos veces, pega la espalda a la barra y agarra a Tasha de la cintura para situarla frente a ella con un movimiento decidido. La jefa de personal es un poco más alta que Andrea, así que la protege por completo.

—¿De quién te escondes? —pregunta Tasha, entre divertida y nerviosa por la repentina cercanía de ambas.

Andrea también se siente igual, no lo ha planeado, ha sido una reacción impulsiva, pero ahora que tiene a Tasha tan cerca, se siente incluso mareada.

—Hueles a mango —murmura la abogada acercando la nariz al cuello de Tasha.

Otro movimiento impulsivo, pero el aroma le ha llegado de manera muy sutil y su cuerpo ha reaccionado como si tuviera un

hambre repentina. Andrea nunca ha sentido interés por esa fruta, pero ahora le apetece más que ninguna otra.

—Es la loción corporal —responde Tasha mientras intenta recuperarse del escalofrío que acaba de atravesar su columna—. ¿Te gusta?

—Sí —responde Andrea, todavía demasiado cerca de su cuello.

—Tu pelo huele a lavanda —susurra Tasha intentando que no se note que su corazón está desbocado como el de un potro salvaje.

—¿Te gusta la lavanda? —pregunta Andrea.

—Es mi planta favorita —responde Tasha, completamente perdida en la mirada de Andrea.

—En realidad no es una planta, es una flor —corrige Andrea divertida, mirándola también a los ojos.

—Pues acabo de decidir que la lavanda es mi flor favorita.

Andrea sonríe sin abrir la boca y el aire escapa por su nariz mientras se retira un poco, aunque siguen estando pegadas.

—Todavía no me has dicho de quién te escondes. ¿Alguna ex? —pregunta Tasha.

Andrea ladea un poco la cabeza para comprobar si todavía sigue ahí. Se endereza como un junco cuando la ve y sonríe con expresión traviesa mientras Tasha le mira la boca y resiste la tentación de inclinarse hacia delante esos pocos centímetros que le faltan para rozarle los labios.

—Es una clienta del bufete —explica Andrea bajando la voz —, una que me desquicia cada vez que aparece, y últimamente viene cada semana. Se llama Marisa Thompson y se dedica a buscar hombres con dinero, se casa con ellos, después se divorcia y les saca todo lo que puede. Tiene un catálogo de exmaridos bastante extenso y ahora está en pleno proceso de divorcio con el último. Maldigo el día en el que me la asignaron. Cada semana se presenta en el despacho para ver cómo va su proceso y me pone de un humor de perros —dice resoplando.

—Qué peligro de mujer, estas deberían venir con una señal de advertencia —opina Tasha.

—Desde luego. Cada vez que hablo con ella, me absorbe la energía y lo llena todo con sus malas vibraciones —concuerda Andrea—. El día que tú viniste a mi despacho, ella había sido mi primera cita del día; seguro que notaste algo.

Tasha levanta una ceja.

—Espera —dice entornando la mirada de un modo que para Andrea resulta más encantador que intimidante—. ¿Me estás diciendo que parte de tu mal humor de aquel día, fue por culpa de ella?

Andrea suelta una pequeña carcajada y encoge los hombros.

—No puedo escudarme en ella, me hubiera enfadado de todas formas, pero quizá no tanto si no hubiera recibido su visita —dice sin dejar de reír cuando Tasha abre la boca con un círculo perfecto para expresar su indignación.

Alguien pasa por detrás de Tasha y la empuja sin querer, haciendo que su cuerpo quede completamente pegado al de Andrea. El hombre se disculpa y ella le hace un gesto con la mano, pero ya no se despega de la abogada ni Andrea le pide que lo haga.

—Creo que deberíamos planificar el asesinato de esa mujer —opina la jefa de personal, tan seria que Andrea vuelve a soltar otra pequeña carcajada—. En serio, a lo mejor fue culpa suya que me echases del despacho —entorna la mirada y Andrea contiene la respiración cuando los ojos de Tasha se clavan en sus labios y empieza a susurrar—. Quizá no habrías reaccionado tan mal de no haber recibido su visita intoxicante esa mañana…

—Te habría echado de todos modos —insiste Andrea, asintiendo.

—Mierda —masculla Tasha.

Andrea sonríe.

—En cualquier caso, deberíamos asesinarla de todos modos —dice divertida—. Podría hacerlo yo, después tú te haces cargo de mi defensa y aquí no ha pasado nada. El crimen perfecto y una estafadora menos.

—Tu plan es una mierda —dice Andrea—. Te recuerdo que yo no soy abogada penalista. Perdería el juicio, cosa que también me pone de mal humor —confiesa— y tú acabarías en la cárcel convertida en…

Andrea se calla y sus ojos también se clavan en los labios de Tasha.

—¿En qué? —susurra Tasha, y su aliento cálido se desliza por los labios de Andrea, lanzando una descarga por su columna —. ¿En qué me convertiría?

—En el caramelo de las reclusas —responde Andrea con voz ronca.

—¿Y eso te molestaría? —Tasha se acerca un poco, pero hay tan poca distancia entre ellas, que sus labios están a punto de rozarse y nota el cosquilleo que le produce el calor de Andrea.

Andrea se toma un par de segundos mientras piensa y el aire se electrifica entre ellas. Traga saliva, y la mirada de Tasha se oscurece.

—Sí, creo que sí —confiesa y cierra los ojos, dispuesta a dejarse llevar por lo que sea que la empuja hacia Tasha.

—¡Tasha y Andrea! —grita un dependiente con voz chillona, sobresaltándolas.

Andrea abre los ojos de golpe y parpadea, desorientada. Tasha se gira hacia el mostrador y se da cuenta de que el chico tiene sus bebidas apartadas a un lado y que probablemente lleva rato llamándolas. Aturdida, se abre paso entre la gente y las recoge. Andrea observa a las personas del local y se da cuenta de que su clienta ha desaparecido, mira la hora en su reloj de pulsera y ve con perplejidad que llega cinco minutos tarde a la reunión.

—Me tengo que ir —le dice a Tasha cuando le entrega su vaso de *latte*—, llego tarde.

Ambas se miran, muy conscientes de que han estado a punto de besarse, y Tasha asiente.

—Claro. ¿Sigue en pie la cena de esta noche? —pregunta y traga saliva.

Andrea esboza una sonrisa aturdida y asiente.

—Sí, claro. A las nueve, gracias por el café.

—A las nueve —repite Tasha devolviéndole una sonrisa resplandeciente.

Andrea sale del local y Tasha se queda dentro, dejando su cappuccino sobre la barra donde la abogada estaba apoyada hace un momento mientras la observa caminar por la calle. Elegante, decidida y segura, contrastando con la vulnerabilidad que muestra la profundidad de su mirada muchas veces. Tasha deja escapar un suspiro entrecortado y bebe un sorbo de su vaso. Se quema los labios, pero no le importa, le ardían mucho más cuando estaba rozando los de Andrea Loter.

Capítulo 24

Andrea cruza la puerta del estudio de Caroline casi sin aliento, con este pequeño contratiempo no ha contado la abogada. Justo salía del despacho, dispuesta a marcharse a su casa para ducharse y decidir tranquilamente lo que se pondría para su cena de esta noche con Tasha Merrell, cuando la ha llamado Caroline para decirle que le habían cancelado una cita en el último momento, que si tenía tiempo, se pasara a verla. Andrea no ha podido negarse. Es algo que suelen hacer, si eso pasa cuando Andrea ya ha salido del trabajo y no tiene otro compromiso, suele pasarse a hacerle compañía a Caroline. Así a la tatuadora se le pasa el rato más ameno y se le quita el mal humor que le producen este tipo de situaciones, y aprovechan para ponerse al día. Caroline ha hecho demasiadas cosas por ella estas últimas semanas como para decirle que no puede dedicarle media hora a pesar de que eso la hará ir de cabeza después.

—Joder, ¿te persigue alguien? —pregunta Caroline, cruzándose de brazos desde la entrada de la sala.

Andrea tiene la cara roja y jadea tras haber andado casi cuatro manzanas a paso muy rápido.

—No —sonríe ella, echando la llave del local como suelen hacer.

—Anda, ven —dice Caroline, señalando el interior con un gesto de cabeza.

Andrea atraviesa el estudio y entra en la sala donde Caroline suele trabajar.

—¿Por qué has corrido? —Caroline le señala la camilla y ella se sienta en su taburete.

La abogada consulta su reloj de pulsera. Son las siete y cuarto.

—En realidad, por nada, tengo tiempo —suspira más calmada—. He quedado para cenar con Tasha.

Las cejas de Caroline se disparan hacia arriba y su sonrisa se expande.

—¿En serio? —pregunta haciendo rodar el taburete hacia ella.

—Sí —Andrea sonríe y nota un tirón en el estómago cuando recuerda el momento en el que han estado a punto de besarse esta tarde. El recuerdo aparece tan nítido en su mente, que prácticamente es capaz de sentir otra vez esa tensión eléctrica que ha surgido entre ellas como si nada.

El pensamiento la abruma, no está preparada para explicar cómo ha pasado algo que ni siquiera ella ha visto venir, así que esa parte la omite. En realidad, va a omitirlo casi todo porque se siente muy confundida.

—La vi el otro día, es una historia larga.

—Pues hazme un resumen, pero no me dejes así —le pide Caroline, expectante.

Andrea sonríe y carraspea antes de contarle por encima que la vio en el bar la noche que estuvo con ella. Omite que bebió hasta casi perder el conocimiento, que discutió con el camarero y que Tasha la llevó a su casa, pero sí le cuenta que fue bastante desagradable con ella sin motivo.

—Me sentía mal por eso y el otro día fui a su trabajo para disculparme, era la hora del almuerzo y no sé cómo, me convenció para comer con ella.

—¿Y qué tal? —pregunta Caroline.

—Fue una comida —responde seca, incapaz de reconocer que está pasando algo.

—Pero ahora vas a cenar con ella, nena. No sé, tan mal no iría, parece que la tal Tasha no es una loca, ¿no? —pregunta, arqueando una ceja.

—No, no es una loca —reconoce Andrea con una sonrisa.

—Pues deberías quedar más con ella en ese caso —opina la tatuadora.

—No me agobies, Caroline —la señala Andrea con un dedo que es de todo menos amenazante—, estoy muy bien como estoy.

—Eso no es verdad, Andrea —Caroline se cruza de brazos—, desde que tú y yo lo dejamos, no has querido conocer a ninguna mujer.

—Eso no es verdad —protesta Andrea, incómoda—. He salido con otras mujeres.

—Las puedo contar, Andrea. Una y dos —dice levantando dos dedos—. Saliste un par de veces con cada una, echaste algún polvo y se acabó, no te molestaste en conocer a ninguna. Estás estancada.

La mente de Andrea se bloquea. Quiere decirle que está conociendo a Tasha, que Tasha Merrell despierta en ella cosas que solo había sentido cuando empezó a enamorarse de Caroline, pero está tan asustada ante ese hecho tan repentino e inesperado en su vida, que lo omite y no le cuenta que todavía le hormiguean los labios desde que han estado a punto de besarse.

—No estoy estancada, a mí me vale con follar contigo de vez en cuando, no necesito tener a nadie al lado ni estar buscando mujeres de manera constante como haces tú —suelta agotada, sin saber por qué actúa de una manera tan ruin, a la defensiva con la única persona que se preocupa por ella.

Caroline se pone en pie y, por un momento, Andrea piensa que va a echarla de allí. Desde luego, lo merece por impertinente, pero su exnovia solo aparta el taburete y pega la espalda a la pared, cruzándose de brazos.

—Se acabó, Andrea —dice Caroline, con una determinación que provoca que Andrea sienta un escalofrío atravesarle la espalda.

Ella frunce el ceño.

—¿El qué? —pregunta sintiendo un pánico atroz ante la idea de que Caroline desaparezca de su vida.

—Lo de follar. Tú y yo no vamos a follar más. Esto tenía que parar en algún momento y va a parar desde ya. Sé que no

necesitas a nadie, pero estás acomodada conmigo y eso tiene que acabarse, independientemente de si yo estoy con alguien o no.

Andrea no dice nada, en parte, aliviada de que solo sea eso lo que tiene que decirle. Ella sabe que es así, que Caroline tiene razón, pero ahora está tan nerviosa que se niega a reconocerlo. Se pasa la lengua por el piercing del labio al mismo tiempo que desliza los dedos por la herida de su muslo de forma inconsciente. Aparta la mano de inmediato al sentir el escozor de la herida, el gesto es sutil y habría pasado desapercibido para cualquiera, pero no para Caroline, que frunce el ceño.

—Te has repasado —dice Caroline en un murmullo.

No es una pregunta, es una afirmación tan categórica que no tiene sentido que Andrea intente desmentirlo. Se queda quieta, notando el nudo de la culpa estrangulando su garganta y sus dedos se tensan sobre el colchón de la camilla.

—Joder, Andrea —suspira Caroline, cogiendo unos guantes y una bandeja con lo necesario para desinfectar la herida—. Quítate el pantalón.

Andrea no protesta. Se levanta y obedece, dejando el pantalón a un lado y sentándose con las piernas estiradas. Caroline se acerca y observa el desastre, negando con la cabeza mientras la roza suavemente con la gasa.

—Me prometiste que no lo harías —murmura mientras empieza a limpiar la herida.

Andrea se pone rígida por el dolor.

—Lo sé —responde casi sin voz—, y lo intenté…

—Vale —dice Caroline con voz tranquila—, no pasa nada.

—Siento lo que he dicho antes —dice Andrea—, lo de que siempre buscas a alguien, no hablaba en serio.

Caroline levanta la vista y Andrea ve el destello de la bombilla reflejarse en los aros de su oreja.

—Ya lo sé —le sonríe—, pero yo sí hablaba en serio, nena, hay que parar. Tú necesitas que paremos.

—Lo sé —Andrea también sonríe y Caroline da la cura por finalizada, quitándose los guantes.

—¿Te puedo dar un consejo? —pregunta Caroline mientras Andrea se pone el pantalón.

—Me lo vas a dar igualmente —dice Andrea, mirándola de reojo.

—Es verdad —admite Caroline, encogiéndose de hombros—. Deberías retomar la terapia, Andrea. Lo de tu abuela te ha desestabilizado mucho y volver a ver a tu madre no ha ayudado a mejorar la situación. Creo que unas cuantas sesiones te irían bien, ¿por qué no llamas a la doctora? Esto ha de parar y tú sola está claro que ahora mismo no puedes —dice señalándole la pierna—. Si no lo haces por ti, hazlo por mí, por favor. Sabes que me preocupo.

Andrea sonríe apretando los labios en una mueca.

—Aunque no lo creas, la he llamado esta mañana. Lo decidí ayer después de… —Andrea se señala la pierna—. Tienes razón, ahora mismo no sé parar yo sola, no encuentro la manera de hacerlo, ni la voluntad por mucho que lo intento. Tengo cita con la terapeuta en un par de días.

—Esta es mi chica —aplaude Caroline, abrazándola con tanta fuerza que Andrea no puede respirar.

—Me tengo que ir —dice Andrea besándole la mejilla.

—Vale. Intenta no ir a esa cita con un palo metido en el culo, por favor. No te pido que le saltes encima como una pantera, solo que no te cierres si esa mujer te gusta.

Andrea contiene la respiración mientras asiente. Se siente mal por no ser sincera con Caroline en este instante, pero tampoco está segura de lo que siente por Tasha. Quizá esa atracción solo ha sido fruto del coqueteo tonto que han tenido esta tarde, pero, de ser así, ¿por qué han coqueteado? Andrea parpadea descolocada y abandona el local tras despedirse de la tatuadora. Tiene que correr si no quiere llegar tarde a su cita con Tasha Merrell, porque es evidente que la cena de esta noche es una cita y, aunque le resulte inverosímil dado su primer encuentro, Andrea tiene ganas de volver a ver a Tasha a pesar de que solo hace unas horas que ha estado con ella.

Capítulo 25

Por más que ha corrido, Andrea llega diez minutos tarde a la puerta del restaurante. Se toma otro más para tratar de calmar unos nervios que no comprende y, aunque no lo consigue, abre la puerta y se asoma. Es un sitio pequeño, lo que le permite ver todas las mesas desde la entrada, y no ve a Tasha Merrell en ninguna.

Andrea cierra y se queda fuera. Primero siente alivio por no ser la única que llega tarde, pero unos segundos después, siente algo parecido al pánico cuando la posibilidad de que Tasha se haya arrepentido se le pasa por la mente. Esa sensación la desconcierta y Andrea se inquieta, intentando comprender cómo es posible que se sienta así si apenas se han visto unas pocas veces y, desde luego, no comenzaron con muy buen pie. Hunde las manos en los bolsillos de su abrigo blanco y se pasa la lengua por el piercing mientras intenta distraerse mirando el contenido de la carta, situado dentro de un marco acristalado en la pared junto a la puerta cuando Andrea escucha unos pasos apresurados y su pulso se acelera.

—Siento el retraso —dice Tasha, colocándose a su espalda —. ¿Llevas mucho esperando?

Andrea se gira y la sonrisa de Tasha es como un destello que lo llena todo de luz cuando la mira.

—No —responde ella—. La verdad es que acabo de llegar — admite dejando que una sonrisa culpable se expanda por su rostro.

Tasha arquea una ceja, quiere decirle que le parece odiosamente atractiva esa noche, más que ninguno de los días que se han visto, pero teme que Andrea reaccione mal ante el comentario, así que solo lo piensa para sí y la admira durante un instante.

—Así que tú también has llegado tarde —dice y entorna la mirada—, espero que tengas una buena excusa.

Andrea suelta una pequeña carcajada y encoge los hombros.

—Por supuesto. Una mulata bastante atractiva y descarada me ha entretenido esta tarde, ha hecho que llegue tarde a una reunión con un cliente y a partir de ahí mis horarios se han desajustado —miente Andrea, pero no le importa porque quiere ver la expresión de Tasha cuando la culpa.

—Qué morro tienes. Yo iba a echarle la culpa al tráfico, pero lo cierto es que he venido a pie —reconoce divertida.

—Eres descarada y malísima con las excusas, tomo nota —dice Andrea. Tasha sonríe.

—Y maleducada, porque no te he saludado —añade la jefa de personal cogiendo a Andrea desprevenida.

Tasha da un par de pasos hacia ella, le pone una mano en la cintura y le besa la mejilla. El calor se expande por el cuerpo de Andrea como una oleada, dejándola inmóvil mientras el corazón le golpea las costillas con violencia.

—¿Entramos? —pregunta Tasha, señalando la puerta.

Una vez sentadas y después de que les hayan tomado nota, Andrea no logra sacudirse el nerviosismo de encima, como si fuera una primeriza que no sabe cómo actuar delante de la chica que le gusta.

—Habla de algo —le pide a Tasha, escondiendo las manos bajo la mesa mientras se las frota y se pasa la lengua por el piercing.

Tasha le clava la mirada y siente una mezcla de ternura y algo más que no logra descifrar ante la inquietud de Andrea.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —le pregunta en tono calmado, intentando contagiarla.

Andrea quiere contestarle que está nerviosa porque hacía mucho tiempo que no se sentía así, atraída por una mujer a la que casi no conoce, a la que pensó que odiaba y estuvo a punto de dejar escapar por culpa de su trauma. No deja de darle vueltas a lo que hubiera pasado si no se hubiese decidido ir a

disculparse y Tasha no hubiera insistido en que comieran juntas. Fue ahí cuando se relajó, cuando se permitió verla más allá de lo que le dijo el primer día, más allá de su atractivo.

—No sé, supongo que hace mucho que no tengo una cita con una mujer que ha estado a punto de besarme hace unas horas —confiesa y se humedece los labios sin darse cuenta.

Tasha nota un calambrazo entre las piernas que la hace erguirse en la silla, dejándola sin aire.

—Creo que es mejor que no pensemos en el beso ahora o no podremos cenar, Andrea —opina Tasha.

Andrea la mira con una timidez impropia de su edad, claramente perdida, y Tasha vuelve a sentir esa ternura que le provoca ganas de levantarse y abrazarla.

—¿Y de qué hablamos? —pregunta Andrea, aturdida—, porque ahora mismo es lo único que tengo en la cabeza —reconoce sorprendiendo a Tasha, a la que el corazón le da un vuelco y el estómago se le hunde.

Tasha coloca los brazos sobre la mesa y cierra las manos alrededor de su vaso de agua.

—Más que hablar de ese beso que no nos hemos llegado a dar, me gustaría dártelo —le dice en voz baja.

A Andrea se le seca la boca y nota como un calor sofocante le sube por el cuello.

—Pero tenemos tiempo —añade Tasha—, y también me gustaría hablar de otras cosas. Quiero conocerte, Andrea, y que me conozcas. ¿Te parece bien?

La abogada asiente cuando de repente la golpea el recuerdo de su abuela al preguntarse qué pensaría de Tasha. Está segura de que le caería bien, y el hecho de pensar en algo así la descoloca. Apenas se conocen. Jamás ha habido una mujer después de Caroline a la que a Andrea le hubiera gustado que su abuela conociera y, cuando se da cuenta de que, en algún momento, quizá más adelante si la cosa fluye, le gustaría presentarle a Tasha, la garganta se le cierra y los ojos empiezan a brillarle.

—¿Estás bien? —pregunta Tasha.

Andrea asiente y agradece que en ese instante llegue la camarera y les sirva los primeros platos, lo que le da una tregua para serenarse.

—¿Te puedo preguntar algo? —dice Tasha cuando la chica se retira—, quizá consiga que te enfades otra vez, pero necesito saberlo.

La abogada la mira con curiosidad y asiente. Le gusta que Tasha sea una mujer tan segura y al mismo tiempo tan arriesgada.

—El día que fui a tu despacho —empieza Tasha.

Andrea tuerce la boca en una mueca, sin saber si quiere recordar ese día esta noche.

—¿Prefieres que hablemos de otra cosa? —pregunta Tasha.

—No. Dime, ¿qué necesitas saber?

—Tu reacción —dispara Tasha—. Entiendo que te molestase que me presentase así y que mintiera sobre el motivo de la visita, incluso que te pareciera fuera de lugar que te dijera que me habías gustado, pero tu respuesta ante eso me pareció desproporcionada. Ahora que te conozco un poco más, me doy cuenta de cómo te cambió la mirada y se te descompuso la expresión, fue como si en lugar de ir a decirte lo que había sentido al verte, te hubiera dicho que iba a matarte. Al menos, es la sensación que tuve en ese momento. Y entiendo que esa mujer con su larga lista de exmaridos te hubiera puesto de mal humor, pero no creo que fuera para tanto —añade para rebajar un poco la tensión.

Andrea se queda quieta y suspira mientras la observa. Después se rasca la cabeza —aunque no le pica— y se pasa la lengua por el piercing y los dedos sobre la herida que Caroline le ha desinfectado esta tarde.

—¿Andrea? —pregunta Tasha cuando considera que la abogada lleva demasiado tiempo perdida en alguna parte.

La abogada vuelve en sí y enfoca sus ojos increíblemente azules en ella.

—Tienes razón —admite—, mi reacción fue exagerada, y lo siento. En circunstancias normales, probablemente me habría

hecho gracia tu atrevimiento, me habrías despertado tanta curiosidad solo por el hecho de hacer lo que hiciste, que te habría dicho que me llamases más tarde.

—¿Y cuáles eran las circunstancias? —tantea Tasha, notando como la expresión de Andrea se pierde en un dolor que la sobrecoge.

El silencio cae sobre ellas como una roca gigante. Andrea clava la mirada sobre el mantel blanco, nerviosa como siempre que sale ese tema y su mente se bloquea durante un tiempo que no puede calcular. La mano de Tasha cae sobre la suya de repente, envolviéndola con una suavidad abrumadora. Andrea siente un calor agradable y reconfortante expandirse por su cuerpo mientras se fija en el contraste del color de sus pieles. Ella pálida, Tasha como el chocolate con leche, derretido y templado.

—No tenemos que hablar de nada que te haga sentir mal —murmura Tasha—. Siento haber sacado el tema.

—No. Está bien —responde Andrea, levantando la mirada mientras asiente—. Creo que te debo una respuesta, es lo mínimo después de cómo te traté. Tanto ese día como la noche del bar. No estuvo bien, no te lo merecías.

—Andrea… —dice Tasha, conmovida ante el tono dulce de su voz.

—Quiero hacerlo, en serio —asegura la abogada.

—Está bien —dice Tasha, soltándole la mano para coger su vaso y beber un poco más de agua.

Después se acomoda contra el respaldo de la silla y trata de mostrarse tranquila para que Andrea se sienta lo más cómoda posible, aunque por dentro está hecha un manojo de nervios.

—De pequeña era modelo infantil —explica Andrea tocando las puntas del tenedor con el dedo índice—. No me gustaba, pero al parecer tenía unas facciones tan perfectas que daba igual que no mostrase entusiasmo en nada de lo que hacía, todo quedaba bien. La gente no hacía más que decirme lo guapa que era, la sonrisa tan bonita que tenía, los ojos tan azules, la mirada hipnotizante, los labios…

Tasha empieza a comprender.

—Lo odiaba, Tasha —dice y la mira con sus ojos azules tan oscurecidos por la rabia, que parecen casi negros—. Odiaba ser modelo, odiaba grabar anuncios, odiaba posar, odiaba sonreír cuando me lo pedían, y odiaba a toda la gente que me miraba y me alababa sin tener en cuenta lo que yo pensaba. Soy muy consciente de mis facciones y mi físico, y de que la gente tiene ojos en la cara y no tiene la culpa de mis traumas, pero cada vez que alguien se me acerca y me dice lo atractiva que le parezco, es como volver a esa época, no puedo evitarlo —Andrea hace una pausa para tomar aliento, sintiendo que el aire escasea en sus pulmones—. Siento haber reaccionado así contigo, tú no tienes la culpa de mis mierdas y tampoco podías adivinarlo.

Tasha abre los ojos de forma exagerada, casi tanto como la boca.

—Ni se te ocurra disculparte, tampoco es culpa tuya que te sientas así, Andrea —Tasha estira la mano y le coge durante un instante la que Andrea tiene sobre las puntas del tenedor—. Y deja de jugar con eso y come —le pide casi como una orden.

Andrea sonríe y asiente.

—¿Por qué lo hacías? —pregunta Tasha—. Quiero decir, si no te gustaba, ¿por qué no se lo decías a tus padres?

Andrea esboza una sonrisa amarga y vuelve a quedarse quieta durante un instante.

—Sí que se lo dije, pero para ellos era más importante el dinero que les hacía ganar que lo que yo necesitaba.

Andrea no quiere seguir hablando de ese tema que tanto la desestabiliza, pero Tasha se ha quedado tan horrorizada que sabe que tiene que decir algo que la tranquilice si quiere cambiar de tema.

—Tranquila, al final lo conseguí. Me fui a vivir con mi abuela y salí de aquello, pero ahora hablemos de otra cosa, por favor.

El aire vuelve a los pulmones de Tasha y se siente más tranquila, pensando erróneamente que, al final, Andrea tuvo una infancia normal.

—Siento decir esto, pero ¿tu abuela es la que falleció? —necesita preguntar Tasha, que quiere saberlo todo de Andrea.

—Sí —responde Andrea—. Me ha dejado su casa en herencia y todavía no me he atrevido a entrar desde que murió.

—¿Qué vas a hacer con ella? —pregunta Tasha.

—Había pensado alquilarla, o venderla, pero no estoy tan segura. También es mi casa, he vivido allí con ella y todos los recuerdos buenos que tengo están ahí. Quizá lo mejor sea vaciarla, guardar solo lo que quiero quedarme de mi abuela y el resto sacarlo de allí para que no me la recuerde constantemente, y después ya decidiré.

—Me parece una buena idea, yo estoy en pleno proceso de empaquetar las cosas que mi ex ha dejado para tirarlas —dice, decidiendo que es mejor cambiar de tema.

—¿Puedo preguntar por qué os habéis divorciado? —dice Andrea, sintiendo que se relaja al no tener que seguir hablando de las cosas que le duelen.

—Me engañó, supongo que, como abogada, debes estar harta de ver casos así en el bufete —responde Tasha.

—Más de los que me gustaría. ¿Y cómo lo llevas? —pregunta un poco nerviosa.

—Bien. Pasó hace muchos meses y asumí nuestra ruptura hace mucho tiempo. Hace meses que hago mi vida sin ella —aclara Tasha, entornando la mirada para asegurarse de que Andrea lo tiene claro.

A los postres llegan hablando de cosas más triviales. Andrea se ha relajado por completo y sus nervios del principio han desaparecido.

—Esto fluye, ¿no? —pregunta Tasha de repente, con una sonrisa torcida que deja a Andrea con un trozo de su tarta de chocolate a medio camino entre el plato y su boca.

—¿A qué te refieres?

—A ti y a mí, Andrea —aclara Tasha de forma directa, como suele hacer siempre—. La cena ha ido muy bien y, aclarado nuestro primer encuentro, los demás también han fluido con mucha naturalidad —añade levantando una ceja.

Andrea suspira y vuelve a pasarse la lengua por el labio inferior. Ella piensa lo mismo, pero hay una ráfaga oscura que atraviesa su mirada. Una duda que lo ensombrece todo, algo que se ha encontrado con algunas mujeres, antes de Caroline y después. Esas que se enamoran de su cara perfecta e imaginan un cuerpo y una piel igual de perfectos, pero cuya expresión cambia cuando Andrea se desnuda y ven un cuerpo que han imaginado de piel olivácea como su cara, teñido por decenas de tatuajes. Bloques verticales de marcas de conteo en su torso, en su espalda, en sus muslos y en sus brazos que las acaban horrorizando porque para ellas no significan nada, solo un cuerpo que se imaginaban bonito y ahora está manchado. Para Andrea lo significan todo, su vida, su dolor y su libertad.

—No te emociones tanto —dice con un intento de sonrisa que no le ilumina la cara—, es muy probable que no te guste todo de mí. Que huyas cuando veas ciertas cosas.

Tasha frunce el ceño, sin entender.

—¿A qué te refieres?

Andrea se siente desorientada por un momento. Podría contestarle que ya lo verá y dejar que llegue ese momento —no sabe cuándo, pero sí que pasará pronto— en el que decidan acostarse y ella se quite la ropa y Tasha la vea desnuda. Que vea lo que realmente es, una mujer rota que empezó a marcar su cuerpo, pensando estúpidamente que así lograría que sus padres dejasen de utilizarla como una herramienta para ganar dinero, y que lo único que encontró fue una vía de escape para calmar su dolor interior a través del dolor físico. Que lo controló con el paso de los años, ayudada por la terapia y por otras formas de calmar el estrés, pero que pierde ese control cuando suceden hechos dolorosos en su vida que no sabe manejar sin ayuda, como la muerte de su abuela. Decide que Tasha no es para ella una de esas mujeres con las que ha quedado sin esperar nada, de esas que le daba igual si la veían, no les gustaba lo que encontraban y después no querían volver a verla. Tasha le gusta, y si Tasha quiere huir de ella, prefiere que lo haga ahora.

—No es algo que pueda explicarte, tengo que enseñártelo —dice muy seria—, lo haré cuando paguemos.

Tasha se queda desconcertada y mira su postre. De repente ya no quiere lo que le queda y Andrea ha apartado el suyo, así que levanta la mano y pide la cuenta. Andrea sonríe dejando salir el aire por la nariz ante su impaciencia.

Capítulo 26

—Yo invito —dice Tasha, pasando su tarjeta cuando les traen la cuenta—. ¿Qué es lo que me has de mostrar?

Andrea se levanta y le hace un gesto para que la siga. Tasha obedece y camina tras ella entre las mesas hasta que llegan a los baños. La abogada mira a ambos lados del pasillo antes de abrir la puerta del baño para personas con discapacidad porque es más espacioso y acceder al interior.

—Pasa —le pide a Tasha, que obedece con el pulso disparado.

—¿Qué hacemos aquí, Andrea? —pregunta desconcertada.

Por un instante, ha llegado a pensar que Andrea iba en busca de intimidad para darle ese beso que sabe que se deben, pero ha borrado ese pensamiento de inmediato. Sabe que no es nada sexual lo que las ha llevado ahí, es algo más íntimo para la abogada, más personal.

Andrea deja su abrigo en el perchero que hay detrás de la puerta, se sitúa frente a Tasha, se saca la camisa de dentro del pantalón, se desabrocha los botones de las mangas y comienza a desabotonarla por delante con las manos temblorosas. Tasha no se mueve mientras la mira en absoluto silencio. Percibe el miedo en la expresión corporal de Andrea y en su forma de mirarla. Son solo seis botones los que faltan, pero a Tasha se le antoja un tiempo interminable hasta que Andrea desabrocha el último. Entonces se abre la camisa y deja que se deslice por sus brazos hasta que todo su torso queda expuesto.

Los ojos de Tasha se quedan fijos en ella, apenas parpadea mientras observa los tatuajes. Hay algo que al principio le parece perturbador en las marcas de conteo, pero que después le parece un libro que cuenta una historia. Andrea se gira con lentitud y deja que vea que su espalda también está llena de

tiras llenas de esas marcas, y sus brazos. Se vuelve a girar y quedan frente a frente. Tasha sigue sin decir nada, observándola. Se fija mejor. En los brazos, en las costillas, en los costados, las hay por todas partes menos en los pechos y la parte alta de los hombros. Tasha se acerca y pasa su dedo índice sobre muchas de ellas, dibujando sus líneas finas del mismo modo que Andrea cuando se los repasa, solo que ella lo hace con delicadeza, casi con devoción, porque de repente empiezan a gustarle. Andrea es como un cuadro diferente que no se cansará de mirar. Se detiene entonces encima de su pecho derecho, observando el único tatuaje diferente a los demás: un ave fénix pequeño en medio de varias de esas marcas de conteo.

Tasha lo repasa también con el dedo. La piel de Andrea está erizada desde que la ha tocado la primera vez y su abdomen está tenso. Su respiración es entrecortada, por la mezcla de excitación, miedo y nervios que siente.

—Este es el que más me gusta —dice Tasha en un susurro, tocando el ala del ave fénix—. Renacimiento —susurra, y Andrea se estremece porque ese es justo el motivo por el que ese tatuaje está en su cuerpo, el único diferente, el que se hizo cuando llegó a casa de su abuela.

Tasha sigue repasando otra de las marcas de conteo, absorta, hasta que finalmente se aparta.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —pregunta Andrea, acostumbrada a esas miradas horrorizadas de las mujeres y a las preguntas incómodas.

—Sí —responde Tasha con determinación.

Entonces se acerca y le quita la camisa de la mano, la sacude para estirarla, se coloca detrás de Andrea y la ayuda a ponérsela.

—Si algún día me quieres contar algo sobre esos tatuajes, estaré encantada de escucharte —le susurra mientras desliza la tela por sus brazos—, pero ahora es mejor que te vistas o no respondo. Si pensabas que tu cuerpo iba a asustarme, te has equivocado.

Andrea deja de respirar y traga saliva, las manos le tiemblan tanto que no atina con los botones. Tasha, sin embargo, muestra una firmeza abrumadora y se sitúa frente a ella, abrochándolos uno a uno con una lentitud y un control exasperantes.

Una vez fuera del restaurante, descubren que no hace frío, o es cosa del calor que ambas arrastran del interior de ese baño, pero Tasha propone dar un paseo y Andrea acepta, todavía descolocada por la respuesta de la jefa de personal.

—Si seguimos por aquí, llegaremos a mi apartamento —dice Andrea, sorprendida por lo tranquilo y agradable que está resultando el paseo, lo mismo que la cena.

—Pues te acompaño, después cogeré un taxi —decide Tasha —, si a ti no te importa.

Andrea asiente y pocos minutos después, están frente a su edificio esperando al taxi.

—¿Quieres que nos veamos otra vez? —pregunta Tasha, bloqueando la visión de Andrea al situarse frente a ella.

La abogada esboza una sonrisa y levanta las cejas.

—¿Qué propones?

—Podríamos quedar el viernes por la tarde o cuando tú quieras. Te paso a recoger por aquí y si te sientes con fuerzas, podemos ir a casa de tu abuela. Te ayudaré a empaquetar lo que necesites y después nos vamos a cenar.

Andrea traga saliva mientras la mira fijamente.

—¿Me ayudarías? —pregunta notando cómo su pulso se acelera sin motivo aparente.

—Sí, por supuesto —asegura Tasha—. Solo si es lo que te apetece, si no, podemos hacer otra cosa.

—Me parece bien —dice Andrea.

Tasha coge aire y su pecho se hincha tanto que la mirada de Andrea se desvía hacia su busto.

—Otra cita con Andrea Loter —murmura Tasha, torciendo una sonrisa triunfal.

—No son citas —sonríe también Andrea.

—¿Por qué no?

La pregunta de Tasha no es una protesta, sino algo que le divierte.

—Porque no me has besado todavía.

—Eso tiene fácil solución —dice Tasha justo cuando llega el taxi.

Las dos miran hacia el vehículo cuando este se detiene y Andrea se pasa la lengua por el labio, nerviosa por lo que iba a pasar y cree que ya no sucederá. Tasha no dice nada, ella se queda absorta mirando la forma en que la lengua de Andrea roza ese pequeño aro metálico y algo estalla dentro de ella. La besa sin previo aviso. Su boca busca la de Andrea con urgencia y Tasha siente que su cuerpo se incendia.

El contacto con la lengua de Andrea, húmeda y caliente contra sus labios y el roce inesperado de ese metal frío del piercing, la hace estremecerse. Llevaba tanto tiempo deseando ese beso, que ahora que por fin lo tiene, su mente se disuelve y ella se queda en blanco. Ya no está en la calle ni frente al taxi. Solo existe la boca de Andrea, el calor de su aliento y la certeza absoluta de que está enamorada de ella. Andrea, en cambio, se queda congelada por una fracción de segundo. Sus labios no responden al instante, no porque no quiera, sino porque el beso la atraviesa como un rayo. No esperaba sentirlo así de directo, tan lleno de algo que le cuesta definirlo, pero que hace que todo encaje.

Andrea empieza a temblar. Era muy consciente de que se sentía atraída por ella, pero ahora, con su lengua dentro de la boca provocándole descargas y congelándole el aliento, entiende que es algo más que eso. Su cuerpo al fin responde y Andrea deja que su lengua baile junto a la de Tasha unos segundos. El corazón le late desbocado, abrumada por unos nervios desconocidos y un deseo feroz que llevaba mucho tiempo sin sentir. No nota la brisa fría ni escucha el ruido de los coches, ni le molesta el ronquido del motor del taxi o el hecho de que el hombre pueda verlas, para ella, solo están Tasha, su boca y su aliento entrecortado cuando se separan.

Tasha le sujeta la cara entre las manos y se quedan unos segundos así, mirándose a los ojos mientras recuperan la compostura, tan turbadas tras el beso que ninguna habla. Andrea no puede concentrarse en nada, su mente es un torbellino de emociones descontroladas que no le permiten respirar con normalidad. Quiere besarla otra vez, pero si lo hace no podrá soltarla.

—Tengo que irme —dice Tasha con una sonrisa, mientras observa con devoción los labios de Andrea, hinchados tras el beso.

En realidad, quiere quedarse, pero no quiere forzar las cosas. Con Andrea prefiere ir más despacio, consciente de que no está en su mejor momento y podría romperse.

—¿Te recojo el viernes? —susurra al ver que Andrea no contesta.

—Sí —asiente la abogada.

—Vale. ¿Estás bien?

—Sí… —Andrea sonríe, turbada, pero es una turbación de satisfacción y Tasha siente que su cuerpo se deshace al observarla.

—Bien —asiente y le da un beso suave en los labios.

Andrea se queda clavada en el sitio hasta que Tasha se sube en el taxi y este desaparece calle abajo. Aun así, todavía permanece ahí un par de minutos, esperando a que su cuerpo reaccione y su mente sea capaz de dar una orden lógica.

Capítulo 27

Andrea ya está duchada y vestida esa mañana, tomándose el café mientras mira por la ventana antes de salir hacia el trabajo cuando le suena el teléfono. Ve el nombre de Caroline y responde de inmediato, aunque con voz somnolienta.

—¿No es muy temprano para ti? —le pregunta reprimiendo un bostezo antes de dar un sorbo a su café.

—Todavía estoy en pijama —reconoce la tatuadora—. ¿Qué tal tu cita con Tasha?

—¿Para eso me llamas tan pronto? ¿En serio no puedes esperar? —pregunta Andrea, y el bostezo no perdona y se apodera de ella.

Caroline se contagia y emite un aullido a través del auricular.

—Sí que puedo, te iba a llamar durante el almuerzo —responde con voz ronca—, pero te acabo de enviar un correo y necesito que lo revises antes de marcharte. Y ya que estamos hablando, pues quiero saber cómo fue.

Andrea se gira y camina hasta el sofá, dejando su taza sobre la mesa de centro donde reposa su portátil.

—¿Qué hay en el correo? —pregunta mientras lo pone en marcha.

—Ava…, la inspectora de sanidad —se corrige Caroline—, encontró una irregularidad en el documento de consentimiento. Dijo que la información estaba desactualizada y que me enfrentaba a una multa de quinientos dólares si no lo arreglaba —dice torciendo la boca en una mueca—. Lo he modificado según las pautas que me dio, pero necesito que lo revises y me asegures que está correcto, porque como me ponga una sola pega cuando se lo entregue, te juro que la estrangulo con mis propias manos.

Andrea suelta una pequeña carcajada mientras lo abre. Le pide un par de minutos para leerlo, busca la ley a la que hace referencia porque no la recuerda, comprueba un par de datos y finalmente contesta.

—Está correcto, no tendrás ningún problema, tranquila —asegura la abogada.

—No sé yo, creo que quiere joderme —se exaspera Caroline —, como me ponga otra traba la denunciaré, y quiero que la aplastes.

Andrea vuelve a reírse y cierra el documento.

—Bueno, cuéntame antes de que te marches hacia el bufete, ¿cómo fue? —insiste Caroline.

—Nos besamos —suelta Andrea, estremecida con el recuerdo.

Caroline chilla tan fuerte que la abogada tiene que apartarse el teléfono de la oreja.

—Joder, Caroline —protesta mirando el aparato.

—¿Te gustó? —pregunta la tatuadora.

—¿El qué? —intenta ganar tiempo Andrea, aunque sabe perfectamente a qué se refiere.

—Pues el beso, Andrea, qué va a ser… —responde Caroline con impaciencia.

—Sí, sí que me gustó. Me gustó mucho, todo en ella me gusta, Caroline —admite sorprendida.

Caroline chilla de nuevo y Andrea frunce el ceño. No soporta el ruido de buena mañana, y menos cuando todavía no se ha terminado su primer café.

—Tengo que dejarte. Si esa inspectora tiene algún problema con el documento, pásame su contacto y yo hablaré con ella. Te llamo después.

Andrea cuelga y Caroline se queda con la palabra en la boca, pero sonríe entusiasmada ante la idea de que la cita de Andrea fuera bien. Se ducha y se viste, y una hora después, está sentada detrás del mostrador de su estudio de tatuajes con el teléfono pegado a la oreja y la tarjeta de Ava Stuart bailando entre sus dedos.

—Pensé que ya no ibas a llamarme —dice Ava al contestar.

—Ya tengo el documento modificado —responde Caroline, soltando la tarjeta cuando nota un hormigueo por el pecho al escuchar su voz—. Puedes venir a revisarlo.

—Está bien, a media tarde tengo un hueco, me pasaré entonces.

—No —se planta Caroline—, ya me has hecho perder bastante dinero. Vienes a última hora cuando eche el cierre o a primera hora de la mañana antes de abrir, pero nada de hacerlo en horario de trabajo. No del mío.

—Se supone que deberías ser más permisiva, ¿recuerdas? Hacerme la pelota, ya sabes —la chincha Ava.

—Ni de broma, yo no pienso bailarte el agua.

—Iré esta tarde a última hora —zanja Ava, y le cuelga sin despedirse, dejando a Caroline perpleja mientras piensa que es la segunda mujer que le cuelga el teléfono esta mañana.

Caroline le cobra al último cliente y echa la llave para comenzar a recoger. Está nerviosa, no debería, pero lo está. Y no es porque Ava pueda encontrar alguna irregularidad en el documento para joderla. Andrea le ha dicho que está bien y ella sabe que lo está. Está nerviosa porque va a verla, y eso es lo que más le jode.

Dos toques en el cristal la hacen botar del susto. Caroline se gira y la ve al otro lado de la puerta, elegante, soberbia y jodidamente guapa. El corazón le da tal vuelco que la mano le tiembla cuando gira la llave para abrirle. Ava pasa por su lado como si fuera la presidenta y deja un rastro de perfume floral que Caroline aspira como si fuera oxígeno.

—¿Y el documento? —pregunta Ava, como si tuviera prisa.

A Caroline le molesta su actitud, pero no dice nada. Se acerca al mostrador y saca la copia impresa que tiene preparada. Cuando se gira para dársela, se encuentra a Ava a su lado, tan cerca que su cuerpo se tensa.

—Se supone que a este lado solo debo estar yo —dice Caroline, aturdida.

Ava curva los labios en una pequeña sonrisa y le quita el documento de la mano.

—Será un momento —dice, apoyando el culo en el escritorio del mostrador, donde Caroline tiene su ordenador.

Lo lee con calma, concentrada y tan seria que Caroline no sabe si de verdad está leyendo o solo lo hace ver para joderla. Le parece que tarda demasiado y ella se pone cada vez más nerviosa, hasta que Ava por fin aparta la vista del papel.

—Parece que todo está en orden.

Ava le devuelve el documento y se incorpora para marcharse, pero Caroline le bloquea el paso con su cuerpo.

—¿He pasado la inspección entonces? No vas a salir de aquí sin decírmelo.

Ava le clava la mirada y cierra un poco los ojos, estudiándola.

—Invítame a cenar y te lo digo.

La carcajada de Caroline es tan repentina como contagiosa.

—Se supone que tú ibas a elegir un restaurante la siguiente vez —dice Caroline.

—Y voy a hacerlo, pero tú invitas —asegura Ava.

La tatuadora se da cuenta de que tiene un problema muy serio con esta mujer, porque le resulta imposible negarle nada.

—De acuerdo —dice, y media hora después, están sentadas en un asador en el que Ava acaba de pedir dos entrecots y una ensalada para compartir.

—¿Estás con alguien? —dispara Ava, tan directa que Caroline casi se atraganta con el agua.

—Acabamos de sentarnos, ¿no deberíamos hablar de cosas más triviales antes de llegar a esa parte? —pregunta sorprendida.

—No veo por qué tenemos que perder el tiempo con tonterías. Me gustas —confiesa Ava, haciendo que su estómago dé un salto—, y no te ofendas, pero no quiero malgastarlo conociendo las trivialidades de alguien para que luego me diga que tiene pareja o no está interesada. No quiero conocerte como amiga, Caroline, de esas tengo muchas.

La tatuadora levanta tanto las cejas que casi se le juntan con la raíz del pelo.

—Me parece que es la primera vez que una mujer es tan directa conmigo —dice sorprendida.

—El tiempo es muy valioso —comenta Ava, bebiendo de su vaso.

—Cierto. No estoy con nadie —asegura Caroline.

—Besaste a la mujer que había contigo el primer día que fui al estudio —suelta Ava, que no se ha olvidado—. Dijiste que había sido tu pareja y ahora solo sois amigas, pero a mí me pareció más que eso.

A Caroline la cabeza le da vueltas mientras se sitúa. Ese día Ava no tenía derecho a conocer ningún detalle de su relación con Andrea, pero ahora siente que sí, y no piensa ocultarle la relación tan estrecha que tiene con ella, porque Andrea forma parte de su vida y eso no va a cambiar por muchas Ava que le gusten.

—Andrea es mi exnovia tal y como te dije, y también mi mejor amiga…

—Pero te la follas —la corta Ava.

Caroline se recuesta en la silla y cierra las piernas de golpe, tan poco acostumbrada a mujeres tan directas como Ava, que está a punto de correrse.

—Follábamos hasta hace poco, pero eso se acabó y dependerá de ti decidir o no si me crees, porque mi relación con ella no va a cambiar. Andrea es mi amiga y mi familia —asegura con firmeza—, aunque espero que no sea un problema, Ava, porque tú también me gustas.

—No lo es, Caroline. Te creo siempre y cuando no traiciones mi confianza.

—Me encantan tus amenazas —sonríe Caroline.

La carne llega y la conversación se desvía hacia esas cosas más triviales. Caroline termina reconociendo que no es amante de ese tipo de comida, que solo ha accedido porque quería ir con Ava. En lugar de enfadarse, Ava suelta una carcajada y casi la obliga a pedir otra cosa. El tiempo pasa volando y

prácticamente se ven forzadas a marcharse cuando se dan cuenta de que los camareros se preparan para cerrar.

—Te diría de ir a tomar una copa —dice Caroline cuando salen—, pero mañana tengo que trabajar y soy una adulta responsable.

Ava vuelve a sonreír y Caroline clava los ojos en sus labios.

—¿Me vas a besar? —pregunta Ava, oscureciendo su mirada.

—No sé —dice Caroline—. ¿Crees que debería? Aún no me has dicho si he pasado la inspección, así que no estoy segura de si todavía nos une una relación profesional.

Ava suelta un bufido, la agarra por el cuello del jersey y de un fuerte tirón, la pega a ella, contra su boca, y la devora con la misma ansiedad que se devora a alguien a quien llevas meses sin ver, pero que deseas desde entonces. Caroline se agarra a sus caderas para no perder el equilibrio porque siente que su cuerpo entero tiembla mientras le devuelve el beso, y suspira derrotada cuando Ava se separa.

—¿Responde eso a tu pregunta? —pregunta con una mezcla de furia y diversión.

—No me ha quedado claro del todo —dice Caroline—. ¿Me lo puedes repetir?

Capítulo 28

Andrea sale del ascensor en la segunda planta del centro donde se encuentra la consulta de su terapeuta. Lo hace con el móvil en la mano, caminando distraída por el pasillo hacia la sala de espera. Está algo nerviosa, retomar la terapia siempre es un retroceso para ella, la señal de que algo vuelve a estar mal en su vida, de que se ha tambaleado, se ha caído y no ha podido levantarse sola. La mayoría de las veces lo ha conseguido con la ayuda de su abuela, pero ahora Maggie Loter no está ahí, de hecho, su pérdida es gran parte del motivo de que Andrea se sienta tan perdida.

Su móvil vuelve a vibrar mientras camina y sonríe. Está hablando con Caroline, la tatuadora le está contando lo que pasó anoche con Ava, la cena, los besos. Andrea no recuerda que Caroline le haya hablado con tanto entusiasmo de ninguna de las otras mujeres a las que ha conocido desde que ellas lo dejaron, y se alegra. Le contesta que ha llegado y que hablan cuando salga y, cuando levanta la vista al entrar en la sala de espera, sus ojos azules se clavan en la única mujer que hay sentada en una de las butacas: Connie Bowler.

Andrea no puede evitar sorprenderse al verla, ni tampoco sonreír con una mueca cuando Connie levanta la mirada al reparar en su presencia y observarla boquiabierta porque también la reconoce. Difícil olvidarse de una mujer como Andrea, y menos con los comentarios que Tasha hacía por el pasillo mientras avanzaba hacia ella.

—Hola, Connie —dice Andrea estirando la mano hacia ella.

Connie se levanta y se la estrecha con un apretón fuerte y decidido.

—Andrea, no esperaba verte aquí —sonríe y Andrea se pasa la lengua por el piercing.

—Ya, yo tampoco, ¿puedo? —pregunta señalando la butaca a su lado.

—Me ofendería si eliges otro —responde Connie con ese tono áspero tan característico de su voz, sentándose de nuevo.

Connie mira a la abogada mientras se quita el abrigo y lo dobla antes de sentarse. Por un instante, siente la tentación de preguntarle por el caso de Samantha Collins, pero decide que hoy no quiere saber nada, que Samantha debe seguir siendo una carpeta cerrada en su vida por ahora.

Piensa también en darle el pésame por lo de su abuela, Tasha le contó que falleció hace poco, pero prefiere no meter el dedo en la llaga, al fin y al cabo, Andrea y ella apenas se conocen.

—¿Vienes a esta consulta? —pregunta Connie, señalando la puerta frente a ellas.

—Sí —responde Andrea sintiendo una punzada de ansiedad —. ¿Tú también?

—No, pero Hayden, mi chica, está dentro —explica y suspira profundamente.

Andrea mira la puerta y después a Connie, sin saber qué decir.

—Te parezco una novia protectora o controladora —sonríe cruzando una pierna sobre la otra mientras se toca el anillo al que Hayden siempre se aferra cuando está nerviosa.

—No —responde Andrea—, solo pensaba en que, al salir de ahí, me gustaría encontrar a alguien aquí. Hayden tiene suerte.

Connie asiente.

—Intento acompañarla siempre que puedo. A veces sale de ahí igual de tranquila que ha entrado, pero en ocasiones está muy aturdida, como en otra parte. No puedo saber lo que piensa ni lo que han hablado, pero puedo estar aquí, esperándola por si me necesita —dice la empresaria.

Andrea se frota las manos y vuelve a pasarse la lengua por el labio inferior en busca del pendiente. Connie nota su incomodidad y su angustia sin necesidad de que le hable. No sabe cuál es el problema de Andrea Loter, pero sí sabe que,

para tener asignada a esa terapeuta, debe haber un trauma profundo con el que está lidiando, igual que Hayden, y eso hace que empatice con ella de inmediato, por lo que decide cambiar de tema para alejarla de esos pensamientos.

—¿Qué tal con Tasha? —pregunta Connie y la mirada de Andrea se levanta de golpe.

La abogada la observa con curiosidad, tratando de calibrar qué es lo que sabe exactamente.

—¿Tienes amistad con Tasha? —pregunta entre intrigada y divertida.

Connie tuerce una sonrisa que la delata y asiente.

—¿Muy amiga? —sonríe Andrea.

—Bastante.

—Entonces sabrás que se presentó en mi despacho —dice Andrea, mordiéndose los labios.

—Algo sé, sí —confiesa Connie y carraspea, tratando de contener la risa.

—Joder, pensé que era una tarada —suelta Andrea acompañando sus palabras con una pequeña carcajada que contagia también a Connie.

—La sutileza no es una de las virtudes de Tasha. Suele ser directa como un disparo —explica la empresaria—. Cuando la conocí, tuve un encuentro con ella en mi despacho en el que, durante una fracción de segundo, no supe si me estaba tomando el pelo o tenía que despedirla.

Andrea suelta otra carcajada.

—Entiendo que no fue ni una cosa ni la otra —dice Andrea.

—No —niega Connie, divertida—, hablaba completamente en serio, pero así es ella.

—¿Puedo preguntar qué fue lo que te dijo? —curiosea Andrea.

Connie la mira de reojo y levanta las cejas.

—Eso mejor que te lo cuente ella.

Andrea asiente y toma nota mental de preguntarle a Tasha algún día.

La puerta de la consulta se abre en ese instante y Hayden sale acompañada de la doctora. Su expresión es tranquila y Connie se relaja de inmediato cuando la ve. Andrea y ella se levantan al mismo tiempo mientras la doctora se despide de Hayden.

—Me ha alegrado verte, Andrea —dice Connie, estrechándole la mano de nuevo—, espero que te vaya muy bien ahí dentro.

—Gracias. Yo también me he alegrado de verte —responde la abogada.

Connie asiente y empieza a caminar hacia Hayden, pero Andrea la llama y se vuelve sobre sus pasos.

—¿Te puedo pedir un favor? —pregunta la abogada.

—Claro, dime —dice Connie.

—No le digas a Tasha que me has visto aquí —la voz le sale angustiada y Connie vuelve a ver el mismo miedo de antes en sus ojos.

Da un paso corto y le pone una mano en el brazo, sin ser invasiva.

—No lo haré, pero puedes confiar en ella, Andrea. Tasha puede ser esa mujer que te espere aquí sentada cuando salgas.

Los ojos de Andrea se humedecen y su cuerpo se tensa mientras asiente. No tiene ni idea de cuánto sabe Connie de lo que ha pasado entre ellas, pero es evidente que más de lo que dice.

—Hay cosas que necesito contarle con más profundidad antes de decirle que he estado aquí —dice Andrea.

Connie asiente, sobrecogida por lo mucho que su vulnerabilidad le recuerda a Hayden. Se pregunta si ha estado tan sola como ella, si tuvo ayuda cuando la necesitó o si la tiene ahora, si su abuela era como la tía Clarice de Hayden o era una mujer que le mostró su afecto, y la cabeza le da vueltas.

—Por supuesto. Haz lo que necesites, yo no le diré nada —asegura Connie.

Está a punto de dejarla y marcharse con Hayden, pero ahora es ella la que se detiene.

—Tienes mi número, Andrea, si necesitas algo, puedes llamarme.

Ahora sí, le sonríe y se acerca a la puerta de la consulta, saluda a la doctora, coge a Hayden de la mano y ambas se alejan por el pasillo.

Capítulo 29

Tasha camina a paso rápido por los pasillos de la oficina con una sonrisa tan inmensa que siente que se le van a agrietar los labios. Es miércoles y esta tarde ha quedado con Andrea para ayudarla a recoger cosas en casa de su abuela y, la sola idea de verla de nuevo, la tiene expectante como una cría a punto de abrir un montón de regalos. Llega al despacho de Connie, golpea la puerta un par de veces con su habitual fiereza y la abre.

—¿Querías verme? —pregunta asomando la cabeza.

—Sí, pasa —responde Connie.

Tasha cierra al entrar y se sienta frente a ella.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta la jefa, sonriendo divertida mientras se recuesta en su silla.

—¿Qué sonrisa? —Tasha trata de borrarla, pero ya es tarde y tiene que confesar—. He quedado con Andrea esta tarde, otra vez —puntualiza orgullosa.

—Parece que la cosa va bien —comenta Connie, omitiendo que la vio hace un par de días.

No se siente mal por ocultárselo. Andrea no estaba cometiendo ningún delito, solo intentando arreglar algo que al parecer está roto dentro de ella, y Connie sabe muy bien lo que se siente estando así, por ella misma y por Hayden.

—Sí, creo que sí —admite Tasha—, pero no quiero precipitarme, con ella siento que tengo que ir con pies de plomo. Andrea no está en su mejor momento y quiero hacer las cosas bien, al ritmo que ella necesite.

Connie esboza una sonrisa cuyo aire le sale por la nariz. Tasha le recuerda mucho a ella cuando comenzó con Hayden, el miedo que sentía de dar un paso en falso, ir demasiado rápido para ella, invadir un espacio que no debía y asustarla. Está

segura de que la situación de Andrea es completamente diferente, además, ella no tiene problemas para comunicarse, pero siente que orbita en un plano parecido al de Hayden, perdida en algún lugar oscuro.

—Si lo sientes así, fíate de tu instinto —le aconseja Connie —, a mí me fue bien con Hayden.

—Sí, creo que es lo mejor, aunque me va a costar contenerme. Cuando nos besamos sentía que el fuego me arrasaba —se ríe Tasha y a Connie le entra un escalofrío al recordar lo cachonda que iba durante aquellas primeras semanas con Hayden.

—Para eso tienes dos manos —suelta Connie, haciendo que se ría con más fuerza.

—Mejor dejemos ese tema —pide Tasha recomponiéndose —. ¿Para qué me has llamado?

—En realidad, no es nada del trabajo —dice Connie, sacando su móvil.

Se toma unos segundos para buscar algo en la galería y cuando lo encuentra, lo coloca sobre la mesa y lo empuja hacia Tasha.

—Es una cabaña en Rock Hall. Madison y Alice la alquilaron hace unas semanas para ir a pasar este fin de semana, pero ha habido un par de bajas en el hospital y Madison tiene que hacer turno el sábado y Alice el domingo —explica, señalando las fotos que Tasha va pasando sorprendida por el encanto del sitio.

La cabaña se abre al mar con una naturalidad que parece surreal. El porche es de madera y está ligeramente elevado, mirando directamente al agua. Delante de la cabaña, el césped se extiende hasta una línea de rocas que actúa como un malecón natural, donde a la izquierda se inicia un sendero. A Tasha le parece el lugar perfecto para una escapada en pareja, tranquilo y apartado, sin relojes ni distracciones. Un rincón idílico para hacer una pausa de la ciudad donde tener una conversación tranquila mientras toman una copa de vino con el mar de fondo, solo acompañadas por el murmullo del viento y el agua.

—Qué faena —dice sin apartar la vista de la primera foto que ha mirado, la del porche de la cabaña con el mar de fondo —. El sitio es precioso. ¿Qué tal les va?

Connie sonríe y se pasa la mano por el pelo para apartarse la melena de la cara. Pensar en Madison y Alice es algo que siempre le da risa. Hayden dice que son una pareja extraña y ella no puede estar más de acuerdo porque, discuten como si se odiaran, pero lo hacen mirándose con adoración.

—Están bien, son tan diferentes, que creo que eso es lo que las hace encajar de un modo tan perfecto —responde Connie.

—¿Siguen discutiendo? —pregunta Tasha, que sabe algo de la historia.

—Por supuesto —se ríe Connie—, siempre por tonterías del trabajo, yo creo que en el fondo lo hacen a propósito, les pone discutir y después arreglarlo. Pero fuera de allí, están tan compenetradas, que cuesta imaginar que son las mismas personas. Podrías venir a cenar un día con Andrea, algo informal, más adelante, cuando pienses que se puede sentir cómoda. Así conoces a Alice y nos libras a mí y a Hayden de soportar sus miradas de amor y sus puyas repentinas.

Tasha suelta una risotada al pensar en ellas. No conoce a Alice, pero a Madison la ha visto varias veces y no le cuesta imaginársela en esa tesitura.

—Estaría bien lo de esa cena —dice Tasha—; si la cosa sigue fluyendo, se lo comentaré a Andrea más adelante.

—Claro. Pero bueno, volvamos al tema, no te he enseñado las fotos de la cabaña para ponerte los dientes largos. El tema es que ellas no pueden ir y la reserva ya está pagada, no la pueden cancelar. Me la ofreció a mí, pero nosotras este fin de semana nos vamos a Pittsburgh, salimos el sábado por la mañana y volvemos el domingo. La tía de Hayden quiere comer con ella —Connie se encoge de hombros.

—¿Pasaréis el fin de semana en su casa? —pregunta Tasha, que no sabe la historia de esa mujer.

Connie suelta una risa nasal y menea la cabeza.

—No, solo comeremos con ella, es una historia complicada, pero ya que estamos allí, aprovecharemos para visitar la ciudad. Bueno, ¿quieres aprovechar la reserva?

Tasha duda, lo primero que piensa es en invitar a Andrea, con la que sin duda le apetece estar allí, pero rápidamente lo descarta sacudiendo la cabeza, sin que su melena de rizos perfectos se altere ni un poco.

—No creo que sea buena idea proponérselo a Andrea.

Connie levanta las manos, en eso no piensa intervenir.

—Bueno, que sepas que eso está ahí, también puedes ir tú sola si te apetece. Sería una pena que se desperdicie y solo son un par de horas en coche. Piénsatelo, y si te decides, me lo dices para que Madison cambie el nombre en la reserva.

—De acuerdo. Gracias por pensar en mí —dice Tasha, levantándose para volver al trabajo.

Capítulo 30

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta Tasha cuando Andrea se queda frente a la puerta de la casa de su abuela con las llaves en la mano.

Acaban de llegar, las ha sacado del bolso y, cuando ha ido a meter la llave en la cerradura, la han invadido tantos recuerdos que se ha paralizado.

—No, lo siento —dice, introduciendo la llave.

Tasha le pone la mano en la espalda baja y hace un movimiento suave. No es nada invasivo, solo algo para confirmarle que no está sola, que ella está allí por si la necesita, y Andrea se gira y le sonríe. Esto es algo que no se imaginó haciendo con Tasha, ni siquiera con Caroline, pero se alegra de que esté con ella.

Acceden al interior y Andrea no lo soporta: el espacio, el olor, los recuerdos. La garganta se le cierra y los ojos se le encharcan. Se lleva una mano a la boca y con la otra se sujeta en el pasamanos de la escalera que sube al piso de arriba. Tasha se queda a su lado sin decir una palabra, dejando que llore lo que necesite a su manera.

—Perdona —dice Andrea cuando se recompone, limpiándose las lágrimas con la palma de la mano.

—No has de disculparte, y no tenemos que hacer esto todavía. Si no estás preparada, podemos volver otro día. Quizá todavía es pronto —opina Tasha.

—No —niega Andrea—, quiero empezar a hacerlo, lo necesito.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que hagamos?

—En la despensa hay cajas vacías. Yo voy quitando las fotos y tú los adornos, con eso estaremos entretenidas un buen rato. Le encantaba llenar la casa con estas cosas —dice cogiendo una

figura de porcelana que hay sobre el mueble—. Después necesitaba dos horas para quitar el polvo. Siempre me han parecido espantosas, pero a ella le encantaban.

Tasha sonríe y asiente.

—Muy bien, pues manos a la obra —dice remangándose como si fueran a echar abajo las paredes.

Durante la siguiente hora y media, ninguna habla. Andrea va descolgando cuadros de la pared y los envuelve en periódicos. Algunos los desmonta para quedarse la fotografía y lo demás lo va guardando con cuidado dentro de las cajas. Tasha hace lo mismo, envuelve cada figura de porcelana con suma delicadeza y las coloca una al lado de la otra, encajándolas como si fueran parte de un rompecabezas. Andrea tira también algunos papeles que encuentra sobre la mesa de la cocina, las notas de la nevera y, entre las dos, vacían los armarios clasificando la comida que deben tirar y la que Andrea debe llevarse.

—¿Cerveza? —pregunta Andrea con la nevera abierta.

Tasha paladea con la boca pastosa y asiente.

—Creo que por hoy es suficiente —decide la abogada, señalando el salón.

Tasha se sienta en el sofá y Andrea lo hace en el sillón de su abuela.

—Por tu abuela —brinda Tasha y ambas beben en silencio.

—Gracias por haberme ayudado hoy —dice Andrea tras unos minutos en los que ha permanecido absorta. Tasha no la ha interrumpido. La abogada lleva toda la tarde así, yendo y viniendo de alguna parte, y ella respeta ese espacio, ese tiempo que necesita para despedirse de su abuela.

—No hay de qué, cuando quieras continuar, puedes llamarme —responde Tasha, apurando el último trago de la cerveza.

La deja sobre la mesa que tiene delante sin saber muy bien qué debe hacer. Está anocheciendo y tiene un poco de hambre, pero no le parece correcto pedirle a Andrea que la acompañe a ningún sitio.

—¿Quieres cenar aquí? —propone Andrea como si le estuviera leyendo la mente—. Podemos pedir algo.

—Me encantaría —sonríe Tasha.

Andrea se levanta para buscar su teléfono y regresa con el aparato en una mano y otras dos cervezas en la otra. Hace un pedido en una hamburguesería cercana y abre una bolsa de patatas mientras esperan. Los ojos de Tasha se clavan entonces en sus brazos. Andrea se ha remangado mientras recogían y se ven varias de sus marcas de conteo dibujadas en su piel.

—Perdona, no quería ser indiscreta —se disculpa Tasha—, es que me han recordado la otra noche, cuando te abriste la camisa. ¿Tienes más?

La abogada hace un movimiento afirmativo con la cabeza.

—En las piernas, el único sitio donde no me hice fue la cara, el cuello, las manos y los pies.

—Quitando el ave fénix, ¿todos son iguales? —pregunta la jefa de personal.

—Sí —responde Andrea.

—Lo siento, te dije que no haría preguntas —murmura Tasha—, hablemos de otra cosa.

—No —dice Andrea, mirándola con determinación—. Es normal que tengas preguntas, y quiero responderlas. ¿Qué más quieres saber?

Tasha la mira, agradecida por poder saciar su curiosidad.

—¿Por qué marcas de conteo y no otra cosa? Debe tener un significado muy importante para ti para que te hicieras tantas —concluye Tasha.

Andrea deja la botella de cerveza y se frota las palmas de las manos al mismo tiempo que se pasa la lengua por el piercing.

—Contaba los días que me faltaban para ser mayor de edad y poder largarme de mi casa. En cuanto podía, quedaba con mi amigo Tommy y él me dibujaba una de estas marcas.

—¿Puedo seguir preguntando? —dice Tasha, desplazándose por el sofá para estar más cerca del sillón.

—Sí.

—¿Por qué te querías ir de tu casa? —pregunta Tasha.

Andrea traga saliva.

—Es una historia larga y complicada.

—Me da igual, si me la quieres contar, yo quiero escucharla —dice Tasha, cogiéndole una mano.

Andrea siente que la corriente la atraviesa y se muerde los labios mientras piensa. No es algo que vaya compartiendo por ahí, la única fue Caroline, pero con Tasha siente esa misma comodidad, siente que se puede abrir, confiar en ella, y quiere hacerlo porque Tasha empieza a gustarle demasiado, y no podrá avanzar si no deja que la conozca con todas sus partes, las buenas y las malas.

—Te dije que no me gustaba ser modelo infantil —dice y se levanta, dejando su cerveza sobre la mesa para sentarse junto a Tasha—. Era mucho más que eso, lo odiaba con todas mis fuerzas.

Andrea comienza a contarle la historia desde el principio, sin dejarse ningún detalle. Le relata que no tuvo infancia, que la separaron de su abuela, la única que la defendía. Que para sus padres no era más que una herramienta que generaba mucho dinero, que no recibió cariño y sus deseos no contaban y que, cuando comenzó a desarrollarse, los problemas se agravaron mucho.

Se detiene unos minutos cuando las hamburguesas llegan, pero Tasha las deja sobre la mesa sin sacarlas de la bolsa. No quiere que pare de hablar y ambas tienen el estómago cerrado, así que Andrea continúa, aferrada a la mano de Tasha como lo hizo en su momento a la de Caroline.

—Tommy me llevó aquella noche a casa de mi abuela. Ni siquiera teníamos un plan y yo hacía un montón de años que no la veía, pero me bajé del coche y llamé al timbre. Eran alrededor de las dos de la madrugada y ella abrió la puerta con una escopeta cargada en la mano —relata como si la estuviera viendo.

—Por Dios —se espanta Tasha, pero Andrea se ríe.

—Mi abuelo había muerto muchos años antes, yo jamás lo conocí, y ella vivía sola desde entonces, así que se sentía más segura durmiendo con un arma cerca de la puerta. Cuando me vio, me reconoció de inmediato, la soltó y me abrazó. Creo que lloré durante horas. Tommy dice que se congeló de frío mientras esperaba en el porche a que me calmara, porque me derrumbé en los brazos de mi abuela y me quedé paralizada allí.

Andrea nota la tensión de Tasha alrededor de sus dedos y le sonríe.

—Cuando me calmé, entramos en su casa y ella preparó chocolate caliente para mí y para Tommy. Ya estaba amaneciendo cuando se lo conté todo. Ella me miraba horrorizada, pero no decía nada y yo casi podía escuchar cómo le funcionaba la cabeza. Me dijo que era cuestión de tiempo que mis padres aparecieran por allí preguntando por mí, que había que esconderme hasta que fuera mayor de edad. Yo volví a asustarme, porque entendí que eso significaba que no podía quedarme con ella, pero me juró que no íbamos a dejar de vernos y que se aseguraría de que mis padres no dieran conmigo.

—¿Te escondió durante dos años? —pregunta Tasha impresionada.

Andrea vuelve a sonreír, esta vez con más fuerza, orgullosa de su abuela.

—Sí. Le agradeció a Tommy lo que había hecho por mí, le pidió que no dijera nada y que se marchara. Yo sabía que podía confiar en él y, en caso de que lo presionaran, lo único que podría decir era que me había dejado en casa de mi abuela. Esa misma tarde ella me llevó a casa de una prima suya. Tenían un parentesco lejano por parte de mi abuelo; mi madre ni siquiera la conocía. Era una mujer de mediana edad que vivía sola en una granja enorme en las afueras del pueblo. Me acogió y me trató como si fuera otra abuela. Pasé de ser un objeto a ser una persona. Mi abuela se mantuvo en un perfil bajo durante el primer mes, cuando mis padres aparecían día sí y día no preguntando si me había visto, pero las visitas se espaciaron

hasta que desistieron y, entonces, ella empezó a venir muy a menudo. Solía hacerlo por la noche, a la hora de la cena, y se quedaba conmigo hasta que me iba a dormir.

Tasha está tan impresionada que piensa que, si fuera editora, le pediría a Andrea que le dejara publicar su historia.

—Cuando fui mayor de edad me mudé con mi abuela e hicimos los trámites para que pudiera cambiarme el apellido. No quería tener nada que fuera de ellos y le pregunté si podía utilizar su apellido de soltera. Ella entonces todavía utilizaba el apellido de mi abuelo, pero, cuando se lo propuse, lo recuperó para que ambas tuviéramos el mismo. Así dejé de llamarme Andrea Hartmann para llamarme Andrea Loter.

—Esa parte de la historia es preciosa, Andrea —le dice Tasha, besándole la mano.

Ella sonríe, orgullosa de llevar el apellido de su abuela.

—Esa es una parte de la historia de los tatuajes. Después de eso, empecé a ir a la escuela nocturna para recuperar los estudios que había perdido y, cuando llegó la hora de ir a la universidad, nos mudamos aquí para que no tuviera que venirme sola. Me gradué y he sido abogada desde entonces —se encoge de hombros, apoyando la cabeza en el sofá.

Tasha se inclina lentamente y le da un beso en los labios que la coge por sorpresa. La piel le hormiguea cuando Tasha se retira y Andrea quiere continuar, pero la jefa de personal la detiene poniéndole una mano en el centro del pecho.

—Espera, has dicho que esa es una parte de la historia de los tatuajes —frunce el ceño Tasha, pensativa—. ¿Cuál es la otra?

La expresión sonriente de Andrea se desvanece.

—¿No prefieres dejar eso para otro día?

—No, quiero saberlo todo de ti —asegura Tasha—, pero si no te sientes cómoda…

—Me repaso los tatuajes —suelta Andrea a bocajarro.

Tasha parpadea, incapaz de imaginar a lo que se refiere.

—No entiendo.

Y Andrea se lo explica. Le relata que descubrió que ese dolor físico amortiguaba el otro, el que ella no sabía cómo calmar, y que, cuando no podía más, cogía un punzón y ella misma repasaba las líneas de sus tatuajes.

Tasha siente escalofríos solo de pensar en el dolor, en la sangre y en la angustia, pero, sobre todo, en lo mal que se tiene que sentir Andrea para tener que recurrir a algo como eso.

—Lo estuve haciendo durante años, y entonces conocí a Caroline y con ella encontré otra manera de aliviarme, una que hizo que estos episodios se redujeran mucho —Andrea baja la mirada, sin saber cómo explicar esta parte.

—¿Qué manera? —pregunta Tasha, intrigada.

Andrea decide que no hay una manera fácil o sutil de explicarlo.

—Follando —dispara—, follando fuerte, quiero decir —carraspea porque nota que se pone roja cuando los ojos de Tasha se abren de par en par—. Que me follen fuerte produce el mismo efecto en mi mente que el dolor, me quedo anestesiada momentáneamente y dejo de sentir lo que me destroza por dentro. No te hablo de un sexo que me cause dolor —aclara ante la cara de desconcierto de Tasha—, sino de algo rudo.

—Sin preámbulos ni caricias, follar y punto —resume Tasha.

—Sí, aunque eso no quiere decir que no me guste follar de la otra manera —siente la necesidad de aclarar, haciendo reír a Tasha.

—Vale, lo he pillado —dice sin dejar de reír.

Andrea suspira, aliviada por haberlo soltado.

—¿Y ahora, Andrea? ¿Cómo estás en ese sentido? —pregunta Tasha.

La abogada la mira y Tasha no necesita que le responda para saber que no está en un buen momento, aunque Andrea lo hace.

—No tengo una buena época. No es solo la muerte de mi abuela, eso ha llevado a que aparezca mi madre, y eso siempre me desestabiliza, pero estoy en ello. He vuelto a terapia, lo cual me ayuda mucho, eso y el tiempo —aclara—. Debo ser la peor

cita que has tenido, te he puesto a trabajar, te he contado mis penas y la hamburguesa se ha quedado fría.

—Sin temor a equivocarme, diría que esta es una de las mejores citas que he tenido —asegura Tasha—. ¿Te apetece hamburguesa recalentada? —pregunta cogiendo la bolsa.

—Joder, sí —dice Andrea riendo.

Tasha las mete en el microondas y vuelve un minuto después. Empiezan a comer y la jefa de personal recuerda lo que le ha comentado Connie por la mañana. Mira a Andrea, que mastica con hambre, como si no hubiera acabado de contarle una historia que probablemente no la dejará dormir. Tasha duda, sigue sin estar segura de que sea buena idea proponérselo, pero entonces los ojos azules de Andrea se posan sobre ella.

—¿En qué piensas?

Tasha deja la hamburguesa y se envalentona.

—No tienes por qué aceptar si no quieres, pero esta mañana ha venido a verme Connie. Su mejor amiga tenía una reserva en una cabaña para este fin de semana y no puede asistir, Connie tampoco, así que me la ha ofrecido a mí —explica de corrido.

—Y quieres que vayamos tú y yo —deduce Andrea.

—La verdad es que me encantaría. El sitio es precioso y no está lejos, pero si te parece precipitado o no te sientes cómoda, lo entiendo.

—¿Cuándo has dicho que es? —pregunta Andrea.

—Este fin de semana, podemos salir el viernes por la tarde, o el sábado por la mañana si tienes cosas que hacer. Como te digo, no está lejos, pero si tienes planes…

—Hablas mucho, Tasha Merrell —suelta Andrea, cortando su verborrea—. Iré contigo.

A Tasha el corazón se le detiene.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Me irá bien desconectar, y me apetece estar contigo —admite sin apartar la mirada de ella.

Tasha quiere saltar encima del sofá como una niña histérica, pero, en lugar de eso, solo sonríe, extiende los brazos y la envuelve con fuerza. Andrea deja que le estruje las costillas y, cuando se separan, retiene a Tasha colocándole una mano en la nuca para besarla. Sus lenguas se rozan y Andrea vuelve a sentir que es atravesada por un rayo. No se explica la sensación, es algo que la paraliza y le corta la respiración unos segundos para después sacudir su cuerpo y llenarlo de hormigas. Tasha suspira, estremecida mientras se esfuerza por mantener sus manos quietas en el cuello de Andrea. Quiere moverlas, explorar toda la piel de la abogada para después recorrerla con la lengua, pero recuerda la conversación con Connie, su consejo sobre ser paciente, y aprieta las piernas con frustración y se separa lentamente.

—Me encanta besarte, joder —dice aturdida, ante la mirada desorientada de Andrea, que se toca los labios como si los de Tasha todavía estuvieran sobre los suyos.

—¿Y por qué paras? —pregunta divertida, con el corazón tan desbocado que nota los latidos en las sienes.

—Porque creo que es lo correcto —dice Tasha.

Andrea suspira. Está tan caliente que podría encender una hoguera solo con tocar los troncos, pero no quiere hacer nada de eso en casa de su abuela.

—¿Otro paseo para bajar la hamburguesa? —propone la abogada—. Si me quedo aquí, arderé como una antorcha.

Tasha siente un latigazo entre las piernas e intenta pensar en cosas que no tengan nada que ver con el cuerpo de Andrea ni las ganas que tiene de acostarse con ella. Se levanta y le tiende una mano para ayudarla. Meten las sobras en la bolsa, apagan las luces y se marchan.

Capítulo 31

Andrea cierra su maletín, sale del despacho, se despide de un par de compañeros que se cruza por el pasillo y entra en los baños para ponerse sus piercings. Es viernes, las cuatro de la tarde para ser exactos. Ha hecho horario intensivo porque a las seis, Tasha irá a recogerla para ir a pasar el fin de semana a esa cabaña de Rock Hall. Está nerviosa, pero no son nervios de los malos, le apetece ir con ella. Ha visto las fotos que Tasha le envió ayer por la noche y está deseando llegar. Se imagina en el porche teniendo largas charlas con Tasha mientras sigue dando el sol o paseando por el sendero lejos del bullicio de la ciudad. Eso cuando estén fuera de la cabaña, lo que se imagina dentro, prefiere no pensarlo porque le entran temblores en las piernas.

Se pasa la lengua por el piercing del labio cuando termina de ponérselo, observa el de la ceja y se da por satisfecha. Andrea abandona el edificio y conduce directamente hacia su apartamento, todavía sintiendo la tentación de desviarse hacia casa de su abuela si se despista porque la costumbre de pasar a verla cada dos días sigue anclada en ella de tal forma, que le costará mucho quitársela. Aparca un poco antes de llegar a su edificio y, cuando está a punto de llegar a la entrada, la figura de su madre se dibuja ante ella formándole un nudo en el estómago.

Andrea titubea y sus pasos se vuelven más lentos mientras se acerca. Piensa en dar la vuelta y marcharse, pero la acción es absurda, ella vive ahí y sabe que Deborah Hartmann no se moverá de donde está hasta que haya conseguido lo que sea que quiere. La abogada no llega hasta la entrada, se acerca a un banco de madera situado cerca del edificio y espera ahí, obligando a su madre a alejarse del portal de su edificio para acercarse a ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Andrea, con la rabia mordiéndole las entrañas por atreverse a invadir tanto su espacio.

—Necesitaba verte, y me parecía más apropiado venir aquí que a tu trabajo —dice su madre, con la frialdad de siempre.

—Te dije que no quería volver a verte, me parece que fui bastante clara —espeta Andrea, notando como la ansiedad le revuelve el estómago y le cierra la tráquea.

Un sudor frío comienza a recorrerle la espalda y siente un hormigueo por las manos que la obliga a mover los dedos. No soporta que la presencia de su madre le cause ese efecto tan devastador, pero le resulta inevitable, y ahora está sola. Su abuela ya no está para apoyarla y no tiene a Caroline al lado para sentir que no puede caerse, su madre ha sabido jugar bien sus cartas apareciendo sin avisar, sabiendo que Andrea sigue siendo completamente vulnerable ante ella.

—Necesito el dinero de la herencia —dice a bocajarro—. Dámelo y no volverás a verme.

Andrea está mareada y las náuseas le queman el esófago. De forma inconsciente, se lleva la mano derecha al antebrazo izquierdo y comienza a trazar líneas con el dedo.

—No te voy a dar nada —asegura asqueada—. La abuela dejó muy claro que no te dejaba nada, así que, prefiero donarlo antes que dártelo a ti.

—No me hagas suplicarte, Andrea —dice su madre, acercándose más a ella, pero en su tono de voz no hay nada de súplica, Andrea lo percibe más como una amenaza—. Estoy en una situación muy complicada. Ya te dije que tu padre me ha dejado y…

—Busca trabajo —dispara Andrea—. Deja de vivir a costa de los demás y búscate la vida. No te voy a dar una mierda, lárgate de aquí.

La mirada de Deborah se vuelve tan oscura que Andrea solo puede pensar en los ojos de un tiburón, oscuros y vacíos de emociones, sin vida, solo pensando en cazar a su presa. Y la presa es ella.

—Lo he intentado por las buenas, Andrea —dice amenazante, sin parpadear mientras le habla tan cerca, que Andrea arruga la nariz porque no soporta ese aroma de perfume que su madre siempre se echaba en exceso—. Tengo muchas imágenes de las sesiones de fotos, las que Harrington te hacía para él —aclara con voz siniestra, y Andrea siente que su cuerpo es atravesado con una estaca de hielo que la congela.

"Quítate el bañador"

La frase vuelve a ella y escucha su voz como si le estuviera susurrando. Su madre lo consentía, así que ella tenía que hacerlo.

La visión se le vuelve borrosa y el temblor de sus manos se expande a todo su cuerpo mientras ella sigue hablando.

—Las enviaré de forma anónima al bufete donde trabajas, te convertirás en el objeto de las pajas de todos tus compañeros y si eso no es suficiente, las subiré a las redes sociales junto a tu nombre real. Te doy unos días para pensarlo.

Andrea sabe que no miente, que su madre no tiene escrúpulos, jamás los ha tenido y ella solo sigue siendo un medio para un fin, ahora para conseguir el dinero de su abuela. No piensa ceder, eso lo tiene claro, pero tampoco puede enfrentarse a ella ahora mismo, la ansiedad va a acabar con ella y necesita subir a su apartamento. Andrea trata de rodearla para llegar al portal, pero está tan aturdida que choca con ella y casi cae al suelo. Su madre se aparta, sorprendida por su estado, y la observa caminar hacia el edificio como si estuviera ebria, sabiendo que sus palabras han causado el efecto que buscaba.

Deborah se marcha y Andrea cierra la puerta de su apartamento sin saber cómo ha conseguido llegar hasta él. Deja caer el bolso, se quita la blazer y se abre la camisa con un tirón tan fuerte que todos los botones saltan. Se ahoga y las lágrimas le caen a borbotones cuando llega al baño. Tiene la cara roja y las manos le tiemblan tanto que le cuesta una eternidad desabrocharse los botones de las mangas. Ahoga un grito

frustrado y exhala todo el aire de sus pulmones, trata de llenarlos de nuevo, pero no puede, le falta el aire.

Al fin se quita la camisa y abre el cajón donde guarda el punzón que no quería volver a utilizar, llega hasta el salón tambaleándose, se sienta en el sofá y el gesto se convierte en algo automático que ella no controla. Su mano temblorosa se mueve como si estuviera poseída repasando uno de los tatuajes de su antebrazo izquierdo, el mismo que dibujaba de manera inconsciente mientras hablaba con su madre, el primero que se hizo.

La ansiedad le produce unos espasmos tan violentos que Andrea es incapaz de controlar la profundidad a la que se repasa, pero cuanto más agudo es el dolor, más comienza a anestesiarse por dentro. Se detiene solo un instante para pasarse el dorso de la mano por los ojos y quitarse las lágrimas que la hacen verlo todo borroso. Su brazo es una mancha de piel pálida cubierta de tinta negra mezclada con sangre que comienza a deslizarse por los lados y hacia su mano. Le mancha el pantalón gris claro que lleva ese día, pero ella continúa, aturdida y mareada, y solo cuando cree que ha terminado con la última línea, se detiene, se deja la mano sobre la herida y cierra los ojos, permitiendo que ese dolor la serene y la ayude a olvidarse del otro unos minutos.

Andrea abre los ojos porque algo le hace clic en la cabeza. Es una señal de alerta que al principio le cuesta identificar. No sabe el tiempo que ha pasado, pero cuando se mira el brazo, ve que la sangre ha manchado el sofá. Su pulso se acelera y el corazón comienza a latirle muy deprisa mientras su mente intenta procesar lo que está mal. Y entonces sus ojos, enrojecidos por el llanto, se abren de golpe cuando la abogada se da cuenta de que no solo no ha dejado de sangrar, sino que sangra demasiado.

Se aparta la mano con la que cubre la herida y el pánico se apodera de ella. Andrea no puede percibir nada diferente, para ella es otra herida como las demás, pero en esa zona hay algunas venas importantes y sospecha que el descontrol con el

que su mano trabajaba sobre la zona, ha podido hacer algún destrozo sin pretenderlo. Nunca ha sentido tanto miedo como en ese momento, porque Andrea jamás se ha autolesionado con la intención de acabar con su vida, solo lo hace para anestesiar su alma y evadirse de un dolor interno con el que no sabe lidiar durante unos minutos. Se levanta mientras presiona la herida y mira en todas direcciones sin saber qué hacer. Hace solo unas semanas, el primer nombre que se le hubiera pasado por la cabeza habría sido el de Caroline, pero Andrea se sorprende cuando el que le viene es el de Tasha Merrell, y entonces el timbre de su apartamento suena y ella se sobresalta, sin entender nada, y otro clic en su cabeza le recuerda que ha quedado con ella, que Tasha iba a pasar a recogerla. No sabe qué hora es, pero es muy probable que ya sean las seis.

Mareada, Andrea da pasos torpes hasta la entrada y aprieta el botón para abrir sin preguntar quién es. Abre la puerta de su apartamento y pretende esperar ahí, pero las piernas no la sostienen y regresa al sofá, donde presiona la herida lo más fuerte que puede.

Tasha sale del ascensor con el ceño fruncido, dispuesta a soltarle un buen sermón a Andrea por abrir el portal sin preguntar quién es. Entonces llega a la entrada y se enfada más todavía cuando también encuentra la puerta abierta y nadie esperándola.

—¿Andrea? —pregunta en voz alta, pero la boca se le cierra cuando ve un restregón de sangre en el pomo de la puerta cuando va a cerrarla.

Se gira y la ve, sentada en el sofá, solo vestida con el pantalón y el sujetador. La escena es tan grotesca que Tasha también se marea por un instante. Andrea está llena de sangre, el brazo, las manos, la cara porque se ha tocado, y en el sofá hay una mancha importante. Ella parece desorientada mientras la mira con esos ojos azules que parecen apagados. Tasha corre hacia ella, dejando caer el bolso por el camino con tal susto en el cuerpo que los sentidos se le agudizan.

—Déjame ver —dice apartándole la mano.

—No para de sangrar —balbucea Andrea, presa del pánico.

—Voy a llamar a una ambulancia —dice Tasha, incorporándose mientras corre hacia el baño y vuelve con una toalla.

—No llames a una ambulancia —dice Andrea, que parece recuperar la lucidez de golpe—. No puedo ir al hospital.

—¿Cómo que no? —se irrita Tasha, que le envuelve la herida presionando lo más fuerte que puede y le pide que se tumbe.

—Pensarán que he intentado suicidarme y activarán los protocolos, y tú sabes que no es eso —lloriquea angustiada.

Tasha le levanta el brazo en un acto instintivo, si la sangre no circula, debería dejar de sangrar, o sangrar menos. Le quita la toalla, la pasa por la herida para intentar ver algo y solo ve el destrozo del tatuaje ensangrentado e hinchado que Andrea ha repasado.

—Me temblaba la mano —explica Andrea—. Mucho, quizá he pinchado algo que no debía.

Tasha resopla, con el brazo levantado, sí que sangra menos.

—Por favor, cúramelo. Pon una venda, pero no llames —suplica la abogada.

—Joder, Andrea —murmura Tasha, meneando la cabeza.

La jefa de personal duda. Sabe que Andrea tiene razón, que los médicos no van a creer su versión, pero ella no es médica y desconoce el alcance de lo que ha podido hacerse, y entonces la atraviesa un pensamiento: la amiga de Connie. Tasha le envuelve el brazo de nuevo, le coloca un cojín debajo para mantenerlo elevado y le pide que siga presionando.

Se levanta y coge su teléfono para llamar a Connie. Le explicará lo que pasa y le pedirá como favor personal que avise a su amiga Madison o a su pareja, si alguna de las dos puede venir en los próximos minutos, perfecto, de lo contrario, llamará a una ambulancia. Connie contesta y Tasha, intentando controlar los nervios, le resume de manera muy rápida lo que sucede: que la sangre no es muy abundante, pero que la hemorragia no se detiene, y le explica también el motivo por el que no quiere llamar a los servicios de emergencia. Connie le

dice que le dé un minuto para llamar a su amiga, un minuto que a Tasha se le hace tan interminable como un día sin agua en el desierto y, durante el que se sienta junto a Andrea, le pone una mano en la mejilla y le sonríe.

—Todo irá bien —dice y le guiña un ojo.

Andrea deja salir un suspiro entrecortado y las lágrimas se le escapan, pero deja de tener miedo porque confía en Tasha. Connie no tarda ni un minuto en devolverle la llamada para decirle que le envíe la dirección, que su amiga Madison está en casa y va de inmediato.

—Dice que le mantengas el brazo en alto y presiones la herida mientras tanto —dice Connie.

Tasha sonríe para ella y le envía la dirección en cuanto cuelga. Le explica la situación a Andrea y le levanta el brazo hasta dejarlo en un ángulo de noventa grados durante los catorce minutos que el timbre del apartamento tarda en volver a sonar.

—Ya está aquí —dice experimentando el mayor alivio de su vida.

Cuando la jefa de personal abre la puerta, no solo se encuentra con Madison Shaw, Connie va con ella y Tasha siente más tranquilidad todavía.

Capítulo 32

La doctora entra con un maletín y va directamente hacia el sofá siguiendo la indicación de Tasha.

Madison no es partidaria de este tipo de actuaciones, primero porque puede poner en riesgo la vida del paciente y, segundo, porque se juega su licencia si algo sale mal. Si está ahí, es porque Connie se lo ha pedido y porque, por la descripción de la herida y el sangrado que le ha dado, no le ha parecido lo suficientemente grave. Abre el maletín y se sienta junto a Andrea, primero se centra en la herida, limpiándola con solución salina y antiséptico mientras Tasha permanece arrodillada a un lado del sofá, acariciando el pelo de la abogada para calmarla. Connie permanece de pie junto al televisor, observando la escena en silencio, con un brazo cruzado sobre el pecho y el puño del otro sobre sus labios.

—¿Es grave? —pregunta Tasha.

—No, pero necesito saber con qué te lo has hecho, Andrea —responde Madison.

—Un punzón —dice ella, señalando la mesa auxiliar.

Madison se gira y lo ve, lo coge para calcular la longitud de la punta y vuelve a mirar a Andrea.

—¿Te lo has clavado entero?

Ella traga saliva.

—No lo sé.

Madison asiente.

—¿Qué pasa si lo ha hecho? —sigue preguntando Tasha, cada vez más nerviosa.

—No tiene una longitud suficiente como para hacer una herida catastrófica, pero sí para haber rasgado una vena superficial, eso explicaría por qué ha sangrado tanto.

Un suspiro entrecortado hincha el pecho de Andrea, que de repente empieza a hiperventilar, presa del pánico de nuevo.

—No quería hacer nada grave —balbucea con un sollozo.

—Oye, mírame —dice Madison—. Respira hondo y despacio. No te va a pasar nada —la calma la doctora.

Los ojos azules de Andrea se posan sobre ella. No conoce a Madison, pero ha venido con Connie Bowler y en ella sí confía, al igual que en Tasha.

—Te voy a poner puntos de papel, con eso debería bastar. De todas formas, me quedaré aquí un rato para asegurarme, porque si con eso no se detiene el sangrado, entonces habrá que suturar, y eso sí que no voy a hacerlo aquí. ¿De acuerdo?

Andrea asiente, sin decir nada.

Madison vuelve a limpiar la herida, le pone los puntos y le venda la zona para presionar. Después le toma las constantes para asegurarse de que está dentro de los parámetros normales.

—Connie, trae un vaso de agua, por favor —dice la doctora —. ¿Tienes zumo o algo con azúcar? —le pregunta esta vez a Andrea.

—Galletas —responde Andrea.

—Me sirve. Voy a pedirte que comas, y que bebas toda el agua que puedas. Es importante que repongas fluidos —ordena Madison.

—Vale —responde Andrea, dispuesta a obedecer cualquier orden.

Se incorpora con la ayuda de Tasha, se bebe el vaso de agua que Connie le ha traído y espera a que la empresaria rebusque en sus armarios y aparezca con todo lo que encuentra con azúcar.

—Nada de bebidas con alcohol o cafeína durante los próximos días —sigue Madison—, y sería bueno que consumas alimentos ricos en hierro, como carnes rojas, legumbres, espinacas o frutos secos.

—Los comerá —asegura Tasha mientras Andrea mastica una barrita de galleta de chocolate.

—Si vas al gimnasio, déjalo por unos días. Tómate las cosas con calma hasta que tu cuerpo se recupere del todo. Bebe más agua —dice cuando Connie trae otro vaso.

Andrea lo coge, pensando que acabará meándose encima, pero dispuesta a cualquier cosa para recuperarse después del susto que se ha llevado. Se come dos galletas y pide hacer una pausa. Madison le coloca dos cojines bajo el brazo, de forma que su mano queda elevada por encima de su hombro. Se fija en la venda y asiente satisfecha al ver que no hay sangre; aun así, decide esperar un poco más.

—¿Me podéis dejar a solas con Andrea unos minutos? —pide Connie, haciendo que todas las mujeres se miren entre ellas.

A Tasha le sorprende la petición, pero no se opone y se marcha junto a Madison a la cocina, donde responde todas las preguntas que la doctora le hace y absorbe cada consejo y cada pauta que sale de su boca.

—¿Te importa si me siento aquí? —pregunta Connie, señalando la mesa auxiliar que hay frente al sofá.

Andrea niega con la cabeza mientras observa a la empresaria inclinarse para arrastrarla y acercarla a ella. La corbata le cuelga en medio de la melena que cae en cascada a ambos lados de sus hombros. Andrea se queda absorta, preguntándose si Connie Bowler es consciente del magnetismo que desprende.

—El otro día viste a Hayden en la consulta —empieza Connie, apoyando los codos en las rodillas mientras trata de que su tono enronquecido suene más bajo de lo habitual, asegurándose de que solo la escucha Andrea—. Nunca le he contado su historia a nadie, me refiero a lo que la ha llevado a esa consulta. Tasha no lo sabe y Madison, que ha sido mi mejor amiga desde que tengo memoria, sabe muy poco, pero te la voy a contar a ti y sé que a Hayden no le importará.

Y Connie se lo cuenta, le hace un resumen de lo que aquel tipo le hacía, le explica que su madre estaba presente y lo consentía todo y que, cuando se fugó, la única tía con la que

podía refugiarse padecía un trastorno que no le permitía acercarse a ella.

—Te cuento todo esto porque cuando yo conocí a Hayden, padecía shock postraumático. Jamás le había contado a nadie lo que le había pasado y tenía comportamientos compulsivos que le servían para canalizar el estrés, además de pesadillas y fobias a varias cosas sin que ella fuera capaz de identificar que todo venía de lo mismo.

Andrea se pasa los dedos por debajo de los ojos y recoge varias lágrimas que empiezan a chorrear. Connie le tiende un pañuelo y también un vaso de agua.

—No llores, como Madison te vea perder más líquido por mi culpa, me tirará por el balcón —bromea, arrancando una pequeña sonrisa en Andrea.

—¿Ya lo ha superado? —pregunta Andrea.

—No —niega Connie, meneando la cabeza—, claro que no. Todavía le falta mucho, pero está mejorando y, al menos, ya no se guarda las cosas. Ahora habla con la terapeuta y también conmigo. Cuando tiene una pesadilla, no hace ver que no ha pasado, me lo explica. Igual que cuando tiene un día malo. A veces sigue teniendo la sensación de que él está detrás y se sobresalta, pero cuando la ansiedad empieza a devorarla, viene y me lo cuenta.

—Yo voy a terapia —explica Andrea.

—Lo sé —sonríe Connie—, y Tasha no me ha explicado lo que te pasa, pero sí me contó lo que haces cuando la ansiedad viene a por ti —le señala el brazo—. Conozco tus dos maneras de desahogarte y espero que no la mates por habérmelo contado, pero yo quiero ofrecerte una tercera opción.

Andrea se pasa la lengua por el piercing mientras piensa. No está molesta con Tasha por haber hablado con Connie, al fin y al cabo, son amigas, ella también le cuenta sus cosas a Caroline.

—¿Qué opción? —pregunta Andrea.

—Llámame a mí cuando sientas que te ahogas, habla conmigo. Quizá hablar con alguien externo a tu entorno te

ayuda. Con tus parejas entiendo que recurres al sexo, te desahogas y ya no sueltas lo que te quema por dentro, se sigue quedando ahí, enquistándose. Y lo de repasarte es lo mismo; te alivia momentáneamente. A tu terapeuta no puedes acudir a cualquier hora, pero a mí sí.

Andrea vuelve a tener los ojos encharcados.

—Eso mismo me ha dicho la terapeuta, que busque alguien de confianza con quien me sienta cómoda para hablar, pero no puedo pedirte eso, tú tienes tu vida —dice Andrea, recogiéndose las lágrimas de nuevo.

—Por supuesto que tengo mi vida, pero mi vida incluye tiempo para mis amigas. Además, no me lo estás pidiendo tú, te lo estoy ofreciendo yo. Tú piénsatelo, ya tienes mi número —dice y le da un apretón en la rodilla antes de levantarse.

—Lo haré —dice Andrea esbozando una sonrisa.

—Cuídate —se despide Connie antes de ir a la cocina en busca de Madison.

La doctora vuelve a comprobar los signos vitales de Andrea y se asegura de que la herida sigue sin sangrar.

—Creo que nos podemos ir ya —le dice a Connie.

—Gracias por haber venido —dice Tasha, acompañándolas a la puerta cuando se despiden de Andrea.

—Connie te enviará mi número ahora. Si notas cualquier síntoma fuera de lo normal o no se encuentra bien, me llamas —dice Madison.

Capítulo 33

Tasha cierra la puerta tras despedir a Connie y a Madison y regresa al salón. Se queda de pie, observando a Andrea unos segundos sin saber muy bien qué debe hacer a continuación.

—Lo siento —se adelanta Andrea—, te he jodido la tarde.

—La tarde me da igual, Andrea —dice Tasha, sentándose justo donde estaba Connie hace un momento, en la mesa frente a ella—. ¿Qué ha pasado? —pregunta angustiada—. Quiero decir… —Tasha le señala el brazo—, que ya sé lo que ha pasado, pero necesito saber por qué.

A esto se refería Connie, ahora ya es tarde, ya lo ha hecho. Necesita poner freno antes, intentar sacar lo que la quema por dentro antes de llegar a este punto, por lo que se promete a sí misma que lo intentará. La próxima vez que se sienta tan mal, la llamará antes de dejar que la angustia la consuma. Pero ahora tiene que hacer frente a lo que ha pasado. Tasha está ahí, asustada y preocupada. Ha ido a recogerla para ir a pasar un fin de semana juntas y se ha encontrado con esa escena tan grotesca.

—Andrea —insiste Tasha, poniéndole una mano en la rodilla —. Esto no va a funcionar si no confías en mí —dice muy seria —. Sabes que no te juzgo y estoy aquí contigo y no pienso irme a ningún sitio, pero necesito saberlo.

Andrea estira la mano por el sofá cuyos cojines tendrá que llevar a la tintorería y coge otra de las galletas que Connie ha llevado de la cocina.

—Espera —dice Tasha—. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Pues deja eso, mejor pido algo más decente. Es mejor que comas bien, ya has escuchado a Madison —decide Tasha, que coge su teléfono y llama para hacer un pedido, eligiendo

unos bocadillos de carne y pidiendo una gran cantidad de zumos de frutas variados.

—Mi madre estaba en el portal cuando he llegado —explica Andrea mientras esperan la cena.

Tasha se muerde los labios, se levanta de la mesa y se sienta a su lado.

—¿Para qué? ¿Qué quería? —pregunta cogiéndole una mano.

Andrea intenta contestar, pero las palabras se le atascan en la boca cuando piensa en todo lo que le ha dicho. Su pulso vuelve a dispararse y sus dedos se cierran con fuerza sobre la mano de Tasha.

—Tranquila —le susurra Tasha—. Aquí estás a salvo de ella. Cuéntamelo, Andrea, por favor.

Andrea consigue reunir el temple suficiente para contarle con detalles la conversación que ha tenido con su madre, o más bien las amenazas que ella ha disparado contra la abogada. Tasha tiene que contenerse para no mostrar la furia que le corre por las venas. Quiere salir del apartamento, buscar a esa mujer y ahogarla en un charco de mierda.

—No te puede amenazar, Andrea, ni utilizar esas putas fotos. Eras menor, joder, eso tiene que ser un delito —dice intentando contener su frustración—. Tú eres abogada, nena —sigue, utilizando el mismo apelativo que Caroline sin saberlo, pero pronunciado por Tasha, suena muy diferente, y a Andrea no solo le gusta, sino que hace que se sienta cada vez más cerca de ella—. ¿No se puede hacer nada?

—Sí, supongo que sí, pero ahora me cuesta pensar —dice Andrea, aturdida.

Tasha le aparta el pelo reseco y ensangrentado de la cara con un roce cariñoso y delicado que estremece a Andrea.

—Joder, estás hecha un desastre —sonríe Tasha tratando de normalizar un poco la situación—, y, aun así, me vuelves loca —menea la cabeza y le da un beso en la frente y otro en la boca.

Andrea cierra los ojos y deja que su mejilla permanezca pegada a la de Tasha unos segundos que le sirven para

reconfortarse, hasta que suena el timbre y Tasha se levanta para salir a recoger el pedido.

—Te propongo algo —dice cuando vuelve junto a ella—. Ahora cenamos, después te das una ducha mientras yo me encargo de limpiar este desastre —añade señalando el sofá—, y esta noche me quedo aquí contigo y mañana nos marchamos a la cabaña como teníamos planeado. Es fin de semana y no puedes hacer nada con lo de tu madre, y necesitas despejarte, Andrea. Pensaremos mejor relajadas en ese porche con una copa de vino, bueno, tú con un vaso de agua —añade punzante con una risa socarrona.

—Te agradezco que no te hayas enfadado por fastidiar el plan de esta tarde —dice Andrea.

Tasha levanta ambas cejas.

—¿Cómo voy a enfadarme? Las cosas vienen como vienen y hay que encararlas. Te empeñas en ponérmelo difícil —bromea —, pero seguiré insistiendo porque me gustas mucho.

Andrea sonríe y deja su bocadillo para atraerla hacia ella y besarla.

—Acepto tu propuesta —susurra contra su boca—. Podemos madrugar y salir temprano para aprovechar bien el día.

—Bien —susurra Tasha, deslizando sus dedos por el cuello de Andrea de manera fugaz—. Ahora termina de comer y bébete uno de los zumos para que recuperes fuerzas.

—Estoy bien, ya no estoy mareada —asegura Andrea tratando de tranquilizarla—. Solo un poco cansada.

Se inclina hacia delante y da un buen mordisco al bocadillo. Tasha le pasa la mano por la espalda y suspira mientras la observa comer. No le dice nada, pero a ella la cabeza le da vueltas cuando piensa en la amenaza que la madre de Andrea se ha atrevido a hacerle, presentándose en su apartamento sabiendo que estaría sola y era vulnerable a su crueldad.

Ella no conoce las leyes, pero está segura de que algo se podrá hacer para pararle los pies y alejarla de la vida de Andrea de una vez por todas.

Una hora más tarde, Andrea está duchada y en pijama mientras Tasha le seca el pelo para que ella no tenga que hacer ningún esfuerzo.

—¿Qué utilizas para dormir? —pregunta Andrea de repente.

Tasha aparta el secador, entornando la mirada cuando Andrea le clava sus ojos azules.

—Depende. Suelo dormir en bragas tanto en verano como en invierno, pero si hace mucho frío, me pongo una camiseta —contesta Tasha.

—Aquí no hace frío —dice Andrea.

Tasha nota un temblor repentino sacudiendo su vientre, pero se mantiene templada.

—No me voy a acostar contigo esta noche, estás débil —aclara implacable.

Andrea curva la comisura izquierda de sus labios hacia arriba en una sonrisa que derrite a Tasha.

—No he dicho que quiera acostarme contigo —dice, levantándose del taburete en el que está sentada.

Se queda frente a Tasha, tan cerca que la jefa de personal se embriaga con el aroma a lavanda del champú de su pelo, todavía húmedo.

—Tienes razón, no lo has dicho —admite Tasha, mareada de deseo—, pero quieres hacerlo.

Su seguridad es tan inquebrantable que los pulmones de Andrea se detienen un instante, cortándole el aliento.

—Sí, sí que quiero —confirma sin dejar de mirarla—. Por eso es mejor que esta noche te pongas la camiseta.

Tasha sonríe y le da un beso rápido en los labios.

—Siéntate, hay que terminar de secar esa melena.

Capítulo 34

Tasha y Andrea llegan a Rock Hall a media mañana. Aunque habían previsto madrugar, lo han logrado a medias. Andrea se quedó dormida en cuanto se metió en la cama, pero Tasha no podía. Le inquietaba que se encontrara mal y ella no se enterase, que le bajase la tensión o el azúcar. Se volvió paranoica y no apartaba la mano del vientre de Andrea, asegurándose de que respiraba tranquila, pero, sobre todo, de que respiraba. También se levantó dos veces y enfocó el vendaje con la linterna de su móvil para comprobar que no sangraba. Eso sí que despertó a Andrea, pero se hizo la dormida para que Tasha no se sintiera culpable. Al final, eran las tres de la madrugada cuando el sueño venció a la jefa de personal y se quedó dormida y, Andrea, consciente de la mala noche que ha pasado, no ha querido despertarla a primera hora.

—Qué buen día —comenta Andrea mientras Tasha aparca justo delante de la cabaña, que más que una cabaña, es una casa enorme.

—Lástima que no haga más calor —responde Tasha, viendo que el termómetro del coche apenas marca quince grados fuera del vehículo.

Aun así, cuando se bajan, el calor directo del astro hace que la sensación térmica sea más alta y ambas cierran los ojos un segundo disfrutando de la calma del lugar.

Después de dejar sus mochilas en la cabaña y comprobar el calor reconfortante que hace en el interior, ambas deciden salir a caminar. La mañana en Rock Hall es soleada y tranquila, como si todo el pueblo estuviera en una especie de pausa de fin de semana. En las calles apenas hay gente y ellas caminan fascinadas entre casas bajas de madera pintadas de colores suaves y porches adornados con sillas vacías. Los árboles

empiezan a cubrirse de verde y el sol tibio de abril cae sobre sus caras sin molestar, como una caricia.

—¿Me dejas ver el brazo? —pregunta Tasha en un susurro.

Andrea ladea lentamente la cabeza y le sonríe. No le molesta la petición, es la tercera vez desde que han salido que le hace la misma pregunta y también la tercera que ella se remanga la sudadera que ha elegido para esta escapada y le muestra el vendaje.

—Blanco e impoluto como hace una hora —dice volviendo a bajar la manga.

Tasha le coge la mano y entrelaza los dedos con ella, apretando un poco más de la cuenta.

—Estoy bien —asegura Andrea—. Has visto todo lo que he comido para desayunar, tenía más azúcar de la que como en un mes —dice espantada—, y no he dejado de beber líquido.

—Lo sé —responde Tasha—, pero no puedo evitar preocuparme.

Andrea se detiene en seco y se sitúa frente a ella, bloqueándole el paso. A Tasha el corazón le baila dentro del pecho como si tuviera vida propia sin que pueda controlarlo, mientras la caricia de la mano de la abogada al deslizarse desde su cuello hasta su nuca, le provoca el aleteo de mil mariposas en el estómago.

—Gracias por insistir —susurra Andrea, humedeciéndose los labios antes de besarla.

Es solo un beso casto en la boca, pero potente y tan sentido que Tasha se siente mareada.

—¿Por insistir? —pregunta perdida en ese mar azul que Andrea tiene en la mirada.

—Sí. Por no tirar la toalla cuando yo te eché del despacho. Podrías haber dado carpetazo al asunto, pero me viste en el bar y te acercaste, y después insististe en que fuéramos a comer. Si no lo hubieras hecho, no estaríamos aquí ahora. Me habría perdido la oportunidad de conocerte y de volver a experimentar la sensación de cosquilleo por el cuerpo cuando alguien me mira.

Tasha agradece que estén paradas en medio de la calle, porque si estuvieran caminando, está segura de que habría tropezado.

—Soy complicada —sigue Andrea—, pero prometo esforzarme para ponértelo más fácil.

—A mí me gusta complicarme la vida —bromea Tasha y esta vez es ella la que la besa.

Continúan el paseo y tropiezan con una tienda de antigüedades que llama la atención de Tasha, hasta que frunce el ceño al ver que en la entrada cuelga un cartel de cerrado. Pasan por delante de un muelle de madera con algunas barcas balanceándose en el agua y se detienen unos minutos a embriagarse de la calma que transmite. A pesar de la tarde espantosa que tuvo ayer, Andrea está completamente relajada, como si hubieran viajado a otra dimensión donde los problemas con su madre y el dolor por la muerte reciente de su abuela no pueden alcanzarla.

En una tienda de comestibles, compran lo necesario para hacer algo parecido a un pícnic en el porche de su cabaña, como pan artesanal, queso local, unas fresas a las que Andrea no ha podido resistirse y una botella de vino para Tasha y agua y zumos para ella.

Mientras comen, no hablan de nada relevante, solo de cosas comunes que les sirven para conocerse mejor. Tasha le confiesa que tiene debilidad por las libretas. Cada vez que ve una que le gusta, se la compra.

—Las tengo por decenas y lo peor de todo es que jamás he llenado ninguna —confiesa mordiendo una fresa.

—Yo nunca escribo con un bolígrafo que no sea de color azul —dice Andrea, haciendo que Tasha levante las cejas.

—¿Y eso por qué? ¿Alguna manía? —pregunta curiosa, encantada de conocer esos pequeños detalles sobre ella.

—No lo sé —Andrea se encoge de hombros—. Simplemente es así.

—Yo leo el periódico empezando por la última página —añade Tasha.

—Yo empiezo los libros leyendo el final, por si no me gusta —suelta Andrea.

Tasha estalla en una carcajada y así se pasan la siguiente hora, contándose esos pequeños secretos que no suelen compartir con nadie. Después, dejan las sobras en la cocina y salen a recorrer uno de los senderos.

Es cuando regresan cuando sucede lo que es inevitable.

Tasha ha salido de la ducha hace unos minutos con el pelo todavía húmedo, recogido de cualquier manera y, mientras es el turno de ducharse de Andrea, ella prepara todo lo necesario para cambiarle el vendaje, colocándolo sobre la cómoda de manera meticulosa como si eso pudiera aplacar la agitación que siente al saber que la abogada está desnuda al otro lado de la puerta. Intenta calmarse, pero cuando Andrea sale del baño descalza, en bragas y con una camiseta que se le pega al cuerpo por la humedad, Tasha deja de pensar.

—Me he dejado los pantalones —comenta Andrea sin ser consciente de como la mira la jefa de personal.

Avanza distraída hacia su maleta, con el pelo húmedo y la camiseta blanca marcándole los pezones, ajena al incendio que provoca. Para Tasha es demasiado y el deseo que ha contenido durante semanas, revienta sin aviso. Se mueve como si la hubieran empujado y en apenas tres pasos, llega hasta la abogada. La bloquea con el cuerpo, de frente, sin darle tiempo a reaccionar. Andrea apenas puede levantar la mirada antes de sentir la mano de Tasha resbalando por la nuca y los labios de ella estrellándose contra los suyos con una mezcla perfecta de hambre y furia.

Es un beso violento, sin suavidad ni calma, como una explosión. Andrea suelta un gemido contra su boca, sorprendida y excitada. El vendaje tendrá que esperar, porque Tasha la empuja con cuidado hacia atrás, pero con una determinación que vuelve loca a Andrea. Se le pega tanto que no hay espacio entre sus cuerpos, los pechos de ambas chocan y saltan las chispas. Andrea siente el peso del deseo contenido en cada respiración que sale de su boca. La lengua de Tasha la invade,

exige y arrastra con ella semanas de contención. Las caricias son rápidas, temblorosas y urgentes. Tasha desliza los dedos por los costados de Andrea, recorriendo su cintura, su espalda y su cadera sin dejar de besarla. Le sube la camiseta y la enrosca sobre su vientre. Andrea jadea, desesperada porque la toque donde necesita, donde le palpita con urgencia. La cómoda está justo detrás y Tasha la alza hasta subirla y meterse entre sus piernas cuando Andrea las abre para dejarle un espacio perfecto.

Tasha rompe el beso, pero deja la mano en la nuca de Andrea y su rostro a escasos centímetros mientras la mira fijamente. Andrea apenas puede respirar, con una mano está aferrada a la madera y con la otra trata de acariciar los pechos de Tasha por debajo de la camiseta, pero la jefa de personal le coge la mano y la detiene.

—No —dice con un tono ronco que hace que Andrea tiemble de anticipación—. Quiero que me mires —exige Tasha, y Andrea siente una necesidad de obedecer desconocida.

Se mantiene quieta, con las piernas abiertas colgando por la madera mientras Tasha mantiene una mano en su nuca y la otra la desliza por la cara interna de su muslo muy despacio, haciendo que le arda la piel por donde pasa. Su abdomen tiembla y esa vibración envía ondas de hormigueo por su vientre que se expanden por su sexo y lo calientan. Tasha roza su intimidad con un dedo por encima de las bragas y Andrea gime, desesperada.

—No te muevas —susurra Tasha cuando trata de buscar más contacto.

Andrea siente que va a desfallecer si se queda quieta. No recuerda haber estado tan necesitada nunca, temblando y suplicando por unas caricias que la están llevando a la locura. Su ropa interior está empapada cuando Tasha la desplaza hacia un lado y susurra algo que Andrea no es capaz de entender, y entonces se agacha, barre su sexo con la lengua ejerciendo una presión que arranca un gemido desconsolado de la abogada y, cuando piensa que va a continuar quemándola con el calor de

ese músculo ardiente, Tasha se incorpora y la penetra con dos dedos haciendo que un gemido casi animal escape de su garganta.

—No dejes de mirarme —exige Tasha mientras la folla con un ritmo tan perfecto que Andrea cree que va a volverse loca.

El placer la golpea en oleadas cada vez más cortas y feroces. La respiración se le vuelve errática, desordenada, como si su cuerpo estuviera tratando de alcanzar algo que no entiende, pero que necesita con desesperación. Le tiemblan las piernas y también la voz cuando gime, y algo se desvanece en su cerebro cuando la boca de Tasha se desliza sobre su cuello y su clavícula. Andrea se agarra a sus hombros y ya no sabe si lo hace para no caerse o para no romperse.

—No puedo más —jadea tensando la espalda.

Andrea nota un nudo en el vientre que ya no soporta y la explosión la atraviesa como un incendio. Ella es de gemir, pero le sale un grito desgarrado cuando la ola de placer la desborda con violencia. Se aferra con más fuerza a Tasha y hunde la cara en su cuello mientras los últimos latigazos de placer le pasan por encima. La abogada no sabe si reír o llorar, está desbordada, pero sí sabe que necesita besarla, así que, aunque todavía tiene la respiración entrecortada, levanta la cabeza y busca su boca. Tasha absorbe el beso como si fuera agua en un desierto mientras la agarra con fuerza y la lleva con cuidado hasta la cama, donde pretende continuar lo que ha empezado.

Capítulo 35

El lunes a primera hora, Andrea está sentada en la cama de su apartamento mientras observa con expresión embelesada las manos de Tasha sobre su brazo cuando esta, con extremada delicadeza, le cambia el vendaje como ha hecho cada día desde el viernes. Tasha está arrodillada frente a ella, en bragas, tal y como le gusta dormir. Andrea lleva exactamente lo mismo, lo único que se han puesto tras salir de la ducha.

Ayer, cuando volvieron de Rock Hall y la jefa de personal la llevó a la puerta de su edificio, Andrea le preguntó si quería subir. Eran las ocho de la tarde, así que la pregunta llevaba implícita la invitación de que se quedase a pasar la noche de nuevo. Tasha aceptó sin pensarlo y cruzaron la puerta a trompicones hasta caer sobre el sofá, todavía manchado con la sangre de Andrea.

—Listo —susurra Tasha, pasando la mano por encima del vendaje con una caricia.

Andrea hunde los dedos entre sus rizos, desliza la mano por su mejilla y termina colocándola bajo su mentón para que alce la barbilla. Se miran en silencio y Tasha nota que su cuerpo vuelve a calentarse. Se siente insaciable con Andrea, como si nunca fuera a tener suficiente y cada orgasmo la dejara con hambre del siguiente. Baja la mirada y desliza los dedos por su muslo, serpenteando entre los tatuajes. Andrea jadea con el roce, sin entender por qué reacciona tan rápido y con tanta fogosidad ante una sola caricia. Un temblor violento le sacude la entrepierna y nota cómo se humedece. Su abdomen tiembla cuando se tensa y Tasha se relame al darse cuenta.

—Levanta —pide en una orden directa, agarrando los bordes de las bragas de Andrea.

La abogada apoya las manos en el colchón y eleva las caderas lo suficiente para que Tasha pueda deslizar la prenda hasta sacarla por sus pies.

—Abre las piernas, nena —exige con la mirada clavada en su intimidad.

Andrea vuelve a obedecer, ansiosa porque la devore a pesar de que eso la hará llegar tarde al trabajo, pero Tasha le anula los sentidos con sus exigencias y el placer que experimenta es tan adictivo, que la abogada no sabe negarse. Apoya las manos un poco por detrás del cuerpo, completamente ofrecida, y se abre de piernas para que Tasha haga con ella lo que le plazca.

—¿Te vas a correr en mi boca? —le pregunta y la garganta de Andrea se seca.

—Sí —jadea ella, elevando la cadera para que empiece.

—¿Cuántas veces?

—Joder, Tasha —lloriquea Andrea—, empieza ya, por favor.

Su mano izquierda se enrosca en los rizos de la jefa de personal sin miramientos y tira de su cabeza hacia abajo, guiándola hacia su sexo. Tasha se deja hacer, pero antes de lamer, le da un suave mordisco en la zona a modo de castigo por su desfachatez. Andrea gimotea en medio de una mezcla de placer y dolor y exhala todo el aire hasta vaciarse cuando Tasha sorbe su clítoris mientras tira de sus piernas para dejar su culo fuera del colchón. Los dedos de la jefa de personal llegan a su boca y Andrea la abre y los chupa hasta empaparlos mientras ella lame su entrada con diligencia.

—¿Te molesta esto? —pregunta Tasha en un susurro cuando sus dedos humedecidos por Andrea se insinúan muy cerca de su ano.

—Me molesta que pares —jadea Andrea, sintiendo que el corazón se le saldrá del pecho mientras su vientre se retuerce, enviando pulsiones de placer que amenazan con matarla.

Tasha se lo toma como una invitación y sigue devorando su sexo con lentitud al mismo tiempo que la penetra muy despacio por detrás. Andrea ahoga un gemido y se tensa cuando la siente, se queda quieta unos segundos, adaptándose a la

invasión y, cuando lo hace, Tasha prosigue y hunde más el dedo, a la vez que añade otro en su vagina. Andrea no lo soporta y el orgasmo la golpea sin que se lo espere. Su espalda se arquea, los dedos de sus pies se curvan y sus manos se cierran sobre las sábanas, retorciéndolas mientras ella gime y se sacude contra la boca de Tasha con cada explosión de placer que la invade con violencia desde lo más profundo.

—Joder… —susurra con la respiración entrecortada, desmadejada sobre el colchón cuando Tasha se tumba a su lado, apoyando la cabeza en el codo mientras la observa con una sonrisa satisfecha—. ¿Qué me has hecho? —pregunta con las mejillas rojas y la tez pálida. Se siente mareada y débil, como si toda su energía se hubiera evaporado con las olas del orgasmo.

—Follarte, cariño —responde Tasha, orgullosa y complacida con el resultado.

Andrea esboza una sonrisa que le infla los mofletes y le coge una mano, apretándola con fuerza. En el fondo, está nerviosa por el día que le espera, y Tasha lo sabe.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta la jefa de personal.

La abogada niega con un movimiento lento de cabeza, consciente de que, si la mueve más rápido, la habitación le dará vueltas. Le encantaría que Tasha la acompañase, se sentiría más segura, con más fuerza, pero esto tiene que hacerlo sola.

Ayer estuvieron hablando sobre el tema de su madre mientras daban un paseo matutino por otro de los senderos de la zona. Con la mente despejada y la convicción de que no va a ceder al chantaje de Deborah, Andrea sabe que su única opción es anticiparse a ella. Por eso acordó con Tasha que hoy, lo primero que haría en cuanto llegase al bufete, sería hablar con sus jefes y contarles lo que pasa.

—¿Segura? —insiste Tasha—. Puedo hablar con Connie, estoy convencida de que me dará un par de horas.

—Segura. Connie ya ha hecho suficiente por mí, y esto debo hacerlo sola, tranquila.

Andrea se incorpora lentamente hasta sentarse y Tasha la imita, colocándole una mano protectora en la espalda baja cuando se sienta a su lado.

—Estaré bien —asegura Andrea, cogiéndola por el mentón para que la mire, consciente del miedo de Tasha—. Si me entran ganas de hacerme daño, llamaré a Connie.

—¿A Connie? —pregunta Tasha, descolocada.

Andrea sonríe, divertida por su expresión, y le explica lo que le ofreció la empresaria mientras empieza a vestirse.

—Vaya —dice Tasha, pensando en cuánto le debe a esa mujer—. Prométeme que será así, que la llamarás si te agobias.

—Te lo prometo —dice Andrea.

Sabe que sus promesas no valen mucho, que también se las ha hecho a Caroline y no ha podido cumplirlas, pero ahora dispone de una alternativa que nunca ha probado, y espera que funcione.

Salen del apartamento unos minutos después para ir a sus respectivos trabajos y, antes de salir del ascensor, Andrea recuerda algo y siente la necesidad de preguntarlo.

—¿Qué le dijiste a Connie en su despacho?

Tasha se gira hacia ella y la mira sin comprender mientras las puertas del elevador se cierran a su espalda sin que ninguna de las dos llegue a salir.

—No sé a qué te refieres.

Andrea se pega a ella y la abrasa con la intensidad de sus ojos azules.

—Hace unas semanas me la encontré en el centro de terapia, yo iba para mi sesión y ella estaba esperando a Hayden —explica Andrea.

Tasha levanta las cejas, sorprendida.

—No me ha dicho nada.

—Yo se lo pedí, todavía no te había contado toda mi historia y no quería que sacaras conclusiones equivocadas. El caso es que, hablamos un poco de ti —reconoce juguetona, provocando en Tasha una mezcla de excitación y regocijo—. Concluimos que la sutileza no es lo tuyo y, en un momento dado, Connie

mencionó que cuando os conocisteis, tú le dijiste algo en su despacho que tampoco fue nada sutil, pero no me dijo qué fue.

Tasha carraspea al recordarlo y menea la cabeza sonriendo. La coge de la mano, aprieta el botón para que las puertas se abran y, mientras caminan hacia la salida del edificio, le habla del documento que firmó para dejarle claro a Connie su interés por ella. Andrea se detiene en seco junto a la puerta y la mira con una expresión que baila entre la sorpresa y la intriga.

—¿Tú y Connie? —no tiene necesidad de añadir más, para Tasha es suficiente.

—Solo pasó una vez, al principio, pero fue lo que fue. Yo estaba en pleno proceso de divorcio y ella ya sentía cosas por Hayden, aunque reconozco que me gustaba muchísimo —admite pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Vaya, vaya —murmura Andrea—, así que te gustaba mucho…

Tasha se echa a reír.

—Pues sí, siempre me ha resultado una mujer muy atractiva y magnética, y ahora no me digas que no te has dado cuenta de esos detalles… —dice entornando la mirada.

—Sí, por supuesto, no es una mujer que pase desapercibida —admite arqueando una ceja.

—Pues eso, si no se hubiera enamorado de Hayden, mi atracción por ella hubiera seguido creciendo, de eso estoy segura.

—¿Y ya no te atrae? —pregunta Andrea, deteniéndose frente a su coche.

—Dejó de hacerlo el día que tú te presentaste en su despacho y te vi en la puerta.

Andrea la mira, boquiabierta.

—¿Qué? —pregunta Tasha sonriendo—. Ya te dije que me impactaste mucho, y no mentía. Aquel día te me clavaste aquí y aquí —dice señalándose la cabeza y después el pecho—, y el resto de las mujeres en el mundo dejaron de existir para mí. Fue un puto flechazo, aunque en aquel preciso momento no lo interpreté así. Eres tan bonita que pensé que solo era atracción

—añade acariciando su mejilla—. Sé que te incomoda que te lo digan, nena, pero yo no te veo como un envoltorio, me gusta lo de fuera y lo de dentro.

—Lo sé —dice Andrea, colocando la mano sobre la de Tasha con cariño—. Tengo que irme ya o mi madre no necesitará enviar ningunas fotos para que me despidan —intenta bromear, pero a Tasha no le hace gracia.

—Tu madre no va a enviar nada, y si lo hace, no pueden despedirte por eso —gruñe.

Andrea sonríe y le da un beso en los labios para despedirse.

—Te llamo después.

Las piernas de Andrea se mueven de manera frenética por debajo de la mesa. Está en una de las salas de reuniones del bufete junto a los dos socios principales, Henry y Albert Moore, dos hermanos que se llevan cinco años y son completamente opuestos. El primero y más mayor, casado, con tres hijos y una vida tranquila en su casa de las afueras de Baltimore. Albert, en cambio, a sus casi cincuenta años, sigue soltero y sin hijos, y poco se sabe de su vida privada.

Andrea les ha pedido reunirse con ellos en cuanto ha llegado para ponerlos en preaviso por si su madre llega a cumplir su amenaza y reciben las fotos y, dos horas después, los dos hermanos la han hecho llamar para atenderla. Ahora está ahí, sentada en una pequeña mesa redonda junto a ellos y acaba de contarles el encuentro con su madre, la amenaza que lanzó contra ella y, para que entiendan el contexto, ha tenido que explicarles de manera resumida lo que vivió cuando era modelo infantil, desamparada por sus padres a merced de un agente que se estaba convirtiendo en un depredador.

—Has hecho bien en no ceder al chantaje, Andrea —habla por fin Henry—, y lamento mucho que tuvieras que pasar por ese infierno.

Ella traga saliva, tan nerviosa que no puede abrir la boca.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Albert.

Andrea levanta la mirada y mueve la lengua buscando el piercing en un intento de sosegarse, pero no lo encuentra y solo puede suspirar y retorcerse las manos con fuerza.

—Esperaba que vosotros pudierais darme algún consejo. Sé muy bien lo que yo le diría a un cliente si viniera al despacho con un problema así, pero siendo yo, me siento sobrepasada y no sé muy bien por dónde comenzar —la voz le tiembla un poco con la última frase y aparta la mirada.

Los dos hermanos se miran entre ellos y guardan silencio unos segundos para permitirle a Andrea tranquilizarse, después, Henry decide llevar la conversación.

—Andrea —la llama y ella levanta la mirada—. Vamos a hacer lo siguiente si nos lo permites. Hablaremos con uno de tus compañeros, Samuel Pagan. Es el mejor abogado que tenemos para casos de extorsión y protección de identidad.

Andrea lo conoce. Samuel es un compañero de origen puertorriqueño que tiene más o menos su edad. No ha tratado mucho con él, pero las veces que han coincidido, siempre ha sido amable y educado, y si Henry y Albert piensan que es el abogado que le conviene, confiará en ellos.

—Nosotros lo pondremos en contexto para que no tengas que pasar por esto otra vez —añade Albert y Andrea comienza a sentir que sus pulsaciones se ralentizan y el aire empieza a llegar a sus pulmones.

—Gracias.

—No te preocupes —la anima Henry—. Haremos que a tu madre se le quiten las ganas de volver a amenazarte. Samuel esta mañana está en el juzgado, hablaremos con él por la tarde y nos reunimos todos mañana a esta hora aquí mismo, haré que Debby reserve la sala. ¿De acuerdo?

—Sí, perfecto. ¿Puedo venir acompañada? —pregunta de repente, arrepentida de no haber dejado que Tasha la acompañase hoy.

—Por supuesto. Si necesitas tomarte el día libre, pásale lo más urgente a Kevin y…

—No, quiero trabajar, necesito estar centrada —interrumpe Andrea.

—Muy bien —dice Albert—, en ese caso, vamos al lío.

Todos se levantan al mismo tiempo y los dos hermanos le ceden el paso a Andrea para que salga primero después de que ella les dé las gracias por todo.

Andrea entra en su despacho sorprendentemente tranquila y, lo primero que hace, es llamar a Tasha y explicarle cómo ha ido la charla con sus jefes.

—Me alegro de que haya ido bien —dice Tasha—. ¿Tú, cómo estás?

—Bien, no ha sido agradable al principio, pero después me han hecho sentir muy tranquila. No te preocupes, en serio. Ahora voy a trabajar y a centrarme en lo que debo.

—Está bien. ¿Quieres que comamos juntas? —pregunta la jefa de personal.

—No puedo, he quedado con Caroline para ponernos al día, pero podemos quedar para cenar en mi casa si te parece bien.

—Cenamos juntas entonces —responde Tasha.

—Oye —dice Andrea, bajando un poco la voz sin tener muy claro por qué lo hace—. ¿Mañana puedes acompañarme a la reunión? Preferiría no estar sola.

—Cuenta con ello. Te veo esta noche.

Capítulo 36

Cuando Andrea llega al restaurante donde ha quedado con Caroline, la tatuadora la está esperando en la puerta, entretenida con el móvil.

—Cada vez llegas más pronto —dice Andrea mientras se acerca.

—O tú más tarde —responde Caroline levantando la vista mientras sonríe.

—Mentira, no llego tarde —asegura la abogada, que le da un beso en los labios y se abraza a ella con fuerza.

Caroline la envuelve y se quedan enganchadas más tiempo del habitual para un abrazo. Le da un beso en la cabeza y Andrea suspira y se separa.

—¿Entramos? —propone señalando la entrada.

Una vez acomodadas, Caroline entorna la mirada mientras observa a Andrea, notándola diferente.

—¿Qué? —sonríe la abogada.

—No sé, dímelo tú —contesta Caroline recostándose en la silla con tranquilidad.

Andrea se ruboriza y experimenta algo parecido a la vergüenza cuando la mira.

—Joder —dice sacudiendo la cabeza—, no sé por qué de repente me da apuro hablar contigo de esto.

Caroline suelta una carcajada repentina y bebe un sorbo de la cerveza que acaban de traerle.

—¿Es por Tasha? —pregunta la tatuadora.

—Sí. Nos hemos acostado —admite al fin y se echa a reír.

—Parece que ha ido bien, ¿no? —pregunta Caroline con una sonrisa torcida.

—Mejor que bien, pero no es solo eso, es todo. Siento una conexión con ella que no me esperaba, me hace sentir cómoda

y segura y no sé, me siento rara.

—¿Por qué? —frunce el ceño Caroline.

—Porque todo ha pasado muy deprisa y no sé si es normal, si quizá me estoy confundiendo, porque me parece demasiado bueno para que sea real.

Andrea le habla de esos dos días casi idílicos que ha pasado con Tasha en Rock Hall, todavía sorprendida de lo bien que ha estado con ella.

—No digas estupideces, Andrea, ni te autosabotees tú sola. Que lo tuyo con Tasha haya sucedido de manera rápida no significa que no sea real, y a mí no me parece tan rápido. En realidad, te gustó desde el primer día.

Andrea frunce el ceño y niega con contundencia.

—Eso no es verdad —asegura, aunque sonríe porque no tiene claro que pueda sostener lo que dice.

—Claro que lo es. Cuando me contaste lo que pasó en tu despacho, estabas enfadada y rabiosa, eso no lo vamos a negar, pero joder, te habías fijado en todo.

—¿En todo?

—En todo —le recuerda Caroline—. Me dijiste que era imponente y atractiva. Describiste sus ojos, sus labios y su pelo, hasta nos comparaste en altura, nena. Le hiciste un jodido escáner.

Andrea carraspea, no tiene argumentos para rebatir eso. Es cierto que lo hizo y además recuerda la imagen de Tasha en su despacho aquel día con una nitidez asombrosa.

—La verdad es que sí que me pareció muy atractiva —reconoce sonrojada.

—Pues ahí tienes la respuesta. Lo que sea que sientes por ella no es algo que haya aparecido de repente. Empezó aquel día, solo que estabas tan ofuscada que no podías verlo. ¿Cuánto hace de eso?

—Creo que fue a finales de enero —responde Andrea.

—Y estamos casi a mediados de abril.

—Sí, tienes razón, no pienso negarme lo que siento —dice finalmente, de nuevo con las mejillas encendidas.

—¿Y qué sientes exactamente? —indaga Caroline.

—Lo suficiente como para concluir que me estoy enamorando de ella —dice tras meditarlo unos segundos.

—Joder, nena, no sabes cómo me alegro de escuchar eso, en serio —asegura la tatuadora.

—Lo sé —sonríe Andrea con cariño—. ¿A ti cómo te va? ¿Has vuelto a quedar con Ava?

Caroline asiente con una sonrisa socarrona.

—Hemos quedado esta noche para cenar, en su casa —puntualiza y se muerde el labio.

Andrea silba.

—En su casa —repite complacida—, parece que la cosa va en serio entonces.

—Uy, no, esto no es como lo tuyo con Tasha —se ríe Caroline—. Con Ava estoy muy perdida, nunca sé por dónde va a salir, es una mujer un tanto extraña, pero me pone muchísimo.

—¿No os habéis acostado? —pregunta Andrea sin ocultar su sorpresa.

—Da gracias a que nos hemos besado —se ríe Caroline—. Ya te he dicho que es una mujer bastante impredecible, pero la verdad es que me gusta mucho.

Andrea estira la mano por encima de la mesa y coge la de Caroline. La tatuadora se la besa.

—¿Lo demás cómo va? —pregunta Caroline.

La abogada balancea la cabeza y aprieta los labios. Le cuenta la vista de su madre y lo mal que se sintió, pero no le habla del susto que se llevó, considera que es preocupar a Caroline de manera innecesaria cuando ya ha hecho suficiente por ella.

—Mañana tengo una reunión con el abogado que me han asignado en el bufete —dice tras contarle la conversación que ha tenido con sus jefes esta mañana.

—Qué hija de puta —masculla Caroline, indignada—. ¿Quieres que te acompañe mañana a esa reunión?

Andrea sonríe agradecida.

—No hace falta, vendrá Tasha.

—Tasha, Tasha —repite Caroline con burla—, a ver si me voy a tener que poner celosa —bromea.

—No lo creo, te caerá bien —asegura Andrea.

—No lo dudo, espero que no tardes mucho en presentármela.

—Te la presentaré cuando tú me presentes a Ava.

Caroline suelta una sonora carcajada.

—En ese caso, tardaremos en conocernos.

Con el miedo de llegar tarde, Caroline llega a casa de Ava con veinte minutos de antelación. Al principio se plantea esperar en el coche hasta la hora acordada como haría en una ocasión cualquiera, pero entonces recuerda lo que le hizo Ava el primer día, mintiéndole, jugando con su tiempo para ver si la pillaba en alguna irregularidad. Caroline se muerde el labio mientras sacude la cabeza y se baja del coche.

Cruza la calle y pulsa el botón del timbre sin dudarlo. Si a Ava le molesta que llegue antes, que pase la vergüenza de decirle que espere fuera. La puerta se abre casi de inmediato y su anfitriona aparece frente a ella con unos vaqueros y una camisa blanca que dibuja la curva de sus pechos con una exquisitez que desconcentra a Caroline.

—Llegas muy pronto —dice Ava sin saludar.

—He calculado mal, ¿quieres que me vaya? —pregunta Caroline con un tono chulesco que hace que Ava quiera darle un bofetón.

Su expresión se vuelve más seria de lo habitual y Caroline se queda desconcertada, empezando a pensar que de verdad hará que espere fuera.

—Entra —dice de pronto, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

Caroline accede al interior y Ava cierra la puerta, aprovechando que la tatuadora está de espaldas contemplando su salón para darle un repaso.

—Vamos a la cocina, la cena todavía no está lista. Puedes dejar tus cosas ahí —dice señalando un sillón.

Caroline no ha conocido a una mujer más extraña que esta, a veces con una lengua descontrolada, otras seca y cortante como ahora y, cuanto más fría es con ella, más cachonda la pone. Deja caer su bolso en el sillón y la sigue a la cocina. Ava ya tiene su propia copa de vino y coge otra para Caroline.

—Pensaba que ibas a besarme en cuanto me vieras en la puerta —suelta Caroline.

Ava levanta una ceja.

—¿Es lo que quieres? ¿Que te bese? —pregunta mientras coge la botella de vino.

—¿Tú no? —pregunta Caroline, entre descolocada y excitada.

—Los besos se ganan, Caroline, y tú todavía no has hecho nada para ganarte uno —dice y bebe un sorbo de su copa, como si nada.

—Joder, no sabes cómo me pones —confiesa Caroline mirándola fijamente.

Ava siente un latigazo en el vientre, pero no se inmuta. Abre la botella de vino y llena la copa para Caroline. La alza para entregársela, pero cuando la tatuadora va a cogerla, Ava la retira.

—Tampoco has hecho nada para ganarte esto.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer para ganármela? —pregunta Caroline, sintiendo que su vientre vibra y su sexo se humedece.

—No lo sé, sorpréndeme —la reta Ava.

Caroline asiente y, sin pensárselo dos veces, se acerca a ella, coloca las manos en las solapas de la camisa de Ava y de un fuerte tirón, la abre haciendo saltar todos los botones. A Ava el aire se le escapa de los pulmones y la boca se le seca mientras observa su torso descubierto, expuesto para Caroline.

—Ahora deja la copa sobre la mesa si no quieres que acabe estrellada en el suelo —susurra Caroline con la mirada clavada en sus labios.

Ava abre la boca, dispuesta a protestar y a tener la última palabra, pero no puede. Su mente acaba de fundirse y su brazo se ha estirado para obedecer y dejar la copa. Lo siguiente que siente son las manos de Caroline sujetando su cintura con firmeza, sus pies elevándose como si fuera una pluma y su trasero aterrizando sobre la mesa. Caroline se encaja entre sus piernas y también contra su boca, buscando su lengua con la misma ferocidad con la que Ava le está quitando el jersey y desabrocha su sujetador.

—Podrías haberte puesto un pantalón más accesible —se queja Caroline después de desabrocharle los vaqueros y tirar de ellos hacia abajo, mientras Ava se impulsa para elevar el culo.

—Prefiero hacerte trabajar un poco, no todo puede ser tan fácil —dice Ava, ayudando con los pies a que el pantalón termine de salir.

—¿Por qué no cierras la bocaza? —pregunta Caroline apartando sus bragas hacia un lado.

Ava suspira cuando la roza.

—Lo intento —jadea, y su boca se abre con un suspiro más fuerte cuando Caroline la penetra.

—Te voy a follar tantas veces que se te van a quitar las ganas de hablar —asegura Caroline, introduciendo otro dedo antes de besarla.

Capítulo 37

—Volvemos al inicio de todo —dice Tasha cuando ella y Andrea cruzan la puerta del despacho de la abogada—, ese lugar donde solo te faltó sacar una lanza y atravesarme con ella por la espalda —bromea cerrando la puerta.

Andrea se ríe y piensa en aquel día, en su reacción desproporcionada y en el tiempo que perdió a consecuencia de ella.

—Lo siento, siento todo lo que te dije —dice dejando el bolso sobre su mesa de trabajo.

—No quiero que sientas nada. Sin pretenderlo, te recordé cosas que te agobian y reaccionaste mal, ya está. Ahora estamos juntas y es lo que importa —dice Tasha, acercándose a ella—. ¿Cómo van esos nervios?

Le aparta un mechón de pelo de la cara y Andrea traga saliva, sintiendo un suave hormigueo por donde Tasha pasa los dedos.

—Estoy bien, solo quiero acabar con esto —dice mirando la hora mientras se pasa la lengua por el labio de manera inconsciente, sin encontrar el piercing—. Quiero zanjar el tema de mi madre y después encerrarme un fin de semana contigo en casa sin hacer nada.

—¿Nada en absoluto? —Tasha levanta una ceja y esboza una sonrisa socarrona.

—Quizá algo sí —murmura Andrea curvando los labios hacia arriba—. Vamos, ya es la hora.

Tasha le coge la mano para darle un apretón y transmitirle una calma que sabe que necesita, pero, sobre todo, para recordarle que está con ella y no tiene intención de dejarla sola. Se queda gratamente sorprendida cuando la abogada abre la mano y entrelaza los dedos con ella antes de salir del despacho.

Recorren parte del pasillo y entran en una sala en la que, apenas un minuto después, acceden Henry y Albert Moore seguidos de Samuel Pagan.

Tras las presentaciones, Henry y Albert se despiden y las dejan a solas con Samuel, que desde el principio se ha mostrado empático con Andrea.

—Sé que es incómodo —dice el abogado a su compañera—, pero necesito hacerte varias preguntas sobre tu infancia para entender bien cómo era, el papel que jugaba tu madre o el motivo por el que permitió que se te hicieran ese tipo de fotografías. No tenemos prisa, si necesitas que paremos en algún momento, solo tienes que decirlo.

—Está bien, pregunta lo que necesites —dice Andrea, escondiendo las manos entre las rodillas.

Durante la siguiente hora, Tasha escucha la historia de Andrea desde otra perspectiva. Samuel Pagan le hace preguntas que ella jamás se hubiera atrevido a formular y las respuestas de Andrea hacen que se dé cuenta de la verdadera magnitud de la maldad de su madre, que, en algún momento de la infancia de su hija, dejó de verla como a una persona. Para Deborah Hartmann, su hija solo era algo que generaba dinero y le pertenecía porque había salido de ella, lo que al parecer le daba derecho a hacer con ella lo que quisiera.

Andrea está tensa prácticamente desde que ha comenzado a hablar, ni siquiera la presencia de Tasha a su lado o la constante sensación de calma que transmite Samuel, logran hacer que se sienta cómoda, aunque Tasha no puede culparla por eso.

—Bueno, creo que con esto es suficiente —dice Samuel, anotando unas últimas líneas en el cuaderno que ha traído consigo—. ¿Quieres salir a que te dé un poco el aire? —le pregunta a Andrea.

—No, estoy bien —dice ella, bebiendo del vaso de agua del que ha ido dando pequeños sorbos continuamente.

Tasha se levanta y vuelve a rellenarlo.

—De acuerdo —concede Samuel—. Sabiendo toda la historia y viendo cómo es tu madre y la aparente situación en la que se encuentra, lo que yo te aconsejo es que concertemos una reunión con ella en la que le dejemos claro que no vamos a ceder a su chantaje. No creo que sea consciente de las repercusiones legales que puede sufrir si sigue adelante. En mi opinión, piensa que todavía puede ejercer algún tipo de poder sobre ti, que al no estar tu abuela para protegerte, ahora eres vulnerable y puede volver a manejar tu vida.

Andrea se muerde ambos labios, rabiosa porque esa fue una de las primeras teorías a la que llegó cuando su madre la amenazó.

—¿Y qué pasará si aun así sigue adelante? —pregunta Tasha al ver que Andrea solo ha asentido.

—En ese caso, siempre que Andrea esté de acuerdo —aclara Samuel, alternando la mirada entre ambas—, lo primero que haría sería pedir una orden de alejamiento.

—Me parece bien —dice Andrea, reaccionando por fin.

—Te recomiendo que grabes cualquier conversación que se produzca entre tu madre y tú a partir de ahora.

—¿Eso es legal? —pregunta Tasha.

—Siempre que yo participe en la conversación, sí —responde Andrea sin lograr rebajar su expresión tensa.

—Exacto —añade Samuel—. En cualquier caso, esto solo será si trata de contactar contigo —dice mirando a Andrea—. Haré lo posible para evitar que tengas que verla más de lo necesario. Yo mismo me encargaré de citarla para que venga a la reunión.

—No vendrá, salvo que crea que es para recibir el dinero. Si le dices que es para hablar, olvídate de que aparezca —dice Andrea.

—Le diré que es para hablar sobre el dinero de la herencia —sonríe Samuel con un toque de malicia—, no te preocupes, vendrá. Por mi parte, hemos acabado, te avisaré en cuanto tenga una respuesta.

—Gracias, Samuel —Andrea se levanta y le estrecha la mano, Tasha la imita.

—A vosotras.

El abogado abre la puerta de la sala y les franquea el paso para que salgan primero y, una vez están todos fuera, se despide de ellas y se dirige hacia su despacho. Andrea sabe que debería hacer lo mismo, darle las gracias a Tasha por acompañarla, despedirse de ella y volver a su despacho para empezar a trabajar, pero se siente desorientada y ansiosa, y no reacciona hasta que escucha la voz de Henry Moore cuando se acerca a ella.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta el socio del bufete.

—Bien —responde ella, todavía algo aturdida mientras Tasha la observa con preocupación.

El hombre frunce el ceño y aprieta los labios con una mueca. Le gustaría ponerle una mano en el hombro y darle un apretón para animarla, pero teniendo en cuenta la historia que Andrea les contó a él y a su hermano, decide contenerse.

—¿Por qué no te tomas el resto del día libre? —propone Henry.

Andrea levanta la mirada y lo enfoca. Debería contestar, pero se queda absorta pasándose el dedo por encima de la herida del brazo oculta bajo su camisa.

—Creo que le vendría muy bien —responde Tasha, que ha visto la reacción de Andrea y se está poniendo nerviosa.

—Sí, tal vez —responde Andrea asintiendo.

—Pues no se hable más, yo mismo revisaré tu agenda y derivaré lo que sea urgente. Vete a casa —dice con prisa cuando comienza a sonarle el móvil.

—Gracias —responde Andrea.

Una vez fuera del edificio, Andrea siente que revive cuando puede respirar aire fresco. Se queda unos segundos en la entrada sin hacer otra cosa que observar a Tasha cerrándose el abrigo y después abre y cierra las manos con la sensación de que las tenía entumecidas.

—Te acompaño al trabajo —le dice a Tasha.

—¿Segura? Yo había pensado hacerlo al revés, acompañarte a casa y después marcharme al trabajo. No tenías buen aspecto cuando ha terminado la reunión, aunque ahora parece que estás recuperando el color —dice acariciándole la mejilla.

—Estoy mejor, solo me he agobiado un poco. Me apetece caminar.

—De acuerdo —accede Tasha, que no puede confesarle el miedo que le da que se quede sola en casa.

Tardan alrededor de veinte minutos en llegar al edificio, apenas han hablado por el camino y no han mencionado nada de la reunión. Tasha no ha querido sacar el tema para evitar que Andrea se angustie más de lo que estaba y la abogada simplemente no ha sido capaz de expresar ninguna emoción.

—¿Estás mejor? —pregunta Tasha una vez en la entrada.

Andrea sonríe y la abraza.

—Sí, deja de preocuparte —le susurra al oído.

Tasha se separa y la mira, quedándose enganchada por un momento en el profundo azul de sus ojos.

—Eso es difícil, creo que me voy a preocupar por ti siempre, y no por miedo a que te autolesiones —aclara—. Es algo irracional, algo que se te pega en las entrañas cuando alguien te importa.

A Andrea le impresionan tanto sus palabras que no es capaz de responderle que a ella le empieza a pasar lo mismo, pero le da un beso tan afectuoso en la mejilla que para Tasha no es necesario.

—¿Te importa si subo contigo? —pregunta Andrea.

Tasha la mira desconcertada durante unos segundos, pero enseguida comprende y le tiende una mano.

—Claro, le preguntaré a Connie si puede recibirte.

Andrea la sigue hasta el ascensor después de que ambas saluden al señor Turrell. Mientras caminaban hacia la empresa de Connie, Andrea ha pensado mucho en la oferta que le hizo la empresaria y no está segura de que le pueda servir, pero la alternativa ahora mismo es volver a su apartamento y

repasarse, y no solo no quiere hacerlo por ella, sino por Tasha y Caroline, dos personas a las que sabe que hace daño sin pretenderlo.

Tasha entra en el despacho de su jefa y sale un minuto después acompañada de Connie.

—Te veo después, nena —susurra Tasha sonriéndole antes de dirigirse a su despacho.

—Me alegro de verte, Andrea —dice Connie tendiéndole la mano.

—No quiero robarte mucho tiempo, si estás liada… —responde Andrea estrechándole la mano.

—Tranquila, en realidad, me estás haciendo un favor. Tenía una reunión a la que no me apetecía asistir y no se me ocurría ninguna excusa buena para no hacerlo. Pasa.

Connie le flanquea el paso y le señala la misma silla que Andrea ocupó el día que fue a hablarle del caso de Samantha Collins. Siempre que la ve, Connie siente la tentación de preguntarle cómo avanza ese asunto, pero nunca encuentra el momento.

Andrea toma asiento y se cruza de piernas, nerviosa. Las dos saben para lo que está ahí, pero no sabe cómo comenzar a explicarle que tiene ansiedad y que las ganas de repasarse un tatuaje van y vienen como las olas del mar.

—¿Quieres un café? —pregunta Connie antes de sentarse.

—Prefiero agua —señala Andrea la misma máquina de la que ella llenó un vaso para la empresaria la vez anterior.

—Por supuesto. ¿Qué tal la reunión? —pregunta Connie allanándole el camino.

Andrea suelta una risa nerviosa y empieza a contarle lo que ha pasado. Al principio lo hace tan tensa como estaba en esa sala, pero poco a poco se va relajando y, cuando se quiere dar cuenta, ya no le está hablando de la estrategia que seguirán para pararle los pies a su madre, le está hablando de lo que sentía mientras Samuel hablaba, de las palpitaciones, del escozor en las venas, de la falta de aire y del miedo a que Tasha lo notara.

Connie no solo la escucha, también le hace preguntas y responde relajada cuando Andrea le hace alguna a ella, haciendo que se sienta tranquila mientras explica ese episodio que ella siempre vive de manera terrorífica y que, ahora que ha pasado, no le parece tan grave porque ha podido controlarse. Su cuerpo se relaja tanto que, de repente, siente que le ha pasado un camión por encima.

—Estas cosas me dejan agotada —reconoce apretándose el puente de la nariz.

—A ti y a cualquiera —responde Connie—. En mi opinión, el cansancio mental es peor que el físico, y tú ahora estás pasando por un bache considerable. Has perdido a tu abuela y, para rematar, aparece tu madre para intentar joderte de la forma más rastrera.

Los ojos de Andrea se encharcan y no hace nada por retener el agua salada que le resbala por las mejillas.

—Pero ahora es cuando no puedes dejar que te hunda, Andrea. Tienes que demostrarle que tu abuela solo era tu apoyo, la mujer que ejerció de madre, padre, abuela y todo lo que necesitaste, pero no alguien de quien dependieras, porque, al parecer, es lo que piensa tu madre. Déjale claro a esa zorra que no necesitas a nadie para apartarla de ti para siempre.

Andrea esboza una sonrisa y se sorbe los mocos.

—Tranquila, pienso ir con todo. Pase lo que pase esta vez, no voy a permitir que vuelva a contactar conmigo.

—Bien —sonríe Connie—, y si puedo hacer algo, no dudes en pedirlo.

—Ya estás haciendo suficiente —agradece Andrea con una sonrisa.

—Tú también hiciste algo por mí, ¿recuerdas? Y ni siquiera me conocías —dice la empresaria.

—Eso no fue nada, solo pensé que te podía ayudar saberlo —se encoge de hombros Andrea.

—Lo hizo, te lo aseguro. ¿Puedo preguntar cómo va ese asunto? Sin entrar en detalles, solo quiero saber si avanza en la dirección correcta.

Andrea tuerce una sonrisa y asiente.

—El proceso va a ser largo. Como te dije, tenía que buscar a más personas que hubieran sufrido el mismo tipo de chantaje y no hubieran firmado ningún acuerdo. Solo encontré a una, pero será más que suficiente para hacérselo pasar muy mal a Samantha Collins, te lo aseguro.

Connie se deja caer contra el respaldo de la silla con expresión satisfecha. No se considera una persona vengativa, pero sí cree en el karma.

Capítulo 38

A Andrea le tiemblan las piernas por la fuerza que ejerce al mantenerlas alrededor de los muslos de Tasha. También le duelen los dedos de las manos con los que se aferra al borde del mármol del baño sobre el que está sentada y siente tensión en el abdomen y la espalda. La abogada intenta respirar en medio de las embestidas que la jefa de personal bombea contra ella cuando la folla con un arnés en el aseo de su casa.

Tasha mantiene el ritmo brusco y constante que Andrea necesita en ese instante. No quiere delicadeza, preliminares u otras atenciones, y Tasha se lo está dando; le está ofreciendo esa otra vía de escape que Andrea utiliza cuando está nerviosa.

Hoy es el día de la reunión con su madre. La cita es a primera hora de la tarde. Al ser viernes, Tasha tiene la tarde libre y puede acompañarla sin necesidad de pedirse unas horas libres, así que habían quedado para comer en un restaurante cercano al bufete y después ir a la reunión juntas, pero cuando Tasha ha llegado a la puerta y ha visto el estado ansioso de Andrea, ha cambiado de planes y le ha dicho que mejor iban a su casa. En cuanto han cruzado la puerta, la ha llevado directamente al baño —donde lleva tiempo fantaseando con follarla encima del mármol— y es justo lo que está haciendo. Ha ido a buscar su arnés, le ha bajado el pantalón y las bragas sin muchos miramientos, la ha sentado, le ha puesto lubricante y la ha penetrado.

Andrea tiembla y no sabe si es por el frío de los dedos de Tasha aferrados a su cintura para ayudarse a mantener el ritmo, o por el escalofrío que le sube por la columna. Su respiración es errática y entrecortada, como si cada bocanada de aire que aspira tuviera que abrirse paso entre espinas.

—Me pones muchísimo, nena —jadea Tasha fascinada con su imagen.

Andrea gime al escucharla. Está hipersensible y siente que todo le arde: la piel, el pecho y la garganta. Todo se reduce a los golpes húmedos de Tasha contra ella, a ese vaivén rápido y fuerte que no le permite pensar en otra cosa que no sean las sensaciones que experimenta con cada nueva embestida. Y esas sensaciones son tan abrumadoras que empiezan a ser insoportables, como si estuviera al borde de un colapso que no sabe si es físico, mental o emocional. Entonces lo siente, la llegada al borde del precipicio. Quiere decirle a Tasha que va a correrse, pero no le da tiempo.

Su espalda se arquea y sus piernas se cierran con más fuerza alrededor de Tasha cuando estalla. El orgasmo la atraviesa como una descarga violenta y cruda que Andrea siente como si la arrancase de sí misma. Es placentero, pero no es dulce. Su ansiedad previa hace que lo sienta como un desgarro. Andrea suelta un quejido contenido que no llega a salir del todo y los ojos se le llenan de lágrimas sin que pueda controlarlas, mientras su cuerpo se sacude como si quisiera escapar de lo que está sintiendo. Se corre con una violencia que la marea, que le regala placer y al mismo tiempo la deja vacía, y todo se vuelve blanco y silencioso de repente.

Tasha la sostiene apretándola con fuerza entre sus brazos, pero Andrea tiene la sensación durante un momento de que no puede anclarse a nada. Está fuera de sí, exhausta y temblorosa, pasándose los dedos por las mejillas para barrer unas lágrimas que no sabe por qué están ahí.

—Ya está, nena, tranquila —susurra Tasha, sintiendo cómo tiembla entre sus brazos.

Andrea y Tasha llegan al bufete dos horas después. Tras el orgasmo, Andrea ha permanecido derrotada sobre Tasha durante varios minutos hasta que su respiración se ha normalizado y sus músculos han dejado de temblar. Ahora está extrañamente relajada, ha sido el orgasmo más raro que ha

experimentado. Nunca ha sentido nada igual, por un momento, ha llegado a pensar que la vida se le iba en medio de los espasmos, que se le iba a parar el corazón o que sus pulmones no iban a ser capaces de seguir funcionando, pero después ha sentido paz. Su mente se ha quedado completamente en blanco, ningún pensamiento intrusivo se ha colado en ella y lo único que sentía eran los latidos de su propio corazón golpeando contra el cuerpo caliente de Tasha.

La jefa de personal no deja de mirarla desde entonces. Le parece que tiene otra expresión, como si estuviera más serena, pero no sabe si porque Andrea le ha contado lo que ha experimentado y ahora está sugestionada por ello o porque hay un cambio real en la abogada.

—Deja de mirarme —dice Andrea mientras suben en el ascensor.

—Perdona —se disculpa Tasha—, es que tengo la sensación de que respiras más despacio. ¿Estás mareada?

Andrea se gira hacia ella y levanta las cejas. Tasha comprende de inmediato que es imposible que esté mareada con ese color tan rosado que tiene en las mejillas.

—Dios mío, perdona —vuelve a disculparse, esta vez sonriendo—. Es que estás distinta, tienes un brillo especial en la mirada. Eres preciosa, joder —cabecea como si le pareciera imposible.

Hay tanta sinceridad en su forma de decirlo que Andrea sonríe y le da un beso.

—Me encuentro perfectamente —dice justo cuando las puertas del ascensor se abren—. Sé que es extraño, porque voy a ver a mi madre y debería estar nerviosa, pero estoy más tranquila que nunca.

Andrea se pega a ella para poder hablarle al oído.

—Será por lo bien que me has follado —remata, haciendo que Tasha se detenga en seco cuando siente que un rayo le atraviesa la columna.

Cuando acceden al bufete, Samuel Pagan las está esperando en la entrada.

—Tu madre ya está aquí, ha llegado muy pronto —dice tras saludarlas—. Si necesitas unos minutos, podemos dejarla esperando el tiempo que quieras —añade con cierto destello de maldad en la mirada.

—No es necesario —responde Andrea que, aunque sigue tranquila, no puede evitar notar un pellizco en la boca del estómago—. Quiero acabar con esto.

—Pues en ese caso, vamos a intentar zanjar este asunto —dice Samuel, pidiéndoles que lo sigan a través del pasillo.

—Me cae bien este tipo —le susurra Tasha a Andrea.

—A mí también —confirma ella.

Samuel abre la puerta de la misma sala de reuniones de la última vez y les cede el paso. Andrea entra sin titubear, seguida de Tasha y de Samuel, que cierra a sus espaldas. Deborah Hartmann está sentada, ocupando una silla entre la mesa y la ventana. En cuanto ve a Andrea, se levanta y se queda quieta en el sitio mientras la observa. Se fija en la mujer de color que está a su lado, en cómo le ha puesto una mano en la cintura baja a su hija, en su forma de mirarla y en la sonrisa breve que Andrea le dedica antes de señalarle una silla a su lado.

—¿Y esta quién es? —pregunta Deborah con el ceño fruncido, sin ocultar el tono de desprecio en su voz.

—No es de tu incumbencia —responde Andrea tomando asiento junto a Tasha.

—Cambias de mujer como de bragas —escupe su madre, sentándose también.

Andrea levanta la mirada y la clava en ella dispuesta a decirle un par de verdades, pero nota la mano de Tasha sobre el muslo y, en su lugar, decide respirar profundamente y no caer en sus provocaciones.

—Bien —interviene Samuel—, si me permite, señora Hartmann —dice directo—, le voy a explicar los cargos a los que se enfrentará si decide cumplir su amenaza.

—¿De qué habla? —se exalta Deborah—. Yo no he venido aquí para que me explique nada, he venido…

—Señora Hartmann —la corta Samuel con contundencia—. Ha venido para hablar del dinero de la herencia. Un dinero que no le corresponde, un dinero que su madre, fallecida recientemente, ha dejado en herencia a su hija aquí presente con una cláusula que especifica que la excluye a usted del testamento. Un dinero que usted quiere conseguir chantajeando a la señorita Loter, lo cual es un delito —añade sin dejar de mirarla—. Sin mencionar que la quiere chantajear con algo que también constituye otro delito. Quiero pensar que no está usted asesorada por nadie, y por eso, en un acto de generosidad que desde luego no merece, la voy a asesorar yo mismo.

Las aletas de la nariz de Deborah se abren y se cierran como si tuviera espasmos, pero decide no abrir la boca y escuchar al abogado.

—La podemos denunciar por acoso. Eso en el estado de Maryland puede conllevar penas de hasta noventa días de cárcel y multas de 500$. El dinero no es mucho, pero me consta que, para usted, que al parecer vive a costa de los demás, sí que lo es.

—¿Cómo se atreve? —pregunta roja de ira.

Samuel la ignora y continúa, mientras Andrea y Tasha observan la escena sin pestañear.

—La podemos denunciar por un delito de amenazas y extorsión. En este caso, le aseguro que las penas de cárcel y las multas son muchísimo más elevadas. La denunciaremos por invasión de la privacidad y posibles cargos relacionados con posesión y amenaza de distribución de imágenes comprometidas de una menor. ¿Quiere que siga, señora Hartmann?

Deborah Hartmann deja de mirar a Samuel para clavar su mirada enfurecida e indignada en Andrea.

—Eres una egoísta desagradecida, sabes que mi situación…

—Cállate —la interrumpe Andrea con la voz casi congelada.

La abogada se levanta y apoya las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante ligeramente, pero lo suficiente para

que su madre, por primera vez en su vida, se sienta intimidada por ella.

—Ya has escuchado a mi abogado, así que decide lo que vas a hacer porque, como sigas adelante, no pienso titubear. Sabes de sobra que lo que tú y mi padre hicisteis conmigo fue explotación infantil. Jamás he tomado medidas, pero como no desaparezcas de mi vida, esta vez voy a ir con todo y no pararé hasta que ambos acabéis en la cárcel, que es donde deberíais estar.

Deborah abre la boca y balbucea, boqueando como un pez. Es incapaz de articular una frase, ni siquiera una palabra. Ve la determinación en los ojos azules de su hija y de repente se siente pequeña.

—Está bien —dice retirando su silla para poder levantarse.

—¿Qué está bien? —pregunta Andrea sin dejar de mirarla.

—No te molestaré más.

—Por supuesto que no. Ni volverás a aparecer por aquí ni por mi casa. Si te vuelvo a ver, aunque sea por casualidad, te juro que haré todo lo que te he dicho. Lárgate de aquí y olvídate de que existo.

Deborah carraspea, se traga su dignidad y abandona el despacho. Andrea se gira cuando escucha que la puerta se cierra y se queda quieta, mirando la madera fijamente.

—Lo has hecho muy bien, Andrea —dice Samuel, dándole un apretón en el brazo—. No creo que vuelvas a saber nada de ella, pero si es así, avísame.

Andrea asiente, pero es incapaz de moverse todavía.

—Las dejo solas —dice Samuel, dirigiéndose a Tasha.

—Gracias, ha estado brillante poniendo en su sitio a esa mujer —dice Tasha.

Samuel hace un gesto de asentimiento con la cabeza y sale del despacho en silencio. Cuando la puerta vuelve a cerrarse, Andrea se gira, mira a Tasha, suspira con fuerza y después la abraza.

—Se acabó —susurra Tasha.

Andrea asiente y vuelve a suspirar. Aunque ha pasado un momento de mucha tensión al final de la reunión, sigue estando tranquila y siente que su cuerpo pesa menos, que se ha liberado de algo que la asfixiaba y no la dejaba avanzar. Está segura de que su terapeuta tendrá una explicación más lógica para cómo se siente ahora, pero de momento se conforma con no haber sentido ganas de repasarse.

Capítulo 39

—Me parece que con esto ya lo tengo todo, Andrea, ¿puedo llamarla así? —pregunta Nicole Murphy, la agente inmobiliaria que ha ido a visitar la casa de su abuela.

—Sí, Andrea está bien —responde la abogada.

—Perfecto. Llámeme cuando decida el precio, mientras tanto, iré preparando el montaje para subir la casa a nuestra página web.

—Lo haré.

Nicole le estrecha la mano a Andrea para despedirse y después hace lo mismo con Tasha, que está a su lado. La agente se da la vuelta y la ven alejarse a través del porche hasta que llega a su coche. Es Tasha la que cierra la puerta.

—¿Estás segura de que quieres vender? —pregunta remangándose la camisa.

Están a mediados del mes de mayo y, aunque está lloviendo, la temperatura es agradable y Tasha está acalorada.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —dice Andrea, caminando hasta el sillón favorito de su abuela para sentarse en él.

Tasha la sigue y se apoya en el mueble antiguo que hay delante, cruzándose de brazos.

—Porque no te veo muy convencida, nena, y no me gustaría que después te arrepintieses. Una vez vendida, ya no hay vuelta atrás.

Andrea extiende las manos y las pasa por los reposabrazos del sillón. Ya hace casi tres meses que falleció su abuela y el tema de la casa la está volviendo loca. Ha pensado mucho en ello y hace unos días, mientras su cabeza descansaba sobre el abdomen de Tasha, decidió que lo mejor era venderla. En ese momento, estaba convencida, pero ahora, no lo tiene tan claro y eso la agobia.

—No puedo tenerla aquí vacía —murmura Andrea en voz baja, con la mirada fija en la tela desgastada del sillón.

—Puedes alquilarla —propone la jefa de personal.

—No quiero meter a ningún desconocido aquí, Tasha, era la casa de mi abuela. Nuestra casa. La compró para mí y para ella… —murmura y suspira.

Tasha levanta ambas cejas.

—Cariño, mírame —le pide sin moverse.

Andrea levanta la mirada y apenas puede sostenérsela sin sonreír. Le encanta cuando Tasha se pone autoritaria y, aunque sabe que ahora no es el momento, no puede evitar el latigazo entre las piernas.

—Debería darte un azote por cómo me miras —suelta Tasha, apoyando las manos en el mueble para cruzar un pie sobre otro.

Andrea traga saliva.

—Supongo que no es el momento —dice Andrea, mirándola fijamente.

—No, no lo es, pero me acordaré cuando estemos en mi apartamento —apunta Tasha.

Andrea carraspea y ladea la cabeza, no ve el momento de visitar su apartamento.

—¿Podemos ponernos serias ya? —pregunta la jefa de personal.

—Sí —responde Andrea.

—Dices que no quieres que se meta ningún extraño en esta casa. ¿Qué crees que pasará cuando la vendas?

El resoplido de Andrea hace que los labios le tiemblen y su piercing lance varios destellos bajo la luz de la lámpara del techo. Tasha sonríe.

—Joder, tengo que llamar a Nicole Murphy y decirle que la he hecho venir para nada —se lamenta Andrea.

—No serás la primera ni la última que lo hace —opina Tasha.

La abogada apoya la cabeza en el respaldo y se queda en silencio, después mira a la derecha y acto seguido a la

izquierda.

—Los muebles son horribles —dice, asintiendo para sí misma.

—Siempre puedes cambiarlos —comenta Tasha cuando entiende lo que Andrea está pensando.

—Y las cortinas siempre me han parecido muy oscuras.

—Es una suerte que tu abuela te dejase un poco de dinero además de la casa —sigue la jefa de personal.

Andrea se ríe y se levanta, acercándose a Tasha hasta colocarse entre sus piernas.

—Quizá podría mudarme aquí, dejar mi apartamento y quedarme en esta casa —comenta poniéndole las manos en la cintura.

—Me parece una maniobra sabia siempre que te sientas cómoda. Es absurdo que pagues un alquiler teniendo una casa en la que además fuiste feliz con tu abuela.

Andrea traga saliva, todavía le cuesta pensar en Maggie Loter sin que los ojos se le humedezcan, pero ha asimilado su muerte. En el fondo, una parte de ella llevaba tiempo mentalizándose para ese momento y, aunque fue repentino, Andrea no estaba preparada y las primeras semanas fueron espantosas, ahora lo ha superado.

—Es grande, tú también podrías vivir aquí si quieres —dice Andrea sin poder detener un pensamiento que tiene desde hace días.

Tasha se humedece los labios y abre la boca, pero no emite ningún sonido durante los segundos que necesita para procesar lo que ha escuchado.

—¿Me estás proponiendo algo, Andrea? —pregunta por fin.

Andrea se aparta un mechón de pelo de la cara, sintiéndose insegura de repente.

—No, bueno, sí, aunque sin prisa. Sé que llevamos poco tiempo y que mi actitud no es muy fiable en muchos sentidos. Soy consciente de que a veces parece que no sé lo que quiero, Tasha, y con algunas cosas puede que tenga dudas, pero no con lo que siento por ti.

Andrea se aclara la garganta, nota que se le ha quedado seca y que la voz le sale enronquecida como la de Connie.

—A lo mejor te parece que lo digo porque no quiero venir aquí yo sola, y reconozco que me costará un poco dormir las primeras noches, será muy raro, pero sé que puedo hacerlo y estoy decidida. No tienes que venir si no quieres, ni hacerlo ahora si te parece muy pronto, puede ser dentro de un mes, un año o de cinco, solo quiero que sepas que yo sí que quiero y que para mí estará bien si te decides a hacerlo —Tasha la mira fijamente cuando termina de hablar y Andrea no soporta el silencio—. Necesito beber agua —dice apartándose.

—Tú no te mueves de aquí todavía —dice Tasha, sujetando su cintura con firmeza.

La pega con tanta fuerza a su cuerpo que Andrea se estremece cuando siente la presión contra su sexo. Le pone una mano en el centro del pecho y suspira, consciente de que, de nuevo, no es el momento para que ella tenga un calentón, algo que con Tasha le pasa demasiado a menudo.

—Pues háblame —exige Andrea.

Ahora es Tasha la que traga saliva. Le resulta imposible mantener la mirada fija en Andrea durante más de cinco segundos porque su belleza la sigue trastornando.

—Yo me hubiera ido a vivir contigo el mismo día que te vi en el despacho de Connie —dice con una sonrisa tan sincera, que Andrea le cree y suelta una corta carcajada.

—¿En serio? —pregunta golpeando con el dedo uno de sus rizos.

—En serio —asegura Tasha—. Así que acepto, me vendré contigo, pero cuando tú ya lleves un par de semanas instalada. Creo que necesitas hacer ese proceso de trasladarte sola, ¿te parece bien?

—Sí —responde Andrea muy segura—, mejor un mes. Y me ayudas con la mudanza.

—Y a escoger los muebles y las cortinas, a las de tu apartamento, les falta color.

Andrea levanta una ceja.

—Y a las del tuyo les sobra —contraataca la abogada.

Tasha entorna la mirada.

—Tendremos que negociar entonces.

—No hay nadie mejor que yo negociando —asegura Andrea con cierta soberbia.

—Tal vez, pero yo puedo privarte de ciertas cosas que te gustan durante una determinada cantidad de tiempo si no cedes.

Andrea deja que el aire se le escape por la nariz y tuerce media sonrisa, acercándose para susurrarle.

—¿Y crees que yo no te puedo privar a ti de nada? —murmura mordiéndole el lóbulo de la oreja con tanta sensualidad, que Tasha casi se corre.

—Está bien —accede Tasha con la respiración entrecortada —, elegimos una cosa cada una. ¿Te parece bien?

—Mucho mejor —responde Andrea apartándose de ella—. Y hay algo más.

Su expresión es tan seria al decirlo, que Tasha teme que vaya a confesarle que tiene un cadáver enterrado en el jardín.

—¿Qué más? —pregunta con cierto temor.

—Caroline es la única persona a la que considero mi familia y no la conoces. No podemos irnos a vivir juntas sin que lo hagas. Ya lo he postergado mucho, sé que es incómodo para ti porque ella es mi ex y tenemos una relación muy estrecha, pero necesito que os conozcáis, Tasha.

—Ah, es eso —dice y suspira.

En el fondo suspira de alivio, pero Andrea no sabe cómo interpretarlo.

—¿Eso? —pregunta la abogada.

—No te enfades, son cosas mías. Claro que la conoceré, me taparé los ojos cuando vea cómo te da un pico.

Tasha lo dice en broma, pero Andrea no está muy segura de ello y se queda descolocada. Se pasa la lengua por el piercing, pensativa.

—No sé saludarla de otra manera, y no significa nada, es solo un beso —dice aturdida.

Se lo explicó en su momento y Tasha no le dio importancia, así que no entiende a qué viene el cambio.

—Lo sé, ya me lo dijiste —dice Tasha, colocándose detrás de Andrea para rodearle la cintura—. Hablaba en broma, nena —añade besándole el cuello.

—No me lo ha parecido —responde ella, pero sonríe cuando Tasha la sigue besando.

—Porque estás tensa. Te pone nerviosa que nos conozcamos y no nos caigamos bien, pero eso no te ha de preocupar, no depende de ti y, en cualquier caso, no importa, porque ella te quiere y yo también, y es imposible que me caiga mal alguien que se preocupa por ti como lo hace ella, así que relájate.

Andrea suspira y deja que sus pulmones se vacíen antes de girarse entre los brazos de Tasha.

—Tienes razón, eso me agobia un poco. Quizá podríamos hacer algo más informal la primera vez. Podemos quedar también con Connie y Hayden, ir a tomar algo las seis. Caroline seguro que trae a Ava y no sé si ella pensará igual que tú sobre mí.

Tasha suelta una risotada.

—No sabía que Caroline iba tan en serio con ella. ¿Te da miedo la novia de tu ex?

—No me da miedo, solo quiero que no sea incómodo —se defiende Andrea—. Y no sé hasta qué punto van en serio porque no han formalizado nada, pero salen juntas prácticamente desde que tú y yo comenzamos, así que no sé, creo que la cosa va bien entre ellas.

—Vale —acepta Tasha—. Me parece buena idea lo de quedar las seis, pero tendrá que ser en tu apartamento o en el mío. Si quedamos en un bar, Hayden no se sentirá cómoda con tanta gente.

—Sí, lo sé. No hay problema. Podemos hacerlo el viernes que viene. ¿Hablas tú con Connie y yo se lo digo a Caroline?

—Claro. Ahora vámonos, que me estoy muriendo de hambre. Te invito a comer.

Capítulo 40

El timbre del apartamento de Andrea suena y da tal bote en el sofá que por poco derrama el vino de la copa que sostiene en la mano. Tasha abre los ojos de forma exagerada y se mueve con rapidez para quitarle la copa y evitar que manche el sofá. Todavía recuerda aquella tarde que encontró a Andrea con una hemorragia en el brazo después de repasarse, por suerte, todo quedó en un susto, pero Andrea se agobió ante la idea de tener que llevar las fundas del sofá a una tintorería con aquellas manchas de sangre y acabó gastándose un dineral en que le hicieran unas nuevas a medida.

—Dame eso, no queremos más manchas en el sofá —dice Tasha, quitándole la copa de la mano con expresión espantada —. Este mueble ya ha sufrido bastante.

Andrea se ríe y se levanta. Le costó volver a hablar de aquella tarde con Tasha, se avergonzaba de lo que había hecho y de lo que la mujer tuvo que presenciar, pero con la ayuda de su terapeuta consiguió aceptar el episodio. Comprendió que Tasha está con ella para lo bueno y para lo malo, como lo estuvo Caroline y como lo está ella en caso de que la jefa de personal la necesite, y siente que cada día que pasa, su vida se sigue estabilizando un poco más. Además, tener a Connie como apoyo externo también la está ayudando mucho. Su terapeuta le dijo que es importante contar con una amiga con la que hablar, confiar en alguien que no sea tu pareja o un profesional al que pagas para que te ayude.

—Deben ser ellas —dice Andrea dirigiéndose a la puerta.

Aprieta el botón para abrir el portal sin preguntar quién es y Tasha frunce el ceño, dejando la copa sobre la mesita con un golpe seco que deja clara su desaprobación.

—¿Qué pasa si es un asesino? —pregunta mientras se levanta—. ¿O un ladrón? ¿O un vecino borracho que se ha equivocado de timbre?

Andrea mira su reloj.

—Son las nueve, solo pueden ser Caroline y Ava o Connie y Hayden —dice y encoge los hombros.

—Te prohíbo que seas tan confiada cuando vivamos juntas. Creo que contrataremos una alarma, y tendremos un perro, uno muy grande —murmura Tasha horrorizada—. Un pastor alemán que ladre en cuanto escuche un ruido.

Andrea suelta una carcajada.

—Tienes razón, no lo haré más —sonríe la abogada y se sobresalta cuando alguien golpea la puerta del apartamento. Andrea abre sin preguntar y Tasha pone los ojos en blanco.

Al otro lado, encuentra a Caroline y Ava. Andrea la recuerda del día que la vio en el estudio de Caroline, aunque le pareció más baja que ahora.

—Hola, nena —dice Caroline, pasándole un brazo por detrás del cuello mientras le da un beso casto en los labios.

Lo hace con tanta naturalidad, que ni a Tasha ni a Ava les parece incómodo.

—Tú debes de ser Tasha —dice Caroline, acercándose a ella con una sonrisa torcida.

A partir de ahí, empiezan las presentaciones, porque justo cuando Andrea está saludando a Ava, llegan Connie y Hayden.

—Sentaos donde queráis —dice Andrea señalando la mesa —, hemos pedido comida tailandesa, un par de pizzas y unos tacos. Si no os gusta una cosa, coméis de otra.

—Tú siempre previsora —dice Caroline.

Andrea se encoge de hombros.

—Podéis elegir entre cerveza o vino —dice casi sin respirar —, y hay refrescos de varias clases, Hayden. Tasha me ha dicho que no te gusta el alcohol.

—De limón, gracias —responde Hayden, parpadeando mientras su mente analítica observa todo el espacio a su alrededor sin que pueda evitarlo.

La terapia empieza a dar sus resultados y, cinco meses después, Hayden ya no siente la necesidad de mirar a sus espaldas a cada instante, pero sigue sin poder evitar controlar los espacios. Su terapeuta dice que es una costumbre que le costará dejar atrás, pero que no debe tener prisa por ello, recordándole que los hábitos de supervivencia son los últimos en desaparecer.

—Respira profundamente, anda —le dice Tasha a Andrea cuando ambas están cogiendo las bebidas—. Ya nos hemos conocido y no ha muerto nadie, así que, relájate, por favor.

En lugar de una respiración profunda, Andrea suelta un resoplido y después sonríe.

—Es verdad, perdona. Es que es importante para mí que Caroline y tú os llevéis bien.

—Lo sé, nena, y estoy segura de que será así, me ha caído muy bien —asegura Tasha, atrayéndola hacia ella para darle un abrazo breve.

Llevan las bebidas y todas se sientan a la mesa para tomar algo tranquilamente antes de empezar a cenar. La conversación empieza a fluir de inmediato, Caroline tiene mucha verborrea, igual que Tasha, y enseguida empieza a haber conversaciones cruzadas donde unas interrogan a otras para conocerse mejor.

—¿Tú qué haces exactamente en la empresa, Hayden? —indaga Andrea al notar que, si no le preguntan, ella no habla, aunque no parece incómoda.

—Seguridad informática. Mi compañero y yo nos encargamos de la seguridad interna de la empresa, la protegemos de hackeos y esas cosas —dice como si no fuera importante, dando un sorbo a su refresco de limón, concluyendo así su respuesta.

Tasha la mira con las cejas levantadas.

—Bueno, yo creo que te estás quedando un poco corta. Hayden diseñó un algoritmo único que prácticamente nos ha blindado ante cualquier ataque externo —explica Tasha dirigiéndose a las demás—. Yo no sé qué mierda es eso, pero sí sé que funciona, porque desde entonces no hemos sufrido ni

una sola amenaza. Antes teníamos ataques prácticamente cada semana.

Todas se echan a reír y Hayden enrojece mirando a Connie, que le guiña un ojo.

—¿Y la empresa de qué es? —pregunta Ava mirando a Connie.

—Cuidado —levanta una mano Caroline a modo de advertencia antes de que Connie pueda responder—. Ava es inspectora de salud. No se te ocurra darle ningún tipo de información sobre tu empresa o te apuntará en su lista maldita y te hará una visita que ella catalogará como necesaria y te volverá loca.

Connie la mira, perpleja, y después desvía la mirada hacia Andrea porque ella no conoce a Caroline como para saber si está bromeando, pero la abogada está boquiabierta, igual que Tasha.

—A ella no le haría eso —se defiende Ava.

Caroline levanta las cejas y desliza su cerveza por la mesa para dejar espacio y apoyar el codo sobre ella, girándose hacia Ava.

—¿A ella no? —pregunta entornando la mirada.

—No.

—No —repite Caroline—. ¿Y por qué a mí sí?

A Ava los ojos empiezan a brillarle y Caroline se da cuenta de que la respuesta no le va a gustar.

—Fuiste prepotente, alguien tenía que bajarte los humos —Ava coge su copa de vino y bebe, tranquila y sosegada mientras las demás intentan contener la risa.

—Connie también es prepotente a veces —suelta Hayden haciendo alarde de su sinceridad incontrolada—. Se cruza de brazos frente a su mesa y espera a que yo me acerque, dando por hecho que lo haré porque sabe que me gusta. Si tardo mucho, levanta una ceja así… —Hayden imita el gesto ante la cara de asombro de Connie—. ¿Te refieres a eso?

—Justo a eso, Hayden —responde Ava—. ¿Quieres que vaya a hacerle una visita a Connie?

La empresaria está tan pasmada que no puede ni quiere defenderse, solo mira a Hayden mientras busca el nudo de su corbata y tira de él hasta que lo deshace y se la quita sin darse cuenta. La tela le baila entre los dedos al mismo tiempo que asume que su novia acaba de lanzarla a los leones con total tranquilidad.

—Será lo mejor —responde Hayden con un destello de diversión en la mirada.

—Cuenta con ello —le asegura Ava.

Tasha y Andrea ya no pueden más y rompen a reír.

—Cariño, ¿me acabas de enviar a una inspectora de salud pública a la empresa? —pregunta Connie sin salir de su asombro, pero su sonrisa se curva cuando ve que Hayden asiente con seguridad, como si lo que acaba de hacer fuera lo más justo—. ¿En serio? —su sonrisa se ensancha, Connie está alucinada.

—Tranquila, no encontrará nada —se encoge de hombros la informática—, pero te lo mereces por prepotente —responde, y se estremece cuando nota que Connie la devora con la mirada.

—Tienes razón, me lo merezco —admite divertida, contagiada por la risa de las otras mujeres—, tendré que ser menos obvia —dice meneando la cabeza.

—En fin, ahora que sabemos que salgo con el mismísimo diablo, ¿podemos cenar ya? Tengo hambre —dice Caroline.

—Sí —responde Andrea—. Ayúdame a traer las cosas.

Las dos mujeres se levantan y van juntas hasta la cocina.

—Te veo bien, nena —dice Caroline, deteniéndose junto a la nevera.

—Lo estoy —sonríe Andrea—. Soy feliz con Tasha, he aceptado la muerte de mi abuela y mi madre no ha vuelto a molestarme.

—Con eso último no deberías confiarte —opina Caroline.

—No lo hago, pero ahora tampoco me da miedo. Si aparece de nuevo, siento que me puedo enfrentar a ella. Cuando vino la última vez, no me cogió en mi mejor momento, tú lo dijiste, la muerte de mi abuela me desestabilizó y todo lo que había

avanzado con las terapias anteriores se fue a la mierda, pero he vuelto a recuperar el rumbo y esta vez no voy a dejar la terapia. Disminuiré la frecuencia de las sesiones en el tiempo cuando me sienta recuperada del todo, pero no dejaré de ir. No quiero volver a perderme cada vez que pase algo en mi vida que me afecte demasiado —explica mientras saca la comida de las bolsas—. Mi terapeuta dice que esto es como el mantenimiento de un coche, no esperas a que se rompa para hacer una revisión.

—Me alegra escuchar eso. En cuanto a Tasha, parece una tía legal, me gusta.

—Ava también, aunque pienses que es el diablo —se ríe Andrea.

—Solo en lo que concierne a su trabajo —aclara Caroline—, para lo demás, es una tía genial. Un poco explosiva de carácter, pero me pone mucho que sea así —añade guiñándole un ojo.

—Pues yo también me alegro mucho por ti —Andrea se acerca y la abraza con fuerza.

Cuando se separan, Caroline coge las cajas de pizzas y las lleva al salón mientras Andrea piensa que, aunque al morir su abuela se ha quedado sin familia de sangre, siempre tendrá a Caroline, y ahora también a Tasha y este nuevo círculo de amistades que están construyendo juntas. Sin duda, la familia elegida puede ser mucho más fuerte que la que te toca por nacimiento, piensa Andrea, aunque no cambiaría a su abuela Maggie ni por todo el oro del mundo.

Epílogo

Seis meses después

Un trueno profundo y fuerte resuena sobre Baltimore, haciendo que los cristales de las ventanas de la habitación vibren. La lluvia ha comenzado temprano, al principio con gotas finas que han ayudado a Tasha a sumirse en un sueño profundo, después se ha vuelto más intensa, pero ella ya no se ha enterado. Es domingo y la luz que entra en la habitación es gris, dejando el espacio oscurecido a una hora que debería estar completamente iluminado por el sol.

Tasha se despierta con dificultad, envuelta en un calor agradable y la pesadez de unos músculos que se niegan a reaccionar. Los párpados le tiemblan antes de abrirse del todo y su cuerpo flota entre el sueño y la vigilia, entre el deseo de moverse y la tentación de quedarse quieta. Bajo el calor del edredón, concluye que es uno de esos domingos en los que salir de la cama parece un acto innecesario.

Instintivamente, se gira hacia el otro lado de la cama buscando a Andrea para abrazarla y seguir durmiendo mientras escucha su respiración pausada, pero no encuentra nada, el espacio está vacío y Tasha suspira con desasosiego. Entonces la oye. El sonido lejano del agua de la ducha abierta. Se queda inmóvil, con los ojos todavía medio cerrados mientras escucha. Su primer pensamiento es levantarse y acompañarla, pero se detiene cuando una imagen atraviesa su mente. No necesita ver a Andrea para imaginarla bajo el agua, conoce su cuerpo de memoria y enseguida la ve con el pelo mojado pegado a la nuca, los labios entreabiertos y su piel tatuada enrojecida por el calor. Ve el vapor que la rodea, volviéndola difusa y brillante. La imagen le resulta tan erótica que su sexo se contrae y el vientre le vibra con una violencia que la coge por sorpresa, pero Tasha

no intenta resistirse. Se queda tumbada dejando que el roce de las sábanas en su piel desnuda tras una noche de sexo aumente la excitación y el deseo la envuelva, arrancándole un suspiro.

Siente cómo su cuerpo responde, se enciende tan rápido que hasta siente ansiedad. Jamás le ha pasado nada parecido, desearla sin tocarla y ser incapaz de detener su mano cuando esta se desliza entre sus piernas y empieza a masturbarse. Tasha suspira más fuerte y la descarga la atraviesa como una bola de fuego. La mente se le apaga, ningún pensamiento que no sea la imagen de Andrea en la ducha logra atravesarla mientras sigue tocándose hasta que se corre. Aturdida, escucha cómo el agua de la ducha se detiene cuando Andrea cierra el grifo. Todavía no ha recuperado el aliento del todo, pero Tasha se incorpora y se levanta, caminando descalza hasta el baño.

Antes de abrir la puerta, se permite unos segundos para que su corazón lata más despacio mientras el frío le sube por los pies descalzos y le despeja la mente. Tasha esboza una sonrisa cuando es consciente de lo que acaba de pasar y gira el pomo de la puerta. Al abrir, encuentra justo lo que ha imaginado, solo que fuera de la ducha. Andrea está completamente desnuda, con las manos apoyadas en el mármol mientras se observa en el espejo. Su expresión es algo sombría cuando mira a Tasha a través del espejo y eso la preocupa un poco, así que se acerca muy despacio y se pega a su espalda, abrazándola por detrás.

—Hola, nena —saluda Tasha, dándole un beso suave en el hombro.

Andrea le dedica una sonrisa a través del espejo a modo de saludo y le coge una de las manos entrelazando sus dedos mientras sigue mirando su cuerpo con fijeza.

—¿Estás bien? —pregunta Tasha en voz baja, con la barbilla sobre su hombro izquierdo.

—Sí, me duele un poco la cabeza. La tormenta no me ha dejado dormir —responde Andrea.

—Vaya —hace una mueca Tasha—, a mí me ha pasado lo contrario, he dormido profundamente.

—Lo sé —Andrea tuerce una sonrisa.

—¿He roncado? —pregunta Tasha entornando la mirada, con un gesto entre avergonzado y divertido.

—Un poco, nada que no pudiera soportar. De hecho, escucharte tan tranquila mientras que fuera parecía que el cielo iba a caerse a pedazos, me relajaba.

Tasha le da un beso en la mejilla y se quedan en silencio. Andrea está perdida en sus pensamientos, mientras Tasha se concentra en los tatuajes de ella. Coloca su mano libre sobre una hilera de cinco marcas de conteo que Andrea tiene una sobre otra en el abdomen y comienza a repasar las líneas con el dedo muy despacio, haciendo que se estremezca.

—¿En qué piensas? —susurra Tasha, sin dejar de acariciarla.

—Hace cuatro meses que no me repaso —responde Andrea.

Tasha levanta la mirada, asiente y le besa el hombro. Ella también lleva la cuenta. Desde el susto que se llevaron cuando Andrea se rasgó una vena, no lo había vuelto a hacer hasta dos días después de que Tasha se mudara con ella. No había pasado nada grave, pero el estrés de la mudanza, su obsesión por asegurarse de que Tasha se sintiera cómoda y una mala semana en el trabajo, la hicieron colapsar y no fue capaz de gestionarlo. Lo único que Tasha agradece de aquel día, fue que Andrea se lo contó justo después de hacerlo. No tuvo que intuirlo cómo Caroline le había contado que le pasaba a ella o llevarse la sorpresa cuando Andrea se desnudaba. Andrea acudió a ella y se lo contó, y ella la curó, la besó y la apoyó.

—¿Has sentido ganas? —pregunta Tasha.

—No —niega Andrea, apretándole la mano con más fuerza.

—¿Me lo contarás si eso pasa?

—Lo intentaré —responde Andrea, incapaz de asegurarle algo que todavía no sabe si podrá conseguir.

—Me conformo con eso —dice Tasha justo antes de que se vaya la luz, dejando el baño en penumbra—. Vaya —murmura chasqueando la lengua—, esto confirma mi teoría de que deberíamos pasar el día en la cama.

—No me parece un mal plan —comenta Andrea.

—¿Sí? —pregunta Tasha en voz baja.

—Sí.

—Genial, pero antes te prepararé algo de desayuno y te tomas un analgésico para ese dolor de cabeza.

—Puedo prepararlo yo —dice Andrea.

—Lo haré yo, tú ya has hecho bastante por mí hoy —asegura Tasha apretándose contra ella.

—Ah, ¿sí? —pregunta Andrea, levantando las cejas con curiosidad—. ¿Qué se supone que he hecho si me acabo de levantar?

—Ser objeto de mis pensamientos mientras me masturbaba —confiesa Tasha contra su oreja.

Andrea se gira entre sus brazos, colocando las manos en las nalgas de Tasha.

—¿Te has masturbado mientras yo me duchaba? —pregunta contra su boca, notando cómo su entrepierna se humedece solo de pensarlo.

—Ajá —responde Tasha con descaro.

—¿Y qué tal ha sido? —pregunta Andrea, respirando cada vez más fuerte.

—De los mejorcitos orgasmos que he tenido estando sola —confiesa sabiendo que vuelve a estar preparada—. Solo de pensar en tu pelo mojado, tu piel brillante…

—Vaya, vaya —suspira Andrea notando la erección de los pezones de Tasha sobre su pecho.

—Sí, nena. Vaya, vaya —dice mordisqueándole el cuello.

—Quizá hay otra cosa que puedes hacer para que se me pase el dolor de cabeza antes que el desayuno —comenta Andrea, tomando impulso con las manos hasta que se sienta sobre el mármol del lavabo.

—Estaba pensando lo mismo, cariño —dice Tasha, agachándose con lentitud hasta que su boca queda justo entre las piernas abiertas de Andrea.

Andrea hunde los dedos de su mano entre los rizos de Tasha y la empuja hacia su sexo, echando la cabeza hacia atrás mientras exhala un suspiro ronco cuando nota el calor ardiente de su lengua entre sus pliegues, justo donde la necesita. El

dolor de cabeza queda en un segundo plano y Andrea siente que, incluso en medio de la penumbra, Tasha logra que su alma se ilumine.